el Proletariado y la Crisis Capitalista en Época Imperialista

Jean Baptiste Mélis

EL PROLETARIADO Y LA CRISIS CAPITALISTA EN ÉPOCA IMPERIALISTA

Selección de textos de J. B. MÉLIS publicados en BILAN (1933-1938) y COMMUNISME (1937-1939).

Textos seleccionados y traducidos por *¡Salud, Proletarios!*
www.saludproletarios.com

EL PROLETARIADO Y LA CRISIS CAPITALISTA EN ÉPOCA IMPERIALISTA

JEAN BAPTISTE MÉLIS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Breve historia de la Izquierda Italiana 11
La vida de las fracciones de la
Izquierda Comunista Internacional 19
J.B. Mélis y la Fracción belga de la
Izquierda Comunista Internacional 31
Bibliografía 46

EL PROLETARIADO Y LA CRISIS CAPITALISTA

Roosevelt en el gobierno 51
El Plan De Man 83
¿Hacia dónde va el imperialismo francés? 143
La evolución del imperialismo inglés 169
Crisis y ciclos en la economía del
capitalismo agonizante 201
Los problemas de la moneda 257
Prosperidad de guerra y estándar de vida 329
La economía de guerra 371

APÉNDICE

Los sindicatos obreros y el Estado capitalista 387
Otra victoria del capitalismo:
el seguro obligatorio de desempleo 419

INTRODUCCIÓN

BREVE HISTORIA DE LA IZQUIERDA ITALIANA[1]

La primera manifestación organizada de una corriente de izquierda marxista opuesta a los reformistas surgió en el Congreso de Milán (1910) del Partido Socialista Italiano. Más tarde se produjo un duro enfrentamiento en torno a la Federación de Jóvenes Socialistas, que la derecha pretendía convertir en un organismo "cultural" y la izquierda intentaba que fuera una escuela de lucha revolucionaria.

En 1912, en el Congreso de Reggio Emilia del Partido Socialista, la Izquierda se organizó como Fracción Intransigente Revolucionaria. En el siguiente Congreso, el de Ancona, la Izquierda Comunista defendió el programa revolucionario frente a la derecha, mientras en Nápoles los socialistas marxistas, con el joven Amadeo Bordiga, fundaban el "Círculo socialista revolucionario Karl Marx".

En la guerra imperialista de 1914 los partidos de la II Internacional votaron los créditos de guerra. La Izquierda Italiana fue la única que defendió el derrotismo revolucionario frente a los intervencionistas que junto a Mussolini aban-

1. Texto extraído del libro *Bordiga, au-delà du mythe*, Onorato Damen. Ed. Prometeo, 2011.

[Las notas originales del autor aparecen entre corchetes].

donaban el Partido Socialista y frente a los centristas que apoyaban la ambigua fórmula de "ni adherirse, ni sabotear". La convergencia de la Izquierda Italiana con la Izquierda internacional era completa (Conferencias de Zimmerwald y Kienthal): *"feroz intransigencia en la defensa de las fronteras ideológicas del marxismo"* contra la traición de la socialdemocracia y *"transformación de la guerra imperialista en revolución proletaria"* (Lenin).

La Izquierda Italiana saludó la Revolución de Octubre de 1917 como el primer acto de la *"revolución social internacional"*, y al bolchevismo como *"planta adaptable a todo tipo de clima"*. Frente a las tendencias de la derecha y el centro, predominantes en el Partido Socialista, la Izquierda apoyó las tesis de Lenin y en diciembre de 1918 fundó su propio periódico, *Il Soviet*. Polemizó acerca de la cuestión de los consejos de fábrica con L'Ordine Nuovo, el grupo turinés de Gramsci, que se iba aproximando a posturas de corte gradualista y consideraba los organismos locales de naturaleza sindical como una *"prefiguración de la sociedad futura"*.

En 1919, la Izquierda fundó la Fracción Comunista Abstencionista, que adoptó el marxismo como base teórica y anunció su completo acuerdo con la línea táctica y los objetivos estratégicos de la III Internacional. El único desacuerdo se refería a la cuestión de participar en las elecciones políticas y el parlamentarismo revolucionario que defendían los bolcheviques.

En el II Congreso de la Internacional Comunista (1920), la Izquierda contribuyó a la rigurosa separación de los elementos oportunistas (Condiciones de admisión a la Internacional).

LA IZQUIERDA ITALIANA EN LA DIRECCIÓN DEL P.C. DE ITALIA

En enero de 1921, en el Congreso de Livorno, la Izquierda Comunista rompió con el viejo P.S.I. reformista: basándose en los 21 puntos de Moscú, fundó el Partido Comunista de Italia, Sección de la Tercera Internacional, y tomó su dirección.

Comprometiéndose en una batalla en todos los frentes –sindical, político e internacional–, la Izquierda combatió abiertamente el reformismo socialdemócrata y el fascismo naciente. Mientras el centrismo[2] consideraba al fascismo como una reacción feudal, para la Izquierda era una manifestación política capitalista, un intento capitalista de afrontar la grave crisis económica y social.

El aislamiento de la experiencia soviética en Rusia, no obstante, cada vez era más evidente. En la Internacional, a partir del III Congreso, se pueden ver los primeros deslizamientos hacia posturas cada vez más oportunistas. Es el comienzo de una serie de expedientes y una flexibilidad táctica que irán del Frente Único con otras fuerzas políticas hasta a la ambigua fórmula del "gobierno obrero", para llegar por último a la tesis contrarrevolucionaria de la "construcción del socialismo en un solo país".

Al elaborar sus propias Tesis sobre la Táctica, aprobadas en el Congreso de Roma (1922), el P.C. de Italia ofreció su aporte, único a escala internacional, a la solución de los problemas más candentes: desde la definición de la natura-

2. Se denominaba "centrismo" a la tendencia predominante en el partido, que controlaba los órganos centrales. El término tiene un significado más amplio que "estalinismo", aunque Stalin liderara la corriente centrista predominante en los partidos comunistas y en la Internacional.

leza del partido hasta la coherente aplicación práctica de la estrategia comunista, que permitía afrontar la evolución de la política burguesa.

Durante los Ejecutivos Ampliados de la Internacional (hasta el VI en 1926), la voz de la Izquierda Italiana, representada por Amadeo Bordiga, fue la única que se atrevió a denunciar la gravedad de la situación que se había creado en el partido bolchevique y en la Internacional.

En junio de 1923, la Izquierda Italiana fue expulsada del Comité Ejecutivo y por tanto alejada de la dirección del P.C. de Italia.

El nuevo centro gramsciano impuesto por Moscú puso en marcha una campaña de intimidación y censura contra los representantes de la Izquierda: desde la supresión de la revista *Prometeo* hasta la disolución de las secciones que controlaba la Izquierda. Ésta respondió con la formación del Comité de Entente en 1925, la primera voz de alarma ante la degeneración del partido. En torno a este Comité se reagruparon los cuadros tradicionales de la Izquierda Italiana, los más eficaces, para defender –como corriente aún mayoritaria en el partido– la línea política que mantuvo cuando dirigía el partido y apoyar su plataforma de oposición al nuevo curso impuesto por la Internacional.

En mayo de 1924, en la Conferencia de Como, la Izquierda aún conservaba el apoyo de la mayoría del partido.

Fue en el Congreso de Lyon (1926), en el que la Izquierda presentó sus tesis de oposición al centrismo, cuando la marginación de ésta se hizo oficial, gracias a que las maniobras de la nueva dirección lograron que los votos de los delegados ausentes fueran a parar al centro.

DE LA OPOSICIÓN A LA REORGANIZACIÓN DEL PARTIDO

La Izquierda Italiana, que se había opuesto a la "bolchevización" del partido, se solidarizó con la oposición de Trotsky dentro del partido ruso. A partir de este momento el fascismo y el estalinismo desencadenaron su represión sobre los militantes de la Izquierda, obligando a la mayor parte de los supervivientes a emigrar a Francia y a Bélgica.

En 1927 la Izquierda Italiana en el extranjero se reunió en una Fracción y, en 1928, en Pantin, formó oficialmente la Fracción de Izquierda de la Internacional Comunista[3] (a partir de 1935 Fracción Italiana de la Izquierda Comunista), publicando las revistas *Prometeo* y *BILAN*.

Siguiendo este hilo rojo que ha acompañado la interpretación, la aplicación y la defensa del marxismo revolucionario contra todas las claudicaciones y traiciones, la Izquierda Comunista Italiana se constituye como Partido Comunista Internacionalista en 1943, con el retorno a Italia de los camaradas de la Fracción en el extranjero (y con otros camaradas que habían pasado una larga temporada en prisión).

Acorde al trabajo de la Izquierda, que ha seguido (y sufrido) el curso de la contrarrevolución en Rusia y en la Internacional, el P.C. Internacionalista se caracteriza por:

- Desenmascarar el antifascismo, que para la burguesía liberal-demócrata y los nacional-comunistas no significa luchar contra el capitalismo, sino aliarse con las fuerzas capitalistas nacionales.

3. Oficialmente Fracción de Izquierda del Partido Comunista Italiano, hasta que cambió su nombre en 1935.

- Rechazo y crítica de la política interclasista de "alianzas populares" y "frentes únicos" apoyados por los partidos socialdemócratas y con los estalinistas al frente.

- El rechazo a apoyar las fuerzas de la guerra y el imperialismo, sean las de Washington o las de Moscú.

- Lucha contra el estalinismo y las vías nacionales al socialismo.

Hoy, cuando una crisis económica incontrolable y devastadora quiebra los fundamentos de los centros imperialistas de Occidente y Oriente, el comunismo está a la orden del día en la historia y lanza un llamamiento a los proletarios del mundo entero para que se organicen y acudan a la lucha de clases, para que se pongan en marcha y se liberen totalmente de las cadenas capitalistas.

Esto sólo se logrará destruyendo la sociedad burguesa y superando el sistema capitalista, basados ambos en la explotación, la opresión, la miseria y el retorno a la barbarie de toda la humanidad.

LA VIDA DE LAS FRACCIONES DE LA IZQUIERDA COMUNISTA INTERNACIONAL[4]

LA FRACCIÓN ITALIANA

Se constituye oficialmente en la Conferencia de Pantin, en 1928, cuando tras las incontables expulsiones de comunistas internacionalistas en todos los países, la Internacional Comunista decreta en su VI Congreso que es incompatible pertenecer al Komintern y defender posiciones revolucionarias.

Pero, en realidad, la Fracción italiana se formó en el transcurso de una guerra civil, que revistió en Italia unas formas muy ásperas, y de una durísima lucha contra el centrismo. Hacia la época en que terminó la guerra de 1914-18, en el seno del Partido Socialista Italiano dirigido por los oportunistas, los del famoso *"ni adherirse ni sabotear"* la guerra (esos que estuvieron en Zimmerwald), apareció la corriente de los abstencionistas con Bordiga al frente, junto a la Federación de Nápoles que publicaba *Il Soviet*. Bajo el manto del abstencionismo parlamentario surgió la primera fracción marxista que se solidarizaba con la Revolución Rusa, y no sólo verbal-

4. Publicado en *Octobre* nº 1, febrero de 1938. Revista del Buró Internacional de las Fracciones de Izquierda.

mente, sino elaborando también unas posiciones comunistas que iban a convertirla en la primera corriente partidaria de la escisión con los traidores y la artífice fundamental de la fundación del Partido Comunista de Italia. Sabemos que Lenin, en *La enfermedad infantil del comunismo*, causó muchos perjuicios a los marxistas italianos, juzgándolos a partir de informaciones fragmentarias e incompletas, basándose únicamente en su postura del abstencionismo parlamentario y dando crédito a los oportunistas de L'Ordine Nuovo de Turín. El abstencionismo, que era un aspecto de las diferencias que separaban a los comunistas y los socialistas ligados al Estado capitalista, no era un principio, sino una postura análoga a la defendida por los bolcheviques en 1906 durante el boicot a la Duma, poco después del asalto revolucionario de los obreros rusos. La propia izquierda de Bordiga defendió la participación electoral posteriormente, durante el ascenso del fascismo.

En enero de 1921, la Fracción Abstencionista, que acababa de separarse del Partido Socialista dirigido por Serrati, fundaba en Livorno el Partido Comunista. La situación italiana se caracterizaba por la traición socialista, que había liquidado el gigantesco movimiento de ocupación de fábricas, y por el desencadenamiento del ataque sangriento del fascismo, que se conjugaba con la represión del Estado capitalista. Socialistas y maximalistas desarmaban a los obreros italianos, mientras el fascismo y las fuerzas del Estado pasaban a la eliminación física y la destrucción de las organizaciones obreras.

Un año después, el Partido Comunista, que reagrupaba las mejores energías del proletariado italiano, aprobó en su segundo Congreso las *Tesis de Roma*, que condensaban de

forma sintética los principios del partido de clase de los obreros italianos. En dichas Tesis, que el centrismo fingió aceptar en Italia en 1922 para luego rechazarlas impunemente en cuanto pudo hacerlo con la ayuda de la Internacional Comunista, se definía la naturaleza orgánica del partido, su relación con la clase, con el resto de organizaciones y su táctica en la fase de guerras y revoluciones. Hay que señalar que estas Tesis, que no hacían más que seguir el camino histórico trazado por Lenin de 1903 a 1917, chocaron con la oposición de la Internacional que, no obstante, en la época de Lenin, nunca llegó a rechazarlas abiertamente. Es cierto que en Alemania se obligó a los Espartaquistas a seguir el camino opuesto, arrastrándoles a la fusión con los Independientes.

Durante el III y el IV Congreso del Komintern, el partido italiano, dirigido por la izquierda, se opuso a esas directivas que posteriormente condujeron a la derrota alemana de 1923 y que sin embargo contaron con el apoyo particular de Lenin y Trotsky. Una petición expresa de Lenin evitó que Bordiga y la izquierda dimitieran de la dirección del partido, y es que aunque ésta representaba a la mayoría del partido en el Congreso, para los marxistas no es posible resolver los problemas de la revolución en un país cuando internacionalmente se está en minoría.

En el V Congreso, tras la derrota de 1923, la izquierda rechazó la propuesta de Zinoviev, que ofrecía permanecer en la dirección del partido a cambio del apoyo a la campaña emprendida contra Trotsky en Rusia. La izquierda estaba en desacuerdo con Trotsky en muchos asuntos, pero éste representaba al menos una reacción internacionalista al centrismo y eso bastaba para imponer una solidaridad total. Enton-

ces fue cuando la izquierda dimitió de todos los puestos de responsabilidad, cuando aún detentaba la mayoría dentro del partido italiano, dando comienzo a una lucha ideológica que, mediante la formación de una corriente, iba a dar nacimiento a la Fracción de Izquierda. En 1926, la corriente marxista que junto a Bordiga se oponía a las aventuras centristas en Italia (como la retirada al Aventino[5] en 1924, por ejemplo) y que desde el punto de vista internacional luchaba contra el "socialismo en un solo país", la "bolchevización" y el Comité Anglo-ruso, elaboró un documento programático que fue presentado en el Congreso del Partido Comunista de Italia[6]. A este documento se le conoce por el nombre de Plataforma de la Izquierda.

Las *Tesis de Roma* (repudiadas por el centrismo) y la Plataforma sirvieron de documentos base para la formación de la Fracción Italiana en Pantin, que empezó a editar un órgano en lengua italiana, *Prometeo*, que aún se sigue publicando.

Cuando se constituyó en 1930 la Oposición Internacional de Izquierda dirigida por Trotsky, exiliado en Turquía, la Fracción italiana estuvo allí, reivindicando estos documentos base. Trotsky calificó a la Plataforma de 1926 como uno de los mejores documentos de la Oposición, lo cual no le impidió desencadenar una lucha maniobrera de intrigas para tratar de que la Fracción se plegara a su política.

A partir de enero de 1932, la grave crisis en la Oposición Internacional de Izquierda profundizó las divergencias entre

5. Después de que los fascistas asesinaran al diputado socialista Matteotti todos los partidos salieron del parlamento italiano en señal de protesta y sus diputados se retiraron al monte Aventino. El P.C.d'I., a la sazón liderado ya por Gramsci, les siguió en esta representación teatral.

6. III Congreso del P.C.d'I., celebrado en Lyon en enero de 1926. El documento también recibe el nombre de *Tesis de Lyon*.

la Fracción y Trotsky, que empleaba métodos burocráticos para formar grupos y dividirlos, disolviendo y desplazando la dirección internacional y atacando a la Fracción, que rechazaba participar en un juego que impedía que se formaran organismos comunistas en los diferentes países. Mientras el centrismo triunfaba a nivel internacional, la oposición, pudiendo elegir entre la fidelidad a los "4 primeros Congresos de la I.C.", credo del trotskismo, y el análisis de los acontecimientos de posguerra, no sólo optó por defender el "enderezamiento de los partidos" frente a la construcción de fracciones, que era la única vía para el pensamiento marxista en el partido, sino que también defendió las consignas democráticas, que han convertido a Trotsky en el campeón de la guerra imperialista en España y China, frente a las consignas de clase en defensa del proletariado y de sus intereses, las únicas consignas posibles para la situación de posguerra.

A finales de 1932, en vísperas de la llegada de Hitler al poder, se produjo la ruptura, cuando Trotsky (Gourov) propuso expulsar a la Fracción mientras, según él, se atisbaba alguna posibilidad para la victoria en Alemania, incluso con Thälmann[7].

En 1935, en el Congreso de la Fracción italiana, que se reunió tras la abierta traición del centrismo (a la que siguió la muerte definitiva de la Internacional Comunista y la entrada de Rusia en la Sociedad de Naciones), la Fracción del Partido Comunista Italiano se transformó en la Fracción del partido que las erupciones revolucionarias permitirían fundar[8]. Esta transformación se operaba mientras el imperialismo italiano

7. Ernst Thälmann (1886-1944), el jefe centrista del K.P.D. en aquella época.
8. Fue en aquel Congreso cuando la Fracción de Izquierda del P.C.I. se cambió el nombre, como ya se ha dicho.

desencadenaba la guerra en Abisinia. El Congreso se centró en los problemas referentes a la transformación de la Fracción en Partido, problemas que la traición centrista y el inicio de la nueva fase de guerras imperialistas planteaban imperiosamente. En la Fracción se desarrolló una corriente que pretendía sustituir el proceso real de la lucha de clases, que debía madurar las condiciones para formar el partido, por un voluntarismo que daba pie al oportunismo y a la revisión del programa comunista. Los principales dirigentes de esta corriente formaron una minoría que, en el transcurso de los acontecimientos españoles, acabó apoyando la guerra imperialista y pasando al otro lado de la barricada.

La Fracción italiana estableció un trabajo conjunto con la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica a finales de 1933, en base a una confluencia en la crítica de las posiciones de la Oposición Internacional (trotskistas), crítica que abarcaba las cuestiones centrales del movimiento obrero, las del Estado y el partido.

Los acontecimientos de España provocaron una crisis en la Fracción y en las relaciones que mantenía con la Liga belga, en el seno de la cual florecía además una corriente marxista que coincidía con la que predominaba en la Fracción. La expulsión de la minoría, que rehuía la discusión, precedió a la ruptura con la Liga, en la que se produjo una escisión (ver la resolución del C. E., *BILAN* nº 42). Paralelamente a la colaboración con la Liga belga, la Fracción había empezado a editar una revista teórica, en noviembre de 1933, con el objetivo de iniciar un trabajo de clarificación internacional que debía conducir a los grupos de vanguardia que habían roto con Trotsky al camino de la formación de fracciones de izquierda. En esta época, todos los intentos de

formar un Buró Internacional tropezaron con la pasividad y la confusión de los grupos existentes, entre los cuales sólo la Liga parecía dispuesta a afrontar una discusión internacional seria.

Con la guerra de España, todas las divergencias con la Liga y el resto de grupos se reflejaron en una ruptura que llevó a todos estos grupos de comunistas de izquierda al marasmo de las ideologías capitalistas. Se abrió una nueva fase, la fase de formación de fracciones de izquierda contra todos los grupos existentes sobre la base de las nociones programáticas proclamadas por la Fracción, junto a la minoría de la Liga belga, acerca del Estado y el partido. Este esfuerzo se vio recompensado con la creación del Buró de las Fracciones de Izquierda y la transformación de *BILAN* en *Octobre*.

Actualmente, la Fracción italiana edita *Prometeo* e *Il Seme Comunista*, órgano de discusión en italiano que sirve de instrumento de formación teórica de cara a los Congresos de la Fracción. En un futuro hablaremos de las divergencias que existen hoy en la Fracción y de los problemas que se discuten y plantean en *Prometeo* e *Il Seme*.

LA FRACCIÓN BELGA

La Conferencia Nacional de la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica decidió el 21 de febrero de 1937 que los miembros que se solidarizaban con la resolución publicada por Jehan[9] en su *Boletín* no podían seguir perteneciendo a la organización. Se trataba en realidad de un enfrentamiento entre los que abogaban por participar en

9. Jehan era el seudónimo con el que Jean Baptiste Mélis firmaba sus escritos en la L.C.I. belga.

la guerra imperialista de España y los internacionalistas que reivindicaban posiciones clasistas. Una minoría, que representaba a todo el grupo de camaradas de Bruselas excepto tres (entre ellos Hennaut[10]), abandonaba por tanto la Liga. El 15 de abril aparecía su primer boletín mensual con los documentos base referentes a la construcción de la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional. No se trataba, como pretendía Hennaut, de una rama de la Fracción italiana, sino del desenlace de todo un proceso de desarrollo en el curso del cual el proletariado belga lograba por primera vez sentar las bases para la formación de un verdadero partido de clase.

Sabemos que el partido belga lo crearon las Juventudes Socialistas, que al llamamiento de la Revolución Rusa abandonaron el P.O.B.[11] Su formación no vino precedida de conmociones sociales en Bélgica, pues la burguesía, merced al compromiso de Loppem[12], había logrado encauzar con "reformas sociales" la huelga proletaria, que refluía hacia las organizaciones del P.O.B. El joven núcleo comunista se extinguió rápidamente, al fusionarse por orden de la Internacional con el grupo socialista de Jacquemotte[13]. No obstante,

10. Adhémar Hennaut (1899-1977), dirigente del P.C.B., será expulsado del partido junto al resto de militantes de izquierda en 1928. Fue uno de los fundadores de la Liga de Comunistas Internacionalistas junto a J.B. Mélis.

11. Partido Obrero Belga, fundado en 1885. Era el partido socialdemócrata de Bélgica.

12. En noviembre de 1918, tras una entrevista celebrada en el palacio de Loppem entre el rey y los políticos belgas, se formó un gobierno de unidad nacional con la participación de los socialistas.

13. Joseph Jacquemotte (1883-1936) lideraba una corriente en el P.O.B. que terminó escindiéndose y fundando el Partido Comunista Belga en 1921. Pocos meses después la Internacional resolvió que este grupo se fusionara con el que lideraba Van Overstraeten (1891-1981), pintor flamenco que había roto con el P.O.B. ya en 1919. Overstraeten fue el primer secretario del P.C.B. y en 1928 fue expulsado por "trotskista".

en 1928, la mayoría del partido pasó a la Oposición, tras la escisión de Anvers, que arrastró a todos los militantes de vanguardia del movimiento obrero belga. La Oposición navegó en plena noche en el mar de problemas que se le planteaba en aquella época a la izquierda marxista. La ausencia de grandes movimientos sociales y la impresión general de estancamiento hicieron que el desánimo cundiera rápidamente. ¿Había que actuar como partido o como fracción del partido? Estos problemas campaban a sus anchas en el seno de la Oposición sin que nadie pudiera darles solución, cuando era evidente que sólo mediante el trabajo como fracción del partido (incluso si ello implicaba la expulsión) se podrían abordar los problemas relativos a la degeneración centrista y elaborar las posiciones que permitirían, cuando el centrismo traicionara, avanzar hacia la formación de nuevos partidos. Trotsky, desde el exilio, planteó imperativamente los términos del problema ("enderezamiento de los partidos" en lugar de construir fracciones de izquierda) y sin aguardar a una discusión internacional, sin entender las inevitables dificultades de la Oposición belga, provocó una escisión a raíz de la cuestión de China oriental (el ferrocarril que finalmente Stalin ha vendido a China), una escisión que dispersó definitivamente a la Oposición belga. Esta se escindió en dos grupos, uno (la Federación de Charleroi) creó el grupo trotskista oficial y acabó en el P.O.B. para luego salir de él con los elementos de izquierda y formar el Partido Socialista Revolucionario; y del otro nació la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica, que vegetó hasta 1932. Cuando el grupo trotskista degeneró y expulsó a los elementos internacionalistas, rompiendo también con la izquierda italiana, la Liga apareció como el único núcleo superviviente que defendía posiciones

de clase. Oponiéndose a la reaccionaria noción de "enderezamiento" y a la confusa idea de los "nuevos partidos", afirmaban que no existían ni las condiciones históricas ni la preparación ideológica que permitía formarlos. Por otra parte, en lo referente a los problemas de la democracia y el fascismo, la Liga, en su Declaración de principios, les daba una respuesta satisfactoria (aunque actualmente la haya revisado para pasar a apoyar a los republicanos españoles) y no se contentaba con "los 4 primeros Congresos de la Internacional".

Su colaboración con la Fracción Italiana, que supuso la ampliación de su base de trabajo, así como la llegada de elementos que permanecían a la expectativa o que provenían de grupos trotskistas, provocaron un ambiente de discusión en el que poder afrontar los problemas esenciales del movimiento comunista, tanto en el terreno internacional como en el específicamente belga. A lo largo de estas discusiones, que se centraron en la evolución de la situación de Rusia y en la nueva situación internacional y belga, fueron apareciendo divergencias que poco a poco cristalizaron en el enfrentamiento de dos corrientes que no obstante aún creían que podían desarrollar un trabajo en común. En relación a Rusia, el problema de la guerra (la guerra en Abisinia), la democracia (plebiscito del Sarre), las elecciones, la izquierda socialista, y en fin, en relación al problema del partido y su proceso de formación en Bélgica, las divergencias quedaron reflejadas en el *Boletín* de la Liga y en sus *Cuadernos* (y también, en parte, en *BILAN*).

El punto final de esta evolución llegó con los acontecimientos de España, que plantearon a estas dos corrientes la necesidad de dar una expresión política a estas divergencias,

abriendo paso a un enfrentamiento entre principios opuestos. El problema del Estado y del partido hizo surgir dos posiciones enfrentadas, una de las cuales llevaba directamente a la guerra imperialista y la otra a la lucha por la revolución proletaria. Se imponía la necesidad de una escisión, como efectivamente ocurrió.

Desde luego, la Fracción italiana intervino activamente en el proceso de formación de la corriente que formó la Fracción belga, pero sólo como acelerador de una tendencia que trataba de afirmarse, como una ayuda internacionalista del proletariado italiano al proletariado belga, que era llevado a rastras a la guerra imperialista.

Si desde el punto de vista formal la línea histórica que une a la Fracción belga con el primer núcleo comunista que formó el partido es inexistente, en realidad, desde el punto de vista de la evolución histórica del proletariado belga sí que existe esta continuidad, pues la Fracción actual no es más que el resultado del esfuerzo que el proletariado ha realizado en todos los países desde 1917, encaminado a crear las bases del partido de clase.

El nº 1 de *Communisme*, el órgano mensual de la Fracción belga, contiene la Declaración de principios que constituye su documento base y el punto de partida para la elaboración de su plataforma. Esta declaración se inspira en los mismos principios que la Fracción italiana. En sus boletines ya se han publicado una serie de resoluciones acerca de los principales problemas de la situación actual, mientras continúa la discusión que se desarrolla en su seno sobre todo un conjunto de problemas que analizaremos en nuestro próximo número.

J. B. MÉLIS Y LA FRACCIÓN BELGA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA INTERNACIONAL

En este trabajo se han reunido una serie de textos, principalmente de carácter económico, escritos por J.B. Mélis entre 1934 y 1939. Se publicaron en las revistas *BILAN* y *Communisme*, órganos de la Fracción italiana y la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional.

Nacido en Molenbeek Saint-Jean (Bélgica) el 12 de noviembre de 1892, Jean Baptiste Mélis era hijo del tintorero Albert Mélis y de Isabelle Mitchell. Tras la Primera Guerra Mundial, en octubre de 1919, empieza a trabajar en la sucursal de Bruselas del Westminster Bank of London y se afilia al Sindicato de Empleados. El 28 de octubre de 1920 nace su primer y único hijo, Robert Mélis, fruto de su matrimonio con la pintora Mathilde Léopoldine Jacobs.

Hacia 1930, Mélis ya ocupaba un importante cargo en el banco como apoderado, lo que si bien por una parte le obligaba a mantener el anonimato[14] como militante, por otra le permitía dedicar parte de su salario a la lucha revolucionaria. En efecto, Mélis era el principal sostén financiero de

14. En el Boletín de la L.C.I. firmaba sus textos con el pseudónimo de "Jehan", en BILAN empleaba "Mitchell" y en Communisme firmaba como "La Barre".

las organizaciones en las que participaba, primero en la Liga de Comunistas Internacionalistas y más tarde en la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional. El trabajo en el banco, además, le facilitaba el acceso a todo tipo de información y estadísticas económicas, que empleaba frecuentemente en sus estudios previniendo al lector del origen burgués de la documentación manejada.

Sabemos que Mélis mantuvo una activa vida sindical en los años 20 y 30, encargándose de redactar la sección dedicada a los bancos en la prensa del sindicato. Pero se desconoce cuál fue su militancia política antes de 1932, año en que participa en la fundación de la Liga de Comunistas Internacionalistas.

La L.C.I. provenía del grupo que abandonó el Partido Comunista de Bélgica tras las expulsiones de militantes de izquierda en el Congreso de Anvers de marzo de 1928. Organizados a partir de entonces como Oposición al P.C.B., las divergencias con las posturas y los métodos de Trotsky y los núcleos que se reagrupaban a su alrededor provocaron la escisión de una parte de la organización en 1930 (la Federación de Charleroi se sumó definitivamente a la corriente trotskista). Posteriormente, el grupo restante inició un proceso de discusión que desembocó en la redacción de una "Declaración de principios" y la fundación de la Liga de Comunistas Internacionalistas en febrero de 1932, liderada por Mélis y Adhémar Hennaut.

Un año después de fundarse, la L.C.I. empieza a colaborar con los internacionalistas italianos que formaban la federación de Bruselas de la Fracción de Izquierda del P.C.I. Esta organización representa un momento concreto de la historia de la Izquierda Italiana, que a su vez constituye una corriente

original dentro del movimiento comunista en general y de la Izquierda Comunista en particular. Grupo formado por comunistas italianos emigrados pertenecientes a la corriente de izquierda que liderada por Amadeo Bordiga había dirigido el Partido Comunista de Italia hasta 1923 y que fue mayoritaria en dicho partido hasta el III Congreso (Lyon, 1926), la Fracción se había fundado en Pantin (París) en abril de 1928 y organizaba a alrededor de 60 militantes en 4 federaciones: Bruselas[15], Nueva York, París y Lyon, además de algunos miembros aislados y dispersos en otros países, como Rusia, Suiza o Luxemburgo.

La Fracción italiana contaba con toda una tradición de combate a sus espaldas, que se remontaba a los años de lucha contra el oportunismo dentro del Partido Socialista Italiano, durante la guerra y la posguerra. Pasando por la escisión del P.S.I. y la fundación del P.C.d'I. en 1921; por la lucha contra el fascismo en ascenso y desde 1922 en el poder; por la defensa del programa y la táctica comunista dentro de la III Internacional (desde el III Congreso de 1921) y más tarde dentro del partido italiano (cuando la Izquierda fue apartada de la dirección, que pasó manos del grupo de Gramsci en 1923-24), la Izquierda Italiana había ido acumulando un bagaje teórico que ha quedado reflejado en las *Tesis de Roma* o Tesis sobre la Táctica de 1922 y las *Tesis de Lyon*[16] de 1926, y que puede sintetizarse sumariamente en estos puntos: Recha-

15. En la federación de Bruselas de la Fracción militaban dos de sus miembros más destacados: Ottorino Perrone (1897-1957), también llamado Vercesi, y Virgilio Verdaro (1885-1960), alias Gatto Mammone. Ambos eran miembros del Comité Ejecutivo de la Fracción de Izquierda del P.C.I.

16. Las Tesis sobre la Táctica fueron aprobadas en el II Congreso del PC.d'I. en Roma (1922). Las Tesis de Lyon fueron rechazadas en el III Congreso de Lyon (1926), que sancionó definitivamente la marginación de la corriente de izquierda dentro del partido.

zo a la táctica del frente único político, a la consigna de los gobiernos obreros, así como a todo tipo de frente político antifascista y de defensa de la democracia burguesa; consideración de la democracia y el fascismo como dos formas de dominio burgués complementarias con el idéntico objetivo de salvaguardar los intereses de la burguesía; rechazo de la dirección de la Internacional Comunista por el partido ruso y de la teoría del socialismo en un solo país. Ante la deriva oportunista de la III Internacional, que en 1927-28 empezó a expulsar masivamente a los militantes que formaban parte de la oposición en los partidos comunistas, la Izquierda Italiana pensaba que la fundación de una nueva Internacional no podía basarse en una mera convergencia en las críticas hacia la I.C. o el estalinismo. Era necesario hacer un balance histórico de los errores de la I.C. y de la pasada década de luchas y derrotas proletarias antes de pasar a elaborar una plataforma programática común.

Templada al calor de una lucha constante contra el oportunismo, la Izquierda Italiana había llegado a formular de manera original la relación que debe existir entre los principios o el programa y la táctica comunista, según el materialismo dialéctico: *"El programa del partido no es un simple objetivo que pueda alcanzarse por cualquier medio, sino que se trata más bien de una perspectiva histórica en la que los medios empleados y los fines a alcanzar están íntimamente ligados entre sí. En las diferentes situaciones, la táctica debe armonizarse con el programa, por lo que las reglas tácticas generales para las sucesivas situaciones deben precisarse dentro de ciertos límites que, sin duda, no son rígidos, pero que son cada vez más precisos y menos fluctuantes a medida que el movimiento se refuerza y se aproxima a la victoria final.* […] *Es, pues, una necesidad práctica y organizativa la que conduce a establecer los términos y los*

límites de la táctica del partido, y no el deseo de teorizar y esquematizar los complejos movimientos que el partido está llamado a emprender. Esta delimitación a primera vista parece que restringe las posibilidades de acción, pero es la única que garantiza la continuidad y la unidad de su intervención en la lucha proletaria, y por estas concretas razones hay que especificar dichos límites." (Punto 29 de las *Tesis de Roma*, 1922).

Tras su fundación, entre 1928 y 1933, la Fracción participó en las reuniones que llevaban a cabo los distintos núcleos que habían salido de los partidos comunistas y se reagrupaban en torno a Trotsky para tratar de reconducir el movimiento comunista por la vía revolucionaria. Tras ser marginada de estos debates que llevarían a la formación de la Liga Comunista Internacionalista (la organización trotskista oficial, posteriormente IV Internacional), la Fracción se gira hacia los escasos núcleos que no transigen con las posturas y los métodos de Trotsky. En el verano de 1933 propone a varios grupos de la oposición comunista en Francia y Alemania crear un Buró Internacional de Información que se encargue de publicar un boletín (*BILAN*) en el que poder reflejar el debate entre los diversos grupos revolucionarios y hacer balance de las dos últimas décadas de lucha. A pesar de que la propuesta fue rechazada, la Fracción de Izquierda del P.C.I. empezó a editar *BILAN* bajo su propia y única responsabilidad[17] en noviembre de 1933, a la vez que iniciaba un "trabajo conjunto" con la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica en un *"ambiente de discusión que permitía afrontar los problemas esenciales del movimiento comunista"* y *"en base a una confluencia en la crítica de las posiciones de la Oposición Internacional (trotskistas)"*.

17. Se publicaron 46 números de este boletín teórico escrito en francés, entre noviembre de 1933 y enero de 1938.

Este trabajo común entre la Fracción y la Liga, que se inició poco después de la llegada de Hitler al poder en Alemania y cuando la crisis económica internacional está causando estragos, se desarrolló hasta comienzos de 1937. En el terreno teórico, la colaboración entre ambos grupos quedó reflejada en la propia revista *BILAN*, en la que participaron varios militantes de la L.C.I., como Hennaut, Hilden y sobre todo Mélis, bajo el pseudónimo de Mitchell.

Durante esos años tanto en el seno de la Liga de Comunistas Internacionalistas como en la Fracción de Izquierda irán surgiendo divergencias que desembocarán en la ruptura y la crisis de ambas organizaciones al estallar la guerra de España. En agosto de 1936 quince militantes de la Fracción, en su mayor parte de la federación de París, salen hacia Barcelona para combatir en la Columna Lenin del P.O.U.M., abandonando la organización. A finales de ese mismo año Mélis redacta un texto titulado *La guerra en España*, que se publica a comienzos de 1937. La controversia que levanta en la Liga, que viene a unirse a todos los desacuerdos anteriores, hacen ya imposible la coexistencia de las dos corrientes que se venían desarrollando dentro de la organización. La minoría que defiende las posturas de Mélis sobre la guerra en España, que representa a toda la federación de Bruselas excepto tres militantes (entre ellos Hennaut), es expulsada de la organización y funda la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional. En abril de 1937 se publica el primer número de su boletín teórico mensual, *Communisme*, que incluye una "Declaración de principios" que la sitúa en una línea convergente con la Fracción italiana.

A finales de 1937 ambas Fracciones se agrupan en el

Buró Internacional de Fracciones de Izquierda[18], que empieza a editar la revista *Octobre* en febrero de 1938. La Fracción italiana deja de publicar *BILAN*, cuyo último número, el 46, está fechado en diciembre 1937-enero 1938. *Octobre* pretendía ser un boletín mensual, pero sólo se publicaron 5 números, 4 mensuales hasta mayo de 1938 y un último en agosto de 1939. Esta discontinuidad era el reflejo de las dificultades que atravesaban ambas Fracciones y de sus errores y desacuerdos a la hora de analizar el desarrollo de los acontecimientos que se iban sucediendo.

La Fracción italiana había interpretado la llegada de Hitler al poder en 1933 como un paso del desarrollo capitalista hacia una nueva guerra generalizada. La portada del boletín *BILAN* incluía este encabezamiento: "LENIN 1917 – NOSKE 1919, HITLER 1933", que expresaba de manera esquemática la evolución de la situación internacional desde la Revolución Rusa. Tras la revolución de Octubre de 1917 y la fase de ascenso del movimiento revolucionario, la burguesía había logrado encauzar los acontecimientos en un sentido favorable a sus intereses, ayudada por la socialdemocracia (represión de la revolución alemana de 1919). Con la llegada de Hitler al poder en 1933 y cuando la III Internacional había abandonado sus posturas revolucionarias, se daban las condiciones que permitían que el proletariado fuera arrastrado otra vez a la masacre imperialista. Pero el hecho de que la guerra de España no terminará provocando una guerra imperialista mundial, así como el surgimiento de pequeños

18. El Buró Internacional de Fracciones de Izquierda, que tenía por objetivo "favorecer la constitución de fracciones de izquierda en todos los países y sus relaciones", estaba formado por cuatro delegados: dos de la Fracción italiana (Perrone y Jacobs) y dos de la Fracción belga (Mélis y otro militante), además de un tercero por parte de cada Fracción, con voz pero sin voto.

grupos revolucionarios en distintos países, como la Fracción belga en 1937, la Fracción francesa que se fundó en mayo de 1938 o el Grupo de Trabajadores Marxistas de Méjico (que se vislumbraba como una posible Fracción mejicana[19]), llevaron a algunos militantes a pensar que empezaban a darse condiciones favorables para el retorno de la lucha revolucionaria del proletariado. Los acuerdos de Múnich de septiembre de 1938 vinieron a fortalecer esta tendencia, que interpretaba estos pactos como la prueba de que el capitalismo había alejado el peligro de guerra mundial por temor a la respuesta proletaria[20]. La Fracción italiana quedó en la práctica paralizada por los desacuerdos internos, y al comenzar la guerra se disolvió, así como el Buró Internacional de Fracciones. Tras la dispersión de militantes que provocó el estallido del conflicto, la Fracción italiana se reorganiza en Marsella en 1941 y su posterior historia se enmarca ya en el proceso de reconstitución de la Izquierda Italiana que desembocará en la fundación del Partido Comunista Internacionalista en Italia en 1943 y la posterior escisión de 1952.

La Fracción belga sin embargo siguió con vida, y a pesar de los desacuerdos internos continuó publicando mensualmente su boletín *Communisme* hasta agosto de 1939. Desde finales de 1938 se va formando una tendencia[21] dentro de la Fracción que rechaza la teoría de Mélis acerca de la evolución del capitalismo hacia una nueva barbarie bélica y que, en

19. El G.T.M. publicó en mayo de 1940 una revista titulada *Comunismo*, que incluía una traducción de uno de los artículos publicados en el último número de *Communisme*, la revista de la Fracción belga: *Hoy, como en 1914, Contra la Corriente*. Sólo se llegó a publicar este nº1 de la revista.

20. Esta tendencia dentro de la Fracción italiana estaba encabezada por Vercesi (Perrone).

21. Véase en el nº 24 de *Communisme* los artículos *La táctica de la Fracción* y la *Declaración de la minoría*.

línea con la corriente que se afirmaba en la Fracción italiana, sobrevaloraba las capacidades del proletariado en las vísperas del estallido de la guerra. Mélis, que llegó a quedarse en minoría en la Fracción a comienzos de 1939, continuó defendiendo las ideas que ya expuso en 1935 en el folleto publicado por la L.C.I., *El problema de la guerra*: *"Puesto que la situación que vivimos actualmente es el producto y el término de toda una cadena de acontecimientos que han traído consigo la eliminación progresiva del proletariado de la escena histórica, una situación cuyo desenlace no será la liberación de las fuerzas productivas, sino su destrucción, no depende para nada de la mera voluntad de las ínfimas minorías revolucionarias, por resueltas que sean, el invertir este curso en el intervalo de tiempo relativamente corto que transcurrirá hasta la explosión del conflicto."*

La guerra y la ocupación alemana dispersaron a los ya de por sí escasos integrantes de las Fracciones en Francia y Bélgica, y dificultaron la actividad y la organización de los pequeños núcleos que lograron permanecer en contacto. Algunos militantes huyeron a países neutrales, otros trataron de volver a Italia o de refugiarse en Francia, y otros terminaron siendo arrestados. En septiembre 1939, Mélis se trasladó a Francia durante algún tiempo con su compañera Denise Deschamps, con la que planeaba contraer matrimonio tras haberse quedado viudo en agosto de 1938. Continuaba con sus estudios y con su labor militante en la medida en que las condiciones se lo permitían[22].

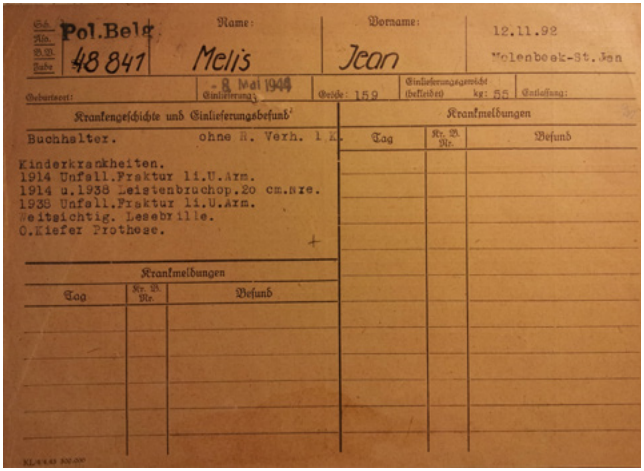
22. Tras la muerte de Mélis, su compañera Denise Deschamps emprendió un pleito para que el Estado reconociera sus derechos como viuda, a pesar de no haber podido contraer matrimonio a causa del estallido de la guerra. Entre los documentos relacionados con este litigio hay un testimonio de Adhémar Hennaut sobre su camarada: *"Conozco al mencionado Mélis desde 1933. En aquella época formábamos parte del movimiento de la 'Liga de Comunistas Internacionalistas', disidencia del Partido Comunista. La situación de Mélis le permitía ayudar financieramente al grupo. Aunque debía mantener su ano-*

Durante un viaje a Bruselas, el 10 de septiembre de 1942 Mélis fue detenido en su domicilio por la Gestapo, que buscaba a su hijo Robert por un matrimonio de conveniencia, se desconoce con quién. Al descubrir todos sus libros, documentos y estudios marxistas, fue arrestado por sus opiniones políticas y encerrado en la prisión bruselense de Saint-Gilles. Posteriormente le trasladaron al fuerte de Breendonk (convertido en campo de concentración por los nazis durante la ocupación) el 16 de marzo de 1943; a Buchenwald el 8 de mayo de 1944; a Dora el 23 de mayo de ese mismo año y a Bergen-Belsen en una fecha desconocida. Allí permaneció hasta que el 15 de abril de 1945 las tropas aliadas inglesas liberaron el campo. Falleció trece días después, el 28 de abril, probablemente enfermo de tifus, y fue enterrado en una fosa común.

En la tempestad de aquellos "años terribles" en los que las exigencias de la lucha revolucionaria llevaban a muchos de los mejores militantes proletarios a la claudicación, la deserción o la traición, la figura de este combatiente anónimo, el burgués comunista Mélis, aparece como expresión del esfuerzo y la conciencia que caracterizaron la lucha internacionalista de la vanguardia del proletariado de aquella época, de aquellos *"nobles representantes de una generación que supo emplear su vida"* (Munis).

---

nimato, Mélis estaba absolutamente comprometido y escribía regularmente en nuestro mensual. En 1937 fundó un grupo que divergía ideológicamente del nuestro, la 'Fracción de Izquierda Internacional'. Yo seguí manteniendo el contacto con Mélis y puedo asegurar que hacia 1940-41, como constaté personalmente, continuaba activamente ocupado en este grupo. En cuanto a su detención, en aquella época corrió el rumor de que la causa había sido el matrimonio de conveniencia de su hijo, pero no hay duda de que toda la documentación y la biblioteca repleta de libros acerca de las diversas doctrinas económicas dejaron claro a los alemanes qué debían hacer con él. También detuvieron a otros miembros de su grupo, pero no puedo afirmar que fuera en las mismas fechas (Albert Manne, Heerbrant)."


Pol.Belg
48 841
Name: Melis
Vorname: Jean
12.11.92
Volenbeek-St.Jan
Geburtsort:
- 8. Mai 1944
Einlieferung
Größe: 159
Einlieferungsgewicht (bekleidet) kg: 55
Entlassung:
Krankengeschichte und Einlieferungsbefund
Buchhalter. ohne R. Verh. 1 K.
Kinderkrankheiten.
1914 Unfall.Fraktur li.U.Arm.
1914 u.1938 Leistenbruchop.2o cm.Nre.
1938 Unfall.Fraktur li.U.Arm.
Weitsichtig. Lesebrille.
O.Kiefer Prothese.
Krankmeldungen
Tag
Kr. B. Nr.
Befund
Krankmeldungen
Tag
Kr. B. Nr.
Befund

Ficha de J.B. Mélis en el campo de concentración de Buchenwald.

Al margen de sus artículos en la prensa sindical, los trabajos de Mélis están contenidos en los boletines y los cuadernos de la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica, en *BILAN* (boletín teórico mensual de la Fracción de Izquierda del P.C.I.) y en *Communisme*[23] (boletín mensual de la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional).

Entre los textos que Mélis firmaba como Jehan en la prensa de la L.C.I. destacan dos folletos sobre la cuestión de la guerra: *El problema de la guerra* (1935) y *La guerra en España* (1936), que no se incluyen en esta recopilación. Aquí se han recogido todos los artículos aparecidos en *BILAN* bajo la firma de Mitchell, excepto el estudio *Los problemas del periodo de transición*, además de cuatro textos publicados en *Communisme*, dos con la firma de La Barre y otros dos anónimos.

23. Se puede consultar los números digitalizados de las revistas *BILAN* y *Communisme* en la web del Colectivo Smolny: http://www.collectif-smolny.org. En *Communisme* los artículos de Mélis aparecían al principio sin firma, cuando eran expresión del pensamiento del conjunto de militantes de la Fracción belga.

Los artículos que se han seleccionado tienen un marcado carácter económico. Se centran principalmente en el análisis de la economía capitalista y de las consecuencias de su evolución en su fase de desarrollo imperialista, tras la guerra de 1914 y en el contexto de la crisis económica general de los años 30. En los cuatro primeros textos se analiza por separado algunas de las más importantes economías imperialistas: Estados Unidos, Bélgica, Francia e Inglaterra, que a la sazón pasaban por el momento más agudo de la crisis. Los cuatro siguientes tienen un carácter más general y constituyen en conjunto un importante estudio marxista sobre los cambios que sufrió la economía y el Estado burgués en la época de entreguerras, sobre las soluciones capitalistas a la crisis general y sus consecuencias para el proletariado. Por último, en el Apéndice, se incluyen dos artículos que tratan específicamente la cuestión sindical y los problemas derivados de la transformación de los sindicatos de órganos para la lucha de clases en órganos de colaboración de clases, a través de su inserción en el mecanismo estatal.

Uno de los méritos de Mélis es haber completado desde una perspectiva económica el análisis teórico que venía desarrollando la Izquierda Italiana desde hacía más de una década y que situaba en un mismo terreno capitalista a la democracia y al fascismo, lo que en la práctica implicaba el rechazo a todo tipo de alianza o frente con cualquier fuerza política "de izquierda" (las consignas de "frente popular", "gobierno obrero" o incluso "frente único" con otros partidos) con el objetivo de defender la democracia frente al asalto fascista. El análisis de Bordiga sobre el fascismo se había limitado principalmente al plano político: *"El fascismo integra el liberalismo burgués, en lugar de destruirlo. Gracias a su organización, de*

la que se rodea la máquina oficial del Estado, se ejecuta esta doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tenderá a intensificar al máximo estas dos funciones defensivas, que no son incompatibles, sino paralelas. Defenderá una política democrática audaz, incluso una socialdemócrata, mientras deja que los grupos de asalto de la contrarrevolución aterroricen al proletariado. Este aspecto de la cuestión demuestra que la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria carece de sentido […]*"* [24]. O en su Informe sobre el fascismo en el IV Congreso de la Internacional: *"Para nosotros, la génesis del fascismo se debe a tres factores principalmente: el Estado, la gran burguesía y las clases medias."* Este análisis implicaba unas claras consecuencias prácticas para el partido de clase, que quedaron reflejadas en los puntos 37, 38 y 39 de las *Tesis de Roma* del P.C.d'I (1922): aunque *"el gobierno y los partidos de izquierda que lo componen inviten al proletariado a participar en la resistencia armada contra el ataque de la derecha* […]*, el Partido Comunista no practicará ni proclamará ninguna 'lealtad' al gobierno liberal amenazado. Al contrario, demostrará a las masas el peligro que supone que este gobierno consolide su poder gracias al apoyo del proletariado contra la sublevación o el golpe de Estado de la derecha"*. Mélis llegó a la misma conclusión teórica y a los mismos resultados prácticos a través del estudio del desarrollo internacional del capitalismo en su fase imperialista decadente, tras la guerra: *"La resistencia y adaptación del capitalismo a la crisis se tradujo en fluctuaciones coyunturales, muy desiguales, destrucciones masivas de capitales, devaluaciones monetarias, batallas arancelarias y guerras monetarias. Todos los Estados capitalistas aceleraron su transformación en economías de guerra siguiendo un ritmo adaptado a la capacidad de resistencia de cada uno de ellos. La importancia de su base imperialista*

24. *El fascismo*. Il Comunista, 17 de noviembre de 1921.

era la que determinaba sus capacidades. Los que se levantaban sobre una plataforma demasiado estrecha, carentes de elementos capaces de amortiguar los contrastes económicos y sociales, tuvieron que recurrir a la violencia del fascismo. El capitalismo italiano no pudo resistir la tormenta de 1921 y se vio obligado a abatir al proletariado" [25].

Este conjunto de textos, hasta ahora inéditos en castellano, ofrecen al lector una buena muestra de las posturas y los análisis en los que se basó la lucha de la Fracción de Izquierda en la época de entreguerras, que la distinguieron del resto de corrientes del movimiento comunista y la situaron, prácticamente sola, en el terreno revolucionario. Pero esta recopilación también es en sí un valioso estudio desde una perspectiva marxista sobre la crisis del capitalismo en época imperialista y sobre todos los expedientes y mecanismos a los que la burguesía se ve obligada a recurrir para mejorar su situación en el contexto de la concurrencia internacional y tratar de sobrevivir. La inflación crediticia, la impresión de billetes, la emisión masiva de deuda soberana, la devaluación monetaria, el saqueo a los ahorradores, la reducción directa o indirecta de los salarios, la guerra de divisas, el papel del Estado y del capital financiero, todas estas cuestiones que hoy están a la orden del día son tratadas a lo largo de estos artículos, que cuyas conclusiones están plenamente vigentes y pueden aún ser de provecho para la lucha revolucionaria de las futuras generaciones de proletarios:

"Todos los imperialismos se dirigen a la guerra, ya se revistan con su viejo ropaje democrático o con su armadura fascista; y el proletariado no puede dejarse arrastrar por ninguna discriminación abstracta entre 'democracia' y fascismo sin con ello desviarse de su lucha cotidiana

25. *El problema de la guerra*, Jehan. Nº 2 de los cuadernos de estudio de la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica (enero de 1936).

contra su propia burguesía. Ligar sus tareas y su táctica a las ilusorias perspectivas de la recuperación económica o a una supuesta existencia de fuerzas capitalistas opuestas a la guerra, es llevarle directo a ella o quitarle toda posibilidad de encontrar el camino de la revolución." (*Crisis y ciclos en la economía del capitalismo agonizante*)

"En realidad vivimos una dramática época en la que la lucha obrera, más que nunca, tanto en el terreno económico como en el político, puede encauzarse e injertarse en las desavenencias internas del capitalismo: divergencias entre industriales y agricultores, entre capital industrial, capital comercial y capital financiero, entre los Trust, entre Imperialismos, entre distintos regímenes de dictadura burguesa (Democracia-Fascismo). Todos son antagonismos secundarios que terminan siempre siendo reabsorbidos en provecho del objetivo central del Capitalismo mundial: sobrevivir pasando por encima de millones de cadáveres obreros.

"La tarea fundamental del Proletariado es salvaguardar sus bases de clase y de lucha contra la patronal, sin entrar en hacer distinciones entre sus distintas posturas económicas y políticas.

"De esta forma, se podrá romper el círculo infernal de la economía de guerra y sustituir la catastrófica salida que ofrece la guerra imperialista por una salida libertadora, la Revolución proletaria." (*Prosperidad de guerra y estándar de vida*).

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

LIBROS

- Agustín Guillamón. *Los bordiguistas en la guerra de España.* Balance, Cuadernos de historia del movimiento obrero nº1, 1993.

- Agustín Guillamón. *Militancia y pensamiento político de Amadeo Bordiga de 1910 a 1930. Origen, formación y disidencia del bordiguismo en el seno de la Tercera Internacional y del Partido Comunista de Italia*. Tesis de Licenciatura. Departamento de Historia contemporánea de la Universidad de Barcelona, 1987.

- Michel Olivier. *Les années terribbles (1926-1945). La Gauche italienne dans l'émigration, parmi les communistes oppositionnels*. Ed. Ni patrie ni Frontières, 2012.

- Michel Olivier. *La gauche communiste belgue (1921-1970).*

- Philippe Bourrinet. *La Izquierda Comunista de Italia (1919-1999). Historia de la corriente "bordiguista".*

- *Los revolucionarios y la guerra de España. Textos de BILAN (1933-1938).* Ed. Curso, 2000.

- *BILAN, Textos sobre la revolución española*. Ed. Etcétera, 1977.

REVISTAS

- *BILAN* (1933-1938), Boletín teórico mensual de la Fracción de Izquierda del P.C.I.

- *Communisme* (1937-1939), Boletín mensual de la Fracción Belga de la Izquierda Comunista Internacional.

- *Octobre* (1938-1939), Revista del Buró Internacional de Fracciones de Izquierda.

EL PROLETARIADO Y LA CRISIS GENERAL CAPITALISTA

ROOSEVELT EN EL GOBIERNO

BILAN nº 3, enero de 1934.

El "Experimento de Roosevelt", ese inapropiado nombre que se da a la gran maniobra que desarrolla el capitalismo norteamericano desde hace nueve meses, pues su elección como presidente se ha efectuado sobre todo bajo el signo de la lucha general por reconducir la economía, ha dado lugar principalmente a tres interpretaciones:

La primera, la interpretación capitalista: los Estados Unidos, aplastados bajo el peso de los crecientes antagonismos, deben concentrar todas sus fuerzas para solucionar la crisis y devolver la salud al mundo capitalista.

La segunda procede de la socialdemocracia internacional: mediante la economía dirigida y el Socialismo de Estado, Roosevelt hace que maduren las condiciones que permiten a los "socialistas" conquistar "pacífica" y progresivamente los principales engranajes del Estado.

Y la tercera, que nosotros compartimos: la agudización particularmente significativa de las contradicciones en los Estados Unidos, la intensidad de la crisis económica que causa estragos, junto al paro y la miseria de millones de hombres, aumentan la temible amenaza de conflicto social, que el capitalismo debe disipar y estrangular con todos los medios a su alcance.

Antes de analizar qué efectos ha tenido este experimento y sacar conclusiones, conviene examinar rápidamente las principales manifestaciones de la crisis en los Estados Unidos.

1. PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

La cantidad de hulla extraída, a finales de 1932, ha caído un 41% en relación a 1929. La producción de hierro fundido ha registrado una bajada del 80% en el mismo periodo y la de acero un 75%. El nivel de producción de estas tres materias ha descendido al de 1900.

En 1929 había 157 altos hornos activos; a finales de 1932 sólo quedaban 42. La industria siderúrgica trabajaba al 14 % de su capacidad a comienzos de 1933.

Los índices de producción industrial total en marzo de 1933 señalan una regresión del 49% en relación a la producción de 1929; 80% en la producción de automóviles; 32% en textil. En 1928 el porcentaje de los Estados Unidos en la producción industrial mundial llegaba al 44.8%; en 1932 se ha reducido al 34.5%. Mientras, Inglaterra ve como su porción de la producción mundial asciende del 9.3 al 11.2%. En el mismo periodo la parte correspondiente a la URSS ha pasado del 4.7% al 14.9%.

El empleo de tan sólo una parte de la capacidad del aparato productivo provoca una detención casi total de las inversiones de capitales: la emisión de acciones, que en 1929 se cifraba en 5.924 millones de dólares, en 1932 no llega a 20 millones.

2. PRODUCCIÓN AGRARIA

La crisis agraria constituye un importante factor del desorden económico de los Estados Unidos. Hay que vincularla con causas principalmente de carácter mundial.

a) La *superproducción*: tras la guerra, los EEUU, Canadá y Australia aumentaron sus siembras, a consecuencia del aumento de la demanda en una Europa devastada por la guerra y la carencia de los productores rusos y rumanos; Canadá, en 1929, aumentó sus cultivos de trigo un 150% en relación al periodo 1909-1913; Australia un 85% y los Estados Unidos un 30%.

b) La *mejora de las técnicas de cultivo* gracias a la introducción del motocultivo, consecuencia del desarrollo capitalista de la producción agrícola.

c) La *tijera de los precios*, que adquiere en los Estados Unidos particular importancia por el hecho de que la caída de los precios de los productos agrícolas es más acentuada que la de los productos industriales, lo cual agrava la situación del pequeño propietario; en 1932 el colono recibía por sus productos un 9% menos que en 1914; en cambio, pagaba por los productos industriales un 43% más.

d) Los *elevados gastos* de venta, de manutención y de distribución de los productos agrícolas que imponen los intermediarios, el aumento de los costos del transporte, de los alquileres, rentas y las cargas hipotecarias que agobian al pequeño campesino. El 25% de las fincas están hipotecadas por más de la mitad de su valor: 800.000 colonos han sido embargados.

Mientras, Europa ha restablecido su producción de trigo al nivel de 1913 e incluso la ha rebasado, intensificando los cultivos y aumentando la superficie cultivada, gracias a una política proteccionista y restrictiva.

En los Estados Unidos el gobierno financia los stocks, manteniendo los precios artificialmente y alentando la producción. Los stocks mundiales aumentaron en julio de

1933 un 163% respecto al mismo mes del año anterior; sin embargo, el consumo interno ha decaído con fuerza al aumentar el paro y con el hundimiento del poder adquisitivo de las masas. Es la caída de los precios: en el mercado mundial los precios caen por debajo del precio de coste; en agosto de 1931 el celemín de trigo se vendía a 48 céntimos en Chicago, el precio más bajo registrado en los últimos 25 años; si a esto le restamos todos los gastos, le quedan al campesino 20 céntimos por celemín de trigo de invierno, que como mucho le sirven para comprar dos paquetes de cigarrillos. El trigo "Northern Nº 1" le da 16 céntimos y medio, y el "Nº 3", 8 céntimos; en julio de 1932, el precio del trigo de mejor calidad era de 59 céntimos.

3. EL COMERCIO EXTERIOR

El año 1932 señala una formidable regresión respecto a 1929, que llega al 70% en las importaciones (26% de descenso respecto a 1913). Las exportaciones bajaron un 70% (35% respecto a 1913). Teniendo en cuenta la caída de los precios, el descenso total del comercio es del 52% respecto a 1929, cayendo en realidad al nivel de 1905-10. El balance positivo cada vez se reduce más: el porcentaje del valor de las exportaciones, comparado con el de las importaciones, ha caído del 125.5% en 1930 al 72.3% en abril de 1933, cuando en 1913 era del 138.5%. La parte de Estados Unidos en el comercio mundial, que en 1928 era de 15.4%, en 1932 no supera el 12.4%. En cambio, Inglaterra ha pasado de 14.8 a 15.4%, reconquistando el primer puesto tras abandonar el patrón-oro en 1931 y la firma de los acuerdos de Ottawa[26].

26. La Conferencia de Ottawa, celebrada en el verano de 1932 entre Inglate-

El porcentaje de las exportaciones de los Estados Unidos en el total mundial era en 1928 de un 17.7%, y en 1932, un 14.7%. Inglaterra sólo desciende del 12.4 al 11.8%. Para Norteamérica, las condiciones de lucha por los mercados empeoran, mientras se esfuerza por mejorar su posición en los mercados sudamericanos: Argentina, Brasil, Colombia, Bolivia, Méjico, Cuba, sustituyendo al poder financiero de Inglaterra. Las inversiones de USA en América casi equivalen a las que tiene en Europa, dirigiéndose sobre todo a Argentina, principalmente a empresas privadas y servicios públicos.

Para acabar con el aumento del déficit comercial, el capital norteamericano acentúa su política proteccionista. Los aranceles han subido de tal forma que a pesar del sensible descenso de los ingresos aduaneros el coeficiente de protección ha pasado de 13.8 en 1929 al 20.4 en 1932.

El hundimiento de toda la actividad económica se traduce en un aumento de la miseria de la clase obrera. La organización de los seguros contra el desempleo brilla por su ausencia: los parados dependen de la caridad privada (Ejército de Salvación), y se estimaba que eran aproximadamente 15 millones a finales de 1932. Sólo en Nueva York se pueden contar 1.600.000. El porcentaje de obreros ocupados en todas las industrias, partiendo de una base de 100 para el periodo 1923-25, eran en diciembre de 1929 de 101.1%, y en marzo de 1933 del 56.7%. En la industria automovilística estos porcentajes son 114.3 y 43.9, respectivamente. La renta anual de los granjeros ha pasado de 12.000 millones en 1929

rra, sus colonias y sus Dominios autónomos, aprobó un sistema aduanero de aranceles reducidos dentro del Imperio Británico y elevados en el exterior, para tratar de hacer frente a la crisis.

a 5.000 millones en 1932, mientras sus deudas ascienden a 15.000 millones. En 1932 se han producido más de 3.000 quiebras al mes. El pasivo global de las empresas quebradas en 1931 se eleva a casi 2.500 millones de dólares, es decir, 64.000 millones de francos franceses.

La riqueza nacional, que a finales de 1929 llegaba a los 362.000 millones de dólares, 3.000 por habitante, a finales de 1932 no supera los 247.000 millones, 2.000 por habitante.

La situación de las finanzas públicas lógicamente refleja este hundimiento general. La deuda pública interna alcanza los 21.000 millones de dólares a finales de 1932, lo que equivale a alrededor del 10% de la riqueza nacional.

Los créditos de guerra a Europa continúan siendo un importante factor del presupuesto norteamericano. A finales de diciembre de 1932, la deuda total europea aún recuperable ascendía a más de 20.000 millones de dólares, al cambio 522.000 millones de francos franceses. De estos, a Inglaterra le corresponde el 48%, el 31% a Francia, 12% Italia y 3.5% Bélgica. Como la moratoria Hoover (verano de 1931) ha suspendido los pagos de Alemania y la cuestión de las reparaciones se liquidó en el verano de 1932 (Lausana), los deudores europeos no pueden desquitarse con Alemania para pagar a Norteamérica. Por otra parte, la bajada mundial de precios ha aumentado el peso relativo de las deudas, que cada vez es más difícil pagar con mercancías. A la insolvencia de Europa, que el desenfrenado proteccionismo estadounidense acentúa (aranceles Hoover), se une la crisis de producción y de intercambios, lo que sitúa a los Estados Unidos ante temibles dificultades.

LOS PALIATIVOS DE HOOVER

Tratando de reconducir el capitalismo, Hoover adoptó un programa que se basaba en tres elementos esenciales: *la protección del mercado interno estableciendo tarifas arancelarias; el mantenimiento del patrón-oro y la expansión del crédito*.

Tras el crack bancario de 1929, señal de crisis general, una corriente arrastró a todos los valores a la baja (títulos, créditos, depósitos, mercancías), hundiéndolos, reduciéndolos parcialmente o incluso destruyéndolos totalmente. Hoover trató de poner diques a este amenazador desastre. Puso en marcha la política del "dinero fácil", y se empezaron a conceder abundantes créditos.

Señalaremos sucintamente cómo funciona el aparato bancario norteamericano, cuya base es el Sistema de la Reserva Federal, que se compone de:

1º. Los Bancos Federales (de emisión) que no tienen relación directa con el público.

2º. Los Bancos Nacionales y los Bancos del Estado, llamados Comerciales, afiliados al Sistema Federal y que son los únicos en tratar con el público. Deben cubrir los depósitos de su clientela entregando un cierto porcentaje de estos depósitos (Reservas) a los Bancos Federales. Cuanto mayores son estas reservas, mayores son los créditos que los Bancos Comerciales pueden ofrecer a sus clientes.

Hoover promulgó unas leyes que daban a éstos facilidades en el descuento con los Bancos Federales, permitiendo que se aceptaran ciertos valores, como por ejemplo las obligaciones del Estado, hasta entonces prohibidas. Sin embargo, hay que señalar que estas nuevas facilidades no permitían a los Bancos Federales imponer a sus Bancos afiliados un

aumento de los créditos privados. Este factor es el origen del conflicto entre el aparato bancario y el gobierno, conflicto latente durante la administración Hoover y abierto y en pleno desarrollo con Roosevelt.

Hoover extendió el movimiento de expansión del crédito creando la *Reconstruction Finance Corporation*, que presta ayuda a los Bancos, a las Empresas Industriales y Comerciales y a los Granjeros. Estos logran que se *mantengan* artificialmente los precios, gracias a la financiación de sus stocks de trigo y algodón.

¡Esta "generosa" política de crédito no logró reanimar la producción! Los activos bancarios permanecieron "bloqueados" y continuaban depreciándose. La reacción de los depositantes, que amenazaba con derrumbar toda la estructura financiera, ha llevado al crack bancario de febrero de 1933.

LA POLÍTICA DE ROOSEVELT

La primera intención de Roosevelt fue tratar de sanear los bancos mediante una amplia reducción de los depósitos. Pero esto conducía a la quiebra del sistema bancario; así pues, el programa "deflacionista" se tradujo únicamente en medidas de reducción presupuestaria: reducción del "Bonus" de los veteranos y de los sueldos de los empleados del Estado.

Fue entonces cuando Roosevelt mostró su programa, cuyos objetivos son:

1º. Apoyar a los bancos para que liberen sus activos inmovilizados.

2º. El alza de los precios al nivel de 1926.

3º. Aligerar el peso de la deuda sobre la economía, con la subida de los precios que conlleva la depreciación de la moneda.

4º. Aumento de la intervención del Estado en el terreno económico: la "codificación" de la industria y las "ayudas" a la agricultura.

5º. Aumentar la competitividad en el mercado exterior (lucha contra Inglaterra y Japón).

Los dos medios que se han empleado principalmente para realizar este programa son el abandono del patrón-oro y la N.R.A.[27]

Toda la estrategia de Roosevelt se basa principalmente en los manejos monetarios, cuyo objetivo es que se "inicie" la recuperación. El abandono del patrón-oro no se debe a necesidades técnicas (el porcentaje de la cobertura oro era casi del 50% en marzo de 1933), sino que responde a una consciente voluntad de depreciar sistemáticamente el dólar. Esto se traduce en la votación de una ley que otorga a Roosevelt la potestad de emitir hasta un total de 3.000 millones de dólares en billetes y reducir su valor hasta la mitad.

Alza de los precios, aumento del poder adquisitivo multiplicando los "signos monetarios", esos son los objetivos. ¡¡Como si la "creación" de estos nuevos signos significase que se producen valores nuevos, que aumenta la riqueza!! Se exhuma la vieja *teoría "cuantitativa" de la moneda*, según la cual es el *volumen* de moneda en circulación el que determina el *valor* de las mercancías, ¡y nosotros que pensábamos que el valor de las mercancías lo determinaba el valor del *trabajo* que contienen!

Esta es una excelente ocasión para repasar el carácter y la función de la moneda: Sobre su carácter, Marx ya indicó que

27. National Recovery Administration, institución estatal creada por Rossevelt para hacer frente a la crisis mediante la fijación de precios y salarios a través de acuerdos y negociaciones entre los empresarios y los trabajadores.

"si el oro juega el papel de moneda respecto al resto de mercancías es porque ya antes existía frente a ellas como mercancía", y también que *"como en ciertas y determinadas funciones el oro puede ser sustituido por simples signos de sí mismo, hay quien piensa que en sí mismo no es más que un simple signo."* (Capital, Vol. I).

El oro, como moneda, tiene *dos funciones*:

a) Es la *medida de los valores* porque, *ante todo*, es una mercancía que representa tiempo de trabajo materializado; por tanto, su valor es *variable* como el del resto de mercancías (por ejemplo: 1.5 gr. de oro=10 horas de trabajo=1 celemín de trigo).

b) También es el *patrón de los precios*, porque, como *unidad de medida y de cuenta* (convencional), representa una cierta cantidad determinada e *invariable* de metal, que puede dividirse en partes alícuotas. En esta función, el oro siempre presta el mismo servicio aunque varíe su valor: una décima parte de la unidad nunca modifica su relación con dicha unidad (1.5 gr. de oro = 1 dólar = 100 céntimos).

Por tanto, el precio de una mercancía expresa dos cosas: a) la magnitud del valor correspondiente a cierta cantidad de trabajo social, que se expresa en su equivalencia en oro-moneda (primera función); b) el múltiplo o la fracción de la unidad de medida por la que es intercambiable (segunda función), dada por ejemplo la ecuación: una mesa=(20 horas de trabajo)=3 gr. de oro=(20 horas de trabajo)=2 dólares.

Un *aumento real de los precios* sólo puede producirse: 1º gracias a un descenso del valor del oro, mientras permanece constante el valor del resto de mercancías; 2º por el *aumento del valor de todas las mercancías*, mientras el valor del oro permanece constante. Al revés ocurre en caso de descenso general de los precios.

Decidir *arbitrariamente* que *un dólar* ya no representa 1.5 gr. de

oro, sino por ejemplo 0.75, *no cambia* el hecho de que un celemín de trigo, por ejemplo, siga cambiándose por 1.5 gr. de oro (si el valor, la oferta y la demanda permanecen constantes). Ahora harán falta *dos signos monetarios de un dólar* para obtener un celemín de trigo, pero su valor, su precio real, no habrán cambiado. Si lo que pretendo es hacerme ilusiones sobre la medida de una pieza de tela de, digamos, 10 metros, evidentemente podría decir que el metro, *unidad de longitud*, sólo equivale a 50 cm., y así tendría una pieza de 20 metros (de 50 cm. cada uno)… Este es el tipo de gracia que Roosevelt y sus consejeros pretenden que aceptemos.

El *valor*, el *precio real* de las mercancías, no depende, pues, de la *cantidad de signos monetarios* en circulación: la cantidad de moneda necesaria para los intercambios se puede determinar fácilmente sabiendo el valor total de las mercancías existentes, por un lado, y la velocidad de circulación de dichas monedas, por otro. Según los malabaristas de la teoría cuantitativa, basta con aumentar el volumen de moneda en circulación para que aumenten los precios y viceversa, de ahí el *milagro* del "dólar compensado": dólar cuyo valor en oro varía con los precios (aumentando en caso de alza y bajando si los precios descienden), lo cual parece conferirle un *poder adquisitivo constante* y dar *estabilidad a los precios*.

Este es un ejemplo de los expedientes a los que debe recurrir un capitalismo acorralado para engañar y confundir a las masas y darse un indispensable respiro.

LA CAMPAÑA DE LA N.R.A.

Toda la demagogia de esta vasta maniobra estratégica del capitalismo puede resumirse en esta declaración de

Johnson[28], el jefe de la N.R.A., el hombre de confianza de Baruch[29], el representante más poderoso del capital financiero. *"Hay que restaurar, aumentar el poder adquisitivo del pueblo. El consumo es esencial para que nuestros esfuerzos tengan éxito. SI todos los patronos se ajustan a los códigos, y SI todos los consumidores empiezan a hacer compras importantes, asistiremos a la recuperación más formidable que hayamos visto."*

Pero *¿qué significa, en un régimen capitalista, aumentar el poder adquisitivo?* Para no complicar la demostración, nos atendremos al caso de una sociedad *puramente capitalista*.

Marx formuló de esta manera el valor anual de la producción: *capacidad adquisitiva general* = capital constante (consumido) + capital variable + plusvalía.

El *nuevo trabajo* incorporado a la producción, o capital variable + plusvalía, constituye la *renta social anual*, y la fracción de producto consumida por los individuos, su *capacidad de consumo*, está representada por el capital variable más la plusvalía (menos la parte acumulada de ésta).

Hay que tener en cuenta que la producción social se descompone en *bienes de producción* y *bienes de consumo*: cada rama económica, cada empresa, constituye un mercado para las otras ramas, pero, *en última instancia*, es el *consumo individual* el que determina el consumo productivo y, por tanto, la *capacidad adquisitiva total* del mercado.

Ahora bien, las necesidades de la acumulación capitalista han reducido cada vez más la parte de capital total reserva-

28. Hugh Samuel Johnson (1882-1942) fue un alto oficial del ejército antes de entrar en los negocios y la política. Roosevelt le puso al frente de la N.R.A. en 1933. Se piensa que Johnson copió el modelo del corporativismo fascista italiano.

29. Bernard Baruch (1870-1965), financiero y consejero de la presidencia desde la Primera Guerra Mundial.

da al capital variable (parte correspondiente al proletariado) así como la plusvalía consumible, para aumentar la parte del capital constante y, por tanto, las capacidades productivas (capital fijo). De aquí surge esta *contradicción fundamental*: el desarrollo de las fuerzas de producción conlleva una regresión relativa de la renta social y de la *capacidad de consumo individual*.

El círculo vicioso es este: el consumo individual, por una parte, determina la capacidad adquisitiva general, pero está condicionado, a su vez, por esta misma capacidad adquisitiva, la cual está limitada por las posibilidades de empleo del aparato productivo. He aquí el centro del problema: la *expansión del mercado*.

Pero para el capitalismo *en general*, y para el capitalismo norteamericano en particular, el *mercado exterior no capitalista* ya no ofrece perspectivas de ensanchamiento, y será así durante bastante tiempo. Queda el mercado interno. ¿Cuáles son las bases para que este pueda desarrollarse e impulsar la reactivación de las industrias de producción y de consumo?

La *industria de medios de producción* no puede reanimarse si no se reanuda la acumulación, algo para lo cual no existen condiciones: la capacidad de aparato productivo empleada era del 15% a finales de marzo de 1933 y la sumas atesoradas (40.000 millones en los bancos) no pueden sentirse atraídas por unas inversiones que no son rentables.

El sistema de códigos que se ha introducido en la industria norteamericana contiene unas clausulas que impiden todo intento de acumulación, al prohibir el empleo de nuevas maquinas. Más abajo, en el curso de nuestro análisis de los acontecimientos, vamos a poder ver que la industria de medios de producción no ha logrado progresar.

La *industria de bienes de consumo*: en este caso la producción está condicionada por la capacidad de consumo individual o capital variable + plusvalía (consumida). Se sobreentiende que una modificación en la *relación* entre estos dos términos sólo puede ser resultado de la lucha de las dos fuerzas presentes (proletariado y burguesía), por lo que es inconcebible que el capital acepte libremente aumentar la parte de capital variable en detrimento de la plusvalía.

De esta forma, la demagogia de Roosevelt se revela claramente cuando apela al "patriotismo capitalista", cuando pide a la patronal que "anticipe" los futuros beneficios que obtendrá cuando llegue la recuperación, aumentando los salarios a expensas de su ganancia, y cuando la anima a no aumentar los precios de venta prometiendo ayuda financiera.

Pero una mera modificación de la relación entre el capital variable y la plusvalía no supone un aumento permanente del poder adquisitivo. Este aumento sólo es posible mediante un *aumento absoluto* del capital variable, el cual depende del desarrollo de la producción.

Roosevelt intenta reanimar ésta aumentando los precios mediante la caída del dólar. ¡Piensa que gracias a su rapidez de reflejos esto llevará a una recuperación general!

Las *clausulas de trabajo*, incluidas en el sistema de códigos industriales, y las medidas a favor de los granjeros reflejan otro aspecto de las preocupaciones del capitalismo norteamericano: la necesidad de aplastar la creciente amenaza que supone el ejército de 15 millones de parados y la miseria de los campesinos. Reintegrar en el proceso productivo a un cierto número de parados repartiendo el trabajo entre un mayor número de obreros, ese es el objetivo que se persigue con el límite máximo de las horas de trabajo y con el sala-

rio mínimo. Más abajo examinaremos cómo se plasman en hechos estas medidas.

Por otra parte, Roosevelt trata de asegurarse la colaboración del organismo que más influencia tiene sobre el proletariado, la American Federation of Labour; el sistema de códigos permite que los obreros se organicen en el sindicato que quieran (de la A.F.L.).

Para dar gusto a los granjeros, Roosevelt les promete, por una parte, el aumento de los precios de sus productos y la reducción de sus deudas con la devaluación del dólar, y por otra, subsidios para reducir los cultivos.

En los códigos aparece también la clausula de "competencia desleal", que favorece al capital monopolista y constituye una infracción de la ley anti-Trust, aprobada anteriormente. Hay que señalar que el estatuto industrial de cada código lo fija el *capital mayoritario* de cada rama, lo que significa que los monopolios pueden imponer sus opiniones a las pequeñas y medianas empresas. De esta forma les arrebatan las ventajas que habían conseguido frente a los Trust en el transcurso de la crisis: la débil composición orgánica de su capital les permitía bajar los precios de coste más fácilmente, mediante una reducción masiva de salarios. En cambio, los Trust veían como aumentaban sus cargas por el débil empleo de su capacidad productiva. Los códigos, nivelando los salarios y reduciendo las horas de trabajo (algo que ya se había hecho en las grandes empresas) debilitan la posición de las pequeñas industrias y crean las condiciones que favorecen una mayor concentración de la producción bajo control de los monopolios.

ROOSEVELT ANTE LA REALIDAD ECONÓMICA

El experimento empieza con un movimiento de expansión económica que sigue inmediatamente al abandono del patrón-oro y que adquiere un carácter claramente especulativo. Esta recuperación continúa hasta julio[30]. Subrayemos esta coincidencia: las reservas de productos manufacturados se han visto muy mermadas durante los cuatro años de crisis; las perspectivas inflacionistas y de subida de precios son precisamente una oportunidad para que estas reservas restablezcan su nivel normal, en condiciones además aparentemente ventajosas.

Se reanuda la producción, el comercio mayorista y el minorista hacen sus pedidos. Pero lo importante no es aumentar la producción y acumular stocks, sino que estos encuentren salida en el mercado. Ahora bien, la actividad industrial y comercial mayorista se mantiene en un nivel más alto que el consumo, que sin embargo crece en cierta medida. Se produce el fenómeno que acompaña a todo periodo de depreciación monetaria: la fuga hacia los "valores reales". Los que detentan el dinero, los atesoradores, convierten sus dólares (que se han vuelto "papel") en mercancías, títulos, moneda extranjera, aunque las compras no respondan a necesidades inmediatas. No obstante, esta transformación del poder adquisitivo latente en poder adquisitivo *activo* no es suficiente.

En lo que respecta a los productores agrícolas, los prime-

30. Roosevelt llegó al gobierno en marzo de 1933. En abril se aprobó la *Executive Order 6102*, que prohibía la posesión privada de oro en bruto, en moneda o en certificados. Tras "pagar" a los ciudadanos 20'67 dólares-papel por "onza troy" de oro, el gobierno devaluó el dólar situando en precio de la onza en 35 dólares.

ros meses de depreciación del dólar, de abril a julio, han provocado un alza sensible de los principales productos agrícolas. El precio del trigo, por ejemplo, ha pasado de 65 céntimos el celemín (13 litros) a mediados de abril, a 105 céntimos a mediados de julio, es decir, una subida del 61% (su precio era de 180 céntimos en diciembre de 1925); el precio de la carne de vacuno ha subido un 11% y el algodón un 35%. El índice general de los productos agrícolas ha pasado de 40, en marzo, a 60.1 en julio.

Vemos, pues, que la relación entre el índice general de precios y el de los productos agrícolas se ha modificado a favor del segundo: la tijera de los precios tiende a cerrarse.

El poder adquisitivo de los campesinos aumenta alrededor del 30%. Pero lo ganado en julio ya se había perdido en octubre.

En cualquier caso, teniendo en cuenta que la clase campesina no constituye sino algo más de una quinta parte de la población activa (10.5 millones frente a 48 millones), se puede concluir fácilmente que las esperanzas de extender el mercado de esta forma son bastante limitadas.

Además, ¿de qué vale un aumento del precio de los productos agrícolas si no aumentan las posibilidades de darles salida? ¿Y qué parte de la población consume más trigo, carne, leche, mantequilla y algodón que la clase obrera? ¿Qué podemos sacar en claro de todo esto?

La N.R.A ha fijado el salario mínimo semanal en 12 dólares en el sur y 13 en el norte, pero este mínimo tiende a convertirse en un máximo, ya que no están estipuladas las horas *mínimas* por semana: un obrero que trabajaba de 48 a 54 horas por semana ya sólo trabaja de 35 a 40 horas; el salario por hora ha aumentado, pero el salario global, 16.71 dólares, es más bajo que antes.

Los obreros especializados son despedidos y vueltos a contratar con las nuevas condiciones de *salario base*; el trabajo se intensifica: en la industria textil los obreros atienden 40 telares, en lugar de 8 o 12. La vuelta al trabajo de los parados se hace así en perjuicio de los que siguen trabajando y las estadísticas del paro, incluso las más optimistas, ¡nos muestran que *no hay aumento absoluto de la capacidad de consumo de las masas obreras*!

Podemos constatar que, de marzo a junio, el aumento de la producción ha sido del 42%, pero las ventas de los pequeños comercios sólo aumentaron un 19%. En agosto de 1933, el comercio mayorista creció un 52% en relación a agosto de 1932, en cambio, las ventas de los grandes almacenes de Nueva York, por ejemplo, sólo crecieron un 8.5%. En junio y julio, la producción es un 40% mayor que el consumo.

Los pequeños comerciantes están sobrecargados de mercancías, pero los fabricantes y los mayoristas aumentan sus beneficios elevando los precios ante el aumento de los precios de coste.

De mayo a julio, los precios al por mayor aumentaron un 14%, pero lo precios al por menor sólo subieron un 7%.

Este descuelgue sólo significa un cosa: que la ruptura entre la oferta y la demanda no ha sido en beneficio de esta última, que las ventas al por menor no aumentan lo suficiente como para permitir a los pequeños comerciantes adaptar sus precios a la depreciación y a los precios impuestos por los mayoristas.

Por otra parte, el alza de los precios, que es nominal y especulativa, no compensa en absoluto la depreciación del dólar. Al *bajar* los precios en oro resulta esta prima a la exportación, que no es otra cosa que esto: bajo un régimen de depreciación monetaria, las mercancías exportadas se cambian por una cantidad *menor* de oro que antes. Esta famosa *prima* al cambio

no es, en suma, sino la *ruina* del cambio.

De febrero a junio, el índice de precios ha bajado de 80.1 a 77.1, mientras que el precio en dólares papel-moneda ha subido de 80.4 a 94.4.

La vasta campaña de Roosevelt por la subida de los precios, que supuestamente debería arrastrar al poder adquisitivo de las masas, no es más que un embuste: un movimiento nominal de los precios no supone más que una modificación momentánea en el *reparto* del poder adquisitivo entre las clases sociales y no un *aumento* de ese poder adquisitivo.

Vamos a ver ahora las características del desarrollo de la producción:

En la *industria básica*, la *siderúrgica* progresa de esta manera: en febrero de 1933 trabajaba al 14% de su capacidad; en junio al 46%, y en julio al 59%.

Durante los siete primeros meses de 1933, la producción se ha desarrollado al 31% de su capacidad, frente al 22% durante el mismo periodo de 1932.

En 1932, el consumo de acero se repartió principalmente entre la Construcción (21%), la Industria Automovilística (17%), la del Ferrocarril (12%), la de Construcción de calderas (11.5%) y la Petrolera (8.5%).

Ahora bien, actualmente podemos constatar que la *industria de la construcción* trabaja al 15% de la media de la década 1920-30. Los gastos en la construcción son en julio de 1933 un 33% inferiores con respecto al mismo mes del año anterior.

Los pedidos de acero para la construcción, el segundo trimestre de 1933, son un 15% inferiores a los del primer trimestre, y estos son un 8% más bajos que los del año anterior.

La *industria automovilística* ha sido la que ha provocado el aumento de la demanda de acero principalmente.

A finales de junio de 1933, su producción llegaba al 58% de la media de los años 1927-30, cuando el pasado marzo sólo alcanzaba el 10%.

Aunque la producción de 1933 se prevé que sea superior a la de 1932 en un 25%, esto sólo representa un tercio de la producción de 1929.

El *ferrocarril*, que consume acero pesado, compra poco, al estar ya bastante equipado.

La *industria de la construcción de calderas* ha aumentado su producción gracias a los pedidos de la industria cervecera.

La *agricultura* no realiza ninguna compra y la fabricación del utillaje agrícola para los tractores permanece casi detenida.

Lo mismo se puede decir de la *industria de construcción de maquinas*.

En cambio, la *industria del armamento naval* hace importantes pedidos de acero.

Sin embargo, tras la fase ascendente de la producción de acero, que llega hasta julio, se pasa a una descendente que reduce al 38.8% su rendimiento a finales de octubre, y al 23% actualmente, lo que hace prever una acumulación de stocks equivalente al 50% de la producción anual de 1933. El empleo de la producción de acero permite afirmar que no se está realizando una renovación del capital fijo y que el mercado no puede desarrollarse en esta dirección.

Entre las *industrias de consumo*, la Textil aumenta notablemente la producción, pero en una dirección claramente especulativa; esto se debe a los deseos del Capital de *beneficiarse* del alza de los precios, así como de producir antes de

que aumenten los precios de coste, que es lo que ocurrirá cuando se apliquen los códigos y entre en vigor el impuesto al trabajo del algodón.

Así, podemos ver que las hilanderías trabajaban al 129% de su capacidad normal de producción, el pasado junio, y al 117.5% en julio.

En cambio, las ventas al por menor en las tiendas de ropa son un 2% *inferiores* a las de 1932.

Hemos visto cómo la aplicación de los códigos conlleva un debilitamiento de la pequeña y mediana industria. En efecto, el aumento de los gastos de producción ralentiza el desarrollo de la recuperación, que se efectúa sobre la base de las perspectivas inflacionistas.

Las ventas en el comercio mayorista y minorista descienden, de ahí la campaña de la N.R.A.: "¡comprad ya!".

Los pequeños productores ven como se agrava su situación financiera y como aumentan sus necesidades de liquidez. Esto explica sus presiones para que se acentúe la política de expansión crediticia. Roosevelt trata de aumentar las líneas de crédito, pero esta forma de *inflación* requiere el concurso de los bancos; ahora bien, los bancos, que han aprendido de la experiencia de 1929 y de marzo de 1933, que han estado a punto de provocar su hundimiento, hacen oídos sordos a pesar de los exhortos de los agentes de Roosevelt para que se "muestren generosos". El gobierno dice a los banqueros: "Dad créditos y la economía mejorará, vuestros deudores serán solventes".

Los banqueros responden: "Sólo podemos dar crédito a los deudores que son solventes *actualmente*". La inestabilidad monetaria ya no les invita a transformar su liquidez disponible en valores fijos; prefieren que sean los organis-

mos gubernamentales quienes se encarguen de estas operaciones tan poco atractivas. Esta política de abstención también puede convertirse en un apoyo a los monopolios para que acentúen la concentración industrial: el conjunto de los depósitos, que es diez veces mayor que el total que circula en forma de moneda, permite medir la considerable influencia que pueden ejercer los bancos sobre la circulación y los intercambios. Como los bancos se niegan a prestar su concurso, el Estado se ve obligado a crear sus propios organismos financieros de crédito (en el fondo eso es todo lo que piden los bancos), encargados de dar anticipos de hasta 1.000 millones de dólares sobre los activos bloqueados, de liberar los depósitos de los bancos cerrados y garantizar el resto, de hacer que los Reserve Banks (de emisión) compren fondos públicos.

De ello resulta un aumento considerable de las cargas del Estado y la disminución de la liquidez disponible del Federal System. El crédito del Estado se ve amenazado por los bancos, que convierten los grandes paquetes de obligaciones del gobierno a largo plazo en Bonos del Tesoro de corto vencimiento, provocando una bajada de los Fondos Públicos. Además, 2.000 millones de dólares huyen al extranjero.

Añadamos que los gastos de las medidas para reconducir la economía alcanzan ya más de 15.000 millones de dólares en créditos, anticipos y primas de todo tipo.

Señalemos aquí que los gastos a los que se ha comprometido el gobierno federal para el programa de Obras Públicas (programa que en este momento es una de las mayores preocupaciones de Roosevelt), no pueden jugar más que un papel muy reducido en el conjunto de la economía norteamericana, teniendo en cuenta que la renta nacional era de

40.000 millones de dólares en 1932. Sin embargo los límites del volumen de gasto pueden ampliarse en función de las perspectivas inflacionistas.

La corriente inflacionista está aumentando, alentada por una multitud de voces que creen que así se salvarán: los granjeros, cuyas esperanzas duraron hasta julio, ven como se desvanecen sus ilusiones con el descenso de los precios agrícolas (el índice cae del 60% en julio al 55.5% a comienzos de noviembre) y la subida de los productos industriales, que provocan una disminución del 17% de su poder adquisitivo respecto a julio. Por otra parte, los intentos de controlar la producción algodonera, que iguala la de 1932, han fracasado a pesar de haberse reducido un 17% la superficie cultivada. El rendimiento por acre se estima en 208 lbs. en 1933, mientras que la media de los diez últimos años era de 167 lbs. Naturalmente, los granjeros se han limitado a abandonar las tierras menos productivas, y las indemnizaciones por abandono que han recibido las han empleado en comprar fertilizantes para mejorar las siembras conservadas.

La *agitación agraria* se traduce en huelgas de productores para presionar al gobierno, pero Roosevelt no quiere imitar la política de financiación de las cosechas de Hoover, que ha sido desastrosa. ¡Como mucho está dispuesto a destinar algunos millones para comprar trigo para los parados!

La nueva orientación que ha adoptado la política monetaria de Roosevelt a finales de octubre (compra de oro) se explica perfectamente dada la necesidad de calmar a los granjeros y poder seguir prometiéndoles un alza de los precios.

Mientras, la situación se agrava, sobre todo en la industria: por una parte, los precios de coste han subido del 25 al 30%; por otra, a consecuencia del amplio desequilibrio entre

la producción y el consumo, los precios de venta no han seguido la depreciación del dólar (17% frente a un 37% del dólar). El índice de precios es de 75, frente a los 100 de 1926, cifra ésta que constituye el objetivo que Roosevelt pretende alcanzar.

El boletín de octubre de la Reserva Federal confesaba: *"La ralentización de la actividad industrial en el transcurso de los últimos meses se ha manifestado sobre todo en las industrias que más se beneficiaron de la rápida expansión anterior. También ha sido destacada en las industrias en las que se han aplicado recientemente los impuestos de transformación y los Códigos."*

El índice de producción, que en julio era de 92, ha descendido a 66 a comienzos de noviembre, cayendo al mismo nivel que hace un año por las mismas fechas.

La *agitación obrera* ha aumentado en unas proporciones que Roosevelt no había previsto. Las clausulas incluidas en los códigos, presentadas como ventajas, concesiones otorgadas a los obreros, han sido saboteadas sistemáticamente por la patronal. Muchos patrones rechazan entablar negociaciones con los sindicatos (Ford y Cía.).

Las huelgas se multiplican y se extienden. En julio, en Pensilvania y Virginia –las ciudadelas de la poderosa United Steel Corporation (Trust del acero)– se desarrolló un movimiento que englobaba a 75.000 mineros y metalúrgicos, después de que la patronal rechazara en acuerdo del "Código del Carbón". El trabajo se reanudó a mediados de agosto, con la promesa de la N.R.A. de que se aplicaría el código. En septiembre, la huelga estalló de nuevo, extendiéndose progresivamente hasta llegar a 130.000 obreros. El código ahora aceptado y aplicado ya no satisface a los mineros: en lugar de 4.5 y 5 dólares, la tarifa sólo ofrece 3.6

y 4.6 dólares en el norte y un salario aún más bajo en el sur. No se garantiza una mínima cantidad de trabajo al año. En cambio, el arbitraje es obligatorio para los obreros. En la Ford de Chester ha estallado una huelga en protesta por la reducción de las horas de trabajo de 40 a 32 y porque los salarios se han recortado de 20 a 16 dólares semanales.

Johnson, el jefe de la N.R.A., dijo durante un discurso en el que hablaba de las huelgas: *"No se deben tolerar las huelgas, el capital y el trabajo ahora están* en pie de igualdad*; el trabajo ya no necesita luchar para defender su causa, pues el gobierno hace todo lo posible por él, mientras la huelgas que organizan los trabajadores amenazan con destruir el movimiento obrero"*. Y en un congreso de la A.F.L. declaró: *"Hoy ya no podríamos permitir que una organización obrera paralice una industria gracias al libre empleo de la fuerza que tiene"*. Para Johnson, la distribución actual de las riquezas y las ganancias es justa; afirma que *"el trabajo nunca podrá obtener más en el sistema económico actual"* (algo de eso nos olíamos). La opinión del gobierno en este tema parece definitiva y obligatoria. *"Si el trabajo organizado no está conforme, será suprimido."*

Cae la máscara.

Antes de terminar, nos gustaría hablar del último hallazgo de Roosevelt: la *fijación del precio del oro*. Ya sabemos lo que Marx pensaba de ello, cuando dijo: *"el hecho de que el oro, como patrón de los precios, se presente bajo los mismos nombres de cuenta que los precios de las mercancías* (por ejemplo: 1 onza de oro = 20.67 dólares) *ha dado lugar a la sorprendente idea de que el valor del oro puede expresarse en su* propia substancia *y que, a diferencia de todo el resto de mercancías, el Estado puede fijar su precio."*

Esta nueva medida significa que Roosevelt tiene la intención de comprar oro sobre unas bases que él mismo fijará y que fluctuarán: la cotización del dólar será "dirigida"; pero es evidente que este dólar (papel) variará en función del oro, sin afectar al precio mundial del oro (que actualmente lo fija el Banco de Francia, que ha mantenido el patrón oro y la convertibilidad).

Por tanto, cuanto más suba el precio fijado en dólares, más descenderá el valor del dólar en el mercado internacional. Lo que nos parece una excesiva pretensión imperialista de Roosevelt es que trate de apoderarse del control del mercado internacional de oro *para elevar los precios mundiales* (lo cierto es que si estos no suben, el aumento de los precios interiores será inoperativo). Oigamos sus proyectos: *"corregir el reparto del oro en el mundo; el valor del oro* debe doblarse en todas partes*, el último recurso de los capitales a corto plazo (países con monedas de oro) debe ser conquistado; hay que despejar el terreno para adoptar un* nuevo patrón monetario*". "No hay nada,* –dice–*, que la humanidad necesite más que un nuevo sistema monetario"*. El entiende por esto, evidentemente, el establecimiento del sistema de la "moneda- mercancía" o "moneda-índice", o moneda compensada, del que hemos hablado ya anteriormente, y que equivaldría a suprimir la *mercancía-oro* que se emplea como medida de todas las demás mercancías. Esto sería, de hecho, la desaparición de la propia moneda, que sólo puede realizarse si desaparece también la ley del valor, el mercado y el propio capitalismo.

Resumiendo: la depreciación monetaria desencadenada por Roosevelt no puede desembocar en un alza *real* de los precios, del valor de las mercancías, ni tampoco puede, de

ningún modo, aumentar la riqueza y la renta nacional; esta subida de los precios sólo puede ser *nominal*, reflejándose en un aumento de la cantidad de *signos monetarios* presentes. Los precios *expresados en oro*, al contrario, *bajarán*, y esta bajada arrastrará a los precios mundiales (este fenómeno ya se ha producido tras la devaluación de la libra esterlina).

Una subida nominal de los precios no conlleva un aumento de la capacidad adquisitiva, sino únicamente una modificación en el reparto de la capacidad adquisitiva ya existente. El único garante del poder adquisitivo es el *trabajo* y el poder adquisitivo suplementario corresponde al *nuevo trabajo* que se incorpora a la producción.

Ninguna de las medidas presentes en el experimento norteamericano y en el contexto capitalista determina ni puede determinar, en el futuro, un aumento de la capacidad general de consumo. Todo lo contrario, lo que hemos visto hasta ahora es una reducción de esta capacidad de consumo *en detrimento* del proletariado industrial y agrícola. El foso entre la capacidad productiva y la capacidad de consumo se ensancha. Tal es el lógico resultado de las medidas de Roosevelt.

Al comienzo de nuestro estudio hemos indicado las tres interpretaciones esenciales de los planes imperialistas norteamericanos, cuya ejecución se confió a Roosevelt.

El capitalismo presentó este conjunto de medidas como la solución a los problemas de la crisis económica. Pero en realidad era una batida de estrada que trataba de camuflar el plan real del capitalismo yanqui: el ataque general contra la clase obrera, o mejor dicho, preparar el terreno para que la clase obrera sea incapaz de desencadenar sus acciones de clase.

El propio Roosevelt se ve obligado a dar una respuesta de inequívoco carácter capitalista a los problemas económicos. Tras cuatro años de crisis, que han reducido la producción general, debía producirse una cierta recuperación para reponer los stocks agotados.

Que esto era un periodo accidental y no la solución de la crisis lo demuestran las características de la febril actividad económica entre marzo y julio de 1933. Las ramas industriales que se han mostrado más sensibles a la recuperación industrial en esta época no son las que constituyen el armazón del capitalismo; por otra parte, el aumento de la producción de acero no se dirige a la industria de la construcción, la forma típica de inversión capitalista a largo plazo. En general, el resto de ramas económicas, excepto las que se encargan de producir material bélico, sufren una clara regresión desde julio, incluso comparado con la producción de 1932.

Por otra parte, Roosevelt ha aprovechado esta recuperación económica contingente y pasajera para llevar a cabo el plan de consolidación del capitalismo monopolista, suprimiendo las supervivencias individualistas del capitalismo norteamericano y tratando de completar el control del imperialismo financiero sobre toda la economía. Pero donde mejor se puede ver el resultado de la política de Roosevelt y como mejor se comprende el verdadero significado de todas sus medidas económicas es en el terreno social. Según las declaraciones del general Johnson, a las que nos hemos referido, Roosevelt se ha asignado como objetivo dirigir a la clase obrera, no ya hacia una oposición clasista, sino hacia su disolución en el propio seno del capitalismo, bajo el control del Estado capitalista. Así, los conflictos sociales no deben desembocar en la lucha real –y de clase– entre los obreros

y la patronal, sino que deben limitarse a un enfrentamiento entre la clase obrera y el N.R.A., organismo del Estado capitalista. Los obreros, pues, deberían renunciar a todo intento de lucha y confiar su suerte a su propio enemigo. Es perfectamente comprensible que la socialdemocracia, cuya función histórica es poner al proletariado al servicio del capitalismo, vea en la N.R.A. *fragmentos de socialismo* y anime al proletariado a apoyar el "programa socialista de Roosevelt".

Las huelgas de Pensilvania nos demuestran que en el futuro, si los obreros encaran movimientos clasistas, chocarán con un bloque que va desde la American Federation of Labor hasta la N.R.A., y la policía podrá ametrallarles en nombre del programa "socialista" de Roosevelt. El proletariado norteamericano ha carecido de un guía indispensable para poder desencadenar movimientos clasistas en estos meses de recuperación económica, le ha faltado el partido comunista. Por eso han podido imponerle la N.R.A. En el futuro será el propio capitalismo quien rompa las clausulas de los Códigos del Trabajo. Y los obreros, en una situación menos favorable, no tendrán fuerza para hacer que se respeten los Códigos y pasarán por una época en la que la N.R.A. se convertirá en el órgano de opresión violenta, incluso desde el punto de vista formal.

En fin, desde una perspectiva internacional y atendiendo a las relaciones entre los diferentes bloques imperialistas, Roosevelt puede presumir de haber logrado éxitos efectivos. Si bien es cierto que devaluando el dólar el capitalismo norteamericano aún no ha ganado terreno a sus rivales, al menos sí que ha logrado defender más eficazmente el mercado norteamericano frente a la competencia extranjera, reforzando su política aduanera. ¿Pero qué hará el capitalismo

norteamericano con toda su superproducción? Roosevelt no tiene más camino que el del resto de los países imperialistas, pues es imposible dar salida a esta producción de manera pacífica, ni en el interior ni en el exterior. Sólo puede dirigirse hacia la guerra para tratar de conquistar otros mercados. Los recientes acontecimientos en Extremo Oriente y el reconocimiento de la URSS son medidas muy prácticas orientadas en esta dirección: los quinientos millones de habitantes de China son un atractivo irresistible para los apetitos imperialistas norteamericanos y japoneses: N.R.A., guerra económica y guerra monetaria son los heraldos de la guerra futura.

MITCHELL.

EL PLAN DE MAN

BILAN nº 4 y nº 5, febrero y marzo de 1934.

Nuestra época presenta un profundo anacronismo entre la evolución de las fuerzas de producción, que empujan al proletariado a tomar la dirección de la sociedad, y el capitalismo, que no sólo se ve obligado a liquidar las organizaciones revolucionarias del proletariado para no desaparecer de la escena histórica, sino que también debe esforzarse por restablecer el funcionamiento unitario de la sociedad alrededor de sus intereses de clase, a través de un nuevo material histórico ante el cual el antiguo programa democrático parece anacrónico.

Las tempestades revolucionarias en el mundo entero obligan a todos los países (incluso a aquellos que no han tenido que enfrentarse a movimientos insurreccionales) a revisar las bases sobre las que se levantaba la sociedad burguesa de preguerra. La victoria del fascismo en Alemania ha dado la señal para la reorganización del capitalismo en todos los países: en Francia, Déat[31] lanza el programa del neo-socialismo; Tardieu[32] dice que es necesario revisar la Constitución

31. Marcel Déat (1894-1955) fue un político socialista francés. En 1933 la tendencia de derecha que lideraba es expulsada del S.F.I.O. Su "neo-socialismo" converge teóricamente con el "planismo" de Henry De Man en Bélgica. En 1941 funda el Rassemblement National Populaire y colabora con el gobierno de Vichy durante la ocupación.

32. André Pierre Tardieu (1876-1945) fue un político francés, varias veces presidente del gobierno.

si no se quiere perecer. En Inglaterra, de una manera menos notable, se desarrolla un proceso análogo desde 1931, con la dislocación del gobierno laborista y la formación de la Unidad Nacional. El proceso aún no ha alcanzado su pleno desarrollo, pero ni siquiera las potentes reservas del Imperio Británico lograrán que los acontecimientos se detengan en los resultados logrados en la Conferencia de Ottawa. En Norteamérica, Roosevelt ha promovido un plan de reconstrucción económica y "paz social" que se ha saldado con un gran fracaso.

En Bélgica, la huelga de mineros de julio de 1932 demostró a la burguesía que, dada la particular situación de Bélgica, acorralada entre las dos principales fuerzas imperialistas europeas, necesitaba dar nuevas soluciones al problema de su dominio. La ola de descontento proletario que acompañó a la instauración de los plenos poderes sólo pudo aplacarse gracias a la mascarada de los diputados, que aportaron millones de firmas al presidente de de las Cortes pidiendo que estas se disolvieran, ahogando así el referéndum para desencadenar una huelga general. Pero aún subsistía el problema de canalizar al proletariado alrededor de la burguesía, cuando los acontecimientos belgas y mundiales ya habían acabado con sus ilusiones de sabotear los intereses del proletariado a través del sufragio universal, el parlamento y la democracia en general. Para ello había que modificar la "estructura", y aquí es donde aparece De Man[33] con su plan. De Man ha

33. Henry De Man (1885-1953), político socialista belga, uno de los líderes del P.O.B. (el partido socialdemócrata de Bélgica) y autor en 1933 del Plan de Trabajo con el que pretendía hacer frente a la crisis económica y que le valdrá ser considerado como uno de los representantes del "planismo" y el "neo-socialismo". Presidente del partido tras la muerte de Vandervelde en 1938, De Man publicó un manifiesto a favor de los alemanes tras la ocupación del país.

estado de Alemania, conoce de cerca su experiencia y se ha asignado como objetivo, *no ya atacar a la clase, haciendo que el capitalismo desencadene el movimiento fascista, sino a la inversa: señalar todas las maniobras que caracterizan al movimiento fascista para luego apelar al proletariado a que haga suyas las bases programáticas con las que el nazismo ha lanzado su ataque en Alemania.*

La teoría socialista con la que el proletariado ha edificado todas sus organizaciones proletarias, con las que el proletariado ruso ha ganado su combate y el proletariado italiano, austriaco, chino y de todos los países ha librado sus luchas revolucionarias, todas estas teorías necesitan una reforma "estructural". ¿Y por qué? ¿Acaso los acontecimientos han demolido estas teorías y la lucha del proletariado debe basarse, por tanto, en otras directivas? ¡Jamás en la vida! De Man no se preocupa en analizar cuáles han sido los errores, al calor de las derrotas y las victorias del proletariado y a la luz de la evolución de la sociedad capitalista. Él resuelve el problema así: el fascismo triunfa porque puede movilizar a las clases medias contra el híper-capitalismo y porque logra comprometer al proletariado en defensa de la patria. El socialismo debe robar al fascismo su programa, cambiando el suyo, y si las condiciones económicas permiten que los organismos proletarios sobrevivan, transfigurados ya según este plan, se logrará alejar el peligro fascista, pero a cambio el proletariado deberá renunciar a su lucha revolucionaria. El plan del jefe de la escuela revisionista socialdemócrata, de este autor que como muchos otros ha querido ir más allá del marxismo, responde a estas consideraciones y ha sido aprobado por el Partido Obrero Belga. *La importancia del plan no está en sus enunciados, sino en que trata de que los obreros se suiciden ante sus enemigos.*

***

El plan de trabajo del P.O.B. se basa en tres ideas centrales:

1.- Constata la evolución orgánica de la estructura del mundo capitalista. La libre competencia ha sido sustituida por el monopolio dirigido por el capital financiero. La relación que existe entre monopolio y proteccionismo ha hecho que la lucha entre "productores individuales sea sustituida por la concurrencia entre Estados". Esta evolución ha provocado una tendencia al repliegue nacional de los Estados. Por tanto, hay que adaptar el socialismo a este "nuevo capitalismo".

2.- La situación actual de las clases medias, dada su animosidad contra el capitalismo financiero, este híper-capitalismo que las aplasta y las lleva a una situación de estricta dependencia (salariado), les da un carácter menos reaccionario que en 1848, en la época de Marx. Así, su anti-capitalismo permite establecer un frente de lucha junto al proletariado para lograr una reforma estructural que reduzca el campo de actuación del capitalismo financiero.

3.- Esta lucha a través del sufragio universal, en el marco de la Constitución belga, permitiría obtener la mayoría necesaria para modificar la estructura del Estado y reformar la estructura económica, dejando de lado los antiguos objetivos socialdemócratas que iban encaminados a modificar el reparto.

En sus artículos en *Peuple*, H. De Man ha ido desarrollando estos puntos. La génesis del plan parte del punto siguiente: *"la opinión según la cual el socialismo debe realizarse ante todo en el marco internacional reposa en una concepción ya superada por la*

evolución del capitalismo. […] *La tendencia general de la evolución del capitalismo ha sufrido un vuelco. En lugar de continuar persiguiendo un mercado mundial cada vez más amplio, vamos hacia un nacionalismo económico que enfrenta cada vez más a unas naciones industriales con otras."* Según De Man, esta evolución, que *"caracteriza el paso de una fase de progresión y de expansión a otra de regresión y repliegue"*, obliga al proletariado a concebir la socialización como nacionalización, adaptando *"la doctrina de la socialización a las transformaciones de la propia economía capitalista"*. Resumiendo, H. De Man estima que la nacionalización, *"al dejar tal como está el régimen de circulación basado en el mercado, es decir, en el dinero como base para el cálculo de los precios, los salarios y la rentabilidad"*, no sólo hace viable una "economía mixta" que no se aísle del mercado mundial y evite así el destino de *"los intentos de nacionalización vacilantes y poco adaptados a la nueva situación que se produjeron en varios países europeos tras 1918"*, sino que también permite acabar con el paro y orientar sensiblemente al proletariado hacia el socialismo.

Como todo "sociólogo" que precia, De Man maneja el sofisma con bastante brío. Así, convierte en *"una concepción socialista ya superada"* la clásica tesis del reformismo –tan querida por Joseph Wauters[34], antiguo ministro de Estado–, que condenaba toda lucha revolucionaria dentro del terreno nacional si ésta no se producía simultáneamente en todos los países.

Pero para la doctrina marxista, que sale al encuentro de los De Man y los Wauters, que se basa en las condiciones históricas del desarrollo del capitalismo en el mundo entero,

34. Joseph Wauters (1875-1929), político del P.O.B., ministro del gobierno de unidad nacional tras la Primera Guerra Mundial, promulgó la ley de las 10 horas.

las luchas revolucionarias que surgen en el terreno nacional tienen necesariamente un alcance internacional, pues son consecuencia de un proceso histórico que refleja la estrecha dependencia de las clases antagonistas a escala mundial. Por esto, cualquier lucha nacional del proletariado no puede llegar a buen puerto si no se inspira en las enseñanzas que se desprenden de la lucha del proletariado internacional, si no traslada esas enseñanzas a su campo específico de batalla.

Pero De Man no tiene intención de revisar su revisionismo para volver al marxismo; negar la tesis del reformismo clásico, que quizá pecaba de simplista, le sirve para precisar su concepción *activamente nacionalista* de la lucha obrera, relegando así al Museo Arqueológico hasta la verborrea internacionalista, que era lo único que conservaba la socialdemocracia de su antiguo socialismo. Tendremos ocasión de hablar más tarde de este famoso aspecto del repliegue nacional. Examinemos ahora el problema principal. De Man, tras muchos otros, ha descubierto la tendencia actual del capitalismo: el repliegue nacional. Evidentemente, reconoce que *"el carácter general e irresistible de esta evolución ya ha sido reconocido por ciertos teóricos del socialismo desde finales del siglo pasado"*, pero a él le corresponde el gran mérito de haber descubierto el "nuevo socialismo", una necesaria adaptación a la evolución del capitalismo.

La tendencia de los Estados capitalistas a impulsar el proteccionismo, una condición indispensable para formar monopolios y, por tanto, un aspecto concreto del repliegue nacional, es tan vieja como el propio capitalismo. Ya Engels, en una nota al III tomo de *El Capital* (página 118), hacía una observación sorprendente sobre el proteccionismo en relación a las industrias de exportación: *"los capitalistas cada*

vez están más convencidos de que las modernas fuerzas productivas, con su rápido y gigantesco desarrollo, escapan día tras día a las leyes de cambio que supuestamente deben regirlas. Estos dos síntomas lo ponen en evidencia: 1º la nueva y universal manía de los derechos de producción, que se distinguen de la vieja idea proteccionista en que persiguen, ante todo, la protección de los artículos susceptibles de ser exportados; 2º los Cárteles y los Trust que se crean en las grandes ramas de la producción." Por otra parte, Lenin, en su folleto vulgarizador *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, ya insistió bastante en el carácter proteccionista de este nuevo capitalismo surgido de la concentración de las empresas y los bancos, por lo que podemos afirmar que, en resumidas cuentas, el "descubrimiento" de De Man es simplemente un truco publicitario para sacar a la palestra una idea bastante vieja, como ya ha señalado muy oportunamente L. Blum[35] en el *Populaire*.

El repliegue nacional, pues, es una *tendencia orgánica del capitalismo*, una tendencia hacia una ganancia suplementaria que permite vender las mercancías en el mercado exterior a precios inferiores a los de coste, una manera de proteger las industrias nacionales de débil composición orgánica. El hecho de que en un periodo de contracción del capitalismo esta tendencia orgánica se refuerce en la misma medida en que se acentúa la concentración y el monopolio de las ramas de la producción, de que esta tendencia se refleje, en esta misma fase, en el establecimiento de una estrecha relación entre el Estado así reforzado y el capital financiero, no es más que un fenómeno normal de la economía capitalista, en un periodo en el que la preparación de la guerra necesita la máxima concentración capitalista en el plano nacional.

35. Léon Blum (1872-1950), dirigente del S.F.I.O., el partido socialdemócrata francés. Primer ministro de gobierno del Frente Popular entre 1936 y 1938.

Evidentemente, cada contracción trae sus "novedades", pero esta novedad se refleja en un sentido de progresiva degradación. El nuevo capitalismo y esas modificaciones en su estructura que De Man acaba de descubrir se revelan como mistificaciones, términos pretenciosos para explicar el paso –que data del siglo XIX– del estadio de la libre concurrencia –que nunca existió en estado "puro"– al estadio del capital monopolista que abre la era del imperialismo. A este respecto, mucho antes que Henry De Man, Lenin ya decía que *"el viejo capitalismo de la libre competencia y de la Bolsa, su indispensable regulador, se ha ido. Un nuevo capitalismo le sucede, aparentemente como algo transitorio, llevando a cabo una especie de combinación entre la libre concurrencia y el monopolio."* Este proceso de transfiguración del capitalismo, que sustituye definitivamente la vieja lucha entre capitalistas aislados por una lucha entre Estados, instrumentos del capital financiero omnipotente, es pues un fenómeno específicamente capitalista que se ha acelerado tras los nuevos antagonismos de la posguerra. En primer lugar, esta aceleración no es producto de una evolución necesaria del capitalismo, sino de la derrota del proletariado internacional, el único que podría haber armonizado el desarrollo de las fuerzas de producción. Esta "crisis revolucionaria que choca con la crisis capitalista" sólo podía llevar a una acentuación de las características específicas del mundo capitalista, a una absorción momentánea de los contrastes de clase que amenazaban directamente al sistema existente. Pero De Man no pretende rebajarse a una serie de fórmulas archiconocidas, quiere dar su particular significado al fenómeno capitalista: demostrar que las luchas obreras deben limitarse *naturalmente* a objetivos nacionales, tanto en su forma como en su contenido, que socialización significa nacionalización

progresiva de la economía capitalista, o economía mixta. Con el pretexto de la "acción inmediata", De Man llega incluso a proclamar que los obreros deben amoldarse a su "nación, una e indivisible", la cual presenta como el refugio supremo para los obreros, arbolados así por la reacción capitalista. Estas son algunas de las consecuencias de la derrota revolucionaria en Alemania y de la creciente degeneración del Estado proletario.

LAS CLASES MEDIAS

Esto es lo que aporta De Man sobre este tema: *"la pequeña burguesía de 1848 era liberal y democrática en el terreno político, pero monopolista en el terreno económico; la gran masa de las clases medias actualmente exige al Estado una política antiliberal y antidemocrática, pero se siente económicamente oprimida y explotada por los monopolios que detenta el capital financiero. Como no hace mucho, este anti-capitalismo de las clases medias viene acompañado de un 'anti-proletarismo' que es producto del temor a verse empujados a las filas del proletariado y del deseo de elevarse por encima de éste. Pero este anti-capitalismo ha cambiado su carácter al cambiar el propio capitalismo. Desde ciertos puntos de vista, económicos y no políticos, este anti-capitalismo se ha vuelto menos reaccionario que el del siglo anterior. En efecto, se dirige contra un capitalismo que ha pasado de su fase progresiva a la regresiva, a medida que la concurrencia cedía su puesto al monopolio, la iniciativa patronal al dominio bancario y el librecambio al proteccionismo. Resumiendo, hoy podemos decir que la masa de las clases medias se opone al capitalismo monopolista, pero no al capitalismo competitivo, y se da cuenta de que tiene intereses en común con las masas obreras frente al capitalismo financiero, pero no frente a otras formas de capital."*

Así, según De Man la pequeña burguesía de 1848 era monopolista en el terreno económico. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre el monopolio y la corporación, y el hecho de que en el mismo artículo De Man hable de los "monopolios corporativos" no sólo lo confirma, sino que también demuestra que hay un poco de confusión en la cabeza de nuestro honorable profesor. El monopolio es resultado de la concentración de empresas y capitales y de la eliminación de la concurrencia en las ramas fundamentales de la producción del capitalismo en determinados países. En este sentido, solo puede emplearse este término en el contexto de la economía capitalista. La corporación, en su forma más rígida, data de la Edad Media y se corresponde con la producción artesanal[36]. Paralelamente al desarrollo del comercio y la producción se produjo una diferenciación de las funciones, que desde entonces dieron a las corporaciones una relativa reglamentación de la producción (limitación de la producción, del número de obreros, los precios, etc.). Es más, el desarrollo de la industria manufacturera, producto de las necesidades de un mercado que se expandía sin cesar, obligó a Turgot[37], ya en 1776, a abolir las corporaciones, gremios y cofradías, que eran obstáculos para el desarrollo de la burguesía. El edicto fue revocado ese mismo año, pero la Revolución Francesa, con la ley del 2 de julio de 1791, proclamó la libertad de trabajo y suprimió las corporaciones. Antes, por tanto, la corporación era monopolista, pero en un

[36. Según Waitling (Estudio histórico de las corporaciones profesionales de los romanos), *"las corporaciones ya existían antes de la antigua Roma, pero carecían de métodos reglamentados o de un aprendizaje impuesto y no existían los monopolios."*]

37. Jacques Turgot (1727-1781), político y economista francés, encargado de las finanzas de Luis XVI entre 1774 y 1776. Es uno de los exponentes de la escuela económica conocida como fisiocracia.

sentido absolutamente restringido, pues su único objeto era limitar regionalmente la producción o llegar a acuerdos entre productores independientes.

Por lo demás, bajo la monarquía absoluta, particularmente en los reinados de Luis XV y Luis XVI, las corporaciones ya estaban terriblemente dislocadas; se reducían a acuerdos entre pequeños productores que subsistían sobre todo gracias a la tradición, pero que eran sacudidos constantemente por el desarrollo del comercio. Este hecho ya lo señaló Jaures en su historia de la Revolución Francesa.

Esta confusión a la hora de valorar dos términos diferentes permite a De Man establecer fácilmente sus "analogías históricas": la pequeña burguesía de 1848 era liberal y democrática en el terreno político, pero monopolista económicamente. Hoy ocurre lo contrario, ¡la pequeña burguesía es menos reaccionaria que en el siglo anterior, pues supuestamente lucha contra el monopolio capitalista, que se halla en una fase de regresión!

La pequeña burguesía de 1848 no sólo estaba lejos de desear un retorno a un inexistente "monopolio", sino que sus tendencias económicas no se encaminaban a restablecer las corporaciones tal y como existían bajo la monarquía, algo que por otra parte no podía lograr ante el poderoso asalto del capitalismo. En aquella época la pequeña burguesía era reaccionaria, pero no porque tuviera una concepción de la organización social opuesta al desarrollo objetivo de las fuerzas económicas, *sino por el simple hecho de hallarse entre las dos fuerzas antagónicas de la sociedad*: el feudalismo y la burguesía. Su falta de cohesión y sus intereses heterogéneos le impedían formar sindicatos de productores –que por otra parte habrían sido incapaces de oponer resistencia al capitalismo industrial–; la

tendencia de cada pequeño burgués a producir más y mejor para poder ascender y pasar a formar parte de la burguesía, les impedía manifestar una tendencia económica particular que les distinguiese claramente de las otras clases en el terreno de la acción política. Esta particularidad permitió a Engels afirmar, tras los acontecimientos de 1848, que los pequeño-burgueses *"se debaten entre la esperanza de elevarse a las filas de la clase más rica y el miedo a verse reducidos a la indigencia; entre la esperanza de avanzar algún paso en su afán de conquistar una parte del poder político y el temor a provocar con su intempestiva oposición la cólera del gobierno, del que depende su existencia, pues puede quitarles a sus mejores clientes; poseen pocos medios y su inseguridad es inversamente proporcional a su grandeza; la opinión de esta clase se caracteriza por su vacilación."* (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*). Desde los inicios del siglo XIX, el desarrollo del capitalismo ha convencido a la pequeña burguesía de que es imposible luchar contra él, incitándola, al contrario, a elevarse hasta él. Resumiendo, la pequeña burguesía no jugaba un papel progresista, ni desde el punto de vista político ni desde el económico. Políticamente, su democratismo no era más que la expresión de su confianza en el porcentaje de población que representaban: *"la pequeña burguesía es extremadamente numerosa en Alemania debido al escaso desarrollo de la clase de los grandes capitalistas e industriales en este país."* (Engels). Al ser mayoría, la introducción de la democracia y el liberalismo (que era considerado como un inconveniente necesario de la democracia) les daría la posibilidad de legislar la sociedad, y de esa forma podrían sobrevivir. Esto les llevó a apoyar a la burguesía, pero su lucha política conservaba ese carácter claramente reaccionario que se corresponde con su posición económica y su papel de tampón entre las clases fundamentales de la sociedad.

A este respecto, podemos traer a colación otra cita de Engels: *"La pequeña burguesía es valiente a la hora de jactarse pero impotente cuando hay que actuar, le aterran las empresas arriesgadas. La naturaleza mezquina de sus operaciones comerciales y financieras es una muestra eminente de su carácter irresoluto y carente de iniciativa; su actividad política no puede sino ofrecer las mismas características."* Así, tanto por su situación económica como por su actividad política, la pequeña burguesía de 1848 representaba una clase reaccionaria. Los pequeños campesinos y agricultores eran quienes podían aportar algo progresivo en aquella época, dado que *"se lanzaron principalmente a los brazos del partido revolucionario: por una parte, por el enorme peso relativo de los impuestos; por otra, por las servidumbres feudales que pesaban sobre ellos"*. Ocurrió lo mismo con los funcionarios que luchaban junto a la burguesía para que se abolieran las jerarquías administrativas basadas en lazos de consanguinidad y pasaran a fundarse en los principios burgueses: la libre elección y el ascenso de los funcionarios según sus capacidades. Estas dos categorías sociales que lucharon por la abolición de las supervivencias feudales tuvieron, por tanto, un papel progresista.

Pero De Man no teme contradecirse: por una parte admite, con Marx, el carácter reaccionario del anti-capitalismo de las clases medias de 1848; por otra, habla de sus posturas liberales y democráticas en el plano político. La modificación de la función de las clases medias en el presente periodo es supuestamente una consecuencia de la atenuación en su carácter reaccionario, una atenuación que según los propios criterios de De Man sería más bien una… acentuación de este carácter. En efecto, en un estudio publicado en el Boletín del Banco Nacional de Bélgica, De Man demuestra que sería ilusorio pretender volver al librecambio: *"sería ilusorio preten-*

der imponerse a las tendencias hacia la autarquía nacional mediante un simple retorno al laisser-faire de nuestros abuelos, partidarios de la completa libertad de la competencia individual. Pues precisamente es este régimen de libertad el que ha dado lugar a los actuales monopolios, mediante el irresistible juego de la concentración de empresas, el creciente predominio del capital financiero y la transmisión hereditaria del poder económico adquirido."

Ahora bien, según De Man, lo que hoy caracteriza a la pequeña burguesía es precisamente esta tendencia ilusoria hacia el retorno al régimen de la libertad económica, una tendencia económicamente reaccionaria, pues el monopolio, como reconoce el propio De Man, es una forma superior de desarrollo económico. Pero, sin embargo, según De Man, el hecho de que el capitalismo pase de un estadio progresivo a uno regresivo otorga a las clases medias unas características susceptibles de convertirlas en aliadas del proletariado, a pesar de sus utopías reaccionarias. De nuevo De Man confunde sus deseos con la realidad: que el capitalismo atraviese una fase regresiva no significa que clase revolucionaria tenga que rechazar el grado de desarrollo que han adquirido las fuerzas económicas, las cuales, por otra parte, dan a la burguesía su carácter reaccionario porque superan en amplitud los límites impuestos por las leyes de la plusvalía capitalista. Significa únicamente que el proletariado necesita armonizar el desarrollo económico con la construcción de nuevas relaciones sociales. *El proletariado no está en contra de los monopolios, así como en general tampoco está en contra del progreso industrial; únicamente lucha contra el modo capitalista de emplear todo el progreso económico, científico, etc., para que éste empiece a beneficiar al conjunto de la sociedad mediante la supresión de las clases.* En una fase regresiva del capitalismo, la única clase que tiene valor revolucionario

es el proletariado. En lugar de aplacarse, la pequeña burguesía ve como se acentúan sus características propias del siglo pasado, debido a la violencia que adquieren las relaciones sociales entre las dos clases fundamentales. Su deseos de, como poco, subsistir, le solidarizan con la burguesía, contra la cual no se atreve –igual que en 1848– ni a reivindicar el retorno al antiguo librecambio. El desarrollo fabuloso del capitalismo monopolista le da vértigo y una sensación definitiva de impotencia, por ello pide que el Estado se refuerce, pues en principio es el único que puede mantener el orden, protegiéndola de la tiranía de los monopolios, garantizándola un mínimo necesario para subsistir o vegetar. Cuando el proletariado se agita violentamente, amenazando directamente el capitalismo, y le es posible plantear en un determinado momento la toma del poder, puede llegar a neutralizar a la pequeña burguesía, instaurando un orden que garantice su pequeña existencia. Pero una vez ha pasado esta ola, cuando el proletariado recula, cuando organiza huelgas parciales, generales, avanza, retrocede y emprende de nuevo el camino de la huelga, entonces la pequeña burguesía, enervada por esta inseguridad social, buscando un Estado fuerte, se gira hacia su apoyo natural, que le garantiza un miserable privilegio que a veces se refleja únicamente en esa superioridad "moral" del pequeño-burgués. Éste se inclinará hacia el capitalismo, le rogará que imponga orden en el país y le ayudará a masacrar al proletariado –sin poner en riesgo "sus bienes y su vida", por supuesto–, verá con satisfacción la llegada del fascismo, que agravará sus condiciones de existencia pero al menos hará que reine "el orden en Varsovia".

Sin embargo, De Man, dándonos gato por liebre, añade un complemento esencial para comprender el problema: las

nuevas clases medias, que dependen del capitalismo porque generalmente son asalariadas, se ven amenazadas a compartir la suerte del proletariado, pero no muestran un anti-obrerismo tan acentuado como los pequeños comerciantes, esos pequeños traficantes que se enfrentan directamente a los trabajadores. Sin ellas es imposible formar un frente de trabajo que otorgue una mayoría al P.O.B. y le permita sacar adelante su plan. No obstante, estas nuevas clases medias no tienen una función distinta al conjunto de las clases medias desde el punto de vista político. El propio De Man, aunque hable de unir el anti-capitalismo de las clases medias con la lucha de la clase obrera, se ve obligado a precisar que se trata de "ciertas capas" de las nuevas clases medias, las mejor pagadas, para las que *"la proletarización no significa tanto angustia material como pérdida de independencia"*. Pero ocurre todo lo contrario, estas capas de clases medias mejor pagadas –funcionarios, técnicos, universitarios– están ligadas a la burguesía, de la que tratan de formar parte mejorando su situación. El hecho de ser asalariados no les confiere virtudes intrínsecas, pues aunque su salario no supere el del obrero, su "educación" permite que subsista esta división de clase que le separa del proletariado. Su dependencia frente al capitalismo, su incapacidad para hacerle frente, su separación del proletariado, sus diversos intereses, no sólo les impiden tener aspiraciones específicas, sino que les hacen más bien aliados del capitalismo que del proletariado, al que están obligados a despreciar para poder ocupar aunque sea exteriormente una posición social superior e intermedia. Las clases medias, viejas o nuevas –pues nosotros no vemos ninguna razón para establecer distinciones fundamentales, sobre todo a favor de estas capas mejor pagadas–, estarán ligadas al capitalismo

mientras el proletariado, con su acción revolucionaria, no logre sacudir la sociedad lo suficiente como para crear las condiciones que permitan edificar un nuevo orden. Cuando el periodo regresivo del capitalismo coincide con un reflujo revolucionario, las clases medias, cobardes y bizantinas en general, se inclinarán hacia las fuerzas más brutales del capitalismo y le pedirán que limpie la sociedad de la inseguridad que él mismo fermenta, retomando una expresión de Kautsky sobre las nuevas clases medias en su polémica contra Bernstein.

LAS REFORMAS ESTRUCTURALES

Por reformas estructurales el Sr. De Man entiende *"permitir un mejor reparto mediante una transformación del régimen encaminada a lograr una mayor renta nacional, es decir, una producción más adaptada a las necesidades del consumo y que se desarrolle paralelamente a este."* He aquí una descripción de todo esto: *"la reformas en el reparto pretenden cortar un trozo más grande en una tarta de una dimensión dada; las reformas estructurales pretenden hacer que la tarta sea más grande."* (Discurso a la comisión sindical en Bélgica).

Las reformas estructurales se derivan del hecho de que la crisis hace imposible luchar por reformas en el reparto, pues éstas *"no benefician a una clase sino en la medida en que perjudican a otras"*. Por lo que *"todo aumento de las cargas sociales en beneficio de la clase obrera se traduce en un aumento de las cargas fiscales al conjunto de la población"*. Dentro de la clase obrera *"los esfuerzos corporativos por mantener un nivel de vida soportable van creando progresivamente un enfrentamiento entre los intereses inmediatos de unas corporaciones y otras: los mineros no pueden combatir su*

miseria si no vinculan el movimiento de sus salarios al movimiento de los precios del carbón, cuyo aumento perjudica a otras corporaciones obreras, en primer lugar a los ferroviarios y la población en general." Y De Man concluye de esta forma: *"Cada vez es más difícil cortar pedazos suficientes en una tarta que se reduce; pero cada vez estamos más capacitados para hacer otra tarta, a medida que esta reducción permite que las clases medias y los ambientes industriales comprendan que no hay otro remedio a la situación."* La vergonzosa vanidad del reformismo aparece con toda claridad en las formulaciones de este "teórico socialista". Por una parte, se afana en dar una apariencia de verosimilitud a una idea reaccionaria desmentida por la lucha obrera; y por otra, trata de conducir definitivamente a la lucha proletaria hacia una vía muerta.

Según el reformismo, la crisis económica actual hace imposible cualquier lucha reivindicativa de la clase obrera, incluso las defensivas. De Man deja caer esta idea general en la cita que hemos señalado. Lo cierto es que en semejante periodo ninguna lucha parcial puede salir victoriosa si no se generaliza o al menos recibe el apoyo del conjunto de la clase obrera. En un periodo de crisis económica, cada patronal pone a prueba el grado de resistencia del conjunto de la clase, en la medida en que se ve obligada a reducir sus gastos de producción a través de la disminución de los salarios y la reducción de las cargas sociales. En semejante coyuntura, la lucha aislada de una corporación es un absurdo inventado por De Man (absurdo que en la práctica se traduce en la clásica maniobra del reformismo de tratar de aislar las batallas, es decir, de que acaben en una derrota). Por el contrario, las luchas parciales de los trabajadores, de las corporaciones, deben desembocar en un movimiento del conjunto de la clase, una tendencia que se refleja espontáneamente,

al menos en países como Bélgica, en la consigna de huelga general. Es perfectamente ridículo pretender, por ejemplo, que los mineros salgan victoriosos de una lucha sin que los ferroviarios y otras corporaciones comprendan inmediatamente que deben seguir su ejemplo, so pena de sufrir las consecuencias. Por lo demás, esa es una de las razones que llevan al capitalismo y a sus agentes reformistas a estrangular cualquier movimiento corporativo para que no se generalice entre toda la clase obrera: ahí está el ejemplo de la huelga de julio. Desde el punto de vista de la situación económica en tiempos de crisis, la tesis de De Man no sólo es absurda, sino que es el reflejo de una postura capitalista que consiste en impedir cualquier batalla obrera en este periodo, cuando reina una constante inestabilidad en el conjunto de la sociedad.

El problema esencial para lograr esas reformas estructurales reside en transformar legalmente el propio Estado. Con una mayoría anti-capitalista constituida gracias a la oposición (!) de las clases medias al capitalismo financiero, el P.O.B podría limitar el campo de acción del monopolio financiero, desposeerle de manera pacífica y en el marco de la Constitución belga. Resumiendo, lucha electoral para derribar al capitalismo. Ante esto, sólo hay que echar un vistazo a los últimos quince años de luchas obreras. Los obreros alemanes, por ejemplo, fueron masacrados por atreverse a concretar su deseo de modificar la estructura de la sociedad en la conquista previa del poder político. Y quienes les masacraron fueron aquellos que, como Noske y Scheideman[38], se hallaban al

38. Gustav Noske (1868-1946), político socialdemócrata alemán, ministro de guerra entre 1919 y 1920, fue uno de los responsables de la represión al levantamiento espartaquista. Philipp Scheidemann (1865-1939), otro líder socialdemócrata, fue el primer Canciller de la República de Weimar, presidida

frente del Estado alemán; aquellos que proclamaban que se necesitaban reformas estructurales pacíficas, pues sus tratos con el capitalismo eran cada vez más amistosos; aquellos que decían que gracias a su mayoría electoral se establecería el socialismo en Alemania. El ascenso del fascismo al poder ha reducido a la nada estas posiciones reaccionarias y ha planteado el problema en su verdadero terreno: la lucha armada de los proletarios por la conquista del poder. Toda la función de las reformas estructurales de H. De Man, pues, consiste en llevar la verdadera lucha de los trabajadores a un terreno irreal en el que parece ser que se hace imposible tanto la lucha para defender los intereses inmediatos como la lucha histórica del proletariado. Y todo esto en nombre de una reforma estructural que, tanto en su concepto como en sus medios, está hecha para que la burguesía refuerce su Estado de clase, reduciendo a la clase obrera a la impotencia. Esto lo demostraremos en el análisis concreto del plan, que trata el problema del Estado y de su reforma, así como las medidas destinadas a construir esta nueva tarta susceptible de mejorar la situación de la clase obrera y del conjunto de la sociedad.

NACIONALISMO BURGUÉS E INTERNACIONALISMO PROLETARIO

La primera conclusión que podemos sacar de las premisas del plan de trabajo del P.O.B. es su nacionalismo, que le distingue de la fraseología internacionalista de la socialdemocracia tradicional. "Primero el Plan Nacional", dice H. De Man en Peuple: ¡el socialismo evoluciona! Cuando se trataba de mantener la democracia en el terreno político y de produ-

por el también socialista Ebert.

cir, en el dominio económico, una mejora material para la clase obrera sin modificar el vigente régimen de propiedad de los grandes medios de producción, el socialismo aún podía conservar ese "concepto doctrinal, y por tanto absoluto, del objetivo final". Hoy, con la evolución del capitalismo, tras los fracasos de la S.D.N y del B.I.T.[39], de quienes se esperaba que lucharan por el socialismo "ante todo en el contexto internacional", es hora de renegar hasta de las frases que hacen referencia a esta noción ya superada de Internacional. El socialismo integral y absoluto implicaría necesariamente una economía mundial, por consiguiente *"un Estado socialista se hallaría ante este dilema: o bien hacer inmediatamente la revolución mundial, para someter al resto del universo al mismo régimen, o bien condenarse al total aislamiento económico respecto al resto del mundo."*

El plan De Man es pues claramente "nacional-socialista". En su punto de vista fundamental, no se distingue nada del "nacional-socialismo" fascista. Igual que éste, trata de limitar el campo de la acción histórica del proletariado al terreno nacional, negando toda posibilidad de contacto, ayuda o inspiración en las luchas y las experiencias del proletariado de otros países y, por ello, le obliga a forjar su conciencia de lucha sobre el terreno de los intereses particulares de su propio capitalismo. Igual que este, exalta la comunidad de intereses entre el capitalismo y el proletariado, la necesidad de actuar nacionalmente, mientras afirma, como Hitler, que sus intenciones internacionales son pacíficas.

En la posguerra, hasta que Hitler llegó al poder, la socialdemocracia alardeaba de su fraseología internacionalista para conservar su influencia. Gracias a la victoria de la revolución

39. El Buró Internacional del Trabajo lo crearon en 1919 los firmantes del tratado de Versalles, junto a la Sociedad de Naciones (S.D.N.).

rusa y a los ensayos insurreccionales de Alemania, Hungría e Italia, los antagonismos de clase adquirieron espontáneamente, tras la guerra, una dirección mundial, en el sentido de que tanto las victorias como las derrotas hacían progresar las luchas revolucionarias, gracias a la experiencia que se sacaba de ellas.

El socialismo integral, o mejor dicho, la revolución mundial, en este periodo, era el objetivo del proletariado, que se apoyaba en Rusia y estaba dirigido por la I.C. Se consideraba que la lucha revolucionaria es un problema de continuidad internacional, así como el capitalismo no existe más que como sistema de dominación social mundial.

El proceso de intercambio entre los sectores nacionales del mercado capitalista, el movimiento de exportación de capitales, hace que se extiendan los antagonismos inter-imperialistas, que por lo demás representan un aspecto concreto e indispensable del funcionamiento del sistema capitalista mundial. La evolución de estos antagonismos puede llevar a la guerra o cruzarse con el desencadenamiento de movimientos revolucionarios. Para que ocurra esto último, el proletariado de un determinado país debe asimilar la experiencia del resto del proletariado, que lucha contra un régimen capitalista análogo en unas condiciones específicas que dependen del grado de desarrollo de los países capitalistas. Esta comprensión, sintetizada por el partido, permite al proletariado desplegar una lucha de carácter internacional contra la burguesía, al concentrar el máximo grado de conciencia al que ha llegado el conjunto de los obreros del mundo entero. El socialismo integral, para el marxismo, representa la relación entre el Estado proletario victorioso y la lucha del proletariado mundial. Este problema no lo ha sabido resol-

ver ni la U.R.S.S. ni la I.C. En el nº 2 de *BILAN* ya hemos planteado que este es el problema que el proletariado deberá resolver en las futuras revoluciones.

El ascenso del fascismo en Alemania cierra un periodo decisivo de la lucha obrera. Los contrastes inter-imperialistas que permitieron encauzar los antagonismos sociales hacia el internacionalismo proletario han girado hacia el extremo opuesto, el estallido de la guerra, gracias al triunfo del centrismo en la I.C. y en el Estado proletario. La socialdemocracia, que fue un elemento esencial en estas derrotas, también es un elemento para la reconstrucción de la vida orgánica del capitalismo. Y en este sentido, paralelamente al repliegue nacional de la burguesía, que constituye una expresión concreta de la agudización de las contradicciones imperialistas, emplea un nuevo lenguaje para proseguir su función, rechazando un internacionalismo verbal que ya no es necesario y pasando francamente a la preparación ideológica de los proletarios para la defensa de "su nación". La llegada del fascismo a Alemania ha hecho añicos la posibilidad de que triunfe la lucha del proletariado polarizado alrededor del Estado soviético, y ahí es donde hallamos la verdadera fuente de la que bebe el plan De Man. Éste representa el intento concreto de sancionar, mediante una adecuada movilización, la derrota sufrida por el internacionalismo revolucionario y de preparar ideológicamente al proletariado para que pueda incorporarse a la lucha que lleva a cabo el capitalismo por desencadenar la guerra. Por eso su nacional-socialismo tiene la misma función que el nacional-socialismo de los fascistas.

***

En principio, la evolución de una función social hay que explicarla partiendo de la forma que presentaba anteriormente. Así, H. De Man trata de adornar el carácter nacionalista de su plan empleando argumentos "internacionales", afirmando con energía que el plan es anti-nacionalista en lo que atañe a sus perspectivas. He aquí un catalogo de referencias: *"No dudo en afirmar que si el socialismo belga tuviera que renunciar a su internacionalismo para conquistar el poder gubernamental y la nacionalizar parcialmente la economía, yo sería el primero en decir: ¡ni un paso más en esa dirección!"* Gracias a una economía nacional dirigida podemos evitar esta renuncia, como lo demuestra De Man: *"el objetivo principal de la autarquía es reducir todo lo posible las importaciones, lo que no puede lograrse si no se reducen las exportaciones. Ahora bien, para Bélgica esto supondría la muerte. Por consiguiente, tanto para poder comprar las materias primas y los productos que necesita como para poder pagarlas con las exportaciones, debe, al contrario, desarrollar su comercio exterior a la vez que desarrolla su mercado interno, que para el plan es prioritario.* […] *¿Acaso no es más fácil hacer todo esto si se pone orden en la economía nacional siguiendo las directivas del plan, reduciendo el precio de coste de los productos que Bélgica exporta?, ¿y acaso para ello no es necesario librar a nuestras industrias del peso muerto de una maquinaria que en dos terceras partes es inservible, de la manutención de un ejército de parados y de los exagerados gravámenes que se terminan pagando a quienes suministran el crédito y la fuerza motriz?"*

De todo esto se deduce que nuestro sapientísimo sociólogo descuida admirablemente sus propias premisas a la hora de demostrar su teoría. Así, después de descubrir en sus primeros artículos que las modificaciones de la estructura económica obligaban a crear un nuevo socialismo para este nuevo capitalismo, tras demostrar doctamente que el repliegue nacional era resultado del propio desarrollo de la estructura económica

mundial, De Man reduce el problema de este repliegue de la economía nacional a las sencillas proporciones de la *balanza comercial* de la economía nacional, que dirigida con la ayuda de los presupuestos del Estado puede liberar a las empresas del peso que actualmente las aplasta. Así, la tarea internacionalista del proletariado consiste en ayudar a que se desarrolle el comercio exterior del país, aceptando los sacrificios necesarios para sacar la industria a flote. En fin, se trata de un "internacionalismo" que si bien no es específicamente proletario, engloba a toda la "Nación". Esta es la idea de De Man, que trata de esconder sus descubrimientos iniciales para tratar de convencer a quienes fácilmente podrían salir corriendo ante su *activo nacionalismo*. Éste se muestra como una necesidad accidental que los obreros podrán hacer desaparecer si se adhieren totalmente a ella. Pero el propio De Man nos muestra con bastante claridad qué tipo de nacionalismo predica hoy la socialdemocracia, cuando en las columnas de *Peuple*, inmediatamente después de definir este "nuevo nacionalismo", presenta una solución ultra-chovinista a los problemas de defensa nacional.

LUCHA REVOLUCIONARIA – ANTICAPITALISMO – FASCISMO

El segundo objetivo esencial del plan de trabajo es unir a las clases medias y al proletariado en un frente anticapitalista. Hay que aclarar la diferencia fundamental que existe entre anti-capitalismo y lucha proletaria.

El mecanismo de funcionamiento de la sociedad burguesa es esencialmente unitario. Todas las fuerzas vivas de la sociedad deben concentrarse alrededor del Estado, bien sea para luchar económica y políticamente contra otros Estados o

por las necesidades de la guerra imperialista, expresión final de aquella lucha. En la medida en que las organizaciones del proletariado están en manos de los proclamados defensores de la democracia, la lucha de clases queda atrapada en las redes de la democracia burguesa y no rompe esta continuidad orgánica, sino que se convierte en uno de sus elementos. Sin embargo, cuando las erupciones sociales rompen las cuerdas de esta red, como ocurrió en la posguerra, el flujo revolucionario confiere a la lucha de clases su verdadera expresión, mientras la burguesía trata de reconstruir inmediatamente, al principio de forma embrionaria, los elementos que permiten recomponer la unidad de su existencia, o en otras palabras, los elementos que aseguran la continuidad de su dominio. Cuando aquel flujo se revela incapaz de tomar cuerpo en las reivindicaciones revolucionarias de un partido, entonces aquellos embriones empiezan a desarrollarse entre las masas, que tras el estrangulamiento de las organizaciones proletarias ya no existirán como clase independiente. Todo esto teniendo en cuenta que hablamos desde una perspectiva general.

Actualmente, el problema de la represión de las luchas proletarias se plantea en términos diferentes. En lugar de canalizar el flujo proletario, hoy el capitalismo se moviliza alrededor de un proletariado ya abatido, incapaz de oponer resistencia. Para nosotros, la movilización del capitalismo se explica por las siguientes razones: cuando los contrastes sociales se reflejan en la situación económica de los proletarios y la conciencia de clase de estos no les lleva a reaccionar de manera específica, el capitalismo tiende a aliviar estos contrastes, mejorando su situación mientras va elaborando las nociones concretas que le permiten recuperar su indefectible unidad. Para nosotros, el anti-capitalismo se opone a la lucha revolu-

cionaria, mostrándose como una arma ideológica del capitalismo, una adaptación necesaria para ligar al proletariado y sus miserables condiciones con las clases poseedoras, una ideología que encierra la lucha obrera en los límites de la lucha contra el híper-capitalismo, el capital financiero, una forma de transición para movilizar e incorporar al conjunto de las clases oprimidas alrededor del Estado capitalista. En general, el anti-capitalismo se suele relacionar con las clases medias. Según De Man, es su ideología específica. Para nosotros esto es un profundo error. El anti-capitalismo aparece como respuesta de la burguesía ante la incapacidad del proletariado para resolver las contradicciones de la sociedad capitalista, y va extendiéndose cada vez a más capas proletarias a medida las organizaciones de clase van demostrando su impotencia y va apareciendo la necesidad de reorganizar el Estado capitalista para adecuarlo a la lucha inter-imperialista. Las clases medias son un elemento más del desarrollo de este anti-capitalismo, pero no el decisivo. Cuando se convierten en el elemento decisivo está claro que la ofensiva burguesa se enfrenta ya a un proletariado derrotado. Hay que recordar que la pequeña burguesía, como tal, no es un elemento políticamente activo. La política del proletariado, por tanto, no se debe basar en la supervivencia de esta pequeña burguesía, sino en las propias condiciones de existencia del proletariado, garantizando sus propias aspiraciones y sus posibilidades de crear una nueva sociedad mediante su fuerza revolucionaria.

En la medida en que el proletariado está derrotado, el anti-capitalismo puede encontrar portavoces en la pequeña burguesía, pero sus efectivos se los suministran los trabajadores, el único soporte de masas capaz de cimentar el dominio capitalista. Sin embargo, anti-capitalismo no significa obliga-

toriamente fascismo, desde el punto de vista de la destrucción de las organizaciones obreras que provoca este último. Al principio el anti-capitalismo es simplemente un esfuerzo por movilizar al proletariado; luego, cuando se identifica con el fascismo, puede pasar a la destrucción brutal de las instituciones obreras. Pero también puede ocurrir que no se identifique con el fascismo, sobre todo si hablamos de los países vencedores de la última guerra y que disfrutan de una situación más o menos privilegiada; entonces aparece como el complemento indispensable de los gobiernos con plenos poderes. En estas condiciones, el anti-capitalismo sólo se expresa a través de las fuerzas sociales que ya se dedicaban a canalizar las reacciones que provocan los contrastes de clase: la socialdemocracia, la cual se va transformando conforme se va extendiendo. La experiencia del plan De Man es un intento socialdemócrata de adaptarse a las nuevas necesidades del capitalismo. La unión de la lucha de la clase obrera con el anti-capitalismo de las clases medias no es más que una adaptación del programa socialdemócrata, que pretende formar un sólido bloque de todas las clases sociales alrededor del Estado burgués sobre el terreno del anti-capitalismo.

Según De Man, las clases medias justifican la adopción de esta vía que, parece, permite realizar un frente único con ellas para lograr la victoria. Esta es la opinión de Henry De Man al respecto: *"El anti-capitalismo de la pequeña burguesía actual considera al capitalismo como un régimen de monopolio al que hay que reivindicarle libertad"*; es más: *"la oposición de las clases medias se concentra claramente alrededor del capital financiero"*. De esta forma se fabrica un anti-capitalismo fantástico susceptible de incorporarse a la lucha obrera, y llegamos a la banal conclusión de que como el fascismo ha llegado al poder gracias a esta particularidad de

las clases medias, entonces si se llevan a cabo unas reformas estructurales que no se limiten a la clase obrera industrial no sólo se evitara el fascismo, sino que además se le reemplazará y se logrará que las masas obreras hagan los sacrificios que pide el capitalismo y se adhieran al plan militar de la burguesía. Y todo ello sin provocar choques de clase que quebranten la armonía social y hagan necesario liquidar a la socialdemocracia, al revelarse incapaz de asegurar el dominio burgués.

Anti-capitalismo, fascismo y lucha revolucionaria, estos son los tres términos que marcan la situación actual en todos los países capitalistas. El proletariado, por una parte, se topa con el fascismo, que ha destruido sus organizaciones de clase, primero movilizando a las capas pequeñoburguesas y luego a las capas de obreros derrotados y descorazonados; y por otra, con la socialdemocracia, que moviliza a los obreros para derrotar al fascismo, adaptando su programa tradicional al anti-capitalismo y persiguiendo los mismos objetivos fascistas, gracias a su unión puramente abstracta con las clases medias. Este es el aspecto esencial del plan de la socialdemocracia belga.

EL PLAN DE TRABAJO

A. La economía mixta.

Este es el primer punto del plan: *"Instaurar un régimen de economía mixta que incluya, junto al sector privado, un sector nacionalizado que organice el crédito y las principales industrias que ya están monopolizadas."* Esa economía mixta que el plan proclama triunfalmente ya la hemos visto en todos los planes reformistas de la socialdemocracia tras la guerra. Concretamen-

te, Otto Bauer[40] proponía algo parecido en Austria en 1919. Volveremos de nuevo sobre este ejemplo que los cañones de Dolfuss se encargaron de rematar definitivamente. Por otra parte, el Sr. L. Laurat[41], profesor de patriotismo en la C.G.T., también proponía en uno de sus últimos escritos la instauración pacífica de una reforma económica semejante, para evitar el comunismo de guerra y preparar la entrada del proletariado en esta nueva Icaria. Pero ni O. Bauer ni L. Laurat –sobre todo éste último, aunque se presente como un "auténtico marxista"– van más allá de estas banalidades. Por su parte, H. De Man justifica la economía mixta mediante una "profunda" interpretación de la idea de propiedad, pues *"el socialismo no es en absoluto enemigo de la propiedad, sólo es enemigo de un régimen como el del capitalismo industrial, que al separar la propiedad del trabajo, somete a las clases trabajadoras a la explotación y la opresión de quienes detentan los medios de producción."*

El hecho principal contra el que se rebela el socialismo, según De Man, es la separación que provoca el capitalismo entre los trabajadores y la propiedad de sus medios de producción, por una parte, y los valores producidos por su trabajo, por la otra. Esta oposición, según él, explica el "valor moral" de esta expresión de Marx sobre la socialización: la expropiación de los expropiadores, pues Marx no era hostil

40. Otto Bauer (1881-1938), socialdemócrata austriaco, uno de los exponentes del "austromarxismo". Su estudio de 1907, La socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades, trataba de conciliar el marxismo con el nacionalismo.

41. Lucien Laurat, seudónimo de Otto Maschl, fue un comunista austriaco opuesto a la línea estalinista en los años 20. En 1930 se adhirió al Círculo Comunista Democrático de Boris Souvarine y en 1933 al ala izquierda del S.F.I.O. Posteriormente participó de manera destacada en las movilizaciones que lograron que Víctor Serge pudiera salir de la URSS. Laurat tenía buena fama como economista marxista y a la sazón era el responsable de la instrucción económica en el sindicato francés C.G.T. Durante la ocupación nazi escribió en varias revistas colaboracionistas.

a la *"propiedad en general"*, sino a *"un régimen que aliena al hombre de los objetos que emplea para trabajar y de los bienes que proporciona su trabajo."* En resumen, para De Man lo más importante y lo que le aparta claramente de *"Marx o al menos de la mayor parte de los marxistas"*, es esto: en lo que respecta a la aplicación de los principios de Marx sobre la propiedad *"a las ramas de la producción que aún no se han visto arrastradas ni lo serán nunca a la órbita de la industrialización, de la concentración de empresas y de la transformación de los productores en proletarios desposeídos"*, las reivindicaciones socialistas adquieren una naturaleza muy distinta e importante. De manera que hoy la expropiación de los expropiadores equivale a *"transformar los monopolios privados en servicios públicos, y en lo que respecta al sector no monopolizado, adaptar las soluciones jurídicas del problema de la propiedad al grado y a la forma de la evolución económica de este sector."* En otras palabras, *"nacionalizar los monopolios, orientar el capitalismo a través de la economía dirigida allí donde aún evoluciona según la competencia, y donde el capitalismo no ha destruido aún la unidad entre propiedad y trabajo, reforzar y mantener esta unidad"*.

Es cierto que Marx decía que *"lo que distingue al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa"*. Por tanto, para él, el problema no consistía en ser enemigo o no de la propiedad privada, sino en percibir el carácter evolutivo de esta idea: la transformación de su carácter individual en social, la desaparición de su carácter como propiedad de una clase y su transformación en propiedad colectiva. Pero el objetivo de De Man es transformar la tesis de Marx que dice que el capital es un producto social –cuya propiedad es burguesa– que se conserva y reproduce gracias al nuevo trabajo de los proletarios, convirtiendo en un simple problema moral esta contradicción entre el carác-

ter individual que le otorga la burguesía y el carácter social que pretende darle el proletariado y haciendo del socialismo un enemigo de la *"alienación del hombre respecto a los objetos que emplea para trabajar y los productos de su trabajo"*. Esta transformación "moralista" permite a De Man demostrar tranquilamente que el socialismo no se limitará a proteger al pequeño productor, sino que hará todo lo posible por ayudarle[42], pues como el pequeño productor no está alienado, según esta moralina, debe sobrevivir. Si hacemos caso a este nuevo evangelio que reduce a una cuestión moral la explotación del hombre por el hombre, el sector no monopolizado de la economía satisface los principios socialistas sobre la propiedad.

Pero el marxismo no tiene nada que ver con estos cuentos bíblicos. Marx, en algunas notas de 1848 encontradas por Riazanov, cuando su pensamiento aún estaba cristalizando, decía: *"el comunismo es la abolición objetiva de la propiedad privada,* considerada como la separación del hombre de sí mismo [es decir, la alienación real de la individualidad humana, N. d. R.]*, por tanto el comunismo es la apropiación real de la esencia humana por el hombre y para el hombre, el retorno al hombre mismo como individuo social, es decir, como ser humano, un retorno completamente consciente y que se apoya en toda la riqueza del desarrollo anterior"* (*Revue Marxiste*, 1927). En esta época, Marx ya vislumbraba la noción de comunismo no como una protesta contra un modo determinado de apropiación individual, sino más bien como una fase superior del desa-

[42. Remitimos a nuestros lectores a la cita extraída de un estudio de De Man en el Boletín del Banco Nacional de Bélgica, publicada en el nº 4 de *BILAN*, en la que se esfuerza en demostrar que la lucha de los pequeños productores contra el monopolio está condenada al fracaso, por lo que toda ayuda que se les preste es inútil. Pero a De Man no le importa contradecirse…]

rrollo histórico que suprime las contradicciones dentro de la sociedad y la transforma en un ser social consciente que controla las fuerzas de producción y, de ese modo, la propia naturaleza. Poco después, en el *Manifiesto Comunista* y en los últimos capítulos del primer tomo de *El Capital*, detalló aún más su pensamiento sobre la propiedad privada como para que no tengamos que insistir más a este respecto. Por ejemplo: *"Los comunistas pueden resumir su teoría en esta única sentencia: abolición de la propiedad privada."* (Manifiesto Comunista). La posibilidad de realizar esta abolición se deriva del hecho de que *"las fuerzas productivas de las que dispone la sociedad ya no favorecen el desarrollo de las condiciones de la propiedad burguesa; al contrario, se han vuelto demasiado potentes para estas condiciones, que se convierten ahora en trabas"*. El comunismo pretende que la humanidad se libere de su dependencia frente a las fuerzas económicas y naturales. El pequeño productor, a quien De Man promete que respetará su "unidad económica", no sólo sería entonces un anacronismo económico, sino un esclavo de las fuerzas económicas, separado del resto de la colectividad. Dados los objetivos del comunismo, en lugar de dejar que sobreviva el pequeño productor, debe hacerle desaparecer, como hace con todos los anacronismos, pero en unas condiciones infinitamente mejores a las del régimen capitalista, pues el Estado proletario le garantizará la supervivencia, al igual que a todos los asalariados. Una vez hemos distinguido entre la necesidad moral de la que habla el plan y las necesidades del desarrollo de las fuerzas económicas y sociales, podemos decir algo sobre *"las ramas de la producción que quizá nunca se verán arrastradas a la órbita de la industrialización, de la concentración de empresas y de la transformación de los productores independientes en proletarios"*.

El propio De Man declara abiertamente que esto supone resucitar las ideas de Bernstein sobre las clases medias. Sin embargo, Kautsky y R. Luxemburg ya señalaron que aunque las estadísticas mostraran su crecimiento numérico, la importancia económica de éstas disminuye en la misma proporción en la que se desarrolla la concentración industrial. R. Luxemburg decía: *"La lucha de las empresas medianas contra el gran capital no hay que considerarla como una batalla continua en la que las tropas del bando más débil se van consumiendo poco a poco, sino más bien como una siega periódica de pequeños capitales que brotan de nuevo rápidamente para ser segados de nuevo por la gran industria. Estas dos tendencias, la ascendente y la descendente, juegan a la pelota con las clases medias capitalistas y, a fin de cuentas, es la tendencia descendente la que provoca su furia ante el desarrollo de la clase obrera. Pero esto no significa que disminuya el número de empresas medianas, sino que, primero, el capital mínimo necesario para el funcionamiento de las empresas en las antiguas ramas productivas aumenta progresivamente, y segundo, que el intervalo de tiempo durante el cual los pequeños capitales conservan la explotación de las nuevas ramas de la producción disminuye constantemente."* (*¿Reforma o revolución?*).

Lo cierto es que la supervivencia de los pequeños capitales –que frecuentemente son la vanguardia técnica del gran capitalismo– depende evidentemente de los altibajos del capitalismo en su conjunto y su desaparición no es posible si no desaparece el propio capitalismo. En este aspecto, el plan demuestra simplemente sus deseos de dejar intacto el sistema económico burgués y nada más.

Pero el verdadero engaño de esta nacionalización mixta basada en conceptos morales se descubre examinando el problema de la expropiación con indemnización. A este respecto, O. Bauer tuvo el gran honor de anticiparse a De

Man; en 1919, demostró que una brutal expropiación de la propiedad capitalista e inmobiliaria sólo acarrearía una formidable devastación de los medios de producción, reduciría a las masas populares a la miseria y consumiría el producto nacional: *"la expropiación de los expropiadores debe llevarse a cabo en orden y de manera adecuada, si no queremos destruir el aparato productivo de la sociedad ni poner obstáculos al desarrollo de la industria y la agricultura…"*. Por tanto, *"las indemnizaciones que deberán recibir los actuales propietarios se sacarán de un impuesto sobre el capital."* (O. Bauer). Desgraciadamente, en Austria hemos podido ver cómo se indemnizaba a los propietarios capitalistas sin haberles expropiado siquiera. Esto se ha hecho reduciendo los salarios y las pequeñas rentas y aumentando progresivamente los impuestos a las capas más pobres de la población. En el mejor de los casos, esto significa que el Estado interviene para compensar las pérdidas de determinadas ramas industriales, gracias a esta plusvalía presupuestaria.

El camarada Gourov[43], en una carta que ha enviado a los bolcheviques-leninistas de Bélgica (Arbeit-Holanda) sobre el plan De Man, afirma que estos rescates expropiatorios quizá eran concebibles –sólo concebibles– antes de la guerra, pero ahora, con la pauperización de las masas trabajadoras y el aumento del capital constante, esto es absolutamente imposible. Esta hipótesis retrospectiva nos parece que tiene poco fundamento. La victoria revolucionaria no es concebible sin la insurrección de los trabajadores, que representa la más violenta ruptura con la tradición del derecho de propiedad burgués. Tanto antes de la guerra como ahora, la expropiación depende de la victoria del proletariado, que implica inevitablemente una implacable lucha entre las clases

43. Gourov era un seudónimo empleado por Trotsky.

que se niegan a desaparecer, con o sin indemnización, y el proletariado, que pretende crear un orden nuevo. Por eso la expropiación de los medios de producción y de los organismos centrales de crédito sólo se puede efectuar mediante la violencia, destruyendo el poder de la burguesía. La revolución rusa es buen ejemplo de que una expropiación violenta viene acompañada de una desorganización económica. Pero cuando lo que provoca la desorganización de toda la sociedad es la supervivencia de la clase históricamente reaccionaria que está al frente del mecanismo económico, el proletariado se ve obligado a plantearse, como decía Marx sobre 1848, unas reivindicaciones *"que aunque parezcan insuficientes e insostenibles desde el punto de vista económico, se irán superando en el curso del movimiento y son indispensables para revolucionar todo el modo de producción"*. Por lo demás, la experiencia de la revolución rusa ha demostrado que sólo tras aplastar a la burguesía se puede pasar a reorganizar la economía sobre la base de la expropiación violenta de los expropiadores.

Pero el problema de la continuidad en el funcionamiento de la economía no sólo está presente en estos sueños socializantes de L. Laurat o de O. Bauer; De Man concreta este problema indicando los límites de la nacionalización en su economía mixta. *"Hay que nacionalizar lo menos posible"*, dice De Man en uno de sus artículos de *Peuple*, *"hay que limitar la nacionalización al mínimo indispensable"*, en base a unas condiciones previas, que son:

1º Como el socialismo es democrático, su acción debe apoyarse, en cualquier situación económica y social, en la voluntad política de la mayoría, en una voluntad que refleje los intereses económicos de las clases sociales.

2º Hay que mantener un amplio sector de economía libre

como contrapeso a la burocratización estatal que podría manifestarse con la transformación de los monopolios en servicios públicos.

3º Es imposible formar inmediatamente al personal que debe gestionar adecuadamente las administraciones que han de crearse.

Desde el punto de vista político, la primera y la tercera condición hacen ya imposible cualquier nacionalización orientada hacia el socialismo, pues esto es imposible mediante la gradual conquista pacífica de una mayoría, como ha demostrado la experiencia alemana y austriaca. Además, el hecho de que los apoderados de la burguesía se mantengan en los puestos de mando de la economía confirma claramente la voluntad del plan de respetar la propiedad burguesa y, por tanto, desvela sus verdaderas intenciones. La segunda condición es un llamamiento demagógico a los pequeños industriales y comerciantes que carece de sentido.

En efecto, las leyes del sistema económico capitalista conllevan, paralelamente a un aumento del capital constante, la concentración de empresas y la centralización de los capitales en manos de una oligarquía que pasa a controlar tanto el Estado como la vida económica. Partiendo de esta base, es imposible que el sector libre pueda resistir a la presión de los grandes monopolios. En lo que respecta al proletariado, no puede coexistir como poder económico y político al lado del poder capitalista, ya se trate de un capitalismo competitivo o no (y el propio capitalismo tampoco permitirá que exista un poder enfrentado al suyo). Los monopolios capitalistas dejarán que sobrevivan algunos sectores "libres", que estarán continuamente a su merced, pues no disponen de materias primas o capitales que les permitan hacer valer sus

propios intereses. El proletariado, al contrario, debe plantear las bases para que desaparezca la economía basada en la transformación de los productos en mercancías y con ella todo el régimen económico capitalista. Por tanto, la diferencia que establece De Man entre la economía nacionalizada y la economía libre se revela totalmente abstracta: la burguesía monopolista domina el sector libre, le somete totalmente, mientras que el Estado proletario implica su completa desaparición, así como la de las clases, gracias al libre desarrollo de las fuerzas de producción.

Resumiendo, hemos demostrado que la economía mixta que propone el plan, desde el punto de vista objetivo, se basa únicamente en el apoyo del Estado a las industrias con pérdidas (lo que él denomina expropiación), algo que tranquiliza a la burguesía y revela las verdaderas intenciones del P.O.B. Por poner un ejemplo, durante la huelga de la industria textil, en la región de Verviers, un dirigente de los sindicatos obreros, el diputado Duchesne, del P.O.B., respondió a un redactor del *Peuple*: *"¿Qué es lo que hace el gobierno para ayudar a la industria textil, que siempre se encuentra entre las industrias nacionalizadas de segunda fila? ¡Ni siquiera ha creado el organismo crediticio que reclamamos desde hace tanto tiempo!"* (*Peuple*, 1/3/1934).

Esta práctica solución de la economía mixta, que se llevará a cabo gracias a los sacrificios que tendrán que hacer los obreros y está subordinada a la previa conquista de una mayoría constitucional y a un frente de trabajo con las clases medias, se revela como un simple instrumento electoral, un exutorio para los proletarios, a quienes se les pedirá que apoyen el Estado capitalista para que éste pueda intervenir reforzando los sectores económicamente débiles. Y es que, para De Man, el proletariado ya no es una clase llamada

construir una nueva sociedad, sino un tropel de borregos que, balando por una mayoría electoral, sólo piden que les den el pasto que necesitan para reproducirse.

B. La nacionalización del crédito.

Para De Man, nacionalizar el crédito significa: *"crear y poner en marcha un organismo que represente el interés común, un poder directivo único para organizar y distribuir el crédito.* […] *El organismo que representa el interés común y a quien se puede confiar este poder no es otro que el Estado."* Esta nacionalización implica crear un Instituto de Crédito, organizado en régimen de cooperativa autónoma, que transforme en un monopolio de interés público el monopolio que actualmente está en manos de los grandes bancos privados. Pero semejante nacionalización tiene sus límites, que consisten en *"conservar los organismos bancarios que se encargan actualmente de distribuir el crédito en beneficio del capital financiero privado."* Por tanto, no se puede decir que este sistema de distribución vaya a centralizar mucho. Los medios prácticos para esta nacionalización consisten en una legislación *ad hoc* que permita al Estado transferir al Instituto de Crédito los títulos suficientes como para que el Estado tenga capacidad de influir sobre la dirección de los grandes organismos bancarios. Esta transferencia de títulos, evidentemente, se hará amistosamente o a través de indemnizaciones por la expropiación. El personal de los organismos bancarios no se vería afectado, siempre que colabore "leal y desinteresadamente", por supuesto. Y para acabar, habría que considerar la posibilidad de crear un comisario financiero elegido directamente por el poder legislativo, un órgano central de dirección para este sector nacionalizado del crédito.

Hay dos ideas en la argumentación de De Man que merecen cierta atención: 1º El Estado representa el bien común; 2º El Instituto de Crédito fusiona al Estado con los bancos.

Como ya hemos señalado, la idea esencial del capitalismo en el periodo actual es movilizar alrededor del Estado a todas las clases de la sociedad. Evidentemente esta es una tendencia congénita a todas las clases que dirigen un Estado y que intentan mantener su dominio. Sin embargo, en el caso del capitalismo, esto se refleja en una forma particular, pues la concentración y la centralización de la economía están destinadas, no ya a seguir el camino que pretende la burguesía, sino a desviarse hacia la revuelta de aquella fuerza social que impulsa el proceso económico: el proletariado. Para subsistir, la burguesía pasa a la ofensiva y en nombre de sus intereses concentra activamente las fuerzas sociales de la sociedad alrededor de sus objetivos específicos. Esta concentración sólo puede llevarse a cabo si se modifica radicalmente la función que le corresponde al proletariado, lo cual implica un enorme fortalecimiento del Estado capitalista para que éste pueda instalarse en el centro mismo de las masas; por una parte, el Estado debe ejercer un control directo sobre los explotados mediante la supresión de sus organizaciones y el aumento de los medios represivos que le suministran las propias clases oprimidas, y por otra parte debe producirse un drenaje de proletarios hacia el Estado, que "representa el interés común".

Esta concentración de fuerzas sociales solo puede realizarse mediante la completa fusión de los monopolios bancarios e industriales –para quienes además el plan prevé la formación de un Consorcio– y el aparato estatal así reforzado. Dado que el actual desarrollo de las fuerzas de producción obliga al capitalismo a solucionar sus contradicciones específicas *únicamente* en el terreno de la guerra imperialista por la conquista de nuevos

mercados, todas las ramas de la producción deben estar *directamente* ligadas al Estado; el grado que ha alcanzado el desarrollo de la economía prácticamente ha anulado la competencia entre ellas y las ha llevado a fusionarse más o menos completamente. El Instituto de Crédito se amolda perfectamente a esta tendencia capitalista, y no es más que un instrumento para ayudar a las ramas con pérdidas.

***

Pero la nacionalización del crédito, en sí misma, mientras se deje con vida el poder del Estado capitalista, parece más un pobre camelo que una concepción científica. Desde el punto de vista real, representa el intento de poner al proletariado a disposición del capitalismo, un proletariado que según el plan debe apoyar este fortalecimiento del Estado y su relación con el capital financiero, exigiendo únicamente participar con su trabajo, para que así el Estado pase a expresar fielmente los intereses de la "nación". Ante la total ausencia de actividad obrera, la ideología confusa e incomprensible de la nacionalización del crédito permitirá a los reformistas cloroformizar a los trabajadores para que las maniobras capitalistas se desarrollen con éxito.

HACIA LA PROSPERIDAD…

El segundo punto del plan se propone *"someter la economía nacional así reorganizada al interés general, tratando de ampliar el mercado interno para reabsorber el paro y crear las condiciones que allanen el camino de una mayor prosperidad económica"*. Y todo esto se conseguirá mediante las siguientes ocurrencias:

1º Una política crediticia que favorezca especialmente a las ramas de la economía que se deben desarrollar si se quiere que el plan tenga éxito.

2º Una política de precios (lucha contra las exacciones de los monopolios, etc.) que tienda a estabilizar las ganancias agrícolas, industriales y comerciales.

3º Una política laboral (reducción del tiempo de trabajo, normalización de los salarios mediante un régimen legal de contratos de trabajo: reconocimiento sindical, comisiones paritarias, convenios colectivos, salario mínimo).

4º Una política monetaria. Reconocimiento de la URSS. Integración del Congo en la nueva economía nacional, etc., etc. Y para terminar, una política fiscal que beneficie al comercio y la industria y una política de seguridad social basada en las cotizaciones que deben aportar los trabajadores y sus patronos.

Henos aquí ante la demagogia más estúpida y más burda, que además se expresa con conocimiento de causa. Para reanudar la producción, bastaría pues con una política crediticia. Ahora bien, esta política debería aplicarse ante todo a las ramas principales de la producción: carbón, acero, ferrocarriles, electricidad, etc., ramas cuya monopolización permite nacionalizarlas y que deben funcionar a pleno rendimiento para que el plan tenga éxito, pues de lo contrario no son rentables. Y precisamente son estas industrias –particularmente en un país como Bélgica que vive esencialmente de sus exportaciones industriales– las que producen para el mercado mundial. Por otra parte, las industrias ligeras y de consumo no pueden aumentar su demanda de material en el mercado interno debido al descenso del consumo individual, que por una parte se debe a la disminución del capital varia-

ble (salarios) en relación al capital constante, y por otra a la falta de mercados exteriores para las industrias que emplean un reducido capital constante. Por tanto, la política crediticia como mucho representa una ayuda del Estado a las industrias nacionales para que puedan enfrentarse a la competencia extranjera.

Sólo la demanda externa permitiría reanudar la producción –algo que es imposible sobre la base de un aumento del consumo interno, pues esto implica que el capitalismo acepte benévolamente aumentar el capital variable en relación a la plusvalía–, atraer inversiones a estas ramas fundamentales, así como contratar más trabajadores, aumentar los salarios y el consumo interno. A falta de esta reanudación, al capitalismo sólo le queda reducir los gastos de producción y perfeccionar los medios de producción para poder hacer frente a la concurrencia. Y en esas condiciones –debido a la falta de mercados y al encogimiento del mercado interno– la reanudación se vuelve imposible sin la intervención militar de los diferentes bloques imperialistas.

Una vez demostrado que es imposible liquidar las contradicciones fundamentales del capitalismo sin liquidar el propio capitalismo, podemos comprender que lo único que pretende el plan es "asombrar", tratar de convencernos poniendo en el escaparate unas palabras seudocientíficas y unas afirmaciones tan estúpidas como carentes de significado. Así, la estabilización de las ganancias, la política monetaria y la integración del Congo a la economía nacional, no son más que frases que pretenden impresionar y no explicar una orientación. Es cierto que De Man es el padre del "misticismo social", que su intención es crear ideas-fuerza. Y prometiendo acabar con el paro, un poco a la manera demagógica

del fascismo, lanzando un programa económico incomprensible, contradictorio, utópico y reaccionario, cree que puede orientar a las masas hacia los verdaderos objetivos del capitalismo. Hay un punto de estas directivas que se corresponde perfectamente con estos objetivos. Es el que apunta a ligar los sindicatos con el Estado, a impedir cualquier conflicto de clase mediante una red legal y obligatoria de comisiones mixtas y arbitrajes. Esta práctica, tan alabada entre los reformistas, sin embargo aún no es legal. Aquí, De Man se acerca a los demócrata-cristianos, quienes ya en 1932 plantearon una reivindicación semejante para cortar de raíz todo intento de lucha. En su conjunto, los objetivos del capitalismo van más allá, y el plan De Man los defiende prudentemente.

Y, en efecto, no es casualidad que De Man trate el problema de la defensa nacional y de la guerra justo después de exponer su plan y particularmente después de hablar de la absorción del paro mediante el desarrollo del mercado interno. Según él, si la burguesía acepta el plan de trabajo, se darían las condiciones que permiten que el proletariado se sume a la defensa nacional. Al margen de que la burguesía acepte o no, el proletariado, según él, cuando menos debería modificar su actitud hacia este problema tras la llegada al poder de Hitler. De Man clama por una defensa nacional aún más eficaz, y evidentemente para él esto implica que la burguesía acepte el plan de trabajo, lo que permitiría reducir la supuesta carga del paro, proteger el mercado interno contra el dumping social de los países de mano de obra barata y crear una "nación mejor", las únicas condiciones que pueden predisponer al proletariado para la defensa de la "patria".

Relacionar la situación económica de los trabajadores con el problema de la guerra, esa es la verdadera intención de toda

la verborrea del plan sobre el impulso a la industria nacional y la extensión del mercado interno. Y desde el punto de vista del capitalismo, esa es la única solución capaz de resolver las contradicciones sociales y económicas que engendra su modo de producción; esta es la única verdad que se esconde tras la campaña del P.O.B., esta campaña demagógica hacia los parados y el conjunto de la clase obrera.

EN EL MARCO DE LA CONSTITUCIÓN

El último punto de plan se propone: *"realizar en el plano político una reforma del Estado y del régimen parlamentario que cree las bases de una verdadera democracia económica y social"*.

En primer lugar, todos los poderes emanarán del sufragio universal, y tanto la independencia como la autoridad del Estado y del poder público sobre el poder económico se garantizarán mediante la organización social y económica del país (que el plan menciona pero no explica). Luego se prevé crear también un consejo económico adjunto a los comisarios financieros y de transportes –de carácter consultivo pero con derecho de control–. Una Cámara ejercerá el poder legislativo pero será asistida en la elaboración de las leyes por consejos consultivos cuyos miembros serán elegidos al margen del Parlamento y en razón de su competencia.

Resumiendo, la reforma del Estado se limita a suprimir el Senado y a crear consejos corporativos o económicos, que funcionarán de manera centralizada y tendrán un control directo sobre las masas obreras.

Antes de la guerra, la concepción clásica del revisionismo con respecto al Estado consistía en que supuestamente, con el desarrollo de las cooperativas, los sindicatos y el electorado

socialista, sería posible apoderarse gradualmente del Estado y reformarlo para convertirlo en instrumento del socialismo. Para nosotros, el plan concibe el Estado tal y como lo hacían los revisionistas clásicos, mientras que la concepción marxista del Estado es la que tenía Lenin antes de la guerra, la que se concretó en octubre de 1917 en Rusia. El plan De Man lleva esta idea revisionista hasta el extremo, pues *en un periodo en el que no se trata ya de corromper sino de movilizar*, es necesario concretar este concepto de Estado.

Por supuesto que el plan no concibe al Estado tal y como es en realidad, instrumento de una clase, del mismo modo en que el revisionismo de Bernstein no se basaba en la realidad, sino en un Estado completamente inventado. El Estado capitalista no se basa en el Parlamento o el Senado, sino más bien en la realidad de las bayonetas, en sus múltiples medios de represión, en una administración estatal ligada al capitalismo. En la medida en que el mecanismo democrático, que se yergue sobre la base de estos verdaderos pilares del Estado, oculta a las masas el carácter de clase de las instituciones capitalistas, puede mostrarse como un "reflejo liberal del conjunto de la nación", mientras corrompe a los jefes proletarios y a sus organizaciones e impide que evolucionen las luchas.

Pero hoy más que nunca, su realidad se concreta en la represión directa de la lucha obrera, pasando por encima de los prejuicios democráticos ya sea mediante medios "legales" o con los asaltos de las hordas fascistas.

La reforma a la que apunta el plan es por tanto esencialmente capitalista, pues en lugar de dirigirse a los pilares fundamentales del aparato estatal pretende centralizarlo aún más y reforzarlo: los recursos militares de la nación pueden

servir tanto para reprimir al movimiento obrero como para preparar la guerra (por ejemplo, pagando a mercenarios, que es una práctica cada vez más común en algunos países capitalistas democráticos).

El gobierno de plenos poderes es un paso más en esta simplificación del aparato estatal: permite al capitalismo monopolista intervenir rápidamente, bien para luchar contra la clase obrera o contra otros bloques capitalistas. Pero esto no es una reforma, sino un paso más. La verdadera reforma sólo es posible si el capitalismo destruye las organizaciones obreras o las recluta, pues de lo que se trata es de movilizar a los proletarios para la guerra, calentarlos, embriagarlos y dirigirlos contra sus hermanos. *La reforma del Estado que propone el plan hay que considerarla, por tanto, como la variante socialista del gobierno de plenos poderes. Esta es su realidad.*

ALGUNAS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS

Como ya hemos dicho, el plan De Man no es ninguna novedad. Después de la guerra ya se intentaron numerosas "reformas" socialistas de la sociedad burguesa. Inmediatamente después de armisticio, la socialdemocracia austriaca lanzó un plan de socialización en unas condiciones bastante favorables. Renner[44] era a la sazón el Canciller de Austria y O. Bauer fue nombrado por la Asamblea Nacional presidente de la comisión encargada de redactar los proyectos de ley sobre la socialización. Les apoyaba el conjunto del proletariado. A pesar de esto, sólo se votó y se aplicó una ley: la de

44. Karl Renner (1870-1959), dirigente socialdemócrata, fue Canciller de la República de Austria entre 1918 y 1920, en un gobierno de unidad nacional. Tras la guerra, en 1945, ocupó el cargo de presidente de la República hasta 1950.

los consejos de fábrica, quienes en nombre del control de la producción, algo imposible sin una insurrección victoriosa del proletariado, se convirtieron en frenos para ahogar las luchas obreras. El plan de los austro-marxistas, al igual que el plan De Man, en principio pretendía garantizar la continuidad del funcionamiento económico, procediendo gradual y pacíficamente por la vía democrática. *"La revolución política (?) es obra de la violencia"*, decía O. Bauer, *"la revolución social sólo puede ser obra de un trabajo constructivo y organizativo."* (*Arbeiter-Zeitung*, 1919). Se debían socializar las industrias fundamentales, expropiándolas a cambio de una indemnización integral mediante un impuesto sobre la renta. Había que conservar un sector libre, pero dirigido, y el Estado jugaría el papel de árbitro entre los explotados y los capitalistas no expropiados y participaría en la gestión de las ramas socializadas. Evidentemente, el sufragio universal debía ser el árbitro supremo que eligiera los poderes públicos.

En esta época, la Comuna húngara era un ejemplo contagioso para los obreros austriacos; por eso apareció la socialdemocracia con sus proyectos socializantes. Después de 1920, una vez canalizados los obreros alrededor de la socialdemocracia y aplastada la Comuna húngara, el bloque de las fuerzas burguesas sustituyó democráticamente a Renner y puso en su lugar a un social-cristiano. Inmediatamente toda esa palabrería sobre la socialización quedó relegada a los museos como decoración y empezó de nuevo la lucha por la conquista pacífica de la mayoría. Los cañones de Dollfus, estas últimas semanas, acaban de solucionar el problema de la mayoría, así como el de la socialización: es la fuerza, la correlación de fuerzas, lo único que puede resolver definitivamente el problema del Estado y de la socialización.

***

La única experiencia histórica que ha sido concluyente en la resolución de estos problemas ha sido la revolución rusa, evidentemente. El punto central de la lucha de los bolcheviques era tomar primero el poder político: apoderarse del Estado, derribarlo y levantar el Estado proletario; la dictadura de la clase obrera a través de su partido revolucionario es la única medida que permite abatir el poder capitalista y socializar los medios de producción fundamentales, simple y llanamente expropiándolos, así como expropiar los bancos y centralizar el crédito en manos del Estado proletario. La experiencia rusa fue la respuesta proletaria a las convulsiones sociales surgidas de la guerra y abordó el problema del poder proletario en su verdadera perspectiva. En cambio, la experiencia austriaca, al igual que la alemana, representa la respuesta capitalista, es decir, el estrangulamiento de la lucha revolucionaria a través de la socialización pacífica, dejando que subsista el poder capitalista y su aparato estatal. La derrota del proletariado alemán, a quién se le había otorgado la constitución democrática de Weimar como testimonio de que era posible socializar pacíficamente gracias al apoyo de la mayoría, como en Austria, mostró claramente los inevitables y lógicos resultados que conllevan estos planes de reforma efectuados en el marco de la constitución y en nombre de las sagradas tablas de la ley democrática burguesa. En la inmediata posguerra, el capitalismo tenía que detener la lucha revolucionaria del proletariado, canalizarlo alrededor de objetivos que permitieran al capitalismo organizar su resistencia y preparar su ofensiva. Hoy de lo que se trata es de movilizar al proletariado alrededor de la lucha capitalista,

aniquilando toda posibilidad de lucha clasista: los actuales planes de la socialdemocracia y la N. R. A. de Roosevelt[45], con sus códigos del trabajo, responden al mismo objetivo, acentuar la centralización del aparato estatal y su relación con el capital financiero.

LA SITUACIÓN BELGA Y EL PLAN

La huelga general de julio de 1932 fue la reacción culminante del proletariado belga al progresivo deterioro de sus condiciones de vida. Su amplitud hizo comprender a la burguesía que era imposible mantener su dominio con los medios tradicionales de la democracia burguesa y el apoyo total de las organizaciones socialdemócratas. Tenía que reorganizar este dominio, crear unas condiciones en las que la impotencia de los obreros se conjugase con la posibilidad de reducir sus condiciones de vida, sus libertades de clase y de organización. Por eso el torpedeo de la huelga de julio por parte de la socialdemocracia tuvo como epílogo la disolución de las Cortes. El P.O.B. se puso inmediatamente a canalizar la lucha obrera alrededor de las elecciones.

El resultado fue que después de enero de 1933, segura de su estable mayoría parlamentaria y tras haber salido airosa de una de las más importantes batallas proletarias, la burguesía se dirigió hacia la formación de un gobierno de plenos poderes. Los decretos-ley de este gobierno golpearon duramente a la clase obrera y provocaron una cierta efervescencia entre los trabajadores, que se expresaron hasta abril a través de manifestaciones, a menudo pacíficas pero a veces violentas. Como respuesta, el P.O.B. redactó una petición para que se

[45. Véase el estudio sobre el plan de Roosevelt que se publicó en el nº 3 de *BILAN*.]

disolvieran las Cortes *"por haber engañado al país"*. Se trataba de ahogar el deseo de lucha de los obreros. La maniobra se efectuó con un brillante éxito gracias a que la izquierda socialista pudo movilizar a los obreros para esta comedia empleando una fraseología revolucionaria. En esta época, la debilidad de los comunistas no les permitió dar a conocer sus posturas[46].

La izquierda socialista se reveló entonces como la expresión esencial del P.O.B. Se desarrolló inmediatamente después de la huelga de julio como respuesta socialdemócrata al disgusto y la indignación de las masas, como un instrumento bien adaptado a las nuevas circunstancias y que permitía dar continuidad a la función de la socialdemocracia entre los obreros. La rapidez con la que se desarrolló esta izquierda se conjugó con toda una sucesión de maniobras reformistas para frenar la lucha, y su apogeo llegó después de abril de 1933.

Las lecciones de este periodo pueden resumirse así: la conmoción de julio de 1932 obligó a la burguesía a orientarse hacia la reorganización de su aparato de dominio. Llegó el gobierno de plenos poderes. El P.O.B se ofreció voluntariamente para participar en esta transformación, iniciando el estrangulamiento de la lucha de clases mientras las izquierdas socialistas que iban surgiendo retenían a los proletarios detrás del Partido Obrero.

Este periodo concluyó con una profunda derrota de la clase obrera, que vio como sus organizaciones sindicales empezaron a sucumbir ante los golpes directos del gobierno cuando comenzaron a aplicarse los decretos-ley. Sin embargo, los

[46. Evidentemente no nos referimos a los bolcheviques-leninistas, que apoyaron la petición (¡¡al mismo tiempo que la denunciaban!!) en nombre de "la teoría de la experiencia".]

deseos de lucha de los obreros aún no se habían agotado, y en octubre de 1933 los mineros fracasaron al tratar de desencadenar una huelga general. A pesar del resultado del referéndum, que tuvo un 90% de sufragios a favor del "sí", la maniobra para evitar la huelga triunfó gracias a las izquierdas socialistas.

Llegados a noviembre de 1933, cuando apareció el plan De Man, el P.O.B., gracias sus izquierdas, había logrado aplastar todo intento de lucha. Pero tras los sucesos de Alemania incluso esto era insuficiente: lo principal era reorganizar el aparato estatal de cara a la precipitación de los antagonismos inter-imperialistas y paralizar definitivamente a la clase obrera. Incluso en el propio seno de la burguesía ya se dejaban oír voces sobre la reorganización corporativa del Estado, sobre todo en los medios de la juventud católica. Es entonces cuando el Sr. Crockaert, antiguo ministro de las colonias, personalidad destacada del partido católico, lanzó sus violentos ataques contra el híper-capitalismo, la "muralla del dinero", etc.

En respuesta a estos nuevos intereses del capitalismo, que trataba de sobrevivir, la socialdemocracia tuvo que adaptar su programa. Y los requisitos concretos que le permitían hacerlo ya se cumplían: la inmovilización del proletariado y su unión a la socialdemocracia a través de las izquierdas socialistas. Era el momento oportuno para que apareciera el plan De Man: en su conjunto, el P.O.B., desde la derecha hasta la extrema izquierda, estaba preparado para difundirlo entre la clase obrera como única solución a su miseria.

El plan De Man, pues, es un intento de sustituir el programa "socialista" del P.O.B. por otro claramente capitalista, un programa que responda a la nueva orientación de la burguesía belga.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y EL PLAN DE TRABAJO

La función de la socialdemocracia ha cambiado desde la pasada posguerra, y también lo hará en el futuro. De la misma forma que evoluciona la conciencia de clase del proletariado, también evoluciona progresivamente esta función, en un sentido de mayor acercamiento al capitalismo. Todas las circunstancias de posguerra confirman esta apreciación, pues a medida que se clarifican los antagonismos sociales, a medida que se concretan en la conciencia proletaria a través de la reivindicación de la revolución comunista, la socialdemocracia se ve obligada a acentuar su subordinación al capitalismo. La llegada del fascismo en Alemania y el hundimiento de la socialdemocracia alemana reflejan su destino y el aspecto que adquiere su función en las particulares condiciones de los países capitalistas que salieron derrotados con el tratado de Versalles, carentes de ese circuito de colonias. Estas condiciones requieren la aniquilación de la fermentación proletaria mediante la destrucción violenta de sus organizaciones de clase. Esa es la única forma que tiene el capitalismo para movilizar al conjunto del proletariado alrededor del Estado así reorganizado.

Afirmar, como lo hace el camarada Gourov en una carta a la oposición belga sobre el plan De Man, que tras los sucesos de Alemania la socialdemocracia se verá obligada a defender su propia existencia y por eso luchará contra el fascismo, o que para ella el peligro ya no está a la izquierda, sino a la derecha, equivale a invertir completamente los términos del problema. La función *esencial* de la socialdemocracia permanece *esencialmente* inalterable y en el periodo actual progresa

constantemente: tras la victoria del fascismo en Alemania, la socialdemocracia, que aún sobrevive en los países democráticos, no puede sino dar una vuelta de tuerca más a su función, y no precisamente acercándose a los intereses del proletariado –algo imposible tras 1914– sino a los del propio capitalismo, concentrándose alrededor de las supuestas conquistas democráticas que el proletariado ha adquirido en el régimen capitalista, concentración que se refleja en el bloque que forma con la burguesía por la defensa del régimen nacional democrático contra el fascismo de Hitler y de Mussolini. Como acaba de demostrar el ejemplo francés, esta posición de la socialdemocracia permite que el capitalismo se oriente hacia la formación de gobiernos de plenos poderes con el objetivo de preparar a la "nación" para la guerra.

***

Una vez hechas estas consideraciones, vamos a ver cuál han sido la postura que ha adoptado el Partido Comunista, la Oposición de Izquierda y la Liga de los Comunistas Internacionalistas. Pero antes nos parece interesante señalar la postura adoptada por las izquierdas socialistas ante el plan: su acuerdo fue unánime tras el Congreso de Navidad del P.O.B., en el que la izquierda presentó una tímida resolución sobre las condiciones que determinan que la lucha sea legal o ilegal, cuyo "espíritu" fue aceptado por De Man. Su órgano, *L'Action Socialiste*, desplegó una campaña destinada a crear esa "mística del plan". En esta época existía ya un conflicto bastante importante en la industria textil de la región de Verviers; la izquierda socialista ni siquiera intentó conciliar su famosa mística con la lucha en curso. Eso

ocurrió algo después, cuando a través de un referéndum los obreros textiles expresaron su deseo de que se convocara una huelga general y la batalla parecía inevitable. Sólo entonces la izquierda socialista se atrevió a relacionar tímidamente el plan de trabajo con este conflicto, pidiendo al Partido Obrero que no "desfalleciera" para evitar las "decepciones". Por otra parte, tras aceptar con entusiasmo el plan De Man, la izquierda socialista se tapó los ojos ante el problema de la defensa nacional. En resumen, nuestra opinión sobre la Segunda Internacional y tres cuartos, publicada en el nº 1 de *BILAN* (*"las izquierdas socialistas no evolucionan hacia el comunismo, sino hacia la socialdemocracia"*), se ha visto plenamente confirmada con la evolución que ha sufrido la izquierda socialista en Bélgica.

Por lo que respecta a la actitud del partido comunista, aunque éste mantenía una postura de clase, es decir, de lucha abierta contra el Plan de Trabajo, ésta no tenía ninguna repercusión debido a su completo aislamiento en el propio terreno de la lucha de clases: los sindicatos. Sus gritos contra la fascistización de la socialdemocracia, por sí mismos, no sólo no explicaban el significado histórico concreto del plan, sino que les servían para justificar su separación de las organizaciones de clase, a las que confundía con su dirección reformista. Por otra parte, su oposición al plan perdió todo su valor cuando paralelamente formaron un frente único con los "social-fascistas" para que el gobierno reconociera a la URSS, por no hablar de que su oposición al plan era exclusivamente verbal y se expresaba mediante injurias más que con consignas de lucha para la movilización de los sindicatos.

En cuanto a la Oposición de Izquierda, su reacción contra el plan fue espantosamente confusa. Conviene prime-

ro señalar que su consigna principal: "por un gobierno socialista", le llevó primero a dar su apoyo "práctico" a la lucha por la implantación del plan De Man. Es cierto que surgió una oposición a esta postura. Por otra parte, en la carta ya mencionada, el camarada Gourov propugnaba una actitud intermedia, que consistía en denunciar el "plan tramposo" a la vez que se declaraba dispuesto a luchar codo a codo con los socialistas en el caso en que la burguesía se opusiera a él. Su órgano, la *Voix Communiste*, decía en noviembre de 1933 sobre el plan: *"Los jefes del P.O.B. exigen el poder para realizar un plan que en cinco años suprimirá el paro y dará el pan necesario a todos. Luchemos por llevarles al poder. Exijamos la preparación de una huelga general que tenga como reivindicación principal la dimisión del gobierno de Broqueville y la instauración de un 'gobierno socialista'"*.

Fue a partir de enero de 1934 cuando la *Voix Communiste* empezó a oponerse tímidamente. Su resolución del 14 de enero decía: *"el Plan de Trabajo que ha aprobado el Congreso del P.O.B. es un nuevo instrumento conservador de la democracia"*, pero los comentarios que acompañaban a esta resolución destruían completamente el valor de esta afirmación. Y es que para ellos la nacionalización de bancos y de la gran industria, así como el hecho de que la socialdemocracia, *"frente a la tendencia cada vez más reaccionaria de los dirigentes burgueses, plantea su candidatura al poder prometiendo una mejora inmediata de la suerte de las masas obreras y pequeño burguesas y conservar y desarrollar* (?) *los derechos adquiridos"*, son elementos positivos para la lucha revolucionaria. Una vez publicada esta resolución, que aunque contradecía toda su campaña de apoyo "práctico" al plan se presentó como su lógica consecuencia, la Oposición de Izquierda se limitó a criticar el problema de la defensa nacional tal y como lo plantea el plan, intentando "salvar"

a la izquierda socialista y a la Joven Guardia Socialista de la horrible trampa a la que les llevaba la perfidia de De Man.

Pero en lugar de atraer a esta izquierda, las consignas de la Oposición de Izquierda la han acercado a ella. La postura de la Oposición, sobre todo a partir de abril de 1933, partía de la base de que esta izquierda supuestamente evolucionaba hacia el comunismo, por lo que había que impulsar esta evolución apoyándoles en su lucha contra el reformismo.

Resumiendo, el único grupo que ha adoptado una actitud clasista en medio de esta campaña de movilización de los obreros por parte del capitalismo, haciendo frente a la descomposición centrista y a la impotencia de la Oposición de Izquierda, ha sido la Liga de los Comunistas Internacionalistas. Ya en la época de la petición fue la única que adoptó una postura claramente en contra, una posición categórica de lucha. Y también se opuso al Plan De Man: *"el deber de todo revolucionario"*, dice el *Boletín* de la Liga, *"ante este nuevo engaño, consiste en aclarar a los trabajadores el verdadero significado de este complot reaccionario que se llama Plan De Man"*.

Por tanto, en Bélgica, la Liga de los Comunistas es la única formación proletaria que actualmente trata de oponerse al Plan De Man, el único núcleo revolucionario que refleja la oposición del proletariado a las fuerzas reaccionarias del P.O.B. Su debilidad extrema refleja la debilidad del proletariado belga para oponerse al ataque del capitalismo en la actual situación.

El plan no se ha topado con una seria resistencia por parte de la clase obrera, y eso que estamos en un periodo en el que la amenaza de conflicto está a la orden del día. De Man ha presentado su plan en la Comisión Sindical de Bélgica con un extraordinario cinismo: nada de huelgas parciales

o generales, estos son mitos a derribar. He aquí su lenguaje. Ya no se trata de desempeñar el papel de "guardafrenos" de la lucha revolucionaria de los obreros, sino de llevarla hacia unos objetivos que la hagan imposible. Trabajadores y burgueses están en la misma balsa y a la deriva, deben luchar juntos. Esta es la idea esencial del plan y ahí es donde se revela su función socialdemócrata: *"sofocar la lucha de clases, agitar los espíritus, crear una atmósfera, un ambiente (una mística como dicen algunos socialistas), un entusiasmo que permita que los obreros acepten los sacrificios a través de una 'alianza' con otras clases, como si esto fuera un paso hacia el socialismo. Tiende a reforzar la 'Unión Sagrada' con la burguesía sellada en 1914"*. (*Boletín* de la Liga de los Comunistas Internacionalistas).

Con el plan De Man la socialdemocracia intenta adaptarse a las necesidades de este nuevo capitalismo "democrático", movilizando a toda la "nación" para la futura guerra a través del estrangulamiento de la lucha de clases. La miseria de los trabajadores ya no les llevará a la lucha reivindicativa, que es la única condición que permite pasar a las luchas generales y revolucionarias, sino al rescate de la nación capitalista en su conjunto, algo que sólo es posible si el proletariado se suma a la defensa nacional. Esta es la realidad de la lucha socialdemócrata en su fase actual. Sólo la lucha revolucionaria contra toda la socialdemocracia, llevada a cabo por unas fracciones de izquierda que forjen las armas ideológicas para combatir simultáneamente tanto la putrefacción del centrismo como a los agentes de la burguesía, permitirá al proletariado levantar cabeza y retomar su lucha de manera victoriosa.

MITCHELL.

¿HACIA DÓNDE VA EL IMPERIALISMO FRANCÉS?

BILAN nº 6, abril de 1934.

ESTRUCTURA

El bloque imperialista francés es uno de los sectores más resistentes de la economía mundial. Un análisis sucinto de sus elementos constituyentes nos confirma esta afirmación.

Instalada sobre una amplia base agrícola que aglomera multitud de pequeñas economías campesinas, Francia fue durante mucho tiempo una nación atrasada desde el punto de vista del desarrollo industrial, con un aparato productivo más débil que el de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos y un suelo pobre en carbón, "alimento de la industria"; la cuenca de Lorena suministraba grandes cantidades de mineral de hierro que no podían ser tratados completamente, y así a pesar de que en 1913 Francia era una gran exportadora de hierro, se veía obligada a ceder a sus rivales directos la materia prima, que ella no podía transformar más que en pequeñas cantidades; de esta forma, permanecía como vasallo de sus competidores. La guerra modificó profundamente esta situación.

El tratado de Versalles permitió al capitalismo francés doblar sus reservas de hierro, y las minas del Sarre le dieron el precioso complemento del carbón, pero sin embargo esto

no bastaba para resolver el vital problema de aprovisionamiento de combustible. Esto explica por qué, durante los primeros años de la posguerra, la burguesía francesa centró su política en los proyectos de conquista de las regiones mineras del Ruhr, jugando la carta de la "seguridad".

Aunque sus veleidades hegemónicas en el continente se han evaporado debido a la voluntad del imperialismo inglés y americano, Francia ha podido expandir considerablemente su sector industrial, particularmente su industria pesada.

INDUSTRIA

En dieciséis años (de 1913 a 1929), la producción de hierro fundido y acero aumentó un 100%, triplicando la capacidad de absorción del mercado interno. La metalurgia francesa se transformó en una industria exportadora, seria competidora en el mercado mundial: su porcentaje en la producción total de hierro fundido subió de 6.5% en 1913 a 10.5% en 1929, 14.7% en 1931, 13.9% en 1932 y 12.9% en 1933, pasando al segundo lugar después de los Estados Unidos. En cuanto al acero, el progreso es menos impresionante, 6.1% en 1913, 7.4% en 1929 y 9.8% en 1933, colocando a Francia en cuarto lugar solamente. Sin embargo, el progreso de las exportaciones de productos metalúrgicos es notable, en 1929 se han cuadruplicado. Esos son los frutos de la tenaz y feroz política de las "reparaciones", cosechados con el sudor del proletariado alemán.

Esta política se ha completado rodeando a Alemania con Estados vasallos de Francia, sometidos a ella económica y financieramente; hasta 1933, Europa Central constituía una esfera de influencia francesa. Sus estrechas relaciones con

Bélgica, Polonia, Hungría, Austria y la Pequeña Entente[47], no sólo debilitaban a Alemania, sino que garantizaban a Francia el suministro de materias primas (carbón polaco, petróleo y trigo rumano). Hoy podemos ver como toda esta canga se disloca: pacto alemán-polaco, maniobras del fascismo italiano, caída de la socialdemocracia austriaca.

Gracias a las minas del Sarre, la producción carbonífera francesa de 1929 había aumentado un 41% respecto a 1913, pero como las necesidades internas también habían aumentado bastante, sólo estaban cubiertas en un 66% en 1932, frente a un 61% en 1913. Y es que la explotación de las minas es más costosa que en Inglaterra, Bélgica o Alemania; no producen más que carbón industrial y su distribución se ve entorpecida, por una parte, por las elevadas tarifas ferroviarias, y por otra, por el hecho de que los yacimientos están alejados de los centros de consumo. Debido a esto las cuencas francesas son incapaces sentar las bases de una gran industria fuertemente centralizada como la del Ruhr, por ejemplo.

En cambio, Francia es rica en recursos hidráulicos, pero esto favorece la dispersión del sector industrial en pequeñas y medianas empresas, de la misma forma que el fraccionamiento de las industrias que dependen de la agricultura se debe a la parcelación de la propiedad agraria.

Otro factor de debilidad para la industria francesa es su dependencia del exterior en el suministro de materias primas: el algodón, la lana (importa un 90% del total) y las materias que necesita la industria sedera (sobre todo la artificial).

La *economía agrícola* se basa esencialmente en la producción de trigo y vino.

47. Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia.

El proteccionismo agrario impregna desde hace mucho toda la economía francesa, pero cobró mayor impulso desde finales del siglo XIX, con el ministro Méline[48]. Hasta que estalló la guerra, el campesinado francés, gracias a este poderoso muro protector, vivía en una quietud relativa que los acontecimientos ya se encargaban de romper, como ocurrió con la crisis vitícola en el Midi en 1907, que desembocó en una manifestación de 700.000 productores en Montpellier, motines, tiroteos y levantamientos campesinos.

Si bien en Francia también se ha absorbido una parte de la población agrícola mediante un proceso de urbanización y concentración industrial, ésta sigue siendo alrededor de un 40% de la población total. La fragmentación de la propiedad permite que subsistan multitud de pequeñas empresas particulares. Además, la transformación de los productores rurales independientes en pequeños capitalistas está lejos de haber llegado tan lejos como en Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, por lo que la proletarización campesina se ha ralentizado; la pequeña propiedad es un obstáculo al desarrollo de las grandes plantaciones, que exigen el empleo de poderosos medios de producción e importantes capitales. Estos factores han hecho de la agricultura francesa una de las más atrasadas de Europa, a pesar de la fertilidad y la riqueza de su suelo: el rendimiento por hectárea de trigo es un 50% inferior al de Holanda, un 40% menor que el de Bélgica, 43% que Dinamarca, 35% que Inglaterra, 22% que Alemania y apenas supera al de Italia.

48. Jules Méline (1838-1925), político francés, presidente del gobierno entre 1896 y 1898. Conocido por su defensa del sector agrícola, en 1892 logró que se aprobara la "tarifa Méline", que establecía aranceles para proteger la industria agrícola francesa.

Sin embargo, gracias a la relativa estabilidad de la producción agrícola y al proteccionismo tradicional, Francia ha podido resistir la tormenta de la crisis agrícola mundial.

Veamos ahora cuáles son los elementos que refuerzan el armazón del capitalismo francés:

1º Acabamos de indicar que existe una importante capa de pequeños campesinos independientes; esta categoría social, por la posición que ocupa en el proceso de producción general, no está sometida a la ley del trabajo asalariado y no sufre la característica inestabilidad de la vida proletaria. El productor "independiente", merced a esta *unidad* productiva, aún puede apropiarse del producto total de su trabajo (al margen de los factores capitalistas que reducen su ganancia). Su capacidad de compra y consumo se mantiene, por tanto, en un relativo equilibrio.

2º Una importante capa de pequeño-burgueses rentistas que viven principalmente de la plusvalía colonial, bajo la forma de intereses por los empréstitos.

3º Un sector industrial poco concentrado, compuesto sobre todo de empresas del sector secundario (industrias de consumo), de composición orgánica media y que emplean una buena cantidad de mano de obra (lo que se traduce en que no existe paro estructural) que amplía el fondo de consumo: hasta que llegó la crisis, la industria algodonera vendía tres cuartas partes de su producción en el mercado interno, la industria lanera la mitad, la metalúrgica tres cuartos de su producción de mercancías acabadas.

4º Un potente aparato financiero.

5º La posesión de un rico territorio colonial, que es la prolongación del mercado metropolitano y una vasta reserva de plusvalía.

Examinemos rápidamente estos dos últimos elementos:

La *oligarquía financiera*. A pesar de la extrema división de la propiedad y de que la riqueza está más repartida que en otros países, en Francia el capital está muy concentrado: el 1% de la población concentra el 50% del capital total, y el 10% acapara el 80% de toda la riqueza.

Las rentas están más repartidas, como es normal, pues todos necesitan una mínima renta aunque sólo sea para sobrevivir: el 10% de la población ingresa el 45% del total, y un 50% de la población, que detenta el 1% del capital, recibe el 18% de la renta total.

Francia es un buen ejemplo de este aforismo que dice que "los negocios se hacen con el dinero de otros". El pillaje del dinero que guardaban los campesinos en el "calcetín" y el drenaje de los ahorros de la pequeña burguesía, a cambio de títulos de renta, fue el origen de una amplia concentración capitalista y de un desarrollo del sistema de participaciones que han convertido a Francia en una economía imperialista donde el capital financiero gobierna despóticamente. Todo el aparato económico está en manos de una reducida oligarquía. En ningún otro sitio el Estado, la prensa y el resto de organismos de la vida social sufren semejante presión por parte de las finanzas; el monopolio en la emisión de valores lo detentan cuatro bancos y las actividades financieras ganan por la mano al resto de actividades económicas propiamente dichas: entre 1919 y 1932 se emitieron 13 mil millones en préstamos a varios Estados, el 42% fueron a parar a la Pequeña Entente y Polonia. El capital francés es el usurero de Europa.

El *imperio colonial*. Hacia 1880, la acumulación de capitales ya era tal que bajo el impulso del capital financiero empezó a desarrollarse una política colonial anexionista que terminaría

convirtiendo a Francia en la segunda potencia colonial. La característica principal de este vasto imperio es su unidad geográfica (exceptuando el territorio asiático y otras pequeñas posesiones), lo que le otorga cierta superioridad frente al Imperio británico; de la misma forma, la ausencia de territorios semi-independientes y una mayor centralización le hacen más homogéneo y más fácil y directa la explotación. Además, las colonias francesas están poco industrializadas y no compiten con la metrópoli, "ofreciéndose" en cambio como magnificas fuentes de productos complementarios. El imperialismo francés dispone en África del Norte de un suplemento de trigo, vino y hierro. En Indochina se aprovisiona completamente de arroz. En África, de cacao y de aceite. En Nueva Caledonia, de níquel y cromo. En cambio, dispone de poca lana, algodón, seda y lino, unos productos indispensables para sus principales industrias.

Por otra parte, el mercado colonial es la prolongación del mercado metropolitano, sobre todo para la industrial del algodón, que exporta allí el 20% de su producción, y para la industria de construcción mecánica, que en 1932 vendió allí el 50% de su producción.

EL CAPITALISMO FRANCÉS DURANTE LA CRISIS

Tras la guerra, la economía francesa retomó su impulso con una continuidad de la que no gozaron otros países industriales; sólo se ralentizó tras la estabilización del franco en 1928. Hemos citado ya los factores que explican por qué Francia entró en crisis sólo a partir de 1930 y cómo pudo detener la crisis agrícola. Pero a comienzos de este año, 1934,

el centro de gravedad de la depresión mundial se ha desplazado hacia Francia. Hoy asistimos al estrangulamiento del comercio exterior, a la contracción del mercado interno, al desarrollo acelerado de la crisis agrícola, a un vertiginoso déficit presupuestario y al hundimiento de las colonias.

Producción industrial. La curva de la producción ha seguido de cerca la trayectoria del movimiento mundial. A finales de 1933, el índice general desciende un 25% respecto a 1929, la metalurgia un 40%, textiles 20%, la producción de hierro fundido y acero un 40%.

La depresión más fuerte se observa en julio de 1932. Luego hay una cierta mejoría hasta julio de 1933. Después, la caída se acentúa, particularmente en el sector metalúrgico: la producción de hierro fundido y acero se reduce hasta alcanzar niveles de 1932, aunque permanece algo por encima gracias a que la metalurgia pesada abastece a la industria bélica. Para 1934 no se atisba ninguna perspectiva de mejoría: el impulso que tomó la metalurgia francesa en 1933, dentro del cártel del acero, le llevó a la acumulación de stocks y a reducir la producción; además, los precios de monopolio favorecen la reaparición de empresas secundarias, mientras la concurrencia se va polarizando en torno a la Entente del acero y estos "independientes", por una parte, y los trust ingleses y americanos, por la otra (devaluación de la libra y del dólar). El imperialismo nipón surge también como nuevo competidor. En el mercado interno, aparte del trastorno que conllevan las empresas independientes, se desarrolla un conflicto entre los productores de acero (bajo la influencia de De Wendel[49]) y los productores de hierro fundido en bruto (que

49. La familia De Wendel es una vieja dinastía empresarial francesa, dedicada principalmente a la industria metalúrgica. Sus intereses en Lorena la llevaron

producen separadamente).

En el mercado exterior, los elevados precios de coste y el peso del patrón-oro hacen que la situación sea insostenible.

La industria algodonera se ha visto duramente afectada después de que el capitalismo financiero la sacrificara a favor de los intereses de Manchester, como compensación por los acuerdos de venta para la industria metalúrgica. El desarrollo de la seda artificial, la disminución del consumo en las colonias (14% desde 1929) y la invasión de los tejidos japoneses, son otras tantas causas de este marasmo. El desplome de la producción, entre 1928 y 1932, llega al 73%. Mientras, Japón aumenta la suya un 43%. Tras la bajada de salarios, fruto de la gran derrota proletaria de 1931, la patronal del norte pasó de nuevo al ataque, que se conjugó con la ofensiva de los magnates de la región textil de Verviers[50].

LA CRISIS DEL VINO Y DEL TRIGO

Ya hemos indicado las causas por la cuales la crisis agrícola, una factor que ha agravado considerablemente la crisis mundial, no adquirió en Francia la amplitud que alcanzó en los Estados Unidos (trigo, algodón), en América del Sur (café) o Europa Central (trigo). Hoy, sin embargo, el problema del vino y del trigo está a la orden del día.

En el sector vitícola, la reglamentación de la producción, el bloqueo de las cosechas y los créditos agrícolas no han

a participar activamente en la vida política, sobre todo desde finales del siglo XIX. François de Wendel, a quien hace referencia el artículo, era diputado desde 1914 y en 1933 fue elegido senador.

50. Verviers es una ciudad belga, en aquel entonces importante centro de la industria textil. En el artículo El Plan De Man (*BILAN* nº 4 y 5), Mélis hace referencia a las luchas de los obreros de esta región. Véase al respecto también el artículo La huelga de Verviers, en el nº 7 de *BILAN*.

dado resultado alguno. La política de sostener los precios, análoga a la de Hoover, sólo ha logrado retrasar su caída, las quiebras y la acumulación de stocks.

El *mercado del trigo* está dominado por los monopolios (Banca Dreyfus), los grandes productores, los harineros y los especuladores, cuya actividad expoliadora es doble. Por una parte, imponen un precio máximo a los campesinos, y por otra, un precio mínimo al consumidor.

Las cosechas excedentarias de 1932-33 y el parón en las exportaciones debido a las represalias extranjeras contribuyeron no obstante al hundimiento del mercado interno, y los precios del trigo cayeron hasta los 80 francos el quintal. En julio de 1933, los monopolios impusieron un precio mínimo de 115 francos por quintal, de modo que a finales de 1933 el precio interno triplica el precio mundial.

¿A quién beneficia este precio tan "remunerador" y qué significa? Puesto que el Estado no interviene ni dando anticipos por las cosechas ni comprándolas, al pequeño campesino no le es posible vender sus productos al precio fijado: acosado por sus obligaciones financieras, no puede elegir el momento para vender y debe ceder su trigo a bajo precio a las empresas monopolísticas, que lo venden en el mercado interno al precio convenido y exportan el excedente al precio que impone el mercado mundial o incluso a uno más bajo, gracias a los grandes beneficios obtenidos.

El movimiento de los precios refleja bastante bien esta presión de los monopolios: en enero de 1934 el precio al por mayor había bajado un 40% respecto a 1929, pero el precio al por menor sólo un 7%. Desde 1930, el coste de la vida ha bajado un 12.4%, aunque en enero de 1934 los productos importados eran un 30% más baratos que los nacionales,

mientras en agosto de 1933 esta diferencia era de un 25%. Este descuelgue de los precios mundiales, si bien beneficia a los grandes agricultores, perjudica considerablemente la competitividad de la industria en el mercado mundial y aísla cada vez más la economía francesa.

EL COMERCIO EXTERIOR

La precariedad del capital industrial exportador se refleja también a través de las cifras del comercio exterior en 1933: a pesar de su privilegiada situación, fruto de las condiciones favorables que hemos analizado anteriormente, Francia no ha podido evitar que su comercio exterior haya caído desde 1929 dos terceras partes. Las importaciones han bajado un 52% y las exportaciones un 64%; aunque de 1932 a 1933 el volumen ha aumentado, el déficit de la balanza de 1933 alcanza los 10 mil millones, y si es menor que el de 1932 se debe al descenso de las importaciones debido a las restricciones, la sobretasa de intercambio, etc. Pero, comparativamente, este déficit supone un agravamiento de la situación. Si comparamos este déficit con las cifras del comercio global, representa: en 1913 un 10%; en 1931 un 16%; en 1932 20% y en 1933 un 22%. Y si nos fijamos en las exportaciones, el desastre es más notable: en 1913, 22%; en 1931, 38%; en 1932, 51% y en 1933, 54%, es decir, que en 1933 el déficit representa más de la mitad del total de las exportaciones.

También podemos constatar que a partir de 1929 el déficit se estabiliza en alrededor de unos 10 mil millones. Además, en 1933, la balanza agrícola también era ampliamente deficitaria (7 mil millones), a pesar de las buenas cosechas. Lo mismo ocurre con la balanza industrial, que

se agrava en relación a 1932. Si bien las importaciones de materias primas para la industria han aumentado, las exportaciones de productos acabados han disminuido, a excepción de los automóviles y las armas, por lo que podemos deducir que las materias primas las ha absorbido sobre todo la industria bélica.

Otra indicación importante: en 1933 la balanza de pagos arrojaba un saldo negativo de más de 5 mil millones, debido a la disminución de los ingresos procedentes del turismo, el descenso de los fletes y de los ingresos de las carteras de inversión; un índice que a primera vista parece favorable es el porcentaje de las exportaciones procedentes de las colonias y los protectorados, en constante aumento desde hace seis años: del 14% del total en 1927 ha pasado al 33% en 1933. En lo que respecta a las importaciones, las colonias francesas han pasado de atraer el 11.42% en 1927 al 23% en 1932. El comercio con las colonias representa en 1933 el 27% del comercio total, cuando en 1925 era el 12.5%.

En cambio, en cifras absolutas, las exportaciones a las colonias están en constante retroceso desde 1929. El aumento relativo del mercado colonial y su retroceso absoluto reflejan, evidentemente, la considerable disminución de las exportaciones francesas hacia otros países, y si bien el mercado colonial se ha desarrollado relativamente, esto significa únicamente que el capital financiero, gracias a su posición privilegiada, ha acentuado allí su presión. Las exportaciones hacia las colonias han bajado en 1933 un 39% respecto a 1929. El descenso de las exportaciones al resto de países llega al 70% respecto a 1929 y al 75% respecto a 1927, superando la caída media

mundial, que es de alrededor de dos tercios respecto a 1929. Por otra parte, la balanza sólo es favorable frente a seis pequeños países (entre ellos Bélgica) de los 36 que comercian con Francia (al margen de las colonias), y la balanza con los territorios coloniales es deficitaria en 781 millones, a pesar de que los intercambios han aumentado en 270 millones en 1933.

El aspecto específicamente agrícola que ha adquirido la crisis en las colonias, ha hecho que ésta se despliegue con mucho más rigor e intensidad que en la metrópoli: el poder adquisitivo de las masas indígenas ha sido aniquilado. En África, en Senegal, los oleaginosos y el caucho, sus principales monedas de cambio, no pueden luchar contra la competencia de Nigeria y la India. En Madagascar, el poder central se ha visto obligado a sostener el precio del café y la yuca. En Indochina, la crisis del arroz, agravada por el cierre de los mercados chino y japonés, hunde al proletariado indígena en la más absoluta indigencia. Marruecos, con su rico suelo y su potente equipo, se ve aplastado bajo el peso de la carga financiera de los cuantiosos capitales invertidos, y su producción de trigo debe hacer frente al precio impuesto por la metrópoli. Túnez también debe soportar las cuotas de vino que le impone la "Madre Patria". Su economía, además, está asolada por la caída de los precios de los fosfatos y los minerales de plomo y zinc, y el paro la consume. Argelia es la menos afectada, gracias a su proximidad al mercado metropolitano, a su carácter departamental, a la unión aduanera con Francia y a las grandes cantidades de vino que exporta a la metrópoli.

EL PARO

Una vez se conoce la amplitud de la contracción del imperialismo francés, bien se puede dudar de la estadística sobre el paro que ofrece la burocracia francesa; incluso podríamos refutarla consultando los informes de los inspectores oficiales de trabajo. Estos constatan que en lo que respecta a los establecimientos con al menos 100 asalariados, el paro ascendía a un 7.4% en 1931 y a un 20.9% en 1933. En cuanto al paro parcial, las cifras son respectivamente de un 32.5% y un 38.2%. Si tenemos en cuenta que los despidos se producen sobre todo en las pequeñas empresas y calculamos que la industria tiene alrededor de 7.500.000 de trabajadores, podemos afirmar que en 1933 el número de parados ha aumentado un 180% respecto a 1931, cifrándose en alrededor de un millón y medio; que los parados parciales son alrededor de 3 millones y que, por tanto, las cifras de los Fondos de Desempleo las ha debido calcular un humorista: 284.349 parados inscritos en 1933. Sin embargo, las propias estadísticas reflejan que el paro se ha agravado en 1934.

EL PROBLEMA FINANCIERO

Durante el transcurso de la crisis, en todas las naciones capitalistas, el problema de las finanzas públicas ha perdido, al menos en la práctica, el carácter puramente técnico de equilibrio entre gastos e ingresos, y ha adquirido un aspecto claramente político, fomentando la intervención estatal y la ayuda financiera a un capitalismo virtualmente en quiebra.

Los múltiples "experimentos" de economía dirigida que se han desarrollado se reducen esencialmente al pillaje siste-

mático de las cajas públicas, es decir, del pequeño ahorrador (pillaje que a veces lleva a fundar nuevos organismos, como ha ocurrido en los Estados Unidos con la Reconstruction Finance Corporation), y al incremento del presupuesto a través de los impuestos directos e indirectos, que se arrancan del fondo de consumo de la clase obrera. Así, en Francia, la Depositaría General, que en 1932 poseía más de 30.000 millones de ahorros en depósito, tenía invertidos 25.000 millones en rentas. La gran maniobra de compra de renta que llevó a cabo esta Caja facilitó la estafa de 1932, a la que se llamó conversión.

La frontera que separa las finanzas públicas de las privadas cada vez es menos clara. Se desarrolla una mutua penetración entre ambas actividades. La teoría de la no injerencia del Estado en la economía privada es refutada por aquellos que la defendían ferozmente en los hermosos tiempos de "prosperidad". La intervención estatal, antaño tildada de arbitraria, inquisitorial e incompetente, hoy es necesaria; su función "reguladora" no sólo debe devolvernos a esa querida prosperidad, sino que también debe… sacar a flote los negocios no rentables, turbios, sin una base firme e hipertrofiados. A este respecto, Francia ofrece un ejemplo muy elocuente.

El 31 de diciembre de 1933, la deuda pública (sin incluir las deudas de guerra) alcanzó los 300.000 millones, habiendo aumentado más de 20.000 millones desde mayo de 1932. La deuda a corto plazo y la deuda flotante, juntas, suman el 22% del total. Sólo en el pago de intereses se van 12.000 millones al año, un cuarto del presupuesto. Como el Estado no deja de recurrir al préstamo, fortalece las exigencias del capital financiero, que eleva el tipo de interés, haciendo el "dinero

caro" ¡Y todo esto mientras la prensa, vendida a este mismo capital financiero, despliega una campaña por el *crédito barato*!

El volumen del presupuesto no ha variado sensiblemente desde 1929, cuando se llegó a los 45.000 millones. El de 1934 ha alcanzado los 50.000 millones de gasto, un cuarto de la renta nacional. El hecho de que las sucesivas olas de recortes que se vienen produciendo desde 1932 hayan logrado una reducción de casi 10.000 millones (sueldos de funcionarios, etc.), y que en el mismo periodo no se haya reducido el presupuesto más que 5.000 millones, significa que ha habido nuevos gastos, algo que Regnier, el portavoz del Senado, se ha visto obligado a confesar, disimulando prudentemente el hecho de que la partida del gasto la absorben fundamentalmente las subvenciones, el aumento del gasto financiero en los presupuestos y los gastos militares.

Las grandes "subvenciones" datan de 1931, época en la que Flandin[51] concedió al Banco de Francia 2.500 millones por sus pérdidas como consecuencia de la devaluación de la libra (la misma fructífera operación se ha llevado a cabo en Bélgica en beneficio del Banco Nacional).

En 1932 se reflota la no rentable *Aeropostal*, que pertenece a esa categoría de empresas que atraen poco al capital privado pero son grandes consumidoras de capital "público".

La Transatlántica recibe cerca de 2.000 millones; el Estado es también quien paga generosamente los inflados créditos de sus sociedades "filiales". El Banco Nacional de Crédito recibe 2.000 millones. El Banco de Alsacia y Lorena, cerca de mil millones. A esto hay que añadir las partidas anuales

51. Pierre Étienne Flandin (1889-1958), dirigente de la Alianza Democrática. Fue ministro de Finanzas entre 1931 y 1932, en los gobiernos de Laval y Tardieu, y presidente del gobierno durante unos meses en 1934-35.

destinadas a colmar los déficits de las Compañías ferroviarias. La de 1933 se eleva a más de 4.000 millones. Los plenos poderes financieros que acaba de conseguir el gobierno de Doumergue[52] deberían facilitar la tarea de hallar la fórmula más adecuada para endosar todos estos vertiginosos gastos al proletariado, los pequeños ahorradores y los pequeños campesinos. ¡Germain-Martin[53] ya ha anunciado abiertamente en su programa una gran ofensiva contra la ley de seguridad social y los salarios de los funcionarios, "ampliar" del plato de impuestos y bajar los tipos! Y de cara al próximo agosto se esboza un nuevo proyecto de pillaje bajo la forma de empréstitos, que *L'Information* ha bautizado con el eufemismo: "El Plebiscito del Ahorro".

PERSPECTIVAS

La economía francesa se halla actualmente en lo más bajo de su curva coyuntural. Las contradicciones entre el sector industrial y el sector agrícola se intensifican. Se deshace el que hasta ahora había sido el apoyo más sólido y fiel de la burguesía: las masas de pequeños campesinos individualistas y de pequeños rentistas conservadores. El desarrollo de la crisis agrícola y la desaparición de las ilusiones del precio "remunerador" obligan al campesinado a "agitarse" (Chartres, etc.), llevando al radicalismo, su tradicional expresión política, a la descomposición. En Beauce, el 80% de la última cosecha aún no se ha vendido. Y el problema agrario no se

52. Gaston Doumergue (1863-1937), dirigente del Partido Republicano Radical. A la sazón era primer ministro, tras haber sido el presidente de la República entre 1924 y 1931.
53. Louis Germain-Martin (1872-1948), ministro de Finanzas en el gobierno de Doumergue.

solucionará con la nueva ley, que valora el trigo en 131.50 francos. Todo esto lleva a *L'Information* a encomendarse *"a los santos para que solucionen la gran crisis de nuestra agricultura"*.

Los pequeños rentistas, víctimas una vez más de las maniobras del capital financiero, no sólo han sufrido una reducción de sus tipos de renta con la conversión de 80.000 millones en Bonos del Tesoro, sino además, por la caída de las cotizaciones, una amputación de alrededor del 15% de sus capitales a día de hoy.

En el curso de nuestro estudio sobre el experimento de Roosevelt (*BILAN* nº 3), hemos tratado de demostrar que bajo el régimen capitalista es imposible impulsar el mercado interno aumentando la capacidad general de consumo, y eso que en los Estados Unidos Roosevelt dispone de potentes medios y de un vasto territorio con múltiples y variados recursos.

Esa demostración también vale para Francia. Si aquí la contradicción fundamental entre el desarrollo de la capacidad productiva y la restricción relativa del mercado es menos intensa que, por ejemplo, en Alemania, en cambio el poder despótico de los monopolios y el capital financiero pesa de manera exagerada sobre el mercado, pues los precios altos contraen el poder adquisitivo del proletariado y de los campesinos, mientras a éstos últimos les imponen bajos precios de venta para sus productos.

El propio desarrollo de las contradicciones hace que el mercado exterior adquiera una importancia preponderante en la evolución de la crisis francesa.

Los resultados de la balanza comercial de 1933 son un aviso para la burguesía francesa y le plantean nuevos problemas en materia de política comercial exterior. Francia acaba

de iniciar la pelea denunciando los tratados comerciales con Inglaterra y Alemania. Al mismo tiempo, sus relaciones económicas se dirigen hacia Italia, Bélgica, Brasil, etc. La clausula de la "nación más favorecida" no sobrevive. Ya no implica ninguna ventaja, pues los aranceles afectan a todos los países. Tenía sentido en la época del libre cambio y del capitalismo "liberal". Hoy es una traba para el nacionalismo económico. El hundimiento del comercio mundial y el dominio de los monopolios obligan a las diversas burguesías a sustituir el sistema de protección aduanera arancelaria por el de la fijación de cuotas.

En el primer semestre de 1933, estos cupos acordados afectaban al 45% del total de las importaciones francesas. Pero la situación del capital francés en el mercado mundial, que cada vez es más crítica, le obliga a operar un nuevo reparto de las cuotas, empleándolas como un medio de presión, "moneda de cambio". Se adopta el principio de la reciprocidad, se emplea la política del doy para que des. ¡Si yo te compro, tú tienes que comprarme! Reaparece el trueque bajo nuevas formas.

No obstante, estas dos fórmulas (la clausula de la nación más favorecida y la reciprocidad) son complementarias. Se emplea la primera cuando la balanza comercial con el país en cuestión es favorable; la segunda, en caso de déficit.

El mecanismo de la fijación reciproca de cupos limita la competencia en el mercado mundial, mientras en el interior el empleo de licencias refuerza el poder de los monopolios, revelándose como uno de los aspectos característicos de las "economías cerradas", que lo son sólo en apariencia, pues el objetivo de este tipo de economías no es más que reforzar la explotación del mercado interno mientras *aumenta su capacidad de lucha exterior*.

Esta "economía cerrada" se amplía al "imperio cerrado", integrando las colonias en la órbita de la economía metropolitana.

Tras el imperialismo inglés, ha sido el francés quien ha emprendido el camino de la unificación de sus dominios coloniales, lo que probablemente llevará a la firma de un nuevo Ottawa: ya se han producido dos importantes conferencias coloniales en París, con pocos meses de intervalo entre una y otra.

En una época de exportación de capitales y en un periodo de crisis general del capitalismo, que ha agotado todos los mercados de capitales, para el imperialismo francés el problema colonial adquiere este aspecto:

a) Alentar allí la producción "barata" de las materias que necesita la metrópoli (para reforzar su potencial bélico) y que no le hagan la competencia, o como dice Daladier[54]: *"Liberarnos de las compras y las ataduras de los países extranjeros, organizar producciones complementarias entre Francia y sus dominios de Ultramar"*.

b) Otorgarles préstamos, a través de los cuales se logra un doble beneficio: por una parte, con los intereses que se extraen de la miseria y el sufrimiento de las masas indígenas; por otra, esto les permite abastecerse de mercancías, pero no de aquellas que les llevarían a desarrollase industrialmente y competir con la metrópoli, sino las que facilitan la explotación y la exportación de riqueza: puertos, ferrocarriles estratégicos. 4.000 millones de francos se dirigen ya hacia África e Indochina.

54. Édouard Daladier (1884-1970), dirigente del Partido Radical Republicano, fue primer ministro en 1933-34 y posteriormente entre 1938 y 1940.

La política de inversiones llega incluso a Manchuria, donde acaba de crearse un consorcio franco-japonés para el desarrollo económico del nuevo imperio en el que está particularmente interesada la industria pesada francesa: plan de equipamiento de ferrocarriles, minas y electricidad. El contrato implica una primera entrega de fondos de mil millones y demuestra la cercanía de los imperialismos francés y japonés.

Si bien el factor colonial es importante a la hora de encontrar una salida capitalista a la crisis, no es menos cierto que *a fin de cuentas, todos los imperialismos buscan esa salida, a través de los antagonismos del mercado mundial*. El capital francés, cómo no, también se ve obligado a extender sus mercados, a reforzar su capacidad de lucha y reanimar su aparato productivo. El problema de reducir los precios de coste se le plantea en toda su complejidad, de ahí la creciente importancia que adquiere el agravamiento del conflicto entre el sector agrícola y el industrial. ¿Cómo llevar a cabo una reducción de salarios cuando el pan es más caro que en el resto de Europa?

De manera general, en su búsqueda de soluciones a la crisis, el capitalismo mundial hasta ahora se ha decidido por dos políticas centrales, que se oponen pero no se excluyen mutuamente: 1) La *deflación*, que equivale a una contracción de todos los valores, una reducción masiva de capitales, una bajada de precios encaminada, en un plazo más o menos largo, a aumentar la tasa de ganancia; esta es la política que sigue sobre todo Alemania; 2) Una política de subida de precios, la política de los monopolios, que pretende conservar los valores y que sigue una línea *inflacionista*. Esta es la que han adoptado Inglaterra y los Estados Unidos.

Estas dos grandes directivas capitalistas tienen un objetivo común: el empeoramiento de las condiciones de vida del proletariado; en el primer caso, mediante una reducción directa de los salarios; en el segundo, mediante una reducción indirecta del poder adquisitivo de los salarios a través de la depreciación monetaria.

De momento, Francia (y los países con patrón-oro) se aferran a la política "deflacionista", pero la agudización de la presión de los monopolios, la extensión de la política de las "subvenciones" y la precariedad de su comercio exterior, son factores que, cuando sus competidores están decididos a emplear todos los recursos que ofrece el dumping, le obligarán a adoptar una política inflacionista a favor de la cual ya se esbozan algunos movimientos.

Aunque la burguesía francesa se apoya en una capa importante de pequeños ahorradores, y a pesar de que no se ha borrado de la memoria el recuerdo de la estabilización del franco a "cuatro perras" que hizo Poincaré[55] en 1928, es posible que el franco se devalúe. Quizá el capital financiero se vea obligado a realizar esta operación, sacando provecho de ella incluso. En las competiciones imperialistas, *el dumping, un rasgo típico del capitalismo monopolista*, se impone como arma ofensiva. Francia deberá pronunciarse por el dumping monetario, pues el dumping social no es viable y la enorme cantidad de oro que guarda el Banco de Francia no es un obstáculo.

La experiencia inglesa y norteamericana demuestran, además, que se puede proceder a una devaluación sin recurrir

55. Raymond Poincaré (1860-1934), presidente de la República francesa durante la Primera Guerra Mundial y primer ministro en los años 20. Responsable de la ocupación del Ruhr en 1923, en 1928 inicia la emisión del "franco Poincaré", que valía una quinta parte del anterior "franco Germinal".

a la inflación propiamente dicha: basta con crear la psicosis inflacionista; ¡y en Francia es mucho más fácil hacerlo que en los Estados Unidos! Para la burguesía el problema consiste en contener la devaluación y las fluctuaciones de la moneda en los límites más allá de los cuales surge la inflación real y ésta se transforma en amenaza social.

Las consecuencias de una devaluación monetaria pueden resumirse así:

a) En las industrias se produce: 1º una reducción del precio de coste, al pagarse la fuerza de trabajo por debajo de su valor real, y una rebaja de los gastos fijos; se embolsan una *plusganancia* como resultado del desajuste entre los precios de los elementos de la producción y los precios de venta, al alza; 2º un desarrollo momentáneo de las exportaciones gracias al dumping.

b) Los agricultores se "benefician" de un alza nominal de sus productos, que les da ilusiones durante un tiempo, y de una reducción de sus gastos fijos.

c) La devaluación ofrece una salida a la enorme masa de capitales que permanecen atesorados.

Para evitar la estrangulación de su comercio exterior, Francia quizá se vea obligada a devaluar su moneda a los niveles del dólar y la libra. Técnicamente, el franco es sólido, pero en la práctica esta "solidez" obstaculiza todo intento de expansión del imperialismo francés. En nuestro análisis sobre el experimento de Roosevelt (*BILAN* nº 3), ya hemos hablado de qué sirve, económicamente hablando, la devaluación monetaria. El capitalismo, a través de estos múltiples "experimentos", se ve obligado a saltarse y a romper sus propias leyes económicas. Esto significa que la devaluación sólo es una solución temporal. Cuando se vuelvan a nivelar

las condiciones de la competencia, se impondrán otras soluciones, o más bien *la única solución capitalista*: la guerra.

La burguesía francesa se va preparando poco a poco para ello.

Ayer, gobierno de izquierda.

Hoy, "concentración nacional de apaciguamiento".

Y *mañana*, quitándose el último ropaje democrático, un gobierno "fuerte", de corte fascista, que se apoyará *únicamente* en las fuerzas de opresión y represión.

Tal es la ley que se impone a la República Francesa, "último bastión de la democracia y el socialismo".

MITCHELL.

EVOLUCIÓN DEL IMPERIALISMO INGLÉS

BILAN nº 13 y nº 14, noviembre/diciembre 1934 y diciembre/enero 1935.

En nuestro estudio "*Crisis y Ciclos*"[56] hemos tratado de esclarecer el significado de la crisis general de la sociedad burguesa. Hemos destacado que el Capitalismo en general, y los grupos imperialistas en particular, evolucionan en la estela del curso histórico decadente en el que están inmersos. Puesto que la irreductible contradicción fundamental entre la *forma* "socialista" de la producción y el *modo* capitalista de reparto de los productos ya no permite al capitalismo proseguir con el desarrollo de sus fuerzas productivas, sino que, al contrario, se ve dominado por ellas, está claro que hoy todas las manifestaciones de su actividad ya no reflejan sino los múltiples y desiguales aspectos de su adaptación a las condiciones que la Historia le impone; lejos de considerarlas como las etapas de una consolidación, de una estabilización del capitalismo y de la reanudación de su papel progresista –tales perspectivas han quedado definitivamente descartadas–, estas manifestaciones, estas "reactivaciones", exacerbando los factores antagónicos, se encaminan hacia la guerra imperialista o la Revolución. Cuando las derrotas proletarias

56. Véase más abajo *Crisis y ciclos en la economía del capitalismo agonizante*.

hacen imposible la segunda posibilidad, el curso económico y político que sigue el Capitalismo no es otro que el de la preparación material del aparato económico, así como el proceso de maduración ideológica en las masas encaminado a la guerra imperialista, un curso desigual y ciertamente confuso, que refleja los diferentes grados de desarrollo y de capacidad de lucha de los diferentes imperialismos. Para poder salir de este sendero que le conduce a la masacre, para oponer a este camino su solución revolucionaria, el proletariado debe hacer un inmenso esfuerzo de discernimiento y análisis de las fuerzas enemigas que le acosan.

El imperialismo británico, siendo una de las potencias más poderosas, es uno de los dos o tres polos de atracción para las formaciones capitalistas secundarias. Ahora bien, este potente grupo que en vísperas de 1914 aún dominaba el mundo, precisamente se ve hoy corroído por los virulentos fermentos de la descomposición, y aunque la decadencia británica no sea más que un aspecto de la decadencia capitalista general, la forma clásica que reviste así como la importancia considerable de su peso específico en la economía mundial le confieren un interés particular.

En realidad, si Inglaterra fue la cuna del gran capitalismo industrial, no fue la primera nación capitalista. En la historia de la acumulación primitiva de capital mercantil, producto de las rapiñas comerciales y coloniales, la precedieron España y sobre todo Holanda.

Pero tras la apertura de las grandes rutas oceánicas, la posición clave de la que disfrutaba Inglaterra en el Atlántico favoreció su ascenso a la supremacía marítima y colonial. La revolución burguesa de 1649 que Cromwell llevó a cabo por cuenta de la ya poderosa clase de los comerciantes y fabrican-

tes, permitió que estos extendieran por todo el mundo su tupida red de factorías comerciales, proceso que llevó casi un siglo. Por una parte, el Acta de Navegación de 1651, que aseguraba a las Islas Británicas el monopolio de los trasportes marítimos, estableció las bases para su poderío naval. Además, la instauración del proteccionismo defensivo, indispensable para la incipiente industria (y al que Colbert[57], en Francia, no tardó en replicar), convirtió a Gran Bretaña en el primer fabricante del mundo.

Resumiendo, la prosperidad de Inglaterra, que se expandió con toda su orgullosa insolencia hasta finales del siglo XIX, se sustentaba en las tres actividades esenciales de su burguesía: la primera, su papel universal como *comerciante*, que como decía Engels, *"fue la clase que sin participar para nada en la producción, supo conquistar la dirección general de ésta y someter económicamente a los productores; una clase que se convierte en el indispensable intermediario entre dos productores y los explota mutuamente"*; esta función parasitaria adquirió una considerable importancia en la economía inglesa, y es importante no perderla de vista.

Luego vino su actividad industrial, que adquirió un impulso vertiginoso gracias a la ayuda del considerable capital mercantil acumulado en el trascurso de dos siglos de pillaje y explotación de las masas indígenas y coloniales, por una parte, y por otra gracias a las inmensas posibilidades que tenía tanto de realizar la plusvalía producida como de capitalizarla colocándola en alguna parte de sus vastos dominios coloniales, formados por los despojos de las colonias españolas, holandesas y francesas y jalonados por una red de escalas y factorías inglesas que se extendían por las cuatro esquinas del mundo. Por último, hay que destacar su papel como banquero mundial.

57. Baptiste Colbert (1619-1683), ministro del rey Luis XIV.

Los cimientos del Imperio Británico fueron su flota, mercante o acorazada, un instrumento indispensable para poder controlar un inmenso y disperso dominio, carente de unidad geográfica, política, ni económica; además, la densa red de su aparato bancario, que era una malla que se extendía por todo el globo; y por último las cadenas que representaban los contratos de los empréstitos y las inversiones, que sometían a los pueblos deudores a la "City" de Londres, acreedora universal: estas cadenas doradas, en 1932, superaban el equivalente a la renta nacional total de ese mismo año, es decir, 3.700 millones de libras esterlinas o 400 mil millones de francos belgas, el 60% de los cuales estaba invertido en los Dominios y colonias y el 40% restante en el extranjero, y prácticamente representaban el doble de las inversiones del imperialismo francés, realizadas sobre todo en Europa.

Un dominio 3 veces más extenso y 7 veces más poblado que el francés, que englobaba casi un tercio de la población mundial y encerraba inmensos recursos de trigo, ganado, lana, caucho y metales, este era el terreno en el que evolucionaba el capitalismo inglés. Pero la falta de homogeneidad de todo este ámbito geográfico se acentuaba por la clara diferencia de sus partes constituyentes: por un lado las viejas colonias de poblamiento que se habían convertido en Dominios y Estados capitalistas bastante evolucionados –cuya solidaridad con la metrópoli se iba diluyendo continuamente (Canadá, Australia)–; por otra parte, las colonias de explotación, las posesiones de África y la India, unas economías atrasadas en las que no obstante se iba desarrollando la burguesía indígena (como en las Indias), que actualmente, en la fase última imperialista, lejos de convertirse en una fuerza social que evoluciona hacia su liberación, es un instrumen-

to servil del capitalismo inglés, que lo emplea para someter a un proletariado hambriento cuya emancipación depende de la ayuda del proletariado de los países más desarrollados; y nos quedan los Estados "independientes", como los países escandinavos, Portugal, Argentina y otros territorios llamados "esterlinos", que también son zonas de influencia y terrenos para las operaciones del imperialismo inglés.

Su aparato financiero se diferencia claramente del sistema bancario del imperialismo francés. Éste, más centralizado, más estrechamente ligado a la producción (aunque menos que el Capital Financiero alemán o norteamericano), basa su actividad principalmente en las emisiones de los Estados. El capital bancario inglés, aunque inició su concentración en la era victoriana y poco a poco fue completándola hasta la víspera de la guerra, reduciendo el número de bancos de 104 en 1890 a 18 en 1924, conservó una organización descentralizada; los cinco mayores bancos londinenses poseían cada uno de 1.500 a 2.000 agencias repartidas por todo el mundo, que unidas a las del resto de establecimientos bancarios formaban una red de una amplitud incomparable. Pero, característica importante, este colosal aparato se interesaba poco en las participaciones industriales directas y en los créditos a largo plazo, se limitaba a las inversiones a corto plazo y a financiar los fondos de operaciones del aparato productivo en forma de operaciones de descuento, préstamos sobre mercancías; las ganancias bancarias, pues, provenían más de la circulación de mercancías que de su producción: la plusvalía que reflejaban estas ganancias se producía al margen del control directo de los bancos. Es un hecho que las finanzas inglesas dejaron de interesarse hace mucho por la esfera industrial y agrícola de la metrópoli, contentándose con arrancar un diezmo de los beneficios cosechados en los lejanos

mercados y en las colonias, así como de las emisiones de capitales procedentes de la acumulación en la industria. Se formaba así una burguesía aristocrática, desligada de la producción y cuyos intereses estaban en clara oposición con los de la burguesía industrial. Esto se explica por el hecho de que orgánicamente el capital bancario inglés estaba atrasado comparado con el de Francia, Alemania o Estados Unidos; el proceso de fusión del capital industrial y el capital bancario nunca llegó tan lejos; su carácter de "capital financiero" no es tan pronunciado. Este retraso, si bien permite explicar el relativo estancamiento de las fuerzas productivas, se debe a que hace ya aproximadamente un siglo que el aparato productivo está altamente centralizado, un aparato que fue el motor de la prodigiosa acumulación del Capitalismo inglés y que, gracias a esta extensión, le permitió arreglárselas más fácilmente sin crédito.

Las particularidades estructurales de este capitalismo financiero se convirtieron en su fuerza, pero también en su debilidad; debilidad porque debido a su estrecha relación con el mecanismo de los intercambios mundiales, sufría también sus perturbaciones; y su fuerza porque el hecho de estar separado de la producción le permitía una mayor elasticidad a la hora de actuar en las épocas de crisis.

***

Ese fue el terreno en el que se levantó la expansión imperial, sobre el que pudo apoyarse la economía metropolitana y el que permitió alcanzar el apogeo de su poder a finales del siglo XIX. ¿Cómo ha llegado entonces a descomponerse este mecanismo hasta tal punto que hoy ya no funciona sino en la medida en que el Imperio lo reanima gracias a la

plusvalía que extirpa a los pueblos coloniales, gracias una explotación cada vez más feroz? Para saberlo debemos hacer un breve análisis de su evolución.

Cobden[58] y su Liga manchesteriana, al abolir a mediados del siglo pasado el acta de navegación, los derechos proteccionistas y la *corn law*, instauró el "Libre Cambio", que desde entonces se convirtió en el eje de la política económica británica. La burguesía, provista de una sólida organización productiva, de abundantes recursos de carbón y minerales, aprovechó su situación privilegiada para acumular enormes cantidades de capitales, durante la larga época en la que aún conservaba el cuasi-monopolio de la fabricación. Por medio de las exportaciones de su industria trasformadora, de las ganancias procedentes de los fletes y de las rentas de sus inversiones, pudo colmar las necesidades de su economía, que dependía del mundo exterior para cubrir las 5/6 partes de sus necesidades alimentarias (la población agrícola representa hoy el 6% de su población activa, mientras que en Francia es el 40%).

Los sectores en los que se basaba esencialmente la exportación británica eran las industrias carbonífera, metalúrgica y textil, precisamente las que se han visto más afectadas por la decadencia económica y más profundamente corroídas por el paro.

La organización industrial de las explotaciones hulleras, aunque disfrutaba de unos ricos estratos de carbón, fácilmente accesibles y situados cerca del mar, adolecía sin embargo de una debilidad "congénita", fruto del modo de apropiación

58. Richard Cobden (1804-1865), fabricante inglés y político conocido por su defensa del librecambio. Fue uno de los promotores de la *Anti-Corn Law League*.

de la mina; ésta pertenecía al propietario del suelo, que exigía una renta, el "royalty", a cambio de los derechos de explotación del subsuelo. Es más, importantes estratos carboníferos que estaban localizados entre dos propiedades diferentes se quedaron sin explotar y se perdieron definitivamente. El atraso técnico aún encarecía más los precios de coste. Por otro lado, el desarrollo de la producción carbonífera en la Europa continental y en los Estados Unidos, así como el aumento del empleo de otras fuentes de energía, como la hulla blanca o los oleos petrolíferos, hicieron que Gran Bretaña terminara perdiendo inevitablemente su posición predominante como exportadora mundial de carbón, puesto que tuvo que ceder a los Estados Unidos, retrocediendo al tercer lugar. Pero, esto es importante, este retroceso minó unos de los pilares de su armadura económica: los fletes de exportación. En efecto, el carbón se cargaba en los fletes de "ida" que la flota mercante inglesa distribuía por las cuatro esquinas del mundo, de donde volvían cargados de productos alimentarios y materias primas. La reducción de estos fletes redujo considerablemente la capacidad competitiva de de su flota, así como las ganancias procedentes de la actividad mercantil.

El poder de la industria metalúrgica, que alcanzó su punto culminante a mediados del pasado siglo, se vio también inevitable y fuertemente trabado por el progreso del modo capitalista de producción a escala mundial, por el surgimiento y el rápido y temible crecimiento de otros centros de producción de hierro y acero. Ya en 1897, J. Chamberlain[59] trató de reaccionar ante la amenaza que esto suponía para toda la

59. Joseph Chamberlain (1836-1914), dirigente del Partido Liberal, ocupó los cargos de ministro de comercio y de las colonias. Conocido defensor de las reformas sociales internas y de los intereses imperialistas ingleses.

industria inglesa, proyectando la creación de un "zollverein imperial"; pero los Dominios (que también eran capitalistas) hicieron fracasar este proyecto. En 1923 Baldwin[60] obtuvo los mismos resultados, en un intento semejante.

Cuando, por ejemplo, la producción de hierro alemana, que en 1892 era 2/3 de la inglesa, en 1912 ya la doblaba, ya no había duda de que la industria pesada inglesa había entrado en su fase decadente. En esta esfera, Alemania había progresado un 320% en 20 años, e Inglaterra sólo un 32%. El retroceso de la producción inglesa en relación la producción total mundial también se manifestó con claridad. En lo que respecta al hierro, 13% en 1913, 8% en 1929 y 10'5% en 1933. En esta fecha el alza se explica porque, al abrigo de los derechos del 33% que se impusieron a las importaciones en 1932, los productores siderúrgicos lograron sustituir los mercados exteriores perdidos por un mercado nacional monopolizado. La necesidad de conservar este monopolio no le permitía participar en el cártel continental del acero y así ampliar sus exportaciones, que en 1933 permanecieron estacionarias. Hoy se intenta hacer frente a esta dificultad mediante primas a la exportación concedidas previo descuento sobre el producto de las ventas en el interior.

Pero donde la situación era más grave era en la industria algodonera, que constituía la principal moneda de exportación.

Entre 1770 y 1815, Inglaterra detentaba el monopolio del mercado algodonero, y un maquinismo ya perfeccionado le permitía inundar el mundo con sus cotonadas. Gracias a la ruina masiva del artesanado indígena de las Indias pudo

60. Stanley Baldwin (1867-1947), líder del Partido Conservador, tres veces primer ministro.

desarrollar aún más sus exportaciones, tras atravesar la gran crisis de 1847 cargándola sobre las espaldas del proletariado, empujándole literalmente al hambre. El poder de los magnates de Lancashire llegó a su apogeo hacia 1860. La saturación del mercado de las Indias (su principal cliente) y de Australia, así como la Guerra de Secesión, provocaron la debacle de 1862-63 y llevaron a la industria algodonera a su declive. Otras causas vinieron a agravar aún más la situación posteriormente: a la competencia japonesa en los mercados asiáticos vino a añadirse la de los Estados Unidos en los mercados sudamericanos, así como el desarrollo creciente de la industria textil en las Indias, que en 1913 ya poseía 6 millones de brocas y en 1933, 9 millones; movidas en 1905 por 50.000 telares que en 1926 ya eran 154.000.

La debilidad estructural de la industria de Lancashire, que la debilitaba frente a los competidores mejor equipados, se reflejaba sobre todo en la existencia de numerosas empresas, pequeñas y medianas, muy especializadas y que eran un gran obstáculo para llevar a cabo una centralización. Es más, el periodo de fiebre especulativa de 1919-1920 provocó una sobre-capitalización y multiplicó la servidumbre bancaria, lo que gravó aún más los precios de coste.

En el proceso de concentración y centralización de las empresas algodoneras, Inglaterra se halla hoy claramente por detrás de Japón, que amenaza directamente sus posiciones asiáticas. En 1932 el número de empresas japonesas era tres veces menor, con un capital medio tres veces mayor que las inglesas. Inglaterra, que fue la primera en mecanizar sus telares –en 1789 ya empleaba el vapor como fuerza motriz–, en 1932 tenía el doble de telares que Japón, pero

sólo estaban automatizados un 5%, frente al 50% japonés, que de hecho poseía una cantidad 5 veces mayor de telares automatizados, accionados a razón de 30 o 40 por obrero.

Tales diferencias se reflejaron evidentemente en una considerable contracción de los mercados ingleses. En relación a 1913, el descenso de las exportaciones totales de tejidos de algodón era del 41% en 1926-29; del 63% en 1930; y del 79% en 1931. Las exportaciones hacia las Indias representaban en 1913 el 45% del total, cifra que en 1931 se había reducido al 25%. La amplitud del hundimiento de la producción también podía medirse atendiendo al grado de empleo de la capacidad productiva. En 1930-31, por cada mil brocas instaladas en Lancashire se trataban 36 balas de algodón; Japón, 357; y la India, 275. En algunas fábricas inglesas las máquinas paradas llegaban al 50%, y los obreros en paro eran entre un 60 y 75%.

La descomposición de esta industria, antaño uno de los mayores orgullos británicos, ha llegado hoy a tal grado que se está planteando una reorganización del sector del "hilado", que implicaría la retirada de la esfera productiva de alrededor de un cuarto de las brocas existentes. El capitalismo ha decidido destruir trabajo materializado, unas fuerzas productivas que si bien son útiles al ser humano, son perjudiciales para la burguesía, ¡porque no pueden funcionar como capital! Destruir lo que el proletariado ha producido es, al mismo tiempo, intensificar su explotación, pues en la industria algodonera se plantea en toda su agudeza el problema del rendimiento del trabajo, claramente "insuficiente" frente a la concurrencia japonesa, que emplea a un 85% de mujeres, frente al 65% inglés; en la que cada hombre maneja 8 telares frente a los 4 ingleses; y que paga los salarios en… ¡arroz!

Por otra parte, la reacción de la patronal de Lancashire ya se expresó en 1929 con el gran lock-out con el que vanamente trató de imponer el sistema *more loom*, un aumento del número de telares por obrero. En cambio, en 1933, el fracaso de la huelga general le permitió operar una reducción de salarios. El proletariado de la industria textil se ve hoy más amenazado que nunca.

***

El carbón, la metalurgia y el textil fueron los tres sectores que se vieron más afectados por la descomposición de la economía británica, así como por la depresión crónica que desde hace trece años, tras la corta fase de falsa prosperidad de 1919-1920, corroe como un cáncer todo el aparato productivo y ha hecho que la orgullosa y altanera Inglaterra se convierta en el país clásico del paro endémico: el capitalismo inglés, en el propio curso de la fase de recuperación de posguerra, ha rechazado definitivamente de la esfera de la producción a un millón de hombres, que constituyen su ejército de parados. En 1934, la cifra ya era el doble, mientras que en algunas de las ramas más importantes de la industria los índices han remontado hasta casi llegar al nivel de 1928-1929. Estos son los efectos de la "saludable" racionalización e intensificación del trabajo, que condenan a dos millones de proletarios (13% del total de los trabajadores) al paro permanente, pues la economía inglesa ha alcanzado ya su máxima capacidad de absorción de nuevos obreros, por lo que no puede sino lanzar a otros tantos miles fuera del proceso de trabajo.

En 1928, año de buena coyuntura, el paro de los mineros llegaba al 25%. En el conjunto de estas industrias decadentes, el paro evolucionó del 17% en 1929 al 33% en 1932 y al 28% en 1933. En las industrias productivas en general, el paro era, respectivamente, de un 8%, 25% y 15%. En las industrias de consumo, 6%, 13% y 11% solamente. Hay que destacar un hecho que subraya particularmente el creciente parasitismo de la burguesía inglesa: de 1920 a 1930, fueron las industrias alimentarias, de mobiliario, de equipamiento doméstico y de lujo las que se expandieron con más fuerza. Ya señalaba Marx en 1861 que el número de criados domésticos era prácticamente equivalente al de proletarios industriales (*El Capital*, tomo III, página 116). Este aumento relativo y absoluto de la población improductiva: sirvientes, lacayos y criados, fue una de las consecuencias del proceso general de acumulación capitalista, que por una parte engendraba un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas, un considerable aumento de la composición orgánica del capital (aunque en Inglaterra ésta es inferior que en Alemania o los Estados Unidos) y un aumento de la productividad del trabajo; y por otra, la exportación de capitales.

Las modificaciones que se han producido en el reparto de las funciones económicas de la población activa, durante un periodo de 80 años, de 1851 a 1931, reflejan claramente la evolución estructural de la economía inglesa; así, el porcentaje de hombres ocupados en la esfera industrial se ha reducido del 51% en 1851 al 42% en 1931. En la agricultura el descenso es aún más pronunciado; la abolición de la *corn law* aceleró la penetración de la producción capitalista en este sector, proceso que también se vio favorecido por el hecho de que la propiedad de la tierra estaba fuerte-

mente capitalizada. En 1920 no existían más que 300.000 terratenientes, mientras que en Francia eran 10 veces más. 8.000 propietarios detentaban, ellos solos, la mitad del territorio, y la mayor parte habían sustituido los cultivos por la ganadería. De esta forma el porcentaje agricultores/trabajadores, que en 1851 era del 24%, en 1931 era sólo un 7%. La proporción de trabajadores productivos de ambos sexos (obreros y campesinos) descendió del 59'6% en 1920 al 52'8 en 1930, y el de los trabajadores del comercio, los trasportes, criados y empleados subió del 40'21% al 47'2%. El proletariado industrial pasó del 33'4% al 30'9% y los criados únicamente del 8'1% al 10'1%, dando en total una proporción de tres obreros por cada criado. Esta proporción social no debe extrañarnos, si nos fijamos en las cifras de exportaciones de capitales, que reflejan una considerable ampliación de la actividad extra-metropolitana de la burguesía inglesa, lo cual le permite vivir cada vez más de la plusvalía producida al margen de su control directo, logrando unas ganancias que fácilmente pueden quintuplicar a las que provienen del comercio exterior.

De esta forma podemos explicarnos fácilmente la complicidad del imperialismo británico con los dirigentes tradeunionistas y del Partido Laborista, así como la profunda influencia que aún ejerce la ideología burguesa en las cabezas de los obreros, lo que se traduce en una conciencia política del proletariado extremadamente débil.

La profunda modificación de la composición interna de la población activa metropolitana es, por tanto, uno de los aspectos que refleja la descomposición parasitaria del imperialismo inglés. Los revisionistas del marxismo se apresurarán a clamar que semejante constatación supone una

nueva confirmación del error de Marx, que predecía que una progresiva proletarización desembocaría en un empobrecimiento generalizado. De Man, sobre todo, se ha afanado en tratar de demoler, en las columnas del *Peuple* de Bruselas, la perspectiva trazada por Marx, justificando su Plan de Trabajo y el desplazamiento hacia las clases medias del centro de gravedad de la política reformista.

Así, estos sabios falsificadores del marxismo no hacen más que disimular un aspecto fundamental de esta predicción: que el aumento de la población "improductiva" pero *explotada*, mientras llega a su punto de saturación, depende sin embargo de la *masa de plusvalía producida*, una parte de la cual debe emplearse para mantener a esta población; y que, por tanto, ésta determinada masa de plusvalía no puede garantizarse, dado el decrecimiento relativo y absoluto del proletariado, si no se intensifica la explotación de este proletariado, lo que necesariamente debe hacerle consciente del papel *histórico* que está llamado a jugar; pensamos que esta concepción está más impregnada del "espíritu" del marxismo que de "su letra".

***

Versalles yuguló al más temible competidor al que tuvo que enfrentarse el imperialismo británico en la lucha de la concurrencia durante las décadas que precedieron a la guerra. El antagonismo anglo-alemán, en efecto, estuvo en el centro de los móviles que provocaron el estallido del conflicto mundial. Pero la marea del expansionismo alemán no refluyó sino al precio del ascenso y el dominio de una potencia aún más temible: los Estados Unidos, cuyo poder de atrac-

ción fue tal que desplazó el centro del mercado financiero de Londres a Nueva York, conquistó muchos mercados en ambas Américas que hasta entonces llevaban el sello inglés, e incluso atrajo a su órbita a Canadá, el más rico de los Dominios que formaban la "Commonwealth", de tal manera que el capital norteamericano no sólo pudo apoyarse en la superioridad técnica y orgánica de su aparato, sino que también logró explotar su prestigio como acreedor mundial.

La guerra fecundó otra potencia amenazadora para el predominio británico en Asia: Japón, que en el trascurso del conflicto prosiguió activamente su penetración en el continente asiático, particularmente en China, planteando así claramente el problema de la conquista de este mercado, que sólo se resolverá en el curso de la próxima conflagración mundial.

Tras reconducir su economía, sacudida por la guerra, en 1924 Inglaterra inició su lucha contra los Estados Unidos con el objetivo de reconquistar la hegemonía mundial.

A pesar de la degeneración que minaba su aparato productivo, evolución cuyas características esenciales ya hemos analizado, el Capital británico pretendía conservar intacto lo que constituía la base de su actividad y su control, es decir, la vasta red que se dedicaba a drenar plusvalía desde las cuatro esquinas de la Tierra y mediante la cual la burguesía parasitaria extraía la esencia que le permitía vivir en la ociosidad más inepta. Como hemos visto, los que tenían la llave de este órgano universal eran los bancos. Aprovechando el fracaso del primer gobierno laborista de 1924, que fue incapaz de solucionar los problemas que se le planteaban a la burguesía industrial, fueron los bancos quienes, con la llegada al poder de Baldwin, desencadenaron en 1925 una vasta

ofensiva "deflacionista" con el objetivo de revaluar la libra. El retorno al patrón-oro se decretó en abril de ese mismo año. El antagonismo entre el capital industrial y el capital financiero, que en Inglaterra era mucho más vivo que en Alemania, Francia o los Estados Unidos, por las razones que ya hemos señalado, quedó así zanjado por mucho tiempo a favor de los bancos.

Las repercusiones de esta política deflacionista sobre las relaciones sociales no se hicieron esperar. En mayo de 1926 estalló como un trueno una huelga general que duró 12 días y que paralizó casi toda la vida económica, provocando el desconcierto en las filas burguesas. Pero sus agentes, los Citrine[61] y consortes, estaban en guardia, y la magnífica solidaridad proletaria que había surgido a favor de los mineros se disipó, abandonando a estos a su suerte y obligándolos a luchar desesperadamente durante otros seis meses, hasta la derrota total (lo que estaba en juego en la lucha era la prolongación de la jornada de trabajo de 7 a 8 horas). Por otra parte, la política deflacionista que pretendía reconducir la cotización de la libra, pesó gravemente sobre el aparato productivo y perjudicó a la industria inglesa en el mercado mundial, que tenía que enfrentarse a unos competidores que vendían partiendo de la base de un cambio depreciado. El resultado fue una caída impresionante de las exportaciones a partir de 1925 cuyos efectos sobre el nivel de la producción ya hemos subrayado.

El hundimiento industrial no era nada sorprendente, teniendo en cuenta que en el volumen total de las exporta-

61. Walter McLennan (1887-1983), el Barón Citrine, dirigente sindical inglés y ferviente anti-comunista. En 1926 era el secretario general del sindicato Trade Union Congress.

ciones, los productos fabricados representaban el 82% de los intercambios con las colonias, y el 74% con los países situados fuera del Imperio. Hay que añadir que, en cambio, 2/3 de las compras al Imperio se componían de productos alimentarios, y estos constituían el 40% de las importaciones del extranjero.

Examinar la curva del comercio exterior es interesante por dos razones: por una parte, el movimiento de las exportaciones revela la considerable disminución del peso específico de la industria inglesa en el mercado mundial; por otra, las importaciones ponen crudamente al desnudo el parasitismo de la burguesía inglesa.

El porcentaje de Gran Bretaña en el comercio total del circuito mundial de los intercambios no había dejado de bajar desde el siglo pasado: 27% en 1830; 15% en 1913, es decir, un retroceso de casi la mitad. Fue el precio que tuvo que pagar el capitalismo inglés por haber sido el primero en producir plusvalía al por mayor, en grandes fábricas colectivas, y es que luego vio como este privilegio desaparecía con la extensión de la producción capitalista al mundo entero. Lo mismo se puede decir del comercio de tránsito, que en 1860 representaba un tercio del comercio total y en 1913 un 9%. El mercado británico iba perdiendo terreno relativamente.

Durante 20 años, de 1891 a 1910, Inglaterra sólo aumentó el volumen de sus intercambios un 50%, mientras que Alemania lo hizo un 100%, los Estados Unidos un 75% y Japón un 250%.

Durante el febril y ficticio periodo de reanudación económica de posguerra, el comercio inglés global logró conservar el puesto que ocupaba en 1913: 15% del comercio mundial. Pero este fue el último periodo favorable para el capital

industrial, que aunque se benefició de la subida general de los precios no logró aumentar sensiblemente el volumen de sus exportaciones.

La nueva orientación político-económica impuesta por los banqueros en 1924-1925 eclipsó las perspectivas que parecían abrirse a la industria. La reacción no se hizo esperar. Y en 1928-1929, cuando esta última y falaz fase de "prosperidad" del capitalismo mundial había tocado a su fin, estaba claro que si bien comparadas con 1913 las exportaciones inglesas habían crecido, en valor, un 40% (esto se explica por el alza de los precios), comparadas con las del año 1924 habían bajado. Durante la crisis mundial que estalló poco después, su caída se aceleró a un ritmo mucho más rápido que el de Francia o Alemania, por ejemplo. De esta forma, en 1931, expresadas en libras-oro, las exportaciones eran la mitad que en 1929. Pero el juego perturbador de los precios (que sufrieron un gran descenso) no permitía no obstante percibir con exactitud las repercusiones de semejante regresión sobre el aparato productivo. Cifrando, pues, las fluctuaciones del *volumen* de las exportaciones entre 1924 y 1931, se podía constatar (sobre todo en lo que respecta a los productos manufacturados) una contracción del 35%, proporción que en el caso de la industria del hierro y el acero llegaba casi al 50%.

Pero si bien semejante retroceso de las exportaciones refleja con elocuencia la debilidad del imperialismo británico como realizador, en el mercado mundial, de la plusvalía producida en la Metrópoli, no permite apreciar este fenómeno en toda su profundidad. En efecto, habría que determinar también el poder que conserva la burguesía gracias a toda esta plusvalía arrebatada al proletariado inglés. Una forma

de saber esto, aproximadamente, consiste en establecer el porcentaje de las exportaciones en relación a las importaciones, que expresa la capacidad de compra de las primeras en relación a las segundas. Así, en 1913, las compras en el exterior podían pagarse mediante las exportaciones en un 80%; en 1929, esta relación era del 65%, y en 1931 bajó al 49%. Es decir, que las exportaciones sólo permitían pagar la mitad de las importaciones. El déficit de la balanza comercial, en cifras absolutas, se triplicó de 1913 a 1931. Es importante subrayar que entre 1924 y 1931 este efecto se atenuó sensiblemente debido a que los precios de las materias importadas se redujeron un 50%, mientras que los de los productos exportados lo hicieron únicamente en un 25%, de manera que la tasa de intercambios mejoró, o dicho de otra forma, en 1931, para pagar una determinada cantidad de mercancías importadas, había que exportar menos mercancías que en 1924.

Esto lo confirma el hecho de que el volumen de las importaciones ascendió un 17% entre 1924 y 1931, mientras que como hemos visto el volumen de las exportaciones cedió un 35% en ese mismo periodo. Pero esto también demuestra la "despreocupación" de la burguesía rentista, para quien la guerra parece ser que sólo fue un simple paréntesis y que, en 1931, en plena crisis, consumía en productos extranjeros un 60% más que en 1913, mientras 3 millones de proletarios habían sido arrojados fuera de la esfera del trabajo. Violento contraste que mostraba la putrefacción del Capitalismo.

El hecho de que el déficit comercial se haya triplicado en 20 años sería inconcebible, evidentemente, si no se tiene en cuenta la existencia de otros factores que en cierta medida contribuyen a restablecer el equilibrio. Este contrapeso lo

representaban los activos de la Balanza de Pagos por cuenta corriente, equivalente a la plusvalía producida al margen de la esfera capitalista inglesa propiamente dicha, es decir, en las colonias y en todo el mundo, bajo la forma de intereses y comisiones bancarias, servicios comerciales (fletes, etc.), así como las rentas de los capitales exportados.

Después 1925, durante ese periodo de supuesta "estabilización" del capitalismo, como existía una relativa seguridad para la circulación de capitales, estas diversas rentas fueron aumentando, subida que llegó al 50% en 1929 respecto a 1913. Pero sin embargo este margen no fue suficiente para contrarrestar el retroceso de las exportaciones de mercancías, por lo que el saldo total de la Balanza de Pagos, que antes de la guerra presentaba un superávit de 200 millones de libras, se transformó de 1924 a 1931 en un déficit crónico de 400 millones de media, excepto en 1929, año en el que el balance fue positivo.

Los bancos no cejaron en su política de inversiones; éstas rápidamente superaron las disponibilidades del mercado de capitales, que se agotaron gracias al persistente déficit de la Balanza de Pagos. Éste sólo pudo conservar un equilibrio inestable gracias al flujo de capitales extranjeros a la plaza londinense, colocados sobre todo a corto plazo y que los bancos, ante la falta de capitales nacionales, reinvirtieron en obligaciones con vencimientos más largos en Europa central y América del Sur. Tal política se adaptaba perfectamente al "liberalismo" económico en un mercado monetario libre de todo tipo de trabas, pero sin embargo contradecía claramente la tendencia a la contracción económica, al fraccionamiento del mercado mundial en economías "autónomas" violentamente antagónicas.

Finalmente sucedió lo inevitable. Por una parte, el desequilibrio presupuestario, el aumento de la deuda flotante e incluso un conato de revuelta en la flota de guerra; por otra, la carencia de los países deudores (Alemania, Austria, Argentina), que decretaron la moratoria de las deudas, fue una de las razones esenciales de la inseguridad y el pánico, que más tarde llevaron a la ruptura. La suspensión del patrón-oro fue la respuesta inglesa a la retirada masiva de capitales. La resistencia bancaria, sin embargo, no mostró ninguna fisura, como ocurriría más tarde en los Estados Unidos. La flexibilidad del sistema permitió que éste se adaptara notablemente al nuevo giro, que esta vez favorecía a la industria. Pero, hecho esencial, lo que hasta entonces había sido la piedra angular de todo el edificio imperialista: el Libre Cambio, se hundió definitivamente, e incluso *The Economist* llegó a afirmar que el gobierno "nacional" de MacDonald[62], al seguir la vía del proteccionismo y el nacionalismo, *"firmaba el decreto de dislocación del Imperio"*.

El imperialismo británico, obligado a depreciar su moneda, creyó sin embargo que esta necesidad también podría acarrear ciertos aspectos positivos de cara a su lucha en el mercado mundial y contra el imperialismo norteamericano.

Cierto es que en Inglaterra un acontecimiento como la crisis de septiembre de 1931 podía sacudir la economía más fácilmente que en otros países, provocando un "latigazo" capaz de reanimar en cierta medida la vida económica. En efecto, el capitalismo inglés había entrado en la crisis de 1929 casi sin transición, pues ésta no había hecho sino prolongar

62. Ramsay MacDonald (1866-1937), líder del Partido Laborista y dos veces primer ministro, en 1924 y entre 1929 y 1935. La formación de un gobierno de unidad nacional tras la crisis de 1929 le llevará a romper con el Partido Laborista y a fundar el Partido Nacional Laborista.

en cierta medida la depresión crónica que venía paralizándole desde hacía una década. Es más, de 1929 a 1931, gracias a la entrada libre de productos extranjeros, el descenso de más del 30% en los precios mundiales había supuesto más un beneficio para la capacidad de compra del mercado inglés que una desorganización de éste, y la estabilización del coste de la vida permitió mantener la "paz industrial" y diluir las contradicciones de clase; la bajada del 5% en los salarios nominales no mermó el poder de compra de los obreros, y esta situación presentaba ciertas analogías con el periodo de estancamiento de 1885 a 1905, en el trascurso del cual el capitalismo inglés, gracias al libre cambio, se pudo beneficiar de la fuerte bajada de precios en el mercado mundial; el alza real de los salarios que resultó de esto y el mantenimiento de los salarios nominales contribuyó a anestesiar al proletariado, a suprimir la menor agitación clasista.

El recurso al proteccionismo aportó al capital una posibilidad histórica única para explotar un mercado interior que durante casi un siglo había estado abierto a los cuatro vientos. Ahí tenía unas perspectivas de expansión relativa de la producción industrial e incluso agrícola que la bajada de la libra contribuía a estimular, por un lado porque dado el carácter universal de la libra, su descenso arrastraba a los precios mundiales y por tanto los precios de las materias primas necesarias para la industria, y por otro, porque permitía que ésta aumentara su capacidad de exportación. Los hechos se encargaron de desmentir tan hermosas promesas, al menos en lo concerniente a las exportaciones, que lejos de aumentar, ni siquiera lograron conservar su volumen aunque hubieran bajado los valores, debido a la acción conjugada de la bajada de los precios, la exacerbación de los nacionalismos

económicos y la virulenta concurrencia de Japón, que inmediatamente depreció el yen un 40% de su valor oro, mientras que la cotización inglesa, en vísperas de la crisis norteamericana de 1933, no había bajado más que un tercio.

En cuanto al mercado interno, aunque estuviera protegido por los aranceles, su poder de absorción del excedente de la capacidad productiva era bastante limitado por su propia naturaleza –pues se trataba de un mercado capitalista casi en estado puro, en el que el volumen del poder adquisitivo que no procedía de la esfera capitalista de producción se limitaba a las reducidas capas de campesinos y trabajadores independientes–. La rezagada organización de los monopolios y del Capital financiero tampoco permitía una profunda explotación de la masa de consumidores y hacía difícil llevar a cabo una política racional de dumping, tanto más en la medida en que el enorme aparato productivo chocaba con la estrechez relativa de la masa de consumidores. El capitalismo inglés era hasta tal punto consciente de esta debilidad estructural de los monopolios que se proponía eliminarla impulsando el desarrollo de los cárteles y la racionalización de la industria. Pero mientras, el aumento del grado de empleo de la capacidad productiva no podía llevarse a cabo más que excluyendo del mercado interno los productos fabricados en el extranjero, que sin embargo no representaban apenas un 30% del total de las importaciones; las compras de hierro, de acero y de máquinas se redujeron a la mitad entre 1931 y 1933, los tejidos semielaborados cayeron 4/5, mientras que la seda en bruto, que abastecía a la industria de lujo, aumentó un 50%.

Por otra parte, las compras de productos alimentarios no se redujeron sensiblemente, pues el debilitamiento de

semejante moneda de cambio habría debilitado más que reforzado la posición de la industria, provocando reacciones de los exportadores extranjeros de estos productos.

El retroceso de la economía inglesa en el mercado mundial continuó. Se demostró que la caída de la libra no lograría horadar las formidables defensas que habían levantado todas las economías imperialistas. Si en 1932 el volumen de las exportaciones se mantuvo en los niveles de 1931, en lo que respecta a su valor continuaron disminuyendo, incluso en mayor proporción en el mercado extra-imperial, especialmente en el Extremo Oriente, Estados Unidos, Alemania y los países del Bloque del Oro. El fracaso expansionista adquirió tanta más importancia en la medida en que las posibilidades de explotar las ventajas que otorgaba la bajada de la libra tendían a desaparecer por el hecho de que los precios interiores, descolgándose de la bajada mundial, evolucionaban más bien al alza, ayudados por los aranceles proteccionistas.

Dejemos que sean los "planistas", amantes de los tejemanejes monetarios *"susceptibles de aumentar la capacidad de compra de los obreros"*, quienes hablen del ejemplo inglés afirmando que una devaluación no implica necesariamente una subida de pecios; con ello demuestran que no saben más que etiquetar los acontecimientos. Y es que en Inglaterra, inmediatamente después de la crisis de 1931, si bien el alza de los precios no fue evidente, sí que se verificó a pesar de todo, pues en relación al descenso mundial, aquellos se estabilizaron.

***

De hecho, en la crisis general del capitalismo, la inexistencia de nuevos mercados obligó al imperialismo inglés a orientarse hacia otras soluciones si no quería ver como decrecía su porción correspondiente de la plusvalía mundial. De ahí su esfuerzo por racionalizar la explotación en sus posesiones coloniales. De ahí los acuerdos de Ottawa de 1932, que fueron un intento de erigir un sistema imperial de aranceles preferentes, un sistema que aunque se integraba en la evolución general hacia el nacionalismo imperialista no podía sin embargo abocar a una imposible economía imperial cerrada.

Desarrollar las exportaciones metropolitanas hacia el Imperio y adquirir el monopolio de las materias primas coloniales, esos eran los principales objetivos del acuerdo de Ottawa. ¿En qué medida el cumplimiento de este programa podía verse obstaculizado por los factores disgregadores y contradictorios que existían en el Imperio, dada su propia naturaleza heterogénea?

En primer lugar, la generalización de los aranceles chocaba con las necesidades económicas de algunos Dominios, que estaban estrechamente ligados a otras economías: Canadá vivía en la órbita del capitalismo norteamericano, Australia vendía su lana a Japón a condición de comprar cotonadas y sederías; además de esos Dominios, las Indias suministraban a Japón algodón y le compraban tejidos. En segundo lugar, el proteccionismo en la agricultura inglesa entraba en conflicto con la necesidad de importar, y los productos agrícolas de las colonias, así como los del extranjero (Argentina), condicionaban las exportaciones metropolitanas.

En tercer lugar, el sistema preferencial constituía una amenaza para los mercados extra-imperialistas de la metró-

poli y el pago de sus créditos, ya que su aplicación reducía la moneda de cambio que representaba el poder de compra de su mercado.

En cuarto lugar, el carácter capitalista de los Dominios y su progresiva industrialización recortaba los mercados para los productos fabricados en la metrópoli.

¿Qué ha representado en definitiva para el imperialismo británico este año y pico de régimen de Ottawa y los dos años de régimen monetario "libre"?

Lo primero que hay que señalar es que la balanza comercial inglesa con el Imperio, que en 1913 era positiva, en 1931 era deficitaria en un 30%, déficit que en 1934 se había ampliado al 60%. En cambio, la balanza de los cuatro Dominios y de las Indias con la metrópoli, que en 1913 era negativa, en 1931 era positiva en un 131% y en 1933 en un 134%.

Por otra parte, se operó claramente una modificación en el comercio total de la metrópoli con Europa entre 1931 y 1933. En cifras absolutas, mientras las importaciones (incluidas las de tránsito) de procedencia extranjera bajaban un 30%, las procedentes del Imperio tendían a aumentar; las exportaciones hacia el Imperio retrocedieron solamente un 7%, frente a un 10% de las ventas al extranjero.

***

En cifras relativas, las mercancías provenientes del Imperio equivalían en 1913 a un cuarto de las importaciones totales. Esta proporción subió al 28.8% en 1931 y al 36.9 en 1933. La parte relativa de las exportaciones hacia el Imperio que era del 32.9% en 1913, pasó al 41.1% en 1931 y sólo mejoró tímidamente en 1933 al 41.8%.

De todo el conjunto de las fluctuaciones externas e internas del comercio imperial podemos sacar las siguientes conclusiones.

El peso específico del comercio inter-imperial en el comercio mundial aumentó después de Ottawa. Este es un resultado positivo de primera importancia, aunque relativo, pues el volumen total de los intercambios siguió contrayéndose, pero el comercio imperial se vio menos mermado. Sin embargo, si examinamos este resultado desde el ángulo del imperialismo británico concentrado en la metrópoli, podemos afirmar que pierde mucho valor. En efecto, el desplazamiento de una parte de los intercambios, que antes eran con el resto del mundo y ahora con el Imperio, se orientó esencialmente hacia un importante aumento (no absoluto, sino relativo) de las compras británicas al Imperio, y en cambio el movimiento inverso de las compras coloniales a la metrópoli fue mucho menos pronunciado[63].

Por otra parte, el arancel imperial favoreció las exportaciones coloniales hacia la metrópoli en detrimento de las extranjeras, pero sólo estimuló débilmente las ventas inglesas al Imperio.

Resumiendo, fue la capacidad de absorción de mercado inglés la que provocó el aumento de los intercambios dentro del Imperio.

Este mercado sigue siendo la más vasta salida para los productos alimentarios, materias primas y productos de lujo, y no es precisamente la creciente pauperización del proletariado la que contribuye a ello, sino más bien el parasitismo

[63. Las últimas cifras, para los nueve primeros meses de 1934, indican una mejoría del coeficiente de los intercambios de la metrópoli con el Imperio en relación a 1933. Pero se mantiene la tendencia general que hemos señalado.]

creciente de la burguesía, que hasta ahora ha podido resistir a la desaparición de su propia actividad industrial gracias al aporte de una considerable masa de plusvalía cosechada en su vasto dominio imperialista, que en gran medida consagra a un consumo improductivo.

Hoy, en suma, parece que ya no es sólo el aparato coercitivo del imperialismo británico –cuya relativa importancia se ha ido reduciendo, por otra parte– el que le permite conservar la indispensable cohesión de su sistema de dominio, sino que el poder de su mercado metropolitano constituye también una fuerza centrípeta capaz de neutralizar los efectos de los factores disgregadores que existen en el Imperio.

No sólo es que el capitalismo inglés no pueda consentir que se reduzca el volumen global de sus ganancias, que precisamente son las que condicionan su capacidad de compra, sino que ocurre todo lo contrario, debe aumentarlo.

De 1931 a 1933 ciertamente logró reducir el déficit de su Balanza de Pagos, gracias a la mejora del saldo comercial; en cambio, las rentas procedentes de los intercambios (fletes, servicios varios) y de las inversiones continuaron bajando en relación a las de 1931, y está claro que la exacerbación de los antagonismos inter-imperialistas, la tensión en Asia, el ambiente sofocante en el que evolucionan los intercambios internacionales, son elementos que no pueden sino ir agotando cada vez más las fuentes de plusvalía. Es decir, que éstas se hallan al margen del control directo de la burguesía inglesa.

Ésta tendrá que ver cómo, en la fase pre-bélica, el problema hoy descuidado del desarrollo de sus exportaciones se sitúa en el centro de sus preocupaciones, y esto sucederá tanto más imperiosamente en la medida en que la situación

de la balanza comercial se ha ido agravando de nuevo durante los nueve primeros meses de 1934.

Ahora bien, esto demuestra que Ottawa no permitirá superar la contradicción que existe entre, por una parte, la necesidad de extender la producción industrial metropolitana y, por la otra, la continua contracción desde 1932 de los mercados extranjeros tras la reducción de las importaciones del mercado mundial, que ahora se compran en las colonias. Durante los nueve primeros meses de 1934, las exportaciones hacia los países escandinavos y Argentina han retrocedido absolutamente; las que se dirigían a los Estados Unidos y Japón se han reducido aún más, las salidas hacia Japón son apenas un tercio comparadas con las de 1929, mientras que las importaciones se mantienen al nivel de las de 1929, e incluso han aumentado un 33% de 1933 a 1934. El descenso de las exportaciones hacia los países escandinavos y Argentina representan el precio que han pagado los territorios "esterlinos" por las conversiones de empréstitos acordadas con la "City". También se puede constatar, durante el mismo periodo, que Inglaterra ha acentuado sus compras de productos extranjeros, sobre todo europeos, para poder conservar así su moneda de cambio.

Aunque el imperialismo británico, por la propia conformación de su estructura, necesita desplegar su actividad fundamental en un terreno internacional, la evolución británica le obliga sobre todo a encaminarse por la vía opuesta, la del nacionalismo, disgregador de la economía mundial. Ante la agudización de estos antagonismos y para poder hacer frente a los imperialismos rivales cuyo punto neurálgico está situado en Asia, necesita desarrollar su capacidad competitiva. Necesita operar una completa restructuración de su

vetusto aparato industrial, adaptar el conjunto de su economía atrasada a las exigencias que plantea la próxima guerra inter-imperialista, que hoy está a la orden del día.

De esto se deduce que al proletariado inglés, gangrenado por 50 años de "economicismo" y colaboracionismo en los que también se han producido potentes pero breves sobresaltos, como no ha adquirido consciencia de su tarea histórica, le aguarda un duro despertar en un futuro próximo.

Dado que actualmente no existe una vanguardia revolucionaria, mucho nos tememos que la camarilla dirigente del Partido Laborista y las Trade-Unions, que se ha sumado a la política proteccionista e imperialista *"que genera prosperidad y altos salarios"*, no dudará mañana en precipitar a la clase obrera inglesa así como a los proletarios de las colonias al abismo de la guerra imperialista. Así se verificaría la conclusión que ha sacado recientemente *The Information* a partir del resultado de las elecciones municipales: *"La vieja y tradicional sabiduría de la nación inglesa perdurará. No se va a modificar el fondo de la política británica. Pasar sucesivamente del conservadurismo al laborismo es la única forma que tienen los ingleses de garantizar su grandeza y asegurar la paz"*.

MITCHELL.

CRISIS Y CICLOS EN LA ECONOMÍA DEL CAPITALISMO AGONIZANTE

BILAN nº 10 y nº 11, agosto y septiembre de 1934.

El análisis marxista del modo de producción capitalista se basa esencialmente en los siguientes puntos:

a) La crítica a los vestigios de las formas feudales y pre-capitalistas de producción y de cambio.

b) La necesidad de remplazar estas formas atrasadas por la forma capitalista, más progresista.

c) La demostración del progreso que supone el modo capitalista de producción, desvelando el aspecto positivo y la utilidad social de las leyes que rigen su desarrollo.

d) El examen, bajo el ángulo de la perspectiva socialista, de los aspectos negativos de estas mismas leyes así como su acción contradictoria y destructiva, que llevan al capitalismo a un impasse.

e) La demostración de que las formas capitalistas de apropiación constituyen finalmente una traba para la plena expansión de la producción y, como corolario, que el modo de repartición engendra una situación entre las clases que cada vez es más intolerable, una situación que se refleja en un antagonismo cada vez más profundo entre los CAPITA-

LISTAS cada vez *menos numerosos y más ricos* y los ASALARIADOS sin propiedad, cada vez *más numerosos y miserables*.

f) Finalmente, que las inmensas fuerzas productivas que ha desarrollado el modo capitalista de producción no pueden expandirse armónicamente más que en una sociedad organizada por la única clase que no ostenta ninguno de esos intereses particulares propios de las castas: el PROLETARIADO.

En este estudio no analizaremos en profundidad toda la evolución orgánica del capitalismo en su fase ascendente, sino que nos limitaremos a seguir el proceso dialéctico de sus fuerzas internas para poder comprender mejor el sentido de las crisis que periódicamente conmocionan todo el aparato capitalista. Como conclusión, trataremos de concretar y de definir con la mayor precisión posible esta era de decadencia definitiva, que el propio Capitalismo se encarga de animar con sus devastadores sobresaltos de agonía.

Por otra parte, podremos ver como la descomposición de las economías pre-capitalistas (feudal, artesanal o las comunidades campesinas) crea las condiciones adecuadas para ampliar el terreno en el que introducir mercancías capitalistas.

LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA ATIENDE AL BENEFICIO, NO A LAS NECESIDADES

Resumamos las condiciones esenciales que requiere la producción capitalista:

1. Existencia de MERCANCÍAS, es decir, de productos que antes de que los podamos considerar según su utilidad social, según su VALOR DE USO, aparecen en una determi-

nada relación de equivalencia, en una cierta proporción con otros valores de uso de distinto tipo, es decir, aparecen bajo la forma de VALOR DE CAMBIO. El verdadero patrón común de todas las mercancías es el trabajo, y su valor de cambio está determinado por el tiempo de trabajo *socialmente necesario* para su producción.

2. Las mercancías no se intercambian DIRECTAMENTE entre ellas, sino por intermedio de una mercancía-tipo CONVENCIONAL en la que todas las demás expresan su valor, una mercancía-moneda: EL DINERO.

3. Existe una mercancía con un *carácter particular*: la FUERZA DE TRABAJO. Es la única propiedad del proletario, y el capitalismo, que es el único que detenta los medios de producción y de subsistencia, la compra en el mercado de trabajo como cualquier otra mercancía, por SU VALOR, es decir, por su coste de producción o el precio que cuesta "conservar" esa energía vital del proletario; pero mientras que el consumo del resto de mercancías, su uso, no implica que éstas aumenten de valor, la Fuerza de Trabajo en cambio procura al capitalista –que, como la ha *comprado*, es su propietario y puede disponer de ella a su antojo– un *valor superior* al que le ha costado, dado que hace trabajar al proletario más tiempo del que es necesario para obtener las sustancias estrictamente indispensables para él.

El proletario, por el hecho de vender "libre" y contractualmente su fuerza de trabajo, debe ceder *gratuitamente* al capitalista este PLUSVALOR, "equivalente" al PLUSTRABAJO. Esto es lo que constituye la PLUSVALÍA o ganancia capitalista. No es, pues, una cosa abstracta ni ninguna ficción, sino que se trata de TRABAJO VIVO.

Permítasenos insistir –nos disculpamos por ello– sobre lo que constituye el ABC de la teoría económica marxista, pues no hay que perder de vista que todos los problemas económicos y políticos que se le plantean al capitalismo (y en los periodos de crisis estos problemas son muchos y complejos) convergen finalmente en este objetivo central: producir la MÁXIMA PLUSVALÍA posible. Al capitalismo le importa poco la producción necesaria para satisfacer las necesidades humanas, el consumo y las necesidades vitales de los hombres. El único CONSUMO que le motiva y le apasiona, el único que estimula su energía y su voluntad, su razón de ser, ¡es EL CONSUMO DE FUERZA DE TRABAJO!

El capitalismo emplea esta fuerza de trabajo para obtener el rendimiento más elevado con la mayor cantidad de trabajo posible. Pero no sólo se trata de eso: también hay que maximizar la relación entre el trabajo gratuito y el trabajo pagado. Ésta relación entre la plusvalía y el salario o capital desembolsado se denomina TASA DE PLUSVALÍA[64]. El capitalista logrará sus objetivos si, por una parte, aumenta el trabajo total, alargando la jornada de trabajo e intensificando el trabajo, y, por otra, si paga lo menos posible por la Fuerza de Trabajo (incluso por debajo de su valor). Y esto puede hacer-

64. Siguiendo a Marx, el capital desembolsado en el proceso de producción se descompone en Capital Constante y Capital Variable, que representan respectivamente la inversión en medios de producción y fuerza de trabajo (C = Cc + Cv). Por tanto, en el proceso de producción, cuando el trabajo ha operado su acción trasformadora creadora de nuevo valor, el capital C se habrá trasformado en C' = C + p = (Cc + Cv) + p, siendo p la plusvalía. Teniendo en cuenta que *"el valor del capital constante se limita a reaparecer en el producto"*, pues lo que hace el obrero es *"conservar el valor anterior mediante la simple adición de un valor nuevo"*, el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital (Tasa de plusvalía) no se mide relacionando la plusvalía con el capital total desembolsado (p/C), sino únicamente con el capital variable, de manera que la Tasa o Cuota de plusvalía se expresa con la fórmula Tp = p / Cv = (Trabajo excedente o gratuito) / (Trabajo necesario o pagado).

lo sobre todo gracias al desarrollo de la productividad del trabajo, que hace que bajen los precios de las subsistencias y los productos de primera necesidad; el capitalismo evidentemente no ve con buenos ojos esta bajada de precios, que permite al obrero comprar más productos; como el valor de la Fuerza de Trabajo equivale al de las cosas estrictamente indispensables para su reproducción, el salario siempre fluctúa en torno a este eje; la curva de las oscilaciones del salario (por encima o por debajo de su valor) depende de la evolución de la correlación de las fuerzas presentes, los capitalistas y los proletarios.

De todo lo que hemos explicado, resulta que la cantidad de plusvalía no depende del CAPITAL TOTAL que desembolsa el capitalista, sino sólo de la parte que se dedica a comprar fuerza de trabajo o CAPITAL VARIABLE. Por eso el capitalista trata de producir la MÁXIMA PLUSVALÍA con el MÍNIMO CAPITAL TOTAL. Pero al analizar la acumulación podemos constatar que esta tendencia se ve contrarrestada por una ley que actúa en sentido contrario y arrastra a la baja la tasa de ganancia[65].

Al analizar el capital total o capital invertido en la producción capitalista –pongamos en un año– hay que considerarlo no como expresión de la forma concreta, material, de las cosas, de su valor de uso, sino como representante de las mercancías, de los valores de cambio. Por tanto, el valor del *producto anual* se compone de:

El *capital constante* consumido, es decir, el gasto de los medios de producción y las materias primas consumidas en

65. La *Tasa* o *Cuota de ganancia* sí que se expresa mediante la relación entre la plusvalía y el capital total desembolsado: $T_G = p / C$. De manera que la tasa de ganancia aumenta en la medida en que crece la plusvalía (p) y disminuye el capital total desembolsado (C).

el proceso; estos dos elementos expresan *trabajo pasado*, ya consumido, materializado en el curso de anteriores procesos de producción.

El *capital variable* y la *plusvalía* que representan el *trabajo nuevo, vivo*, consumido durante ese año.

Este valor sintético, tal y como aparece en el producto total, lo encontramos en cada mercancía producida: el valor de una mesa, por ejemplo, es la suma del valor equivalente al desgaste de la máquina que la ha producido, el valor de las materias primas y el valor del trabajo incorporado. Por tanto, no hay que considerar que el producto refleja *exclusivamente* el capital constante, o sólo el capital variable, o sólo la plusvalía.

El capital variable y la plusvalía constituyen la *renta* que resulta del proceso de producción (como hemos dejado al margen la producción campesina extra-capitalista, la producción artesanal, etc., tampoco nos detendremos en sus ingresos).

La riqueza del proletariado es el Fondo Salarial. La riqueza de la burguesía es la masa de plusvalía, la ganancia (no analizaremos aquí cómo se reparte la plusvalía entre la clase capitalista, dividiéndose en ganancia industrial, comercial, bancaria y renta de la tierra). Así definida, la ganancia procedente de la esfera capitalista establece los límites del consumo individual del proletariado y de la burguesía, pero es importante subrayar que el consumo de los capitalistas no tiene más límites que los que le asignan sus posibilidades de producir plusvalía, mientras que el consumo obrero depende estrictamente de las necesidades de dicha producción de plusvalía. Por tanto, en las propias bases del reparto de la renta total existe un antagonismo que engendra

todos los demás. A quienes afirman que basta con que los obreros produzcan para que puedan consumir o dicen que, como las necesidades humanas son ilimitadas, la producción nunca podrá satisfacerlas, habría que contestarles lo que dijo Marx: *"Lo que los obreros producen efectivamente es la plusvalía:* mientras *la producen, pueden consumir, pero en cuanto la producción se detiene, el consumo también lo hace. Es falso que puedan consumir porque producen el equivalente a su consumo."* Y en otra parte, afirma: *"Los obreros deben ser siempre sobreproductores (plusvalía) y producir más de lo que necesitan, para así poder consumir o* comprar *sólo lo estrictamente necesario."*

Pero al capitalista no le basta con apropiarse de la plusvalía, no puede limitarse a expoliar parcialmente el fruto del trabajo del obrero, sino que también debe realizar esta plusvalía, transformarla en dinero vendiendo el producto que la contiene *por su valor*.

La venta condiciona la renovación del proceso de producción; permite al capitalista volver a comprar los elementos del capital consumidos en el proceso que acaba de finalizar: debe remplazar las piezas desgastadas de las herramientas, comprar nuevas materias primas, pagar a la mano de obra. Pero el capitalista no considera estos elementos en su aspecto material, en tanto que cantidad semejante de valores de uso, en tanto que una misma masa de productos que hay que reincorporar a la producción, sino como valores de cambio, como *capital* que se reinvierte en la producción a su antiguo nivel (si prescindimos de los nuevos valores acumulados) para poder *al menos* mantener la misma tasa de ganancia que antes. Reemprender el ciclo de producción de nueva plusvalía es el objetivo supremo del capitalista.

Si la producción no se puede realizar por completo, o si lo hace *por debajo de su valor*, la explotación del obrero no habrá aportado nada al capitalista, pues el trabajo gratuito no se habrá podido concretar en dinero para poder luego convertirlo en capital productivo de nueva plusvalía; aunque *a pesar de todo* las mercancías producidas siguen siendo *consumibles*, al capitalista le trae sin cuidado que la clase obrera carezca hasta de lo más indispensable. Si planteamos este posible caso de la venta por debajo del precio de coste, es precisamente porque el proceso capitalista de producción se escinde en dos fases, la producción y la venta, y aunque ambas forman una unidad y dependen estrechamente la una de la otra, pueden seguir un desarrollo independiente. De este modo, el capitalista, *lejos de dominar el mercado, se encuentra estrechamente sometido a él*. Y no sólo la venta se separa de la producción, sino que también la compra se separa de la venta, es decir, que el vendedor de una mercancía no tiene por qué comprar *al mismo tiempo* otra mercancía. En la economía capitalista el comercio de mercancías no siempre significa intercambio directo de mercancías. Pero todas ellas, antes de llegar a su destinatario definitivo, deben metamorfosearse en *dinero*, y esta transformación constituye *la fase más importante de su circulación*.

Por tanto, las *posibilidades* de que se produzcan crisis resultan en primer lugar de esta diferenciación, por una parte, entre la producción y la venta, y por otra, entre la venta y la compra, o de la necesidad de que la mercancía se transforme primero en dinero, luego este dinero en mercancía, y así. Y todo esto sobre la base de una producción que partiendo del *Capital-Dinero* lo transforma en *Dinero-Capital*.

Por tanto, al capitalismo se le plantea el problema de realizar la producción. ¿Cuáles son las condiciones que le permiten solucionarlo? En principio, la fracción del valor del producto que refleja el capital constante, en condiciones normales, puede venderse en la propia esfera capitalista, a través de un intercambio interno que condiciona la renovación de la producción[66]. La fracción que representa el capital variable la compran los obreros por medio del salario que les ha pagado el capitalista y que tiene unos límites bien definidos, pues como hemos indicado el precio de la fuerza de trabajo gravita en torno a su valor: es la única parte del producto total cuya realización, cuya compra, está garantizada mediante *la propia financiación del capitalismo*[67]. Nos queda la plusvalía. Desde luego puede darse el caso de que la burguesía la consuma entera. Aunque para ello es necesario que previamente el producto se intercambie por dinero (descartamos aquí la posibilidad de que estos gastos personales se paguen con dinero atesorado), pues el capitalista no puede consumir su *propia* producción. Pero si la burguesía actuara de este modo, si se limitara a disfrutar del plusproducto que sustrae al proletariado, si se limitara a la producción simple, y no ampliada, asegurándose así una existencia apacible y sin preocupaciones, no se diferenciaría en nada de las clases dominantes que la han precedido, excepto en sus formas de

66. Efectivamente, "en condiciones normales" la renovación de la producción requiere que el capitalista invierta de nuevo el capital constante consumido en el anterior proceso y necesario para reiniciar el nuevo. Por tanto el consumo, la realización del valor de esta fracción de producto total la puede garantizar el capitalismo, subrayamos, "en condiciones normales".

67. El pago de los salarios permite a los obreros disponer del poder adquisitivo estrictamente necesario para asegurar su reproducción y supervivencia. Así pues, el consumo o la realización del valor de la parte del producto total equivalente al capital variable (salarios) está garantizado.

dominio. La estructura de las sociedades esclavistas constreñía todo desarrollo técnico y mantenía la producción a un nivel al que se podía acomodar perfectamente el amo, cuyas necesidades eran ampliamente satisfechas por los esclavos. Del mismo modo, en la economía feudal, a cambio de la "protección" que acordaba con el siervo, el señor recibía los productos de su trabajo suplementario y no tenía que preocuparse de una producción limitada por un mercado con estrechos márgenes para el intercambio.

Bajo el impulso del desarrollo de la economía mercantil, la tarea del capitalismo fue precisamente barrer estas sociedades sórdidas y estancadas. La expropiación de los productores creó el mercado de trabajo y abrió la mina de la plusvalía, en la que empezó a excavar el capital mercantil trasformado ahora en capital industrial. La fiebre por la producción invadió todo el cuerpo social. Aguijoneado por la concurrencia, el capital llamaba al capital. Las fuerzas productivas y la producción crecieron en progresión geométrica y la acumulación de capital llegó a su apogeo en el último tercio del siglo XIX, en el contexto de la plena expansión del "libre-cambio".

La historia demuestra que la burguesía, en su conjunto, no puede limitarse a consumir completamente la plusvalía. Al contrario, su codicia de ganancia la impulsa a reservar una parte (la mayor) para CAPITALIZARLA, dado que la plusvalía atrae a la plusvalía como un imán al hierro. La extensión de la producción prosigue, la concurrencia estimula el movimiento e implica perfeccionamientos técnicos.

Las necesidades de la acumulación transforman *la realización de plusvalía en la piedra de toque de la realización del producto total*. Si la realización de la parte de plusvalía que se consume

no ofrece dificultades (al menos teóricamente), nos queda sin embargo la fracción de *plusvalía* acumulada. Ésta no pueden absorberla los proletarios porque ellos ya han agotado sus posibilidades de compra gastándose su salario. ¿Acaso los capitalistas son capaces de realizarla *entre ellos*, dentro de la esfera capitalista, y es a través de este intercambio como se extiende la producción?

Esta hipótesis evidentemente es absurda, pues como señala Marx: *"Lo que se propone la producción capitalista no es poseer otros bienes, sino apropiarse del valor, del dinero, de la riqueza abstracta."* Y la extensión de la producción depende de la acumulación de esta riqueza abstracta; el capitalismo no produce por producir, por el gusto de acumular medios de producción, productos de consumo y seguir "atiborrándose" con más obreros, sino porque al producir engendra trabajo gratuito, una plusvalía que se acumula y crece cada vez más, capitalizándose. Marx añade: *"Si afirmamos que los capitalistas no tienen más que intercambiar y consumir sus mercancías entre ellos, olvidamos todo el carácter de la producción capitalista, así como también que de lo que se trata es de valorizar el capital y no de consumirlo."*

Nos encontramos así ante un problema central que se le plantea de forma ineluctable y permanente a la clase capitalista *en su conjunto*: vender *al margen* del mercado capitalista (un mercado cuya capacidad de absorción está estrictamente limitada por las leyes capitalistas) un excedente de la producción equivalente al menos al *valor de la plusvalía no consumida* por la burguesía, valor destinado a transformarse en capital. No hay otra salida: el capital-mercancía no se puede convertir en capital productor de plusvalía si *previamente* no se ha convertido en dinero, y eso debe ocurrir

fuera del mercado capitalista. *"El capitalismo necesita, para dar salida a una parte de sus mercancías, compradores que no sean ni capitalistas ni asalariados y que dispongan de un poder adquisitivo autónomo."* (Rosa Luxemburg).

Antes de examinar dónde y cómo encuentra el capital estos compradores con poder adquisitivo "autónomo", tenemos que continuar analizando el proceso de acumulación.

LA ACUMULACIÓN COMO FACTOR DE PROGRESO Y DE REGRESIÓN.

Ya hemos señalado que, debido al aumento del capital destinado a la producción, las fuerzas productivas se desarrollan impulsadas por los perfeccionamientos técnicos. Junto a este aspecto verdaderamente progresista de la producción capitalista, surge un factor regresivo, opuesto, fruto de la modificación de la relación interna entre los elementos que componen el capital.

La plusvalía acumulada se divide en dos partes distintas: una, la mayor, debe emplearse para ampliar el capital constante, y la más pequeña se destina a comprar fuerza de trabajo suplementaria; el ritmo de desarrollo del capital constante se acelera en comparación al del capital variable, y aumenta la relación entre el capital constante y el capital total; dicho de otra forma, aumenta la composición orgánica del capital[68]. Cierto es que la demanda suplementaria de obreros aumenta la porción absoluta que le corresponde al proletariado en el producto social, pero la *parte relativa* disminuye, pues el capital variable decrece en relación al capital cons-

68. La composición orgánica es la relación entre el capital constante y el variable: Corg = Cc / Cv.

tante y al capital total. No obstante, incluso este aumento absoluto del capital variable, del Fondo Salarial, es efímero, y en un momento determinado llega a su punto de saturación. En efecto, el continuo aumento de la composición orgánica, es decir, del grado de desarrollo técnico, impulsa a las fuerzas productivas y a la productividad del trabajo hasta tal punto que el capital, prosiguiendo su ascenso, lejos de absorber cada vez más fuerza de trabajo, termina al contrario por lanzar al mercado a una parte de los que ya estaban integrados en la producción, determinando un fenómeno específico del capitalismo decadente: el *paro permanente*, reflejo de una constante superpoblación obrera relativa.

Por otro lado, las gigantescas dimensiones que adquiere la producción adquieren su pleno significado por el hecho de que la *masa de los productos o valores de uso* crece mucho más deprisa que la *masa de valores de cambio* correspondiente, o que el valor del capital constante consumido, de capital variable y de plusvalía: así, por ejemplo, una máquina que cuesta 1000 francos y que puede producir 1000 unidades de un determinado producto con dos obreros, termina siendo sustituida por otra máquina más perfeccionada que cuesta 2000 francos y que con sólo un obrero produce 3 o 4 veces más que la primera. Si se objeta que al obtenerse más productos con menos trabajo, el obrero puede adquirir más cosas con su salario, olvidamos completamente que los productos son ante todo mercancías, al igual que la fuerza de trabajo, y por tanto, como hemos dicho anteriormente, esta fuerza de trabajo, en tanto que mercancía, no puede venderse más que por un valor de cambio igual a sus costes de reproducción, algo que en la práctica se lleva a cabo dando al obrero el mínimo estrictamente necesario para mantenerse con

vida. Si gracias al progreso técnico se reduce el coste de esas sustancias, también se reducirá el salario. Y aunque no se reduzca de manera proporcional a la bajada de esos productos, por ejemplo en el caso de que la correlación de fuerzas sea favorable al proletariado, *en cualquier caso* deberá fluctuar dentro de unos límites compatibles con las necesidades de la producción capitalista.

El proceso de acumulación profundiza, por tanto, una primera contradicción: el aumento de las fuerzas productivas y el decrecimiento de la fuerza de trabajo destinada a la producción, así como el desarrollo de una superpoblación obrera relativa y constante. Y esta contradicción engendra otra. Ya hemos señalado cuáles son los factores que determinan la tasa de plusvalía. No obstante, es importante subrayar que dada una tasa de plusvalía constante, la *masa de plusvalía* y por tanto la *masa* de ganancia, es *siempre proporcional* a la masa de capital variable desembolsado en la producción[69]. Si el capital variable disminuye en relación al capital total, esto implica una disminución de la masa de ganancia en relación al capital total, y por tanto una *reducción de la tasa de ganancia*[70]. Esta reducción de la tasa de ganancia se acentúa en la medida en que progresa la acumulación, en la medida en que aumenta el capital constante en relación al capital variable, mientras la propia masa de ganancia continua aumentando

69. Es decir, que dada una determinada tasa o cuota de plusvalía, se obtiene mayor masa de plusvalía y ganancia cuanta más cantidad de trabajo se ponga en movimiento durante el proceso de producción, pues dado que Tp = p / Cv, entonces p = Tp x Cv.

70. Siendo la Tasa o cuota de ganancia TG = p / C; y siendo p = Tp x Cv; llegamos a que TG = (Tp x Cv) / C = Tp / (1 + Cc / Cv) = Tp / (1 + Corg). Por tanto, dada una determinada Tasa de plusvalía, al aumentar la composición orgánica se reduce la Tasa de ganancia.

(a consecuencia de un aumento de la tasa de plusvalía). Esto no se traduce en una explotación *menos* intensa de los obreros, sino que implica que, en relación al capital total, se emplea menos trabajo, por lo que éste procura menos trabajo gratuito. Por otra parte, esto acelera el ritmo de acumulación, acosando, hostigando al capitalismo y obligándole a extraer la máxima plusvalía a partir de un número determinado de obreros, exigiéndole acumular cada vez más plusvalía.

La ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia genera crisis cíclicas y es un poderoso fermento para la descomposición de la economía capitalista decadente. Además, nos permite explicar la exportación de capitales, que aparece como uno de los rasgos específicos del capitalismo imperialista y monopolista: *"La exportación de capital"*, dice Marx, *"no se debe a que no pueda emplearse en el interior, sino a que se puede colocar en el extranjero con una tasa de ganancia más elevada."* Lenin confirma esta idea (*El Imperialismo*…) argumentando que *"la necesidad de exportar capitales resulta de la excesiva madurez del capitalismo en ciertos países, en los que empiezan a escasear emplazamientos* 'favorables' [subrayado por nosotros]*, donde la agricultura esté atrasada y las masas sean miserables."*

Otro factor que contribuye a acelerar la acumulación es el *crédito*, panacea que actualmente ha adquirido un poder mágico para esos expertos economistas burgueses y socialdemócratas que andan buscando soluciones milagrosas; la palabra mágica en el país de Roosevelt, la palabra mágica para los planificadores de la economía dirigida… por el capitalismo, para los De Man, para los burócratas de la C.G.T. y demás redentores del capitalismo. Y es que parece que el crédito posee el poder de *crear* poder adquisitivo.

Sin embargo, si le quitamos estos atavíos pseudocientíficos y engañosos, podemos definir el crédito simplemente así: La puesta a disposición del capital, a través de los canales de su aparato financiero, de:

a) Las sumas momentáneamente inutilizadas en el proceso de producción y destinadas a la renovación del capital constante;

b) La parte de su plusvalía que la burguesía no consume inmediatamente o que no puede acumular;

c) Las sumas disponibles que pertenecen a las capas no capitalistas (campesinos, artesanos) o a los estratos privilegiados de la clase obrera; en pocas palabras, lo que se llama el AHORRO, que refleja el poder adquisitivo potencial.

El crédito como mucho puede lograr que el poder adquisitivo latente se transforme en nuevo poder adquisitivo. Por otra parte, este es un problema que no preocupa más que a los bufones de feria. Lo importante es el hecho de que el ahorro se puede movilizar para la capitalización y por tanto puede aumentar la masa de capitales acumulados. Sin el crédito, el ahorro no sería más que dinero atesorado y no *Capital. "El crédito aumenta de marera desmedida la capacidad de extender la producción y constituye la fuerza motriz interna que la impulsa constantemente a superar los límites del mercado."* (R. Luxemburg).

Hay que tener en cuenta un tercer factor de aceleración. El aumento vertiginoso de la masa de plusvalía no permite a la burguesía adaptarse a su consumo; su "estómago", por más voraz que sea, es incapaz de absorber este excedente de plusvalía producida. Pero aunque la glotonería le impeliera a consumir más, no podría, pues la concurrencia impone su implacable ley: ampliar la producción para reducir el precio de coste. De modo que la fracción de plusvalía consumi-

da se reduce cada vez más en relación a la plusvalía total, aumentando la tasa de acumulación. De ahí surge una nueva contradicción en el mercado capitalista.

Nos limitaremos a nombrar el cuarto factor de aceleración, que surge paralelamente al desarrollo del capital bancario y del crédito y refleja la selección activa que opera la concurrencia: la centralización de los capitales y los medios de producción en empresas gigantescas que, produciendo plusvalía acumulable "al por mayor", aumentan mucho más rápidamente la masa de capitales. Estas empresas evolucionan orgánicamente y terminan convirtiéndose en monopolios parasitarios, transformándose en un virulento fermento para la descomposición en el periodo imperialista.

Resumamos las contradicciones fundamentales que minan la producción capitalista:

a) Por una parte la producción ha alcanzado un nivel que determina un *consumo de masas*, pero por otra parte las propias necesidades de esa producción estrechan cada vez más las bases del consumo interno del mercado capitalista: disminución de la parte relativa y absoluta que le corresponde al proletariado en el producto total, restricción relativa del consumo individual de los capitalistas.

b) Es necesario realizar fuera del mercado capitalista la fracción del producto que no se puede consumir dentro, la que se corresponde con la plusvalía acumulada en rápida y constante progresión bajo la presión de diversos factores que aceleran la acumulación.

Por una parte hay que realizar el producto para poder reiniciar la producción, pero por otra hay que ampliar los mercados para poder realizar el producto. Como señala Marx: *"La producción capitalista se ve obligada a producir a una*

escala tal que no se corresponde con la demanda del momento, sino que depende de una extensión continua del mercado mundial. La demanda de los obreros no le basta, pues su ganancia proviene precisamente del hecho de que la demanda de los obreros es menor que el valor que producen y éste crece en la medida en que esa demanda decrece relativamente. La demanda reciproca de los capitalistas tampoco basta."

¿Cómo se efectúa entonces esta continua extensión del mercado mundial, esta creación y esta continua ampliación de los mercados extra-capitalistas cuya vital importancia para el capitalismo ya subrayaba Rosa Luxemburg? El capitalismo, dada la posición histórica que ocupa en la evolución de la sociedad, si quiere sobrevivir, debe proseguir esa lucha que ya inició tiempo atrás cuando tenía que construir las bases sobre las cuales desarrollar la producción. Dicho de otro modo, si el capitalismo quiere transformar en dinero y acumular la plusvalía que rezuma por todos sus poros, debe disolver las viejas economías que han sobrevivido a las conmociones históricas. Para vender los productos que la esfera capitalista no puede absorber, debe encontrar compradores que no se encuentren aún dentro de la economía de mercado. Es más, para que el capitalismo pueda mantener la escala de su producción, necesita inmensas reservas de materias primas que sólo se hallan en ciertas regiones y no se detiene ante las relaciones de propiedad que constituyen obstáculos para sus objetivos y le impiden disponer de la fuerza de trabajo necesaria para explotar estas codiciadas riquezas. Allí donde subsisten formas esclavistas o feudales, o bien comunidades campesinas en las que el productor está encadenado a sus medios de producción y trabaja para satisfacer directamente sus necesidades, el capitalismo crea las condiciones y abre el camino que le permite lograr sus obje-

tivos. Mediante la violencia, la expropiación, las exacciones fiscales y con la ayuda de las clases dominantes de dichas regiones, destruye en primer lugar los últimos vestigios de propiedad colectiva, transforma la producción que satisface las propias necesidades en producción para el mercado, suscita nuevas producciones que se corresponden a sus propias necesidades, amputa a la economía campesina los oficios que la complementaban, obliga al campesino a través del mercado así constituido a intercambiar los productos agrícolas que sólo él puede producir por las bagatelas salidas de las fábricas capitalistas. En Europa, la revolución agrícola de los siglos XV y XVI ya había supuesto la expropiación y la expulsión de una parte de la población rural y había creado el mercado para la producción capitalista naciente. A este respecto Marx subraya que *"fue la aniquilación de la industria doméstica rural lo que permitió que el mercado interno del país adquiriera la extensión y la solida cohesión que necesita el modo de producción capitalista."*

Sin embargo, impulsado por su insaciable naturaleza, el capital no se detiene ahí. No le basta con realizar su plusvalía. Ahora debe sacrificar a los productores autónomos que ha hecho surgir dentro de las primitivas comunidades y que aún conservan sus medios de producción. Debe suplantar su producción, remplazarla por la producción capitalista para poder dar empleo a esa masa de capitales acumulados que le hunden y le ahogan. La industrialización de la agricultura iniciada en la segunda mitad del siglo XIX sobre todo en los Estados Unidos constituye una impresionante ilustración de este proceso de disolución de las economías campesinas que ahonda el foso que separa a los granjeros capitalistas de los proletarios agrícolas.

En las colonias de explotación, en las que este proceso de industrialización no se lleva a cabo sino a muy pequeña escala, la expropiación y la proletarización en masa de los indígenas colman las reservas de las que el capital extrae la fuerza de trabajo capaz de suministrarle materias primas a buen precio.

De modo que realizar la plusvalía significa, para el capital, anexionarse progresiva y continuamente las economías pre-capitalistas que le son indispensables, aunque a la vez se vea obligado a aniquilarlas si quiere continuar con lo que constituye su razón de ser: la acumulación. De ahí resulta otra contradicción fundamental, relacionada con las precedentes: la acumulación y la producción capitalista se desarrollan alimentándose de la sustancia "humana" procedente de las zonas extra-capitalistas, a la vez que las va agotando progresivamente; lo que al principio era poder adquisitivo "autónomo" que absorbía plusvalía –por ejemplo el consumo de los campesinos–, ahora que los campesinos se han dividido en capitalistas y proletarios, se convierte en poder adquisitivo específicamente capitalista, en decir, dentro de los límites estrechamente determinados por el capital variable y la plusvalía consumida. En cierto sentido, el capitalismo muerde la mano que le da de comer.

Evidentemente, podríamos pensar que llegará una época en la que, tras extender su modo de producción por todo el mundo, el capitalismo alcanzará un equilibrio entre sus fuerzas productivas, una cierta armonía social. Pero a nuestro modo de ver, si en sus esquemas sobre la producción ampliada Marx emitió esta hipótesis de una sociedad completamente capitalista en la que no se enfrentarían más que capitalistas y proletarios, fue precisamente para demostrar lo *absurda*

que es la idea de que un día la producción *capitalista* llegue a un equilibrio y a una armonía con las necesidades humanas. Esto significaría que la plusvalía acumulable merced a la ampliación de la producción se tendría que realizar *directamente*, una parte mediante la compra de nuevos medios de producción necesarios, y otra mediante la demanda de los obreros suplementarios (¿dónde los encontraríamos?), y los capitalistas tendrían que transformarse, de lobos, en pacíficos progresistas.

Si Marx *hubiera podido* continuar el desarrollo de estos esquemas, habría llegado a esta conclusión totalmente opuesta: un mercado capitalista que no se pudiera ampliar mediante la incorporación de zonas no capitalistas, una producción completamente capitalista –algo *históricamente* imposible–, significaría la detención del proceso de acumulación y el fin del propio capitalismo. Por tanto, presentar esquemas (como han hecho ciertos "marxistas") partiendo de la idea de que la producción capitalista puede desenvolverse sin desequilibrios, sin superproducción y sin crisis, es falsificar a sabiendas la teoría marxista.

Lo cierto es que como el capital aumenta su producción en proporciones prodigiosas, no logra adaptarla armónicamente a la capacidad de los mercados que se anexiona. Por una parte, estos no se amplían sin discontinuidades, y por otra, bajo el impulso de los factores de aceleración que hemos mencionado, la acumulación imprime al desarrollo de la producción un ritmo mucho más rápido que el de la extensión de nuevos mercados extra-capitalistas. No sólo es que el proceso de acumulación engendre una enorme cantidad de valores de cambio, sino que como hemos dicho, la creciente capacidad de los medios de producción aumenta

la masa de productos o valores de uso en proporciones mucho mayores aún, de modo que se crean las condiciones de una producción que responde a un consumo masivo pero cuya venta está subordinada a su constante adaptación a la capacidad de consumo que existe al margen de la esfera capitalista.

Si esta adaptación no se lleva a cabo, habrá *superproducción relativa* de mercancías, relativa no en relación a la *capacidad de consumo*, sino en relación a la capacidad de compra de los mercados capitalistas (internos) y extra-capitalistas (externos).

Si la superproducción se produjera cuando los miembros de una nación tienen ya satisfechas como poco sus necesidades más apremiantes, no habrían existido las superproducciones generales o incluso las parciales que se han producido a lo largo de la historia de la sociedad burguesa. ¿Acaso el hecho de que el mercado esté saturado de zapatos, de cotonadas, de vinos o de productos coloniales, significa que una parte de la nación, pongamos una tercera parte, tiene ya cubiertas sus necesidades de zapatos, etc.? ¿Acaso las necesidades absolutas tienen algo que ver con la superproducción? Ésta sólo se basa en las necesidades *"que se pueden pagar"* (Marx).

Este tipo de superproducción no se daba en ninguna de las sociedades anteriores. En la sociedad antigua, esclavista, la producción se dirigía a la satisfacción esencial de las necesidades de la clase dominante y la explotación de los esclavos se explicaba por el hecho de que la escasa capacidad de los medios de producción hacía necesaria la violencia para ahogar las veleidades expansivas de las necesidades de las masas. Si eventualmente se producía una superproduc-

ción fortuita, era reabsorbida mediante el atesoramiento o se disfrutaba con gastos suntuarios, como ocurría a veces; hablando con propiedad no era una superproducción, sino un *sobreconsumo de los ricos*. Así mismo, en el régimen feudal, la estrecha producción se consumía fácilmente: el siervo, que consagraba la mayor parte de su producto a satisfacer las necesidades de su señor, se desvivía para no morir de hambre; no había que temer ningún tipo de superproducción, el hambre y las guerras se encargaban de ello.

Bajo el régimen de producción capitalista, las fuerzas productivas desbordan la estrecha base sobre la que deben operar: los productos capitalistas son abundantes, pero les repugnan las "simples necesidades" humanas, no se entregan sino a cambio de dinero, y si no hay dinero, se apilan en las fábricas, los almacenes y los depósitos, o se aniquilan.

LAS CRISIS CRÓNICAS DEL CAPITALISMO ASCENDENTE

La economía capitalista no tiene más límites que los que le imponen las posibilidades de valorizar el capital: mientras se extraiga y se capitalice la plusvalía, la producción progresa. Su desproporción con la capacidad general de consumo no surge más que cuando el aflujo de mercancías choca con los límites del mercado, obstruyendo sus vías de circulación, es decir, *cuando estalla la crisis*.

Es evidente que la crisis económica supera esa definición que la limita a una ruptura del equilibrio entre los diversos sectores de la producción, como afirman algunos economistas burgueses e incluso también algunos marxistas. Marx indica que *"en los periodos de superproducción general, la superpro-*

ducción en ciertas esferas no es sino el resultado, la consecuencia de la superproducción en las principales ramas: no existe superproducción relativa sino en la medida en que existe superproducción en otras esferas." Evidentemente, una desproporción demasiado flagrante entre, por ejemplo, el sector que produce medios de producción y el que produce medios de consumo puede provocar una crisis parcial, e incluso puede ser la causa original de una crisis general. La crisis es un resultado de la superproducción general y relativa, una superproducción de productos de *todo tipo* (sean medios de producción o objetos de consumo) en relación a la demanda del mercado.

En suma, la crisis es una manifestación de la impotencia del capitalismo para *sacar beneficio* de la explotación del obrero: ya hemos puesto en evidencia que no basta con arrancar trabajo gratuito e incorporarlo al producto bajo la forma de nuevo valor, de plusvalía, sino que también hay que materializarlo en dinero mediante la venta del producto total *por su valor*, o más bien por su *precio de producción*, constituido por el precio de coste (valor del capital desembolsado, constante y variable) y al que hay que sumar la ganancia social media (y no la ganancia que se obtiene en una producción concreta). Por otro lado, los precios de mercado, que teóricamente son la expresión monetaria de los precios de producción, en la práctica difieren de aquellos, pues *aunque evolucionen en la órbita de ese valor* siguen una curva que establece la ley mercantil de la oferta y la demanda. Es importante subrayar que las crisis se caracterizan por unas fluctuaciones en los precios que implican depreciaciones considerables de los valores, que pueden incluso llevarlos a la destrucción, lo cual equivale a la pérdida de capital. La crisis revela bruscamente que se ha producido tal masa de medios de producción, de medios de trabajo y de medios de consumo,

que se ha acumulado tal masa de *valores-capital*, que es imposible que estos funcionen como instrumentos de explotación de los obreros, que alcancen un determinado grado de tasa de ganancia; la bajada de esta tasa por debajo de un nivel aceptable para la burguesía o incluso la amenaza de la desaparición de toda ganancia perturba el proceso de producción y provoca incluso su parálisis. Las maquinas no se detienen porque hayan producido demasiados productos consumibles, sino porque el *capital* existente ya no recibe la plusvalía que le permite vivir. La crisis disipa así las brumas de la producción capitalista; subraya de golpe la *contradicción fundamental entre valor de uso y valor de cambio*, entre las necesidades de los hombres y las del capital. *"Se producen"*, dice Marx, *"demasiadas mercancías como para poder realizar y reconvertir en capital nuevo, en las condiciones de reparto y consumo dadas por la producción capitalista, el Valor y la Plusvalía que contienen. No es que se produzca demasiada riqueza. Es que periódicamente se produce demasiada riqueza en sus formas capitalistas, contradictorias en sí."*

Esta periodicidad casi matemática de las crisis constituye uno de los rasgos específicos del sistema capitalista de producción. Ni la periodicidad ni el carácter propio de las crisis capitalistas se encuentran en ninguna de las sociedades precedentes. Las economías antiguas, patriarcales, feudales, basadas esencialmente en la satisfacción de las necesidades de la clase dominante, no se apoyaban ni en una técnica progresista ni en un mercado que favoreciera una amplia corriente de intercambios, desconocían las crisis debidas al exceso de riqueza, pues como hemos dicho la superproducción era imposible: las calamidades económicas eran consecuencia de agentes naturales como la sequía, inundaciones, epidemias, factores sociales como las guerras, etc.

Las crisis crónicas aparecen sólo a comienzos del siglo XIX, cuando el capitalismo ya consolidado, gracias a las encarnizadas y victoriosas luchas que ha librado contra la sociedad feudal, entra en su periodo de plena expansión y, sólidamente instalado sobre su base industrial, inicia la conquista del mundo. Desde entonces, el desarrollo de la producción capitalista continuará a un ritmo irregular, siguiendo una trayectoria muy agitada. A una producción febril que se esfuerza por colmar las crecientes exigencias de los mercados mundiales le sucederá una saturación del mercado. El reflujo de la circulación conmocionará todo el mecanismo de la producción. La vida económica formará así una larga cadena en la que cada eslabón constituye un ciclo dividido en una serie de periodos de actividad normal, prosperidad, superproducción, crisis y depresión. El punto de ruptura del ciclo es la crisis, *"solución momentánea y violenta de las contradicciones existentes, erupción violenta que restablece momentáneamente el equilibrio alterado"* (Marx). Por tanto los periodos de crisis y prosperidad son inseparables y se condicionan mutuamente.

Hasta mediados del siglo XIX las crisis cíclicas conservan su centro de gravedad en Inglaterra, cuna del capitalismo industrial. La primera crisis que tuvo el carácter de la superproducción data de 1825 (el año anterior el movimiento trade-unionista, apoyándose en la ley de coalición que el proletariado había logrado arrancar a la burguesía, había empezado a crecer). Esta crisis tenía unos curiosos orígenes para la época: los importantes empréstitos que las jóvenes repúblicas sudamericanas habían contratado en Londres los años anteriores se agotaron, lo que llevó a una brusca contracción de estos mercados. Afectó particularmente a la

industria algodonera, despojada de su monopolio, se reflejará en la revuelta de los obreros del algodón y finalmente se resolverá mediante una extensión de los mercados, limitados esencialmente a Inglaterra, donde al capital aún le quedaban vastas regiones por transformar y capitalizar: la penetración en las regiones agrícolas de las provincias inglesas y el desarrollo de las exportaciones hacia las Indias abrirán nuevos mercados a la industria del algodón; la construcción de los ferrocarriles y el desarrollo del maquinismo suministran un mercado para la industria metalúrgica, que despega definitivamente. En 1836, el marasmo de la industria algodonera, tras a una depresión seguida de una época de prosperidad, generaliza una vez más la crisis y serán de nuevo los tejedores, muertos de hambre, a quienes se ofrezca como víctimas expiatorias. La crisis encuentra una salida en 1839, con la ampliación de la red de ferrocarriles, pero mientras tanto surge el movimiento cartista, expresión de las primeras aspiraciones políticas del proletariado inglés. En 1840 se produce una nueva depresión en la industria textil inglesa acompañada de revueltas obreras; se prolonga hasta 1843. La reanudación llega en 1844 y en 1845 ya es gran prosperidad. En 1847 se inicia una crisis general que se extiende al continente. A continuación se produce la insurrección parisina de 1848 y la revolución alemana que dura hasta 1849, época en la que se abren los mercados americanos y australianos para la industria europea y sobre todo la inglesa, al mismo tiempo que la construcción de ferrocarriles adquiere un gran desarrollo en Europa continental.

Es en esta época cuando Marx, en el *Manifiesto Comunista*, describe las características generales de las crisis y subraya el antagonismo que existe entre el desarrollo de las fuerzas

productivas y su apropiación burguesa. Con una profundidad genial, esboza las perspectivas para la producción capitalista. *"¿Cómo supera estas crisis la burguesía?"*, se pregunta. *"Por un lado mediante la destrucción de una cierta masa de fuerzas productivas, y por otro mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más profunda de los obreros. ¿Adónde lleva todo esto? A preparar crisis más generales y más formidables y a reducir los medios para prevenirlas."*

Durante la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo industrial logra dominar el continente. Alemania y Austria inician su desarrollo industrial hacia 1860. Así pues, las crisis cada vez son más extensas. La de 1857 fue corta gracias a la expansión del capital, sobre todo por Europa central. 1860 marca el apogeo de la industria algodonera inglesa, que se encamina hacia la saturación de los mercados de las Indias y Australia. La guerra de Secesión la priva de algodón y provoca en 1863 su completo hundimiento, provocando una crisis general. Pero los capitales ingleses y franceses no pierden el tiempo, y de 1860 a 1870 se aseguran sólidas posiciones en Egipto y China.

El periodo que va de 1850 a 1873 es extremadamente favorable para el desarrollo del capital. Se caracteriza por largas fases de prosperidad (de alrededor de 6 años) y cortas depresiones de unos 2 años. El siguiente periodo, que se inicia con la crisis de 1873 y se extiende hasta 1896, presenta un proceso inverso: depresión crónica en la que se intercalan cortas fases ascendentes. Alemania (paz de Fráncfort en 1871) y los Estados Unidos aparecen ahora como competidores temibles ante Inglaterra y Francia. El prodigioso ritmo de desarrollo de la producción capitalista supera el ritmo de penetración en los mercados: crisis en 1882 y 1890. Comien-

zan las *grandes luchas coloniales* por el reparto del mundo y el capitalismo, bajo el impulso de la inmensa acumulación de plusvalía, se lanza por la vía del imperialismo que le llevará a la crisis general y a la bancarrota. Mientras tanto, surgen las crisis de 1900 (guerra de los Boers y de los "Bóxers") y de 1907. La de 1913-1914 terminó explotando en guerra mundial.

Antes de abordar el análisis de la crisis general del imperialismo decadente, que será el objeto de la segunda parte de nuestro estudio, examinaremos el proceso que siguen todas las crisis de la época expansionista.

Los dos términos extremos del ciclo económico son:

a) Una fase última de prosperidad que desemboca en el punto culminante de la acumulación, que se refleja en una tasa más elevada y una composición orgánica de capital también más alta; la potencia de las fuerzas productivas llega a su punto de ruptura con la capacidad del mercado; esto significa también, como hemos señalado, que la débil tasa de ganancia correspondiente a la alta composición orgánica choca con las necesidades de valorización del capital.

b) La fase más profunda de la crisis que se corresponde con una parálisis total de la acumulación de capital y precede inmediatamente a la depresión.

Entre ambos momentos se desarrolla, por una parte la propia crisis, periodo de conmociones y destrucción de valores de cambio, y por otra parte la fase de depresión a la que sucede la reanudación y la prosperidad, que fecundan nuevos valores.

El equilibrio inestable de la producción, minado por el progresivo agravamiento de las contradicciones capitalistas, se rompe bruscamente al estallar la crisis y no se puede resta-

blecer si no se opera un saneamiento de los valores-capital. Este hundimiento se inicia con una bajada de los precios de los productos acabados, mientras los precios de las materias primas continúan subiendo durante un tiempo. La contracción de los precios de las mercancías evidentemente implica la depreciación de los capitales materializados en esas mercancías, y la caída puede llegar a destruir una fracción más o menos importante de capital, según sea la gravedad e intensidad de la crisis. Este proceso de destrucción adquiere dos aspectos: por un lado, se produce una *pérdida de valores de uso*, pues la detención total o parcial del aparato productivo deteriora las máquinas y el material no empleado; por otra parte, una *pérdida de valores de cambio*, que es lo más importante, pues afecta al proceso de renovación de la producción, deteniéndolo y desorganizándolo. El capital constante sufre el primer choque; la reducción del capital variable no se produce inmediatamente, pues la bajada de salarios se produce con cierto retraso respecto a la bajada de precios. La contracción de los valores impide que se reproduzcan en la misma medida que antes; es más, la parálisis de las fuerzas productivas impide al capital que las representa existir como tal: es capital muerto, inexistente, *aunque subsista bajo su forma material*. El proceso de acumulación de capital también se interrumpe, pues la plusvalía acumulable se la ha tragado la caída de los precios, aunque sin embargo la acumulación de valores de uso pueda perfectamente proseguir algún tiempo, al continuar la ampliación prevista del aparato productivo.

La contracción de los valores también implica la contracción de las empresas: las más débiles sucumben o son absorbidas por las más fuertes, a las que afecta menos la bajada de precios. Esta centralización no se produce sin lucha: mientras

dura la prosperidad, mientras hay un botín que compartir, se reparte entre las diversas fracciones de la clase capitalista, proporcionalmente al capital desembolsado; pero cuando llega la crisis y las pérdidas son inevitables para *la clase en su conjunto*, todos los grupos y cada capitalista individual se esfuerza con todos los medios a su alcance por limitar sus pérdidas o endosárselas al vecino. *El interés de la clase se diluye bajo el empuje de los intereses particulares*, dispares, mientras que en el periodo normal estos respetaban una cierta disciplina. Veremos que en la crisis general es el interés de clase el que afirma su predominio.

Pero llega un momento en que la caída de los precios, que permite liquidar los stocks de viejas mercancías, se detiene. El equilibrio se restablece progresivamente. Los capitales recuperan su valor a un nivel más bajo, la composición orgánica también se reduce. Paralelamente a este restablecimiento se produce una reducción de los precios de coste, principalmente como resultado de una *compresión masiva de salarios*; la plusvalía –así oxigenada– reaparece y reanima lentamente todo el cuerpo capitalista. Los economistas de la escuela liberal celebran otra vez los méritos de sus anti-toxinas, de sus "reacciones espontáneas", la tasa de ganancia se eleva, se vuelve "interesante"; resumiendo, *las empresas recuperan su rentabilidad*. Resurge la acumulación, aguijoneando el apetito capitalista y preparando la eclosión de una nueva superproducción. Aumenta la masa de plusvalía acumulada, que exige nuevos mercados, hasta que otra vez el mercado vuelve a retrasar el desarrollo de la producción. La crisis madura. El ciclo se reinicia.

"Las crisis aparecen como el medio de seguir atizando y desencadenando de nuevo el fuego del desarrollo capitalista." (R. Luxemburg).

***

En la primera parte de este estudio hemos señalado que el periodo que va prácticamente de 1852 a 1873 lleva el sello de un considerable desarrollo capitalista dentro de la "libre competencia" (competencia mitigada por la existencia de un proteccionismo en defensa de las industrias nuevas que están creciendo). En el trascurso de esta fase histórica, las diversas burguesías nacionales rematan su dominio económico y político sobre las ruinas del feudalismo, liberando de todas las trabas a las fuerzas capitalistas de producción: en Rusia se abole la servidumbre; en los Estados Unidos la guerra de Secesión barre la anacrónica esclavitud; se forma la nación italiana, se funda la unidad alemana. El tratado de Fráncfort cierra el ciclo de grandes guerras nacionales, de las que surgieron los Estados capitalistas modernos.

PROCESO ORGÁNICO EN LA ERA IMPERIALISTA

Hacia 1873, con su rápido ritmo de desarrollo, el sistema capitalista de producción ya ha integrado en su esfera, en su propio mercado, el terreno extra-capitalista que le es limítrofe. Europa se convierte en una vasta economía mercantil (excepto algunas zonas atrasadas del centro y el este) dominada por la producción capitalista. El continente norteamericano sufre la hegemonía del capitalismo anglo-sajón, ya bastante desarrollado.

Por otra parte, el proceso de acumulación capitalista, que las crisis cíclicas interrumpen momentáneamente pero que se reanuda siempre con nuevos bríos después de cada sanea-

miento económico, provoca paralelamente una potente e irresistible centralización de los medios de producción, que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia y la codicia de los competidores precipita. Se asiste a una multiplicación de empresas gigantescas de alta composición orgánica, proceso facilitado por el desarrollo de las sociedades por acciones que sustituyen a los capitalistas individuales, que aislados son incapaces de hacer frente a las exigencias de la extensión de la producción; los industriales se trasforman en agentes subordinados a los consejos de administración.

Pero también comienza otro proceso: de la necesidad, por una parte, de contrarrestar la bajada de la tasa de ganancia, manteniéndola en unos límites compatibles con la producción capitalista, y por otra de poner freno a una concurrencia anárquica y desastrosa, surgen las organizaciones monopolistas, que adquieren importancia tras la crisis de 1873. Primero aparecen los Cárteles, luego una forma más concentrada, los Sindicatos. Luego aparecen los Trust y los Konzern, que operan una concentración horizontal de industrias similares o un reagrupamiento vertical de diferentes ramas de la producción.

El capital bancario, por su parte, con la afluencia de una masa considerable de dinero ahorrado y disponible, producto de la intensa acumulación, adquiere una influencia predominante. El sistema de participaciones "en cascada", que se injerta en el organismo monopolista, le da la llave para controlar las producciones fundamentales. El capital industrial, comercial o bancario, al ir perdiendo así gradualmente su situación autónoma en el mecanismo económico y la fracción más considerable de la plusvalía producida, se encauza hacia una formación capitalista superior, sintética, que pasa

a disponer de aquella según sus propios intereses: el *Capital Financiero*. Éste es, en resumidas cuentas, el producto hipertrofiado de la acumulación capitalista y de sus manifestaciones contradictorias, definición que evidentemente no tiene nada que ver con la de aquellos que piensan que el capital financiero refleja la voluntad de ciertos individuos a los que una especie de "fiebre especulativa" les empuja a oprimir y expoliar al resto de formaciones capitalistas e impedir su "libre" desarrollo. Semejante concepción, que es un polo de atracción para las corrientes pequeño-burguesas socialdemócratas y neo-marxistas que chapotean en el pantano del "anti-hipercapitalismo", refleja el desconocimiento de las leyes del desarrollo capitalista y da la espalda al marxismo, al mismo tiempo que refuerza el dominio ideológico de la burguesía.

El proceso orgánico de centralización, lejos de eliminar la competencia, la amplifica bajo nuevas formas; no refleja así más que el grado de profundidad que ha alcanzado la contradicción capitalista fundamental. A la competencia entre capitalistas individuales –órganos primarios– que se produce en toda la extensión del mercado capitalista (nacional e internacional) y que es contemporánea del capitalismo "progresista", le suceden las vastas competiciones internacionales entre organismos más evolucionados: los Monopolios, los dueños de los mercados nacionales y de las producciones fundamentales; este periodo se corresponde con una capacidad productiva que desborda ampliamente los límites del mercado nacional y con la extensión geográfica de éste mediante las conquistas coloniales con las que comienza la era imperialista. La forma suprema de la concurrencia capitalista se expresará finalmente mediante las luchas inter-imperialistas

y surgirá cuando todos los territorios del globo estén repartidos entre las naciones imperialistas. Bajo la égida del capital financiero se inicia el proceso de transformación de las formaciones nacionales –salidas de las conmociones históricas y que con su desarrollo contribuyeron a que cristalizara la división internacional del trabajo– en entidades económicas completas. *"Los monopolios"*, dice Rosa Luxemburg, *"agravan la contradicción que existe entre el carácter internacional de la economía capitalista mundial y el carácter nacional del Estado capitalista."*

El desarrollo del nacionalismo económico es doble: intensivo y extensivo.

El principal armazón del desarrollo intensivo lo constituye el proteccionismo, pero no ya el que protege a las "nuevas industrias", sino el que instaura el monopolio en el mercado nacional y permite dos cosas: en el interior, la realización de una plusganancia, y en el exterior el "dumping", fijar los precios por debajo del valor de los productos.

El desarrollo extensivo, provocado por la necesidad constante de expandirse que tiene el capital, que busca zonas donde poder realizar y capitalizar la plusvalía, se orienta hacia la conquista de tierras precapitalistas y coloniales.

Proseguir con la extensión continua de su mercado para escapar a la constante amenaza de la superproducción de mercancías que se refleja en las crisis cíclicas, tal hemos dicho que es la necesidad fundamental del modo de producción capitalista, que por una parte se traduce en una evolución *orgánica* hacia los monopolios, y por otra en una evolución *histórica* hacia el imperialismo. Definir el imperialismo como *"un producto del capital financiero"*, como hace Bujarin, significa establecer falsas filiaciones y sobre

todo implica perder de vista el origen común de esos dos aspectos del proceso capitalista, cuyo objetivo es producir plusvalía.

LAS GUERRAS COLONIALES EN LA PRIMERA FASE DEL IMPERIALISMO

Mientras el ciclo de las guerras nacionales se caracterizaba esencialmente por unas luchas entre naciones en formación, edificando una estructura política y social conforme a las necesidades de la producción capitalista, las guerras coloniales enfrentan a unos países capitalistas completamente desarrollados que empiezan a resquebrajarse en sus estrechos límites con los países no evolucionados, de economía natural o atrasada.

Las regiones a conquistar pueden ser de dos tipos:

a) Las *colonias de asentamiento* que sirven esencialmente como esferas para invertir capitales y se convierten en una especie de prolongación de las economías metropolitanas, recorriendo una evolución capitalista similar y llegando incluso a competir con las metrópolis, al menos en ciertos sectores. Tal es el caso de los Dominios británicos, que tienen una estructura capitalista compleja.

b) Las *colonias de explotación*, densamente pobladas, en las que el capital persigue dos objetivos esenciales: realizar su plusvalía y apropiarse de materias primas a buen precio, lo que le permite frenar el crecimiento del capital constante invertido en la producción y mejorar la proporción entre la masa de plusvalía y el capital total. Para la realización de las mercancías, el proceso es el mismo que el que hemos descrito: el capitalismo obliga a los campesinos y a los pequeños

productores salidos de la economía doméstica a trabajar, no ya para satisfacer sus necesidades directas, sino para el mercado, en el que se efectúa el intercambio entre productos capitalistas de gran consumo y productos agrícolas. Los pueblos agricultores de las colonias se integran en la economía mercantil bajo la presión del capital comercial y usurario, que estimulan las grandes plantaciones de productos para la exportación: algodón, caucho, arroz, etc. Los empréstitos coloniales representan el adelanto de poder adquisitivo que ofrece el capital financiero para el equipamiento de redes de transporte para las mercancías: construcción de ferrocarriles y puertos, que facilitan el trasporte de materias primas, o trabajos de carácter estratégico que consolidan el dominio capitalista. Por una parte, el capital financiero vela para que los capitales no sean un instrumento para la emancipación de las colonias, para que las fuerzas productivas se desarrollen e industrialicen sin que ello suponga una amenaza para la industria metropolitana, orientando su actividad, por ejemplo, hacia la transformación primaria de materias primas, que se efectúa con el concurso de mano de obra indígena casi gratuita.

Además, el campesinado, aplastado por el peso de las deudas usureras y los impuestos que se tragan los empréstitos, se ve obligado a ceder los productos de su trabajo muy por debajo de su valor, si no por debajo de su precio de coste.

A estos dos métodos de colonización que hemos indicado hay que añadir un tercero, que consiste en asegurarse zonas de influencia "avasallando" a los Estados atrasados con préstamos y colocando capitales. Este intenso flujo de exportación de capitales, ligado a la extensión del proteccio-

nismo monopolista, favorece la ampliación de la producción capitalista, al menos en Europa central y oriental, en América en incluso en Asia, donde Japón se ha convertido en una potencia imperialista.

Por otro lado, el desarrollo desigual del capitalismo se prolonga en el proceso de expansión colonial. En el umbral del ciclo de guerras coloniales, las naciones capitalistas más viejas ya se apoyan sobre una sólida base imperialista; las dos mayores potencias de la época, Inglaterra y Francia, ya comparten las "buenas" tierras de América, Asia y África, factores que les dan aún más ventaja para su posterior extensión en detrimento de sus más jóvenes competidores, como Alemania y Japón, que se ven obligados a conformarse con lo poco que ha quedado de África y Asia pero que, en cambio, mejoran sus posiciones mucho más rápido que las viejas naciones: Alemania, potencia industrial que domina el continente europeo, pronto pondrá en cuestión el predominio del imperialismo inglés, planteando el problema de la hegemonía mundial cuya solución se buscará a través de la primera guerra imperialista.

Si bien en el trascurso del ciclo de guerras coloniales los contrastes económicos y los antagonismos imperialistas se agudizan, la burguesía de los países más avanzados puede solucionar "pacíficamente" los conflictos de clase que de ellos resultan, acumulando en el curso de su bandidaje colonial unas reservas de plusvalía que puede derrochar a manos llenas para corromper a las capas privilegiadas de la clase obrera. Las dos últimas décadas del siglo XIX conducirán al triunfo del oportunismo y el reformismo dentro de la socialdemocracia internacional, monstruosas excrecencias parasitarias que se alimentan de la carne de los pueblos coloniales.

Pero el colonialismo extensivo tiene un desarrollo limitado, y el capitalismo, insaciable conquistador, pronto termina agotando todos los mercados extra-capitalistas disponibles. La concurrencia inter-imperialista, privada así de una vía de escape, se orienta hacia la guerra imperialista.

"Quienes se enfrentan hoy con las armas no son por un lado los países capitalistas y por el otro los países de economía natural, sino Estados que precisamente se ven empujados al conflicto porque han sufrido un desarrollo capitalista semejante." (R. Luxemburg).

LOS CICLOS DE GUERRAS INTERIMPERIALISTAS Y REVOLUCIONES EN LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

Mientras que las antiguas comunidades naturales pueden resistir miles de años, mientras que la sociedad antigua y la feudal recorrieron un largo periodo histórico, *"la producción capitalista moderna, en cambio"*, dice Engels, *"ha envejecido con apenas 300 años y no ha conseguido predominar sino después de instaurar la gran industria, es decir, desde hace cien años; en este tiempo ha llevado a cabo tal disparidad en el reparto –la concentración de capitales en un pequeño número de manos por un lado y las masas sin propiedad en las grandes ciudades por el otro–, que se encamina fatalmente a la perdición."*

La sociedad capitalista, dada la agudeza que alcanzan las contradicciones de su modo de producción, no puede continuar con lo que constituye su misión histórica: desarrollar de manera continua y progresiva las fuerzas productivas y la productividad del trabajo humano. La revuelta de las fuerzas productivas contra la apropiación privada, de esporádica, se convierte en *permanente*. El capi-

talismo entra en su crisis general de descomposición, y la historia podrá registrar sus agónicos estertores con trazos de sangre.

Resumamos las características esenciales de esta crisis general: una superproducción industrial general y constante; un paro técnico crónico que entorpece la producción de capitales no viables; el paro permanente de masas considerables de fuerzas de trabajo agrava los contrastes de clase; una superproducción agrícola crónica que viene a sumar a la crisis industrial una crisis agrícola, que analizaremos más profundamente; una considerable ralentización del proceso de acumulación capitalista fruto de la contracción del margen para la explotación de la fuerza de trabajo (composición orgánica) y de la continua bajada de la tasa de ganancia, algo que Marx ya preveía cuando decía que *"tan pronto como la formación de capital se hallase exclusivamente en las manos de* algunos grandes capitalistas*, para los que la* masa *de ganancia compensaría la* tasa*, la producción perdería todo su estímulo vivificador y caería en la somnolencia. La tasa de ganancia es la fuerza motriz de la producción capitalista. Sin ganancia, no hay producción"*. Por último, el capital financiero necesita una *plusganancia*, que ya no saca de la producción de plusvalía, sino del expolio al conjunto de los consumidores por una parte, elevando el precio de las mercancías por encima de su valor, y a los pequeños productores por la otra, apropiándose de una parte o de la integridad de su trabajo. Esta plusganancia representa así un impuesto indirecto a la *circulación* de las mercancías. El capitalismo tiende a convertirse en parasitario en el sentido más completo del término.

Durante los 20 años que precedieron al conflicto mundial, estos agentes de la crisis general se desarrollaban y actuaban

ya en una cierta medida, aunque la coyuntura aún evolucionaba siguiendo una curva ascendente, reflejo de una especie de "canto del cisne" del capitalismo. En 1912 se llega al punto culminante, el mundo capitalista está inundado de mercancías y la crisis estalla en los Estados Unidos en 1913, extendiéndose por Europa. La chispa de Sarajevo hace que estalle en guerra mundial, lo que pone a la orden del día la cuestión del reparto de las colonias. Desde entonces, la masacre constituirá para la producción capitalista un inmenso mercado que ofrece unas "magníficas" perspectivas.

La industria pesada ya no fabrica medios de producción, sino de destrucción; y la industria de consumo también trabaja a pleno rendimiento, pero no para garantizar la existencia de los hombres, sino para acelerar su destrucción. Por un lado la guerra opera un "saludable" saneamiento de los valores-capital hipertrofiados, destruyéndolos sin remplazarlos, y por otro favorece la realización de mercancías muy por encima de su valor, fruto del alza formidable de los precios bajo el régimen del curso forzoso; la masa de plusganancia que el capital obtiene de semejante expolio a los consumidores compensa ampliamente la disminución de la masa de plusvalía fruto de la movilización, que reduce las posibilidades para la explotación.

La guerra destruye sobre todo enormes cantidades de fuerzas de trabajo, que en tiempos de paz, al ser expulsadas del proceso de producción, constituyen una amenaza creciente para el dominio burgués. Se cifra la destrucción de valores reales en un tercio de la riqueza mundial acumulada por el trabajo de generaciones de asalariados y campesinos. Este desastre social, visto desde el ángulo capitalista, arroja un balance de prosperidad análogo al de una sociedad anóni-

ma con participaciones financieras cuya cuenta de ganancias y pérdidas, llena de beneficios, oculta la ruina de innumerables pequeñas empresas y la miseria de los trabajadores. Pues las destrucciones, si bien adquieren las proporciones de un cataclismo, no corren a cargo del capitalismo. El Estado capitalista, en el que durante la guerra convergen todos los poderes, pues es imperiosamente necesario establecer una economía de guerra, es ese gran consumidor insaciable que crea su poder adquisitivo mediante préstamos gigantescos que drenan todo el ahorro nacional, bajo el control y con la ayuda "retribuida" del capital financiero; paga con letras de cambio que hipotecan la futura riqueza del proletariado y los pequeños campesinos. La afirmación que formuló Marx hace 75 años adquiere pleno significado: *"La única parte de la llamada riqueza nacional de los pueblos modernos que podemos decir que realmente es propiedad colectiva es la deuda pública"*.

La guerra, evidentemente, tenía que acelerar el proceso de exacerbación de los antagonismos sociales. El último periodo de la masacre se inicia con el trueno de Octubre de 1917. El sector más débil del capitalismo mundial termina saltando en pedazos. Aumentan las convulsiones revolucionarias en Europa central y occidental. El poder burgués vacila: debe acabar con este conflicto. Si bien en Rusia, el proletariado, guiado por un partido templado por quince años de luchas obreras y trabajo ideológico, puede dominar a una burguesía aún débil e instaurar su dictadura, en los países centrales –en los que el capitalismo está sólidamente enraizado– la clase burguesa, aunque vacile ante el ímpetu del impulso revolucionario, logra orientar al proletariado en una dirección que le aleja de sus objetivos específicos, gracias al apoyo de la aún poderosa socialdemocracia y a que aún no habían madu-

rado los partidos comunistas. La tarea del capitalismo se ve facilitada por el hecho de que, tras el armisticio, puede prolongar su "prosperidad" de guerra con un periodo de expansión económica, debido a la necesidad de adaptar la producción bélica a la renovación del aparato productivo y al consumo de tiempos de paz, que se refleja en el resurgimiento de una inmensa demanda de productos de primera necesidad. Esta mejoría permite reintegrar en la producción a la práctica totalidad de los obreros desmovilizados, y las concesiones económicas que hace la burguesía, aunque no mermen su ganancia (el aumento de los salarios no compensa la depreciación del poder adquisitivo del papel moneda), contribuyen a que la clase obrera se ilusione con que su suerte puede mejorar dentro del régimen capitalista y a aislarla de su vanguardia revolucionaria para poder aplastarla mejor.

La perturbación ocasionada en el sistema monetario agrava el desorden provocado por la guerra en la jerarquía de los valores y en la red de intercambios, de manera que la expansión (al menos en Europa) se desarrolla en el sentido de la especulación y el aumento de los valores ficticios, y no como un ciclo normal de acumulación; pronto alcanza además su punto culminante, pues aunque el volumen de la producción se corresponde con unas fuerzas productivas cuya capacidad se ha reducido bastante y es sensiblemente inferior al nivel de preguerra, rápidamente desborda la débil capacidad de compra de las masas. De ahí surge la crisis de 1920, que tal y como la definió el III Congreso de la Internacional Comunista, se muestra como la *"reacción de la miseria contra los esfuerzos por producir, traficar y vivir como en la época capitalista precedente"*, la de la ficticia prosperidad de la guerra y la posguerra.

Si bien en Europa la crisis no llega como resultado de un ciclo industrial, en Estados Unidos sí que lo hace. La guerra le ha permitido salir de la crisis de 1913 y le ha ofrecido inmensas posibilidades de acumulación, dejando atrás a su competidor europeo y abriendo un mercado militar casi inagotable. Norteamérica se convierte en el gran proveedor de materias primas y productos agrícolas e industriales para Europa. Apoyándose en una capacidad productiva colosal, una agricultura fuertemente industrializada, inmensos recursos de capital y su situación como acreedor mundial, los Estados Unidos se convierten en el centro de la economía mundial y desplazan el eje de las contradicciones imperialistas. El antagonismo anglo-americano sustituye a la rivalidad anglo-alemana, causante del primer conflicto mundial. Al terminar éste, surge en los Estados Unidos ese profundo contraste entre un aparato productivo hipertrofiado y un mercado considerablemente limitado. Esta contradicción termina estallando en la crisis de abril de 1920, a partir de la cual el joven capitalismo norteamericano tendrá que hacer frente a la descomposición general de su economía.

En la fase decadente del imperialismo, el capitalismo no puede encauzar los contrastes de su sistema más que en una sola dirección: la guerra. La Humanidad no puede escapar a semejante alternativa si no es mediante la revolución proletaria. Ahora bien, como la revolución de Octubre de 1917 no logró que madurara la conciencia del proletariado en los países desarrollados de occidente, como éste fue incapaz de orientar las fuerzas productivas hacia el socialismo, que es la única forma de colmar las contradicciones capitalistas, la burguesía, una vez consumidas las últimas energías revolucionarias tras la derrota del proletariado alemán en 1923, ha logrado devolver una cierta

estabilidad a su sistema, que a pesar de ver reforzado su dominio se dirige a una nueva y más terrible conflagración general.

Mientras tanto, se inicia un nuevo periodo de ascenso económico, que parece adquirir el aspecto de una prosperidad análoga a la de los ciclos del capitalismo ascendente, al menos en lo que respecta a sus aspectos esenciales: desarrollo de la producción. Pero como hemos visto anteriormente, este impulso antes se correspondía con la extensión del mercado capitalista, que se anexionaba nuevas zonas pre-capitalistas, mientras que el impulso de 1924-29 que se desarrolla en la crisis general del capitalismo no dispone de esa posibilidad. Asistimos, en cambio, a un agravamiento de la crisis general bajo la acción de ciertos factores que examinaremos rápidamente:

a) Al mercado capitalista le han amputado el vasto mercado que constituía la Rusia imperial, que era importadora de productos industriales y capitales y exportadora de materias primas y productos agrícolas, que se cedían a bajo precio gracias a la feroz explotación de los campesinos; por otra parte, la última gran zona pre-capitalista con inmensos recursos y vastas reservas de hombres, China, se hunde en unas formidables convulsiones sociales que impiden colocar allí unos capitales que serían "tranquilizadores".

b) El desequilibrio del mecanismo mundial ha suprimido el oro como equivalente general de las mercancías y moneda universal; la ausencia de una medida común y la coexistencia de varios sistemas monetarios, basados ya en el oro, ya en el curso forzoso o en la no convertibilidad, provocan tales diferencias de precios que la noción de valor se resquebraja, se desarticula completamente el comercio internacional. Y ese desorden se agrava gracias al dumping, al que tan a menudo se recurre.

c) La crisis crónica y general de la agricultura madura en los países agrarios y en los sectores agrícolas de los países industriales (se expandirá más tarde durante la crisis económica mundial). El desarrollo de la producción agraria, cuyo principal impulso antes de la guerra había sido la industrialización y la capitalización agrícola de grandes regiones de Estados Unidos, Canadá y Australia, continúa extendiéndose por las regiones más atrasadas de Europa central y América del Sur, cuya economía esencialmente agrícola ha perdido su carácter semi-autónomo y se ha vuelto completamente tributaria del mercado mundial.

Además, los países industriales, importadores de productos agrícolas pero comprometidos en la vía del nacionalismo económico, tratan de colmar las deficiencias de su agricultura mediante un aumento de tierras cultivadas y de su rendimiento, bajo la protección de las barreras aduaneras y con la ayuda de una política de subvenciones cuya práctica también se extiende a los países de grandes cultivos (Estados Unidos, Canadá, Argentina). De todo ello resulta que, bajo la presión monopolista, este régimen ficticio de precios agrícolas los eleva al nivel de los que tienen los costes de producción más altos, gravando la capacidad adquisitiva de las masas (esto ocurre sobre todo con el trigo, artículo de gran consumo).

El hecho de que las economías campesinas hayan terminado integrándose en el mercado implica una importante consecuencia para el capitalismo: los mercados nacionales ya no pueden extenderse más y han llegado a su punto de absoluta saturación. El campesino, aunque aparentemente sigue siendo un productor independiente, se ha incorporado a la esfera capitalista de producción al mismo nivel que los asalariados: al igual que a estos se les expolia su trabajo

coaccionándoles para que vendan su fuerza de trabajo, los campesinos no pueden apropiarse del trabajo suplementario que contienen sus productos porque deben cederlos al capital por debajo de su valor.

El mercado nacional traduce así de manera contundente la agudización de las contradicciones capitalistas: por un lado, el decrecimiento relativo y luego absoluto de la parte del producto total que le corresponde al proletariado, así como la extensión del paro permanente y del ejército industrial de reserva, reducen el mercado para los productos agrícolas. Y la consiguiente caída del poder adquisitivo de los pequeños campesinos repercute en el mercado de productos industriales. La reducción constante de la capacidad general de compra de las masas obreras y campesinas choca cada vez más violentamente con una producción agrícola cada vez más abundante, compuesta sobre todo de productos de gran consumo.

Esta superproducción agrícola endémica (que las cifras de los stocks mundiales de trigo demuestran claramente, pues se han triplicado de 1926 a 1933) refuerza los factores de descomposición que afectan a la crisis general del capitalismo, pues esta superproducción agrícola, al contrario que la superproducción capitalista propiamente dicha, no se puede suprimir (a no ser que intervengan "providencialmente" los agentes naturales), dado el carácter específico de la producción agraria, que aún está insuficientemente centralizada y capitalizada y da trabajo a millones de familias.

Tras definir las condiciones que delimitan el terreno en el que se mueven las contradicciones inter-imperialistas, es fácil descubrir el verdadero carácter de esta "insólita" prosperidad del periodo de "estabilización" del capitalismo. El

considerable desarrollo de las fuerzas productivas y de la producción, del volumen de los intercambios mundiales, del movimiento internacional de capitales, rasgos esenciales de la fase ascendente que va de 1924 a 1928, se explican por la necesidad de afrontar las consecuencias de la guerra, de reconstituir la primitiva capacidad productiva para emplearla con un objetivo fundamental: el perfeccionamiento de la estructura económica y política de los Estados imperialistas, que les permitirá ponerse en condiciones de competir y edificará una economía adaptada a la guerra. Por tanto, es evidente que todas estas fluctuaciones coyunturales tan desiguales, aunque evolucionen en una línea ascendente, no reflejan más que las modificaciones que se producen en la correlación de las fuerzas imperialistas, fuerzas que sancionaron en Versalles un nuevo reparto del mundo.

El desarrollo técnico y la capacidad de producción adquieren proporciones gigantescas, particularmente en Alemania. Tras la tormenta inflacionista de 1922-23, las inversiones de capitales ingleses, franceses y sobre todo norteamericanos llegan a tal punto que muchos no se pueden emplear en el interior y son reexportados a través de los bancos, sobre todo a la URSS, para financiar su plan quinquenal.

En el trascurso del propio proceso de expansión de las fuerzas productivas, aumenta la virulencia de la ley degenerativa del descenso de la tasa de ganancia. La composición orgánica se eleva aún más rápidamente de lo que se desarrolla el aparato productivo, y esto se verifica sobre todo en las ramas fundamentales de la industria, provocando una modificación interna del capital constante: la parte fija (máquinas) aumenta rápidamente en comparación con la parte circulante (materias primas y otros aprovisionamientos que se consu-

men en el proceso), y se convierte en un elemento de rigidez que grava los precios de coste en la medida en que afecta al volumen de la producción y en que el capital fijo representa el contravalor de un capital prestado. Las empresas más poderosas se convierten también en las más sensibles ante cualquier cambio de la coyuntura. En 1929, en los Estados Unidos, en plena prosperidad, la máxima producción de acero necesitó únicamente un 85% de la capacidad productiva, y en marzo de 1933 esta capacidad empleada cayó al 15%. En 1932 la producción de los medios de producción en los grandes países industriales ni siquiera representaba, en valor, el equivalente al desgaste normal del capital fijo.

Estos elementos no reflejan más que otro aspecto contradictorio de la fase de degeneración imperialista: mantener el indispensable potencial de guerra en medio de un aparato productivo parcialmente inutilizable.

Mientras, para tratar de aligerar el precio de coste, el capital financiero recurre a los medios que ya conocemos: reducción del precio de las materias primas, que reduce el valor de la parte circulante del capital constante; fijación de pecios de venta por encima de su valor, para procurarse una plusganancia; reducción del capital variable, bien sea con una bajada directa o indirecta de los salarios, bien intensificando el trabajo, alargando la jornada o racionalizando el proceso y organizando el trabajo en cadena. Se comprende por qué estos últimos métodos, infravalorados en los periodos de débil coyuntura, han sido los que se han aplicado más rigurosamente en los países técnicamente más desarrollados, como Estados Unidos y Alemania, frente a los países menos desarrollados en los que los precios de coste son mucho más sensibles a la reducción de salarios. La racionalización tropieza sin embargo con los límites de las

capacidades humanas. Además, la reducción de salarios sólo permite aumentar la masa de plusvalía si la base para la explotación, el número de asalariados que trabajan, no se reduce. Por tanto, la solución a este problema fundamental: conservar el valor de los capitales invertidos así como su rentabilidad, produciendo y realizando el máximo de plusvalía y de ganancia (su prolongación parasitaria), hay que orientarla en otra dirección. Para que los capitales "no viables" puedan sobrevivir y asegurarles una ganancia, hay que alimentarles con dinero "fresco" que el capital financiero evidentemente se niega a descontar de sus propios recursos. Hay que sacarlo, pues, del bolsillo de los consumidores, bien del ahorro disponible o a través del Estado. De ahí el desarrollo de los monopolios, de las empresas mixtas (de participación estatal), la creación de onerosas empresas "públicas", los préstamos, las subvenciones a los negocios no rentables o la garantía estatal de sus beneficios. De ahí también el control de los presupuestos, la "democratización" de los impuestos mediante la ampliación de la base imponible, las desgravaciones fiscales al capital para reanimar las "fuerzas vivas" de la nación, la reducción de los gastos sociales "no productivos", las conversiones de rentas, etc.

Sin embargo, puede que eso no sea bastante. La masa de plusvalía producida es insuficiente y el campo de la producción, demasiado estrecho, debe extenderse. Si bien la guerra es el gran mercado de la producción capitalista, en tiempos de "paz" será el militarismo (como conjunto de actividades que preparan la guerra) el encargado de realizar la plusvalía de las producciones fundamentales controladas por el capital financiero. Éste puede así garantizar una cierta capacidad de absorción gracias a los impuestos, que quitan a las masas

obreras y campesinas una parte de su poder adquisitivo y se lo transfieren al Estado, comprador de medios de destrucción y "contratista de trabajos" de carácter estratégico. El respiro que se logra de esta forma evidentemente no resuelve los contrastes. Como ya preveía Marx: *"se desarrolla cada vez más la contradicción entre el poder social general finalmente constituido por el capital y el poder particular de cada capitalista, su acceso a las condiciones sociales que permiten la producción capitalista"*. Todos los antagonismos internos de la burguesía deben ser resueltos por su aparato de dominio, el Estado capitalista, que ante el peligro está llamado a salvaguardar los intereses fundamentales de la clase en su conjunto y a llevar a cabo la fusión, ya en parte realizada por el capital financiero, de los intereses particulares de las diversas formaciones capitalistas. Cuanta menos plusvalía hay para repartir, más agudos son los conflictos internos y más imperiosa se revela esta concentración. La burguesía italiana fue la primera en recurrir al fascismo porque su frágil estructura económica amenazaba con romperse no sólo bajo la presión de la crisis de 1921, sino también por los choques violentos fruto de los contrastes sociales.

Alemania, potencia sin colonias, que reposa sobre una débil base imperialista, se ha visto obligada durante el cuarto año de la crisis mundial a concentrar todos los recursos de su economía en el seno del Estado totalitario, abatiendo a la única fuerza que podía hacer frente a la dictadura capitalista con su propia dictadura: el proletariado. Es más, es en Alemania donde el proceso de transformación del aparato económico en instrumento para la guerra está más avanzado. En cambio, los grupos imperialistas más poderosos, como Francia e Inglaterra, al disponer aún de considerables reservas de plusvalía, aún no han tomado resueltamente el camino de la centralización estatal.

Acabamos de señalar que la recuperación de los años 1924-1928 evolucionó paralelamente a la restauración y el refuerzo de la estructura de todas las potencias imperialistas, en la órbita de las cuales terminan gravitando los Estados secundarios, según la afinidad de sus intereses. Pero precisamente el hecho de que esta recuperación implicara movimientos contradictorios estrechamente interdependientes, por un lado la expansión de la producción y circulación de mercancías y por el otro el fraccionamiento del mercado mundial en economías independientes, indicaba también que su punto de saturación no podía tardar en llegar.

La crisis mundial, que los hermosos sueños del liberalismo económico pretenden identificar con una crisis cíclica que se desenvuelve bajo la influencia de factores "espontáneos", por lo que supuestamente el capitalismo podría salir de ella aplicando un plan de trabajo al estilo De Man o cualquier otro proyecto de salvación del capitalismo salido de los "Estados Generales del Trabajo"; esta crisis, abre un periodo en el que las luchas inter-imperialistas, que ya han pasado por su fase de preparación, revisten formas abiertas, primero económicas y políticas y luego violentas y sangrientas, cuando la crisis agota todas las "salidas pacíficas" del capitalismo.

No podemos analizar aquí el proceso de este hundimiento económico sin precedentes. Todos los métodos que hemos descrito, todos los intentos del capitalismo por tratar de suavizar sus contradicciones, se duplican durante la crisis, con el empeño del desesperado: la extensión del monopolio del mercado nacional a las colonias y los intentos de formar imperios homogéneos protegidos por una barrera única (Ottawa), dictadura del capital financiero y refuerzo de sus actividades parasitarias; contracción de los monopolios internacionales, que se ven obli-

gados a ceder ante el impulso nacionalista (el crack Kreuger[71]); exacerbación de los antagonismos mediante la lucha arancelaria, a la que se añade una guerra de divisas en la que intervienen las reservas de oro de los bancos de emisión; en los intercambios, el sistema de cuotas, de "clearings" u oficinas de compensación, incluso el trueque, sustituyen a la función reguladora del oro, equivalente general de las mercancías; anulación de las "reparaciones" incobrables, repudio de los créditos norteamericanos por los Estados "vencedores", suspensión del servicio financiero de empréstitos y deuda privada a los países "vencidos" convertidos en vasallos, todo lo cual lleva al hundimiento del crédito internacional y de los valores "morales" del capitalismo.

Tras referirnos a los factores que determinan la crisis general del capitalismo, podemos comprender por qué la crisis mundial no puede reabsorberse mediante el efecto "natural" de las leyes económicas capitalistas, pues ocurre lo contrario, éstas son violadas por el poder conjugado del capital financiero y el Estado capitalista, que engloban todas las manifestaciones de los intereses capitalistas particulares. Es bajo este ángulo como hay que considerar los múltiples "experimentos" e intentos de reconducir la economía y de "reactivarla" que se manifiestan en el trascurso de la crisis. Todas estas actividades se desarrollan, no a escala internacional y buscando una mejoría de la coyuntura mundial, sino en el terreno nacional de las economías imperialistas bajo unas formas adaptadas a las particularidades de su estructura. No podemos analizar aquí estas manifestaciones, como la deflación, la inflación o la devaluación monetaria. De todas formas, su importancia es secundaria, pues son efíme-

71. Ivar Kreuger (1880-1932), empresario sueco, adquirió una inmensa fortuna produciendo cerillas en régimen de monopolio, llegando a acaparar dos tercios del mercado mundial. La crisis de 1929 le llevó a la quiebra y al suicidio.

ras y contingentes. Todos estos intentos de reanimar artificialmente la economía en descomposición tienen muchas cosas en común. Los que demagógicamente intentan luchar contra el paro y aumentar el poder adquisitivo de las masas, llegan al mismo resultado, y no precisamente a esa reducción del paro que tan ostentosamente anuncian las estadísticas oficiales, sino al reparto del trabajo disponible entre un mayor número de obreros, lo que implica un empeoramiento de sus condiciones de existencia.

El aumento de la producción de las industrias fundamentales (y no de las de consumo) que se verifica dentro de todos los bloques imperialistas, se alimenta únicamente de la política de los trabajos públicos (estratégicos) y el militarismo, cuya importancia ya conocemos.

Haga lo que haga el capitalismo, cualquier medio que utilice para salir de las estrecheces de la crisis le lleva irresistiblemente a su destino, a la guerra. Hoy en día es imposible saber dónde y cómo surgirá. Pero lo importante y lo que sí que podemos afirmar es que estallará por el reparto de Asia y que será mundial.

Todos los imperialismos se dirigen a la guerra, ya se revistan con su viejo ropaje democrático o con su armadura fascista; y el proletariado no puede dejarse arrastrar por ninguna discriminación abstracta entre "democracia" y fascismo sin con ello desviarse de su lucha cotidiana contra su propia burguesía. Ligar sus tareas y su táctica a las ilusorias perspectivas de la recuperación económica o a una supuesta existencia de fuerzas capitalistas opuestas a la guerra es llevarle directo a ella o quitarle toda posibilidad de encontrar el camino de la revolución.

MITCHELL.

LOS PROBLEMAS DE LA MONEDA

BILAN nº 18, nº 19 y nº 20, entre abril y julio de 1935.

La necesidad científica llevó a Marx a abordar la exploración del sistema burgués de producción mediante un profundo análisis de su base fundamental: la forma mercancía de los productos del trabajo humano. Marx destaca que: *"así como cuando reflexionamos acerca de las formas de la vida humana y tratamos de analizarlas científicamente seguimos, en realidad, un camino opuesto al verdadero desarrollo de esa vida, empezando a destiempo, es decir, partiendo de los resultados adquiridos durante el proceso de desarrollo; así también consideramos que las formas que imprimen a los productos del trabajo el carácter de mercancías ya existían antes de la propia circulación de mercancías, como si fueran la forma natural de la vida social, sin que los hombres puedan explicarse, no ya el carácter histórico de estas formas que piensan que son inmutables, sino su contenido."*[72]

Lo mismo que hizo Copérnico en el dominio cósmico, revelando el significado exacto del movimiento aparente de los astros y reduciendo el exagerado egocentrismo de los hombres a unas proporciones más modestas, lo hizo Marx en el terreno económico al descubrir la profunda esencia de las leyes que rigen la economía capitalista, despojándolas del

[72. Todas las citas siguientes cuyo origen no se especifica son de Marx.]

misterio que las envolvía y que hacía que las instituciones burguesas aparecieran como "naturales" y "eternas", mientras la economía clásica consideraba las formas de producción pre-burguesas *"casi como los Padres de la Iglesia trataban a todas las religiones que precedieron al cristianismo"*, es decir, como instituciones artificiales. Sabemos que no lo eran y que en realidad sucedía todo lo contrario, pues las comunidades primitivas revelaban incontestablemente el carácter natural de sus relaciones sociales.

En la sociedad antigua y en la economía feudal las relaciones sociales entre los hombres eran fundamentalmente relaciones de dependencia directa e individual. Los productos del trabajo aparecían directamente bajo su forma material de objetos que respondían a ciertas necesidades; no aparecían bajo la forma mercancía sino accidentalmente, cuando los objetos que excedían las necesidades propias se intercambiaban con otras comunidades. Así, en la sociedad feudal, las relaciones sociales no consistían más que en la realización de las prestaciones personales que imponía el contrato feudal, sin dar lugar al intercambio de productos, dado que no existían contrapartidas económicas, o si se prefiere, no había sino intercambio entre prestaciones en especie y servicios.

Estos organismos de producción, pues, conservaron ese carácter simple, que revelaba fácilmente las formas específicas de explotación; no existía ninguna categoría económica que disimulara estas formas o alterara su significado (la moneda aún no jugaba más que un papel secundario, dada la escasa importancia que tenían los intercambios).

Más tarde, las relaciones de producción y los contrastes sociales quedaron velados, en la medida en que, bajo el impulso del progreso técnico y de una división del trabajo

más acentuada, las riquezas aumentaron al mismo tiempo que se multiplicaba y se concentraba la propiedad privada y se desarrollaba la producción de mercancías. Y cuando esta última forma de producción llegó a su pleno desarrollo con la expansión de Capitalismo, cuando el producto del trabajo ya no aparecía sino bajo la forma de una mercancía y ésta bajo la forma de moneda, entonces el carácter de las relaciones sociales así como las propias relaciones desaparecieron bajo la marea de una intensa circulación de mercancías y se ocultaron bajo el aspecto del *Dinero*.

La circulación de riquezas puede aparecer incluso como un mecanismo independiente de la actividad productiva, con sus propias leyes, y tal es así que las ilusiones monetarias que alberga la economía política burguesa proceden de esta concepción según la cual el modo de intercambio es independiente del modo de producción.

Se comprende que el carácter enigmático de la moneda, en la que necesariamente debe metamorfosearse la mercancía, no se puede elucidar sino conociendo la naturaleza de la propia mercancía, aparentemente tan misteriosa.

***

Es cierto que la producción y el intercambio de mercancías están condicionados por la división social del trabajo, pero esta división no implica necesariamente la formación de productos-mercancía. Marx cita como ejemplo a las comunidades primitivas, en las que a pesar de que el trabajo estaba socialmente dividido los productos se consumían directamente y no perdían en ningún momento su aspecto inmediato de objetos de uso. Los diferentes trabajos no expresaban más que

diversas funciones dentro del organismo social y los productores no eran más que órganos del mecanismo social, estrecha y recíprocamente dependientes. Del mismo modo, tal y como hemos dicho, la sociedad esclavista y luego la sociedad medieval conservaban unas relaciones de dependencia *personal* entre los amos y los esclavos, entre los señores y los siervos, entre los soberanos y los vasallos, relaciones que eran la base de la sociedad; los productos del trabajo no tenían por qué adoptar una forma aparentemente extraña, disimulando su realidad como objetos que se corresponden con ciertas necesidades.

El intercambio de productos trasformados en mercancías se desarrolló paralelamente a la descomposición de las economías naturales. A través de un largo proceso histórico, los productores, al mismo tiempo que adquirían la cualidad de propietarios *particulares* de los frutos del trabajo, se liberaron de su estado de dependencia social. Por otra parte, los diferentes trabajos individuales se ejecutaban cada vez más independientemente los unos de los otros, y si bien los productores reforzaban así su independencia económica en la medida en que se apropiaban del fruto de su trabajo, por otro lado la primitiva dependencia social se sustituía por otra: el desarrollo de la producción de riquezas y su intercambio trasformaba el carácter del producto ante su productor y propietario; para éste ya no eran objetos destinados para su propio uso, sino que estaban destinados a intercambiarse por otros objetos diferentes, capaces de satisfacer sus necesidades. De manera que mientras en las economías naturales era el reparto *directo* de los productos de un trabajo realizado en común lo que permitía hacer frente a las necesidades, el productor privado, en cambio, no podía satisfacer sus propias necesidades sino de manera indirecta, subordinándose al mercado.

Para su poseedor, el producto se convirtió pues en una mercancía en la medida en que para él ya no representaba un valor de uso, sino un valor de cambio con el cual podía obtener otro valor de uso que poder consumir. Y cuando la producción para satisfacer las necesidades se trasformó totalmente en producción para el intercambio, se estableció entre los hombres una sola relación económica, la posesión de mercancías, y el valor de cambio empezó a reglamentar las relaciones entre los productores y a comparar sus múltiples trabajos privados.

El valor de cambio adquirió un carácter social que, superponiéndose al valor de uso del producto, permitía disimular la naturaleza física y la utilidad de éste, y el propio valor de cambio adoptó una apariencia material. El valor de cambio confirió así a la mercancía un aspecto misterioso dentro del circuito de los intercambios, mientras la *"relación social determinada que existía entre los hombres adquirió ante sus ojos la forma fantasmagórica de una relación entre objetos. Por eso, si queremos encontrar una analogía con este fenómeno, tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión"*. Esto es lo que Marx llama *"el fetichismo de los productos del trabajo cuando estos aparecen como mercancías"* y que por tanto también afecta a la moneda, que no es más que una forma particular de la mercancía.

Pero el valor de cambio terminó convirtiéndose en una realidad social por el hecho de que permitía establecer una relación cuantitativa de intercambio entre valores de uso diferentes, permitiendo fijar la proporción en la que se podían intercambiar un cierto número de objetos de una especie por un cierto número de objetos de otra especie.

En el mercado, los productos, aunque físicamente eran completamente diferentes, podían intercambiarse como si

fueran equivalentes, pues todos encerraban un elemento común: el trabajo; no el trabajo particular o individual que se concreta en un objeto material bajo la forma de valor de uso, sino trabajo general abstracto, que constituye la propia substancia del valor de cambio. Y la magnitud de valor de cambio de una mercancía no es más que la cantidad de trabajo *socialmente necesario* para su producción.

En su polémica con Bernstein, que afirmaba que la ley del valor-trabajo no era más que una simple abstracción, Rosa Luxemburg replicó que *"la abstracción de Marx no es una invención, sino un descubrimiento; y la abstracción no está en la cabeza de Marx, sino en la propia economía mercantil; no es algo imaginario, sino que tiene una existencia real y social, tan real que puede cortarse, pulirse, pesarse y amonedarse. El trabajo humano abstracto que descubrió Marx, en su forma desarrollada, no es más que el Dinero."*[73]

De esta forma Rosa Luxemburg confirmó lo que Marx ya había afirmado, a saber: que la ciencia no había hecho más que descubrir la verdadera naturaleza del valor, mientras los propios hombres, al basar sus intercambios en la igualdad del valor de los productos, ya afirmaban "sin saberlo" que sus diversos trabajos eran iguales entre sí, en tanto que trabajo humano. Y Marx decía que *"el valor no lleva escrito en la frente lo que es, sino que transforma más bien todo producto del trabajo humano en un jeroglífico social. Luego los hombres tratan de descifrar el sentido del jeroglífico y penetrar en el misterio de su propio producto social; al igual que ocurre con el lenguaje, la determinación de los objetos de uso como valores es un producto social"*. Además añadía que *"el tiempo de trabajo social no existe en las mercancías, por así decirlo, sino en estado latente, y no se manifiesta más que en su proceso de cambio; no se trata por tanto de una presuposición establecida de antemano, sino de un resultado al que se llega"*.

73. Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*.

El hecho de que la magnitud del valor de una mercancía se mida por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, implica necesariamente que el valor de cambio de un objeto es variable; aumenta o disminuye en la medida en que el progreso técnico (es decir, de la productividad del trabajo) disminuye o aumenta, por lo que el valor de cambio y la productividad del trabajo son inversamente proporcionales. Y una modificación en la magnitud del valor de una mercancía modifica necesariamente la proporción en la que se intercambia con otras mercancías, siempre que el valor de éstas no se altere. En la sociedad capitalista, la cantidad de trabajo necesario y el valor de los objetos fluctúan constantemente bajo el efecto de la concurrencia.

La variación de los valores de cambio nos lleva a constatar que si bien actualmente el valor de uso de un kilo de pan de trigo es idéntico al valor de uso que tenía hace varios siglos, no ocurre lo mismo con el valor de cambio. Este es precisamente otro aspecto más de esa dualidad interna de la mercancía entre valor de uso y valor de cambio, una dualidad que cuando se trata de la mercancía particular llamada Fuerza de Trabajo se desarrolla hasta transformarse en la contradicción fundamental del capitalismo.

***

Si bien el tiempo de trabajo era en realidad la verdadera medida de los valores mercantiles, no por ello dejaba de ser necesario que en el proceso de cambio este tiempo de trabajo se materializara en una mercancía particular, que apareció como equivalente general, como medida de *todas*

las otras mercancías, una mercancía que adoptó la forma moneda, la forma *Dinero*, cuando la circulación de mercancías llegó a cierto estadio de desarrollo.

Pero el hecho de que una mercancía revistiera así una forma específica no significaba en absoluto que por ello perdiera su carácter de mercancía y su propio valor. Así como no es el intercambio el que determina la magnitud de valor de una mercancía, sino que es esta magnitud la que determina las relaciones de cambio, tampoco la moneda recibe su valor a través del intercambio; pues es precisamente el hecho de que como mercancía ya poseía un valor lo que le permitió convertirse en moneda. El dinero, por tanto, no podía ser un puro símbolo, no podía tener un valor imaginario o convencional, aunque en un determinado estadio de su desarrollo se remplazara por simples signos de papel, dando la impresión de que se trata de un simple signo.

Esto explica por qué *"todas las ilusiones del sistema monetario provienen de que no se comprende que el dinero representa una relación de producción social, y que lo hace bajo la forma de un objeto natural con unas determinadas propiedades"*.

En tanto que producto superior y complejo del desarrollo de la producción de mercancías, la moneda disimulaba aún más la relación social entre los hombres, difuminada ya en el intercambio bajo una relación social entre las cosas; tal es así que *"el enigma del dinero fetiche, en última instancia, no es más que el enigma de la mercancía fetiche, y el ciclo de la vida social, es decir, el proceso material de producción, no se despojará de su velo místico y nebuloso sino el día en que aparezca en su conjunto como un producto de los hombres libremente asociados que ejercen sobre él un control consciente y metódico."*

El oro adquirió la función de moneda porque materializaba trabajo social en su forma más concentrada, pero también –debemos insistir en esto– porque ya existía como mercancía antes de adquirir su forma específica de moneda; se convirtió en moneda, pero *seguía siendo mercancía*, y por tanto, su valor seguía dependiendo y variando según la cantidad de trabajo necesario para su producción.

Por eso el oro pudo convertirse en la medida de los valores de todas las otras mercancías; una cierta cantidad de mercancías que reflejan un cierto tiempo de trabajo puede materializar su valor en una cierta cantidad de oro que encierre el mismo tiempo de trabajo.

La variabilidad del valor del oro no alteraba para nada su función como medida de los valores, pues la verdadera medida es el tiempo de trabajo. Una alteración del valor, sea del oro o del resto de mercancías, lo único que hacía era modificar las proporciones del intercambio, ni más ni menos; pero mientras que la variación del valor de una o varias mercancías sólo modificaba esta relación de manera limitada, cuando se alteraba el valor del oro la modificación de las relaciones de cambio se generalizaba. Y esto se explica por el hecho de que el oro era el equivalente general en el que todas las mercancías reflejaban su valor.

Hay que hacer un paréntesis, pues es importante subrayar que el valor del oro se modifica a un ritmo mucho más lento que el del resto de mercancías: en un siglo, los gastos de producción del oro han bajado relativamente poco, mientras que sabemos que la productividad del trabajo industrial y agrícola ha aumentado considerablemente bajo el impulso del desarrollo mecánico, estimulado por la concurrencia y la acumulación de capital.

Nos queda añadir que la noción de la variabilidad del valor del oro es esencial, tanto más en cuanto que esta noción tiende a oscurecerse cuanto más penetramos en la intimidad del la existencia del oro-moneda. Y es que cuando el valor de cambio de una mercancía adoptaba la forma de moneda, ya no aparecía sino bajo la forma de *precio*. Pero que la mercancía se convirtiera en precio no significaba que entrara en la esfera de la circulación. El precio únicamente reflejaba que el producto que representaba una cierta cantidad de trabajo social estaba *dispuesto a intercambiarse* por una determinada cantidad de oro que reflejara la misma cantidad de trabajo: *"los precios son una invitación que las mercancías lanzan al dinero"*. O, si se prefiere, el precio no es más que la *"idealización en oro del valor de cambio de la mercancía, y cualquier propietario sabe que está lejos de haber convertido sus mercancías en oro cuando expresa su valor bajo la forma de precio o bajo la forma de oro imaginario, y no necesita ni una pepita de oro para poder evaluar en oro millones de valores de mercancías"*. Pero esto sólo sucedía al *medir* el valor de las mercancías, pues evidentemente el propietario no cambiaba sus mercancías más que por dinero contante y sonante (o por lo que hiciera las veces de dinero), y por tanto la ecuación que planteaba cuando trasformaba el valor de cambio de su producto en un precio en oro todavía tenía que realizarse en el mercado. Esta ecuación no aparecía sino como un intento inicial de materializar trabajo "abstracto" y no podía concretarse si no se vencían las contradicciones que encerraba la producción de mercancías y, en una forma más aguda, la producción capitalista.

Cuando nos referimos al oro como medida de los valores, podemos constatar que aún no ha adoptado su aspecto material, es, decir, que la moneda aún no se ha transformado en piezas de moneda.

El oro sólo adquiere este aspecto cuando, además de funcionar como medida de los valores, funciona como *unidad de medida*. Si teóricamente las mercancías se comparan y se miden recíprocamente según las diferentes cantidades de oro que representan, no pueden intercambiarse si no se relacionan todas con un cierto peso en oro *establecido* convencionalmente y que se convierte en la unidad de medida de las diferentes cantidades de oro reflejadas en las mercancías. La libra, el dólar y el franco no son sino los nombres que se dan a diversas unidades de medida que se toman como patrones de los precios[74], del mismo modo que las subdivisiones de estos patrones se denominan chelín, centavo o céntimo.

Suponiendo que dos gramos de oro sean un dólar y que el precio de una mercancía sean cien dólares, podemos constatar que el este precio refleja dos cosas: por una parte, el *valor* de la mercancía equivale a doscientos gramos de oro, que equivalen por ejemplo a 200 horas de trabajo; y por otra, la *cantidad* de unidades monetarias que representan esta cantidad de oro. Esta cantidad de unidades no influye para nada en el *valor* de las mercancías, sino que es el valor el que determina la cantidad de monedas por las que debe intercambiarse, pues el valor de cambio se ha trasformado en una cierta cantidad de oro antes de que el oro se convierta en patrón de los precios. *"El oro, como medida de valores y patrón de los precios, tiene una forma determinada completamente diferente y la confusión entre ambos ha dado pie a las teorías más extravagantes."*

74. *"Considerado como medida de los valores y como patrón de precios, el dinero desempeña dos funciones radicalmente distintas. El dinero es medida de valores como encarnación social del trabajo humano; patrón de precios, como un peso fijo y determinado de metal."* Marx, *El Capital* (Sección Primera, Capítulo III, Medida de valores).

Así como hemos visto que al cambiar de valor el oro no pierde su cualidad de medida de los valores, esto tampoco altera su función como patrón de los precios: si suponemos que el valor del oro se reduce a la mitad, se doblará las cantidad de oro que expresa el valor de cambio de todas las mercancías, pero la relación proporcional de estas diferentes cantidades de oro, *entre sí*, no variará. Los precios se doblarán pero su relación no se modificará. Por otra parte, mil gramos de oro seguirán siendo mil gramos de oro y tendrán diez veces más valor que cien gramos, así como mil dólares comprarán diez veces más que cien dólares.

Esta confusión entre el oro como unidad fija de medida y su variación como valor monetario ha dado lugar a la teoría cuantitativa, que ha tratado de definir las leyes de circulación de la moneda. Históricamente esta teoría adquirió consistencia tras el descubrimiento de las nuevas minas de oro, merced a un análisis defectuoso de las consecuencias que tuvo este descubrimiento; se creía que el precio de las mercancías se elevaba gracias a esta mayor cantidad de oro y plata que funcionaba como medio de circulación.

La teoría cuantitativa se enuncia sustancialmente de esta forma: los precios de las mercancías dependen de la *cantidad* de moneda en circulación. Montesquieu la defendió argumentando que *"el establecimiento de los precios de las cosas depende siempre, fundamentalmente, de la razón entre el conjunto de cosas y el conjunto de signos"*. Luego la desarrolló Hume, y más tarde Ricardo. Este último, aunque definió juiciosamente la sustancia del valor, se contradecía al analizar la moneda: *"El valor del dinero se determina por el tiempo de trabajo que se materializa en él, pero solamente mientras la cantidad de dinero mantenga una relación exacta con la cantidad y el precio de las mercancías a vender"*. De esta

forma podemos ver que el propio Ricardo aceptaba implícitamente la hipótesis de que las mercancías, cuando entran en la esfera del cambio, no tienen precio, ni la moneda valor.

No hay que despreciar esta teoría, pues muchos economistas y "planistas" la han adoptado hoy para tratar de explicar y solucionar la crisis del capitalismo. De Man, en Bélgica, recurre a ella cuando declara que *"si el dinero es demasiado 'escaso' se encarece en relación a las mercancías y hace que sus precios bajen"*. Y tampoco Léon Blum ha comprendido el análisis marxista de la moneda cuando considera que un aumento del stock mundial de oro se traduce en una subida general de todos los precios, citando como ejemplo la repercusión que tuvo en el siglo XIX el descubrimiento de las minas de oro de California y Australia sobre los precios.

La teoría marxista, que es diametralmente opuesta a la teoría cuantitativa, afirma que el movimiento de circulación de la moneda, lejos de determinar la circulación de las mercancías, está subordinado a ellas. De manera que: *"la cantidad de medios de circulación está determinada por el precio total de las mercancías en circulación y por la velocidad media de circulación de la moneda"*. Es más, los precios suben o bajan no porque circule más o menos oro, sino que la cantidad de oro que circula aumenta o disminuye porque los precios suben o bajan. En caso de que circule "demasiado oro" para las necesidades de la circulación de las mercancías, el excedente simplemente se retirará del circuito de intercambios y se atesorará. Y al revés, si la masa de moneda no basta para el desarrollo de los intercambios, el equilibrio podrá restablecerse poniendo en circulación, en caso de que escasee el oro, signos monetarios que no dejarán de representar moneda real *si su origen se debe a causas económicas*.

Para resumir las causas fundamentales de la fluctuación de los precios[75], podemos decir que:

Los precios subirán de manera *general* si, por una parte, el valor del oro baja, suponiendo que el valor del resto de mercancías permanezca constante; o por otra parte, si sube el valor de *todas* las mercancías y el valor del oro permanece constante.

En caso de la bajada general de los precios, el razonamiento sería el inverso.

Es evidente que este enunciado se atiene a los precios de las mercancías y no al "precio" del oro, por la excelente razón de que el oro *no tiene precio* en tanto que moneda; su valor no puede expresarse en su propia sustancia, pues decir que 100 francos es el precio de 5 gramos de oro no quiere decir nada. El oro sólo tendría un precio si se reflejara en una mercancía específica que se empleara como moneda, pero esa es precisamente su propia función. En realidad el oro tiene tantos "precios" como tipos de mercancías por las que se puede intercambiar.

***

Hemos explicado que la mercancía no tenía valor de uso para su propietario, y que para que esto sucediera tenía que entrar en la esfera de los intercambios para realizarse como valor de cambio. Por tanto, para el propietario no tenía valor sino en la medida en que podía sustituirla por moneda, que se convertía para él en el equivalente general de una mercancía cualquiera. Como hemos dicho, se empieza por traspo-

[75. Nos referimos al precio teórico correspondiente al valor, y no al precio de mercado, que como veremos puede ser diferente.]

ner el valor de cambio del producto en una cantidad de oro imaginaria: se le pone un precio. Pero: *"la existencia del valor de cambio como precio, o del oro como medida del valor, implica que es necesario enajenar esa mercancía por oro contante, así como la posibilidad de su no-enajenación; resumiendo, toda la contradicción surge del hecho de que el producto es mercancía, es decir, de que el trabajo especial del individuo privado, para tener un efecto social, debe manifestarse en su contrario inmediato, en trabajo general abstracto"*.

La cantidad "teórica" de oro que contenía un determinado valor de cambio, que se anticipa en su precio, podía no coincidir con la cantidad de oro realmente obtenida en el intercambio, es decir, con el precio de mercado. Era en el crisol del mercado donde se verificaba si el valor de cambio de una mercancía o la cantidad de trabajo que contenía se correspondía o no con la cantidad de trabajo *socialmente necesario* para su producción. El juego de la oferta y la demanda, así como la concurrencia, eran las que determinaban la transformación del valor en valor de mercado, y esto reflejaba además las contradicciones que desarrolla el sistema capitalista de producción, confirmando la existencia de diferentes clases y capas sociales que se repartían el producto total de la sociedad y lo consumían, provocando así la extensión de la demanda: *"el antagonismo entre la mercancía y la moneda es la forma abstracta y general de todos los antagonismos que contiene el trabajo burgués"*.

En la circulación simple de mercancías, la independencia de estas dos acciones, la compra y la venta, su dislocación, abrían ya la posibilidad de que se produjera un desequilibrio en el intercambio y señalaban la clara diferencia que existía entre este tipo de circulación y el simple intercambio *directo* de los productos. A pesar de la multiplicación de las compras y las ventas y de la incesante metamorfosis de las mercancías, la

moneda terminaba siempre en manos de un tercero porque el vendedor de una mercancía no tenía necesariamente que comprar otra mercancía al mismo tiempo. Pero fundamentalmente, el móvil era el mismo: intercambio de una mercancía para obtener otra mercancía, que se convierte en valor de uso.

Si bien el movimiento de las mercancías comenzaba necesariamente con la venta de un no-valor de uso, generalmente terminaba con la compra de un valor de uso que, al consumirse, salía de la circulación[76]. Aunque el circuito se podía interrumpir, aunque la renovación del movimiento podía no efectuarse inmediatamente, la situación de espera que adquiría el oro en forma de moneda y la interrupción de su función como medio de circulación era algo accidental. El conflicto entre el poseedor de mercancías y el poseedor de dinero permanecía, pues, en unos estrechos límites, sin llegar a adquirir las formas violentas que surgen en las crisis económicas que sacuden la sociedad capitalista.

Y esto era así porque el oro, que ya funcionaba como medida de valor, patrón de los precios y medio de circulación, aún no funcionaba como capital.

***

El Capital surgió del dinero cuando los intercambios adquirieron tal grado de desarrollo que hicieron posible el enriquecimiento bajo la forma de acumulación de dinero[77].

76. La forma directa de circulación de mercancías se expresa M – D – M', es decir, la trasformación de mercancía (M, sin valor de uso para el propietario) en dinero (D) y éste nuevamente en mercancía (M', con valor de uso, que se consume y se retira de la circulación).

77. *"La circulación de mercancías es el punto de arranque del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman las premisas históricas de las que surge el capital. La biografía moderna*

La tentación de limitarse a efectuar la primera operación de la circulación, la venta, fue aumentando cada vez más, para así poder retener el producto, el dinero. Con la extensión de los intercambios aumentó también, pues, el poder de la moneda, que iba apareciendo cada vez más como el representante tangible de la riqueza material: *"El instinto de atesoramiento, por su propia naturaleza, carece de medida. Por su propia cualidad y su forma, la moneda no tiene límites y permanece como el representante general de la riqueza material porque puede transformarse directamente en cualquier mercancía"*.

Sin embargo, el atesoramiento no adquirió un significado concreto más que cuando el dinero se convirtió en capital mediante un cambio en la forma de circulación de las mercancías.

El movimiento ya no consistía en trasformar la mercancía en dinero y luego el dinero en mercancías, sino al contrario, en convertir el dinero en mercancía y ésta de nuevo en dinero[78].

El ciclo comenzaba pues en la compra para acabar en la venta. Y en el propio curso de este ciclo el dinero se convertía en capital, aumentando el resultado final, el excedente, la plusvalía, que no obstante no podía provenir de la propia circulación[79].

del capital comienza en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundial." Marx, *El Capital* (Sección Segunda, Capítulo IV, La fórmula general del capital).

78. La forma directa de circulación de mercancías: M – D – M' implica ya en sí misma la posibilidad del ciclo D – M – D'. Aquí ya no se trata de *vender para comprar*, sino de *comprar para vender*, o mejor dicho, comprar barato para vender caro, pues si D = D' el ciclo carecería de sentido. El fin ya no es obtener un valor de uso, sino valor de cambio. Este proceso, que históricamente se inicia bajo la forma de capital comercial, adquiere pleno desarrollo y significado al transformarse en capital industrial, en el que la mercancía (M) que media en el proceso es la fuerza de trabajo, creadora de valor y de la plusvalía que se apropia el capitalista.

79. *"La creación de plusvalía y, por tanto, la transformación del dinero en capital, no puede, como se ve, explicarse por el hecho de que el vendedor venda las*

Sabemos que fueron necesarias un conjunto de condiciones para que el dinero se trasformara en capital. Tenía que surgir una mercancía particular, la fuerza de trabajo cuyo uso crea valor.

En el momento en que apareció el Capital, el dinero se convirtió no sólo en el objeto de enriquecimiento, sino en el objeto por excelencia; el aumento del valor de cambio, la valorización del valor, se convirtió en objetivo en sí mismo, mientras que el valor de uso, y con él las necesidades, perdieron toda apariencia de existencia: *"El valor sale de la circulación, entra en ella de nuevo, se conserva y se multiplica, sale de ella aumentado y el ciclo 'Dinero-Dinero' se reinicia sin cesar, el dinero que incuba dinero"*.

El capitalismo no puede "crear" valor sin dejar de lanzar dinero a la circulación, haciendo que funcione como capital.

Al comparar estas dos formas de circulación de las mercancías, la simple y la capitalista, resulta que en ésta última el dinero-moneda, como medio de circulación, se eclipsa cada vez más ante el dinero-capital. En la primera forma del ciclo, el dinero-moneda no hacía más que circular de mano en mano, abandonando *definitivamente* las del comprador para entrar en las del vendedor, y así sucesivamente.

En cambio, en la circulación capitalista, el dinero es el punto de partida del ciclo, el capital "en movimiento", por el hecho de que con él se compran mercancías (máquinas, materias primas y fuerza de trabajo) que al transformarse y

mercancías por más de lo que valen o el comprador las adquiera por menos de su valor. [...] *Afirmar que la plusvalía del productor tiene su origen en el hecho de que los consumidores pagan la mercancía por encima de su valor, equivale a mantener esbozadamente la sencilla tesis de que los poseedores de mercancías tienen, como vendedores, el privilegio de vender demasiado caro.* [...] *La circulación o el cambio de mercancías no crea valor"*. Marx, *El Capital* (Sección Segunda, Capítulo IV, Cómo se convierte el dinero en capital).

revenderse retornan bajo la forma de dinero con un valor incrementado al punto de partida, al bolsillo del capitalista que lo había adelantado previamente. En la forma simple de la circulación, la compra completa la venta; en la forma capitalista, la venta completa la compra. De ahí que *"la diferencia palpable y sensible que existe entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple moneda"* no es más que el resultado de la diferencia que existe entre una producción en la que el productor vende sus mercancías para transformarlas en medios de subsistencia y la producción capitalista, en la que el consumo desaparece tras el objetivo de la producción de plusvalía. Aquí hay un "*único*" productor: el capitalismo[80], y la relación de los productores individuales a través del mercado ha desaparecido y ha dado lugar a una relación antagónica entre el proletariado, que detenta una mercancía de naturaleza particular: la Fuerza de Trabajo, creadora de valor, y el capitalismo, propietario de *todas las demás* mercancías (medios de producción, materias industriales y alimentarias), incluida el oro, bajo el doble aspecto de mercancía y de moneda.

Y como en cualquier economía mercantil precapitalista, bajo el régimen capitalista el reparto del poder adquisitivo y de la moneda no es más que el reflejo del reparto de los productos-mercancía que se deriva del propio carácter privado de la propiedad. Sin embargo hay una diferencia fundamental: el capitalismo es el único comprador de la Fuerza de Trabajo. Por tanto, el proletariado no obtendrá moneda sino en la medida en que logre vender su fuerza de trabajo, mercancía que para él no representa ningún valor de uso,

[80. Evidentemente dejamos al margen a las masas de productores independientes (campesinos, artesanos) que sobreviven aún en la sociedad burguesa y que son inevitable y progresivamente absorbidos por una u otra de las clases fundamentales.]

puesto que no posee los medios para ponerla en movimiento. Es el capitalismo el que, al consumir esta Fuerza de Trabajo, logra un valor superior al que ha desembolsado en forma de salario, aunque éste sea equivalente al valor de la fuerza de trabajo. El capitalismo tiene la llave del poder adquisitivo del obrero. La naturaleza y las exigencias de la producción capitalista determinan la extensión de este poder adquisitivo.

En cuanto al precio de la Fuerza de Trabajo, al igual que ocurre con cualquier mercancía, no es más que la expresión monetaria de su valor de cambio, es decir, del valor de los productos necesarios para su reproducción. Este valor es el eje alrededor del cual fluctúa el salario bajo la presión de la oferta y la demanda del mercado de trabajo, por una parte, y de la correlación de fuerzas ente la Burguesía y el Proletariado por otra.

Ni que decir tiene, pues, que dejando al margen la influencia de estos factores, "teóricamente" el precio de la Fuerza de Trabajo también varía con los cambios en el valor del oro, bajando cuando el oro sube y subiendo cuando éste baja. Pero la historia nos enseña que la depreciación monetaria siempre incita a la burguesía a robar al obrero, llevando el precio de la Fuerza de Trabajo por debajo de su valor.

Cuando el obrero es expulsado de la esfera de la producción en los periodos de crisis, se encuentra, por tanto, privado del poder adquisitivo que le da el salario, y cae bajo absoluta dependencia de la Burguesía, que no intervendrá en los costes de su manutención (en forma de subsidios de desempleo o seguros privados) sino dentro de los límites estrictamente indispensables para cubrir sus mínimas necesidades fisiológicas.

La extensión del poder de compra de la clase obrera está pues estrictamente condicionada por las necesidades de valorización del Capital; cualquier aumento de este poder adquisitivo se traduce automáticamente, no ya en una subida del precio del resto de mercancías, como a menudo se supone, sino en una reducción de la ganancia capitalista. Aquellos que se reclaman del proletariado y que hoy pregonan unas medidas que supuestamente permitirán aumentar el consumo de los obreros y no acarrearán estas consecuencias, se sitúan por ignorancia o por interés del lado de la burguesía. Tal y como veremos, las "políticas" monetarias no tienen más objetivo que llevar a cabo un desplazamiento de las rentas en exclusivo beneficio de la clase dominante y solamente favorable a su fracción más avanzada: el Capital Financiero.

***

Si bien es verdad que la moneda ha existido y jugado un papel más o menos importante antes de que existiera el Capital, el Trabajo Asalariado y los Bancos, no ha podido adoptar esas formas aparentemente complejas que conocemos hoy más que bajo el impulso del desarrollo a escala mundial de la producción capitalista y la circulación de mercancías; los billetes de banco, los pagarés comerciales, los cheques o la moneda escrituraria, no son más que instrumentos que impone el mecanismo cada vez más complejo de las relaciones sociales bajo sus formas capitalistas.

Pero todas estas nuevas formas monetarias derivan directamente del hecho de que el oro se ha ido retirando progresivamente como medio de circulación que aparecía bajo la

forma de numerario, de piezas de metal acuñadas con múltiples denominaciones.

Por razones técnicas y también porque se desgastaba rápidamente, el oro se retiró en primer lugar de las esferas de la circulación en las que el curso de la moneda era más activo y más rápido, siendo remplazado por piezas de plata y cobre. El carácter simbólico de estas piezas no se mostró inmediatamente, pues aún presentaban una apariencia de valor, aunque no eran más que representantes del valor de cambio en lugar de ser la materialización de ese valor, como ocurría con el oro.

Con los billetes de banco, ya no había duda de que no se trataba más que de un simple signo monetario que representaba el valor, cuyo soporte seguía siendo el oro. Pero: *"En apariencia el signo de valor representa* inmediatamente *el valor de las mercancías, pues no se presenta como signo del oro, sino como signo del valor de cambio, que se expresa simplemente en los precios y que no existe más que en las mercancías. Ahora bien, esta* apariencia *es falsa. El signo del valor no es directamente más que el signo del precio y por tanto el signo del oro, y solamente por este rodeo llega a ser signo del valor de las mercancías.* El oro compra con su sombra.*"*

Cuanto más se alejan las formas monetarias de su base-oro, más parecen adoptar una existencia *en sí*, y más aumentan las ilusiones monetarias; y esto se debe a que con el desarrollo de la circulación de los signos de valor y la progresiva desaparición del oro como medio de circulación dentro de cada economía nacional, todas las leyes que rigen la circulación de la moneda real parecen desmentirse y desquiciarse completamente, dando la impresión de que el papel tiene valor en sí mismo, cuando en realidad, al igual que el oro circulaba como moneda porque tenía un valor propio, el papel no adquiere valor más que por el hecho de que circula como representante del oro.

***

Hemos visto que al oponerse claramente a la teoría cuantitativa, la ley marxista de la circulación monetaria afirma que la cantidad de oro circulante depende del valor de las mercancías. En cambio, el valor de los billetes no depende más que de la cantidad que circula de estos. Mientras esta cantidad se corresponda con la cantidad de oro que circularía normalmente, el papel conserva el valor que le asigna su función. Pero si se viola esta ley de proporcionalidad y si por tanto la cantidad de billetes excede las necesidades de la circulación de mercancías, "creándose" moneda por causas que *no fuesen económicas*, esta masa excesiva de billetes continuaría representando nada más que la cantidad de oro económicamente indispensable. Es decir, que si la masa de billetes se doblase, cada unidad monetaria de *papel* no representaría más que una cantidad de oro equivalente a la mitad de la cantidad primitiva. Cuando era el oro el que circulaba, el oro excedente simplemente era retirado de la circulación, pero con el exceso de billetes ocurre lo contrario, si no pueden convertirse en oro se convierten en mercancías; la demanda de éstas se doblaría artificialmente y por tanto los precios también se doblarían. Habría *inflación* de billetes porque su emisión superaría las necesidades económicas y se efectuaría en el vacío, como si se emitiese un cheque sobre una cuenta bancaria en la que no hay ni un céntimo; con la diferencia de que el pago del cheque se rechazaría mientras que el papel-moneda es de curso forzoso. La circulación "sana" de billetes no puede moverse, por tanto, más que en unos límites estrictamente determinados y esta condición obliga a darles una sanción legal que no puede imponerse más que en interior de las fronteras nacionales.

El oro, como medio de circulación, adquiere así dos formas que se contradicen cada vez más con la propia evolución del Capitalismo: una, su forma pura, material, que continua siendo el único aspecto bajo el cual aparece como instrumento internacional para los intercambios y medio de pago (al margen de los instrumentos más desarrollados como las letras de cambio); la otra, su forma papel que circula en el interior de cada nación capitalista, donde puede identificarse con el oro dentro de los límites de una emisión normal, mientras que su valor internacional se rige por su cotización.

Desde hace 20 años asistimos a este fenómeno aparentemente paradójico que consiste en la práctica desaparición del oro en la esfera de la circulación interna, mientras la masa de oro continúa aumentando considerablemente. Entre 1901 y 1929, la producción de oro llegó a sobrepasar la mitad de las reservas mundiales que existían al final de este periodo; es decir, en menos de 30 años se extrajo más oro que en el trascurso de todos los siglos precedentes. Durante la crisis mundial el aumento de la producción superó incluso el ritmo del periodo de expansión precedente. Y sin embargo el oro desapareció ante los ojos del común de los mortales. Fijándonos sólo en Francia, hundida bajo el peso de una masa de oro equivalente a casi 100 mil millones de francos, en 1934 los pagos del Banco de Francia se efectuaron como sigue: 0.2% en oro, 7.8% en billetes y 92% en cheques transferidos.

La diferenciación que se operó en la circulación monetaria mundial entre la esfera de la circulación nacional y la esfera de la circulación internacional, creó entre los precios interiores de las mercancías y sus precios mundiales una oposición que se fue acentuando con el desarrollo del sistema crediticio y de la moneda como instrumento de pago. El

mecanismo monetario de los intercambios se escindió definitivamente en dos ramas cuando estalló la primera guerra imperialista.

***

Junto al sistema de emisión de billetes de banco, primera forma de moneda crediticia y que por esta razón se denomina moneda fiduciaria, se constituyó un mecanismo extremadamente complejo y delicado cuyo origen se debía a la creciente importancia que iba adquiriendo la función de la moneda como medio de pago. El sistema crediticio era un instrumento que respondía a las necesidades de una circulación de mercancías en la que el intercambio con pagos en diferido se había vuelto la forma predominante de los cambios; la mercancía se convertía así en valor de uso *antes* de transformarse en moneda real, desapareciendo de la circulación antes incluso de haberse pagado. La moneda solo aparecía en el plazo establecido, ya no como medio de circulación sino como medio de pago, e incluso lo más normal era que como tal no apareciera sino como capital prestado.

Eso explica por qué el sistema crediticio y el sistema bancario se influían recíprocamente en el curso de su desarrollo.

El Crédito se convirtió en un potente factor de aceleración de la trasformación del dinero en capital, mientras que el atesoramiento, en lugar de seguir siendo un absurdo y estéril amontonamiento de dinero, se convirtió en una fecunda acumulación de capital. El Capitalismo se bebía los "ahorrillos" y tesoros privados; se metía en el bolsillo el ahorro y los pequeños ahorradores se consolaban pensando que ellos eran los "acreedores" y que los capitalistas eran sus "deudores".

El Crédito fue el motor infernal del prodigioso desarrollo del sistema de producción burguesa en todas sus complejas formas. *"La función específica del crédito, en general, consiste en eliminar todo resto de rigidez en todas las relaciones capitalistas, en introducir por doquier la máxima elasticidad posible, haciendo que todas las fuerzas capitalistas sean extensibles, relativas y sensibles en el mayor grado posible. Aumenta la capacidad de extensión de la producción y facilita los intercambios. Supera los límites de la propiedad privada fusionando en un solo capital un gran número de capitales privados. Acelera los intercambios de mercancías, el aflujo de capital a la producción y el ciclo del proceso de producción. Aumenta de manera inconmensurable la capacidad de extensión de la producción y constituye la fuerza motriz interna que la impulsa constantemente a superar los límites del mercado"*[81].

Y no fue una simple coincidencia histórica que en el último cuanto del siglo XIX la extensión del sistema crediticio coincidiera con la expansión imperialista del capitalismo, que agotando los últimos mercados extra-capitalistas llevaba el mercado mundial a sus límites extremos.

El Crédito, dada la complejidad de sus febriles y múltiples actividades, no podía sino desarrollar las contradicciones capitalistas y profundizar el antagonismo entre el modo de producción y el modo de intercambio mediante la hipertensión del aparato productivo, por un lado, y la extrema sensibilización del mecanismo de los intercambios por el otro; entre el modo de producción y el modo de apropiación; "socializaba" el capital, que por su propio carácter se oponía cada vez más al modo de apropiación individual que no obstante continuaba subsistiendo bajo la forma de un simple título de propiedad, una acción o una obligación que no procuraban

[81. Rosa Luxemburg, *Reforma o Revolución*.]

más que una fracción de la ganancia. El crédito aceleró, en fin, el ritmo de concentración y centralización de los capitales y de las fuerzas productivas en unas pocas manos, expropiando progresivamente a los pequeños capitalistas.

El mecanismo del crédito, desparramado en multitud de ramificaciones hipersensibles, también tenía que aumentar de manera prodigiosa el "retorno de llama" que provoca la explosión de la crisis económica. Cuando surgía la debacle de los precios, el crédito se fundía como la nieve al sol, se negaba a quien lo demandaba, aparecía allí donde era inútil, cundía el pánico, activaba la descomposición general, aceleraba la crisis monetaria que se superponía a la crisis general[82] y precipitaba aún más la depreciación de los precios: *"la mercancía ya no tiene valor de uso, el valor desaparece ante su forma. Hace tan sólo un instante, el burgués henchido de vanidad y orgulloso de su prosperidad declaraba que la moneda no era más que una vana ilusión. ¡La mercancía es la única moneda!, decía. ¡La moneda es la única mercancía!, es el grito que domina ahora el mercado. Igual que brama el ciervo sediento ante la fuente de agua viva, el alma de nuestro burgués llama hoy a gritos a la moneda, la única riqueza."*

82. *"La función del dinero como medio de pago encierra un brusca contradicción. En la medida en que los pagos se compensan unos con otros, el dinero sólo funciona idealmente, como dinero aritmético o medida del valor. En cambio, cuando hay que hacer pagos efectivos, el dinero ya no actúa solamente como medio de circulación, como forma mediadora y llamada a desaparecer en la asimilación, sino como encarnación particular del trabajo social, como la existencia autónoma del valor de cambio, como la mercancía absoluta. Esta contradicción estalla cuando se producen las crisis comerciales y de producción a las que se denomina crisis de dinero.* [...] *Tan pronto como este mecanismo sufre una perturbación general, sea la que fuere, el dinero se trueca brusca y súbitamente de la forma puramente ideal de dinero aritmético en dinero contante y sonante. El valor de uso de la mercancía se desvaloriza y su valor desaparece ante su propia forma de valor.* [...] *La crisis exalta en unos términos de contradicción absoluta el divorcio entre la mercancía y su forma de valor, o sea, el dinero"*. Marx, *El Capital* (Sección Primera, Capítulo III, Dinero).

El sistema monetario recupera entonces su predominio sobre el sistema crediticio y el oro reaparece como el amo, la única forma natural en la que se concreta la riqueza abstracta.

Pero como el oro sin embargo sigue siendo invisible e inaccesible, se llega a la conclusión de que hay escasez de moneda. La crisis monetaria no es más que el corolario de la crisis económica, pero parece que es al revés y que ésta es consecuencia de la crisis monetaria. A si pues, para los "problemas" monetarios se proponen "remedios" monetarios. ¿Acaso no hemos visto recientemente al "marxista" Blum afirmar que el "desorden" monetario complica y agrava los efectos de la crisis mundial y que *"no es nada absurdo ni extraordinario tratar de aliviar los efectos de la crisis remediando este desorden"*?

Como la considerable ralentización de la velocidad de circulación de la moneda fruto de la compresión masiva del volumen de los intercambios provoca que salga de la circulación una considerable cantidad de moneda, se piensa que este fenómeno se debe a que los medios de circulación son insuficientes. Ahora bien, en las crisis, la masa de los medios de cambio bien puede permanecer constante, o incluso aumentar si la velocidad de circulación de la moneda se reduce en la misma proporción o más rápidamente que los precios, o bien si la masa de mercancías aumenta en la misma proporción o más rápidamente que la bajada de los precios (gracias a la acumulación de stocks, por ejemplo)[83].

83. La masa de dinero que funciona como medio de circulación es equivalente a la suma de los precios de las mercancías dividida por el número de rotaciones de las monedas que representan igual valor. Por tanto, si la velocidad de circulación de la moneda (nº de rotaciones) se reduce en la misma proporción que los precios, la masa monetaria permanecerá constante. Lo mismo ocurre si el descenso de los precios de las mercancías se compensan con el aumento del volumen (cantidad) de éstas.

Por otro lado, se intenta explicar la bajada de los precios como consecuencia de la valorización del oro, del "excesivo" aumento de su poder adquisitivo, una acusación que se generalizó en el trascurso de la crisis mundial.

En cuanto a presentar la bajada catastrófica de los precios como expresión de la contradicción fundamental de la producción capitalista, como la demostración empírica de que se había producido demasiadas mercancías en relación a la estrecha base del reparto, la Burguesía y sus lacayos socialdemócratas preferían no hablar del tema.

Respecto a esta pretensión de que el descenso general de los precios es consecuencia de la subida del valor relativo del oro, podríamos decir, como ya subrayaba Engels con ironía, ¡¡¡*"que los altibajos de los precios provienen de sus periódicos altibajos"*!!!

Pero estas acusaciones contra el oro esencialmente se debían a que la bajada prolongada e ininterrumpida de los precios suponía ventajas para los "acreedores" de los que hemos hablado antes, es decir, para la masa de los ahorradores así como para los poseedores de billetes.

El Sr. Delaisi[84], el fabricante de planes, acudiendo en auxilio del angustiado Capitalismo, afirmó que *"lo que nos ha demostrado la experiencia es la extrema variabilidad del peso en oro que se obtiene por la misma cantidad de mercancías con unos años de diferencia"*. Podríamos replicar al Sr. Delaisi que si el valor del oro varía, es más bien en el sentido de una reducción de su valor, pues muy probablemente el coste de producción del oro tiende a disminuir y por tanto su poder de compra decre-

84. Francis Delaisi (1873-1947), economista y periodista francés de izquierdas. Su libro La batalla del oro, publicado en 1933, tuvo cierta repercusión. Durante la ocupación alemana se unió a la corriente nacionalista colaboracionista de Marcel Déat.

ce y no aumenta, y entonces el resultado (difícil de comprobar, por otra parte) sería que se frenaría a la bajada de los precios.

Se trata del mismo fenómeno que a finales del siglo XIX provocó la ralentización del ritmo de descenso de los precios que implicaba el aumento de la productividad del trabajo, ralentizando también por tanto la caída de la tasa de ganancia.

***

La primera guerra imperialista de 1914-1918 operó un "saneamiento" gigantesco de la economía capitalista, obstruida por los enormes excedentes de capitales acumulados en el trascurso de su expansión imperialista y colonial. El mercado mundial saturado de mercancías fue sustituido por el mercado insaciable de la guerra, en la que se consumieron masivamente medios de producción y fuerzas de trabajo, trabajo muerto y trabajo vivo. La reproducción progresiva, ampliada, así como el consumo productivo, fueron sustituidos por una producción en retroceso y limitada y por un consumo destructivo. El capitalismo devoró su propia sustancia. No sólo es que las destrucciones y los gastos de la guerra se tragaran la mitad de la riqueza total que existía en 1914 en los Estados que participaron en ella, sino que la tensión del aparato económico enfocado a la producción bélica redujo también las rentas nacionales en un 40%; pero es más, el 50% de esta renta ya reducida se dedicó, en forma de impuestos, a financiar casi un tercio de de los gastos totales, comprimiendo así el nivel de vida de las masas no combatientes al mínimo fisiológico indispensable. Los otros dos tercios restantes de los gastos se sacaron del capital social existente;

las riquezas *consumidas* así definitivamente fueron remplazadas por un capital ficticio que adoptó dos formas esenciales: el papel-moneda y los títulos de crédito.

Aunque se destruyó la mitad del capital social, aún había que invertir capital para producir, el trabajo futuro. Así fue como en 1920 dos tercios de las riquezas que habían sobrevivido a la tormenta estaban hipotecadas por las deudas del Estado. Comparado con 1914, los billetes en circulación y los títulos de crédito se habían multiplicado por diez.

La capacidad de compra necesaria para el mercado bélico la "creó" el Estado burgués drenando sistemáticamente el ahorro y comprimiendo los fondos para el consumo mediante impuestos. Si bien las formas de esta vasta concentración de riquezas para su posterior destrucción variaban de una nación a otra, en último término lo que hacía el Estado totalitario, que simbolizaba a todos los imperialismos, no era más que sustraer de la circulación las mercancías indispensables para lograr sus objetivos específicos, sustituyéndolas con papeles escritos que prometían su restitución y que salvaguardaban nominalmente el principio de la propiedad privada a la vez que disimulaban la definitiva expropiación de los acreedores del Estado y los poseedores de billetes, para exclusivo beneficio del capital imperialista.

Excepto en los Estados Unidos, el oro desapareció prácticamente de la circulación desde el inicio de la guerra, al mismo tiempo que se suspendía la convertibilidad en oro de los signos monetarios. El capitalismo, limitando sus emisiones de billetes, logró evitar una inflación que le habría debilitado al provocar desorden económico. Prefirió recurrir a la inflación crediticia, cuyos efectos sobre la economía eran menos peligrosos.

En general, el proceso de financiación se desarrolló como sigue: el Estado, para procurarse el dinero necesario, hacía sangrías sucesivas en la economía mediante emisiones de empréstitos a corto plazo que más tarde eran convertidos y "consolidados" en préstamos a largo plazo. Inglaterra y Francia aún podían recurrir a los créditos que no dejaban de ofrecerles los Estados Unidos. El gobierno inglés pudo colocar sus Bonos del Tesoro con la ayuda de los bancos, que ofrecían a los particulares créditos dedicados su compra. El gobierno francés cubrió sus necesidades, por una parte, con los adelantos del Banco de Francia; en realidad el Banco no tenía nada, pero creaba moneda por cuenta del Estado; el Banco, colocando entre sus activos sus créditos al Estado, obligaba a éste a respaldar los billetes emitidos en lugar del oro y de los valores oro que hubiese poseído si estas emisiones hubiesen sido la contrapartida de una transacción económica. Por otra parte, el Estado empezó a emitir masivamente los Bonos llamados de "Defensa Nacional", reembolsables a corto plazo y cuya circulación revistió un carácter monetario.

En los Estados Unidos, que no entraron en guerra sino después de haber absorbido las ganancias, el oro continuó circulando y las nuevas emisiones monetarias necesarias para la intervención militar siguieron estando respaldadas por el oro, cuyas reservas se cuadruplicaron de 1913 a 1918. Al igual que en Inglaterra, los empréstitos se suscribieron mediante adelantos bancarios a la población.

En Alemania no fue posible recurrir a los créditos exteriores y fue el fondo nacional el que tuvo que proveer íntegramente las necesidades financieras. En 1918 la circulación monetaria, triplicada desde 1914, estaba esencialmente respaldada por los fondos del Estado, y los gastos de la

guerra se pagaban exclusivamente mediante empréstitos internos, que a la sazón equivalían a dos tercios del capital total existente en 1914.

***

Los problemas monetarios que el capitalismo regresivo tuvo que resolver tras la guerra deben examinarse teniendo en cuenta las fases de su evolución económica y política. La inflación acompañó las agitaciones revolucionarias surgidas de la masacre; el reflujo de la ola proletaria coincidió con el saneamiento monetario y el sistema capitalista recobró un equilibrio relativo; en resumen, la política intervencionista en el terreno monetario se debió a la necesidad que tenía el capitalismo de sobrevivir históricamente.

A partir de comienzos de 1919 se abrió una corta fase de expansión ficticia cuyo carácter especulativo se reveló por el hecho de que la rápida subida de los precios no vino acompañada en modo alguno por el correspondiente aumento de la producción. Prolongó la época de "prosperidad" de la guerra, pues había que sustituir la producción bélica por la producción de tiempos de "paz", para así garantizar las necesidades más urgentes de mercancías para el consumo. Políticamente, esta reanudación económica que reintegró en la esfera productiva a las riadas de desmovilizados contribuyó a las derrotas obreras. Y aún se aceleró más bajo el impulso del aumento continuo de papel-moneda y de capitales ficticios que respondían a las urgentes necesidades fruto del fin de la guerra. Aunque la reactivación ayudaba a la burguesía internacional, se dejaba de destruir capital europeo al mismo tiempo que se acentuaba la descomposición

de los artificiales mecanismos monetarios construidos en el seno de las economías de guerra. Toda la potencia inflacionista acumulada y contenida por el aparato estatal durante la guerra se transformó en una fuerza destructiva que amenazaba toda la economía capitalista. Al igual que en el pasado, la inflación fue contemporánea de grandes conmociones sociales; el desorden inflacionista que se desarrolló tras la Primera Guerra Mundial mostró la elevada temperatura que había alcanzado el clima social en aquella época. Pero si bien esto, estableciendo paralelismos, recordaba a la gran experiencia inflacionista por la que pasó la Revolución Francesa, es importante sin embargo no olvidar que en este caso el asignado, en manos de la burguesía como clase revolucionaria, fue más bien un arma política dirigida contra una clase reaccionaria que un instrumento financiero; la creación de asignado aceleró la venta de bienes del clero y la hizo irrevocable, pues como confesó uno de los protagonistas de aquella época: *"se trataba de arrebatar toda esperanza a los enemigos de la Revolución y encadenarles al nuevo orden por su propio interés"*. Así, en cierta medida, en el caso francés la inflación jugó un papel progresista y revolucionario.

En 1918, cuando esta misma burguesía ya se había convertido en una clase retrógrada que había cumplido su tarea histórica, sucedió todo lo contrario: si esta vez también logró recobrar un cierto equilibrio político y económico que le ayudó a conservar su poder, fue porque empleó la inflación como un arma contra la única clase revolucionaria llamada a sucederla, debilitando y desmoralizando al proletariado.

Hay que hacer un apunte fundamental en lo que concierne al desarrollo de esta inflación. Por un lado, a los imperialistas vencedores que salieron beneficiados del Tratado de

Versalles les fue posible encauzar la ola inflacionista y evitar la destrucción de su sistema monetario, que pudo enderezarse y sanearse bien mediante una deflación de la circulación fiduciaria, como en Estados Unidos e Inglaterra, o bien mediante la consagración legal de la depreciación monetaria, como en Francia, Bélgica e Italia.

En cambio, los países derrotados de Europa central no lograron dominar las fuerzas desintegradoras que se habían puesto en movimiento con la impresión de billetes, y no pudieron impedir el hundimiento de su economía más que mediante una bancarrota monetaria y la creación de una nueva moneda.

En medio del desorden monetario, el dólar apareció como el único valor estable, el poderoso símbolo del prestigio del capitalismo norteamericano como acreedor mundial: su valor intrínseco, basado en el oro, contrarrestó los efectos de la inflación crediticia que surgió de la expansión económica de la guerra.

En cuanto al imperialismo inglés, tuvo que luchar contra la depreciación de la libra trabando el libre juego del mecanismo que le aseguraba el control de los intercambios mundiales; además, su dependencia como deudor de los Estados Unidos no hizo sino aumentar la dificultad de esta lucha. De este modo, cuando al acabar la guerra Nueva York cortó todos los créditos, obligando a Inglaterra a hacer sus compras al contado, esto no hizo más que acentuar la bajada de la libra. No obstante, había que restablecer lo más rápido posible el crédito y el prestigio de la plaza londinense, por lo que sin más tardanza el capital bancario se orientó hacia una política de deflación monetaria y bajada de los precios que la crisis económica de 1921 facilitó. Pero aunque una

libra "revaluada" pudiera restablecer las ganancias bancarias, hundía la capacidad de lucha del capital industrial, que se vio obligado a reducir sus precios de coste. El proletariado perdió los aumentos de salarios logrados en 1919, su nivel de vida cayó rápidamente al de 1913 y dejó que le impusieran un régimen de racionalización del trabajo[85].

Por otra parte, el capital bancario, para vencer la creciente concurrencia del capital norteamericano en el mercado financiero, decidió estabilizar la libra, al mismo tiempo que consolidó su deuda norteamericana. De esta forma, a comienzos de 1925, Londres reconquistó su soporte dorado con la ayuda de los jefes de las Trade-Unions, que traicionando la huelga general y ayudando a la derrota de los mineros ayudaron a restablecer el prestigio financiero del imperialismo inglés[86].

En Francia, hasta finales de 1918, la cotización del franco francés se mantuvo gracias a los créditos ingleses y americanos. No obstante, los déficits se acumulaban al son del refrán optimista de "ya pagará el germano". En 1920, las cargas militares y los intereses de los empréstitos equivalían al 115% de los ingresos totales presupuestados. Las emisiones a corto plazo se sucedían; los Bonos de Defensa Nacional, extremadamente móviles y fácilmente reembolsables, representaban una permanente amenaza de inflación. La crisis económica empujó al Estado a iniciar la deflación de sus deudas, una tarea que se redujo a los estrechos límites de los pequeños artificios contables: una consolidación de Bonos de Defensa en préstamos a largo plazo dio lugar, por ejemplo, a nuevas

85. Es en esta época cuando comienzan a extenderse el taylorismo y el fordismo.
86. En la primavera de 1925 la libra volvió a la paridad oro.

emisiones de Bonos que absorbieron los capitales liberados por la crisis y se emplearon para "devolver" los adelantos del Banco de Francia.

Así sucedió hasta que la reanudación económica trajo consigo el pago masivo de los Bonos y reabrió la compuerta a los anticipos bancarios, a la vez que se aceleraba la impresión de billetes, de manera que en 1925 la deuda total del Estado llegaba a casi 300 mil millones de francos y la circulación de billetes se había multiplicado por ocho desde 1914. El índice de precios llegó a 646 y en el exterior se precipitó la depreciación del franco. 1926 fue un año crucial: abismo presupuestario, huida de capitales, déficit creciente en la balanza de pagos y ocho ministros sucediéndose en la cartera de finanzas. El "salvador" Poincaré intentó revaluar el franco, pero chocó con el problema de los precios, cuya caída minaba la economía. De hecho tuvo que estabilizar el "franco a cuatro perras", lo que favoreció la afluencia de oro y divisas extranjeras y permitió proceder a la estabilización legal en 1928, consagrando la depreciación del franco, cuyo valor en oro pasó a ser una quinta parte del de 1914.

***

Pero fue en Alemania donde la inflación se desarrolló hasta el punto de sacudir los fundamentos del sistema económico.

En el periodo del fin de la guerra, lejos de encaminarse por una vía que le hubiera permitido sanear progresivamente su economía, la burguesía alemana tuvo que continuar recurriendo a los expedientes de guerra, pero de forma más desarrollada e incontrolada. En lugar de beneficiarse del apoyo del capital

extranjero para enderezar sus finanzas, éste le impuso el yugo del vencedor. Los tributos del Tratado de Versalles tomaron de la economía alemana la sustancia que sirvió para apuntalar los delicados edificios de los países victoriosos. Esta pérdida de riqueza material no podía colmarse, al igual que las destrucciones de la guerra, más que con papel que no representaba más que su "propio" valor. Sangrando incesantemente el ahorro, la llamada deuda "pública" hipotecó hasta cuatro veces el capital total de la nación.

Buscando un equilibrio presupuestario que no terminaba de lograrse, el Estado aceleró la impresión de billetes. Sus necesidades financieras aumentaron en la medida en que los ingresos se depreciaban bajo la acción específica de los fenómenos inflacionistas. A mediados de 1923, la proporción de los ingresos presupuestarios en relación a los gastos era menos del 2%. El aumento astronómico de los marcos-papel y la vertiginosa velocidad de su circulación se vieron superados sin cesar por el ritmo aún más vertiginoso de la subida de precios. El mercado anticipaba de manera tan prodigiosa la depreciación monetaria que la masa de signos monetarios nunca llegaba a cubrir las insaciables necesidades de la circulación. El torbellino del jaleo fantasmagórico de los precios terminó tragándose incluso la propia noción de valor. En la última fase de este periodo de descomposición económica, el índice de los precios-papel pasó de 2.054 en enero de 1923 a tres millones en octubre, mientras que el índice de los precios-oro se duplicó en cuatro meses.

Era bastante evidente, en cambio, que para el capitalismo la noción de valor no se había oscurecido. La burguesía industrial, que lo que poseía eran mercancías, lejos de perder la menor porción de su riqueza, pudo aumentarla. Desde luego, lo hizo echando sobre el proletariado y

la pequeña burguesía la carga de los gastos de la guerra y la posguerra, contrayendo considerablemente el poder adquisitivo del mercado interior que la inflación aún limitaba más. Sin embargo la caída de la producción, resultado de todo esto, también se había verificado en las economías de los países vencedores (en menor medida). En cambio el impulso inflacionista ofrecía a la industria alemana la posibilidad de compensar esto en el mercado exterior. La "prima" de cambio fruto de la depreciación del marco le permitió exportar a unos precios que, expresados en oro, apenas alcanzaban los costes mundiales de producción, lo que significaba que si bien una parte del capital nacional se alienaba en beneficio del capital extranjero, esto de ningún modo perjudicaba los propios fondos de la burguesía alemana; al contrario, la inflación le aseguró la rentabilidad de sus capitales, pues ninguna crisis económica habría podido operar en el seno de la esfera productiva un "saneamiento" semejante al que aportó el proceso inflacionista. En tanto que expropiación brutal de todos los poseedores de créditos establecidos en marcos, la inflación aceleró la valorización del capital; aligeró sus cargas fijas mediante una extinción progresiva de las deudas obligacionistas (en el último periodo se amortizaron en torno un 50% al mes); redujo la porción de capital dedicada a comprar fuerza de trabajo, cuyo "precio" se alejaba cada vez más de su valor, es decir, del precio de los productos necesarios para su reproducción. Así fue como en mayo de 1923 el poder adquisitivo de los metalúrgicos (una categoría bien pagada) llegó al 15% del de antes de la guerra. Una barra de pan que el 3 de noviembre de 1923 costaba 25 mil millones de marcos, dos días después ya costaba 140 mil millones.

Alemania exportaba su propia sustancia, se decía. Sí, pero esta sustancia estaba hecha de la carne del proletariado y la pequeña burguesía. Era el trabajo vivo y el trabajo "ahorrado" el que se vendía de rebajas, mediante exportaciones y préstamos en especie. En cambio, la burguesía evitaba la depreciación de sus riquezas, bien acumulando divisas extranjeras y exportando sus capitales, bien recomprando a bajo precio el patrimonio nacional; la inflación remató el desarrollo de los Konzern y aceleró el proceso de centralización económica en torno al capital financiero.

No obstante, la descomposición del mecanismo de la circulación, a fin de cuentas, podía provocar la descomposición de la propia esfera productiva y la burguesía podía llegar a verse superada, como el aprendiz de brujo, por las fuerzas que ella misma había si no desencadenado, al menos dejado que se expandieran en un sentido favorable a la consolidación de su poder.

La ocupación del Ruhr en enero de 1923 no hizo sino sacudir aún más la economía alemana, cortando sus bases vitales. El desarrollo del paro y el aumento de las cargas presupuestarias, agravando el desorden económico y la virulencia de la inflación, elevaron peligrosamente la temperatura social. Por supuesto que la burguesía, organizando la resistencia "pasiva", encontró en el Ruhr una buena distracción para canalizar las luchas obreras, lo cual le permitió, como constató Painlevé[87], *"soldar, en la orilla opuesta del Rin, a la clase obrera con los grandes señores de la industria, sus opresores"*. Pero en el país no ocupado había claros síntomas –como la huelga

87. Paul Painlevé (1863-1933), matemático y político francés del Partido Republicano Socialista. Fue dos veces primer ministro, durante pocos meses, en 1917 y 1925.

general de agosto de 1923 que provocó la caída del gabinete Cuno– que señalaban que la clase obrera, que durante la tormenta inflacionista había perdido "sus reformas", también se había dejado en ella sus ilusiones y estaba decidida a pasar a la lucha abierta contra el poder. La declaración de Stresemann, sucesor de Cuno[88], según la cual él *"dirigía el último gobierno burgués"* (con la participación de los socialistas), mostraba claramente la inquietud de la burguesía. Ésta debía dar un giro a su política económica. La derrota proletaria de octubre en Hamburgo, producto de un oportunismo que ya carcomía el aparato del P.C. alemán, permitió que este giro capitalista se llevara a cabo en las mejores condiciones.

Poniendo fin a la resistencia pasiva en el Ruhr, el gobierno, armado de plenos poderes, pudo encarar un primer intento de estabilización monetaria creando el Rentenmark-oro (el "marco seguro"), emitido por el Reichbank y cuyo respaldo era el conjunto de propiedades agrícolas e industriales. Pero la coexistencia de esta nueva moneda-oro con la inmensa riada de marcos-papel que continuaban circulando no resolvió el problema, aunque el Estado ya había cesado sus emisiones y la masiva "deflación" presupuestaria había llevado a despedir a un tercio de los funcionarios. Y, cosa paradójica, la enorme masa de signos monetarios en circulación fue insuficiente en relación al nivel que habían alcanzado los precios, y los escasos medios de los que disponía el Reichbank y el Rentenbank no pudieron suplir esto.

88. Wilhelm Cuno (1876-1933), político y economista alemán. Fue Canciller entre 1922 y 1923, hasta que las huelgas causadas por la hiperinflación tumbaron su gobierno. Le sucedió en el cargo Gustav Stresemann (1878-1929), fundador del Partido Popular Alemán. Durante su gobierno, que duró sólo unos meses, se puso en circulación el Rentenmark.

La economía alemana se reveló incapaz de operar un enderezamiento mediante sus propias fuerzas, pero la burguesía logró el apoyo del capital internacional para restablecer su economía y reconstruir su mecanismo monetario tras poner fin a su política obstruccionista en el Ruhr y alejar también la amenaza proletaria.

La primera intervención extranjera, fundando el Glod-diskontobank, se reveló insuficiente, y la estabilización no fue definitiva más que cuando el Comité de Expertos de París patrocinó un préstamo internacional de 800 millones de marcos-oro. El cambio de un marco-oro por un billón de marcos-papel (1.000 millardos) consagró la ruina de los propietarios de Rentas del Estado mediante la amortización de la Deuda Pública a razón del 97'5% de su valor nominal, a la vez que se amortizaban más de tres cuartas partes del resto de los créditos. La gigantesca trasferencia de riquezas en beneficio del gran capital se había consumado; pero al colaborar en ello, el capitalismo mundial había debilitado al mismo tiempo la competencia alemana, al suprimir su "prima" a las exportaciones. En el interior, la debilidad de los fondos necesarios para llevar a cabo operaciones industriales trabó el "despegue" económico, y Alemania sólo entró en un periodo de relativa consolidación cuando se ofreció como mercado para los inmensos capitales ingleses, norteamericanos y franceses que estaban a la espera y cuya afluencia aceleró la maduración de las contradicciones específicas del capitalismo alemán y precipitó su evolución hacia el fascismo.

En resumen, la crisis económica de 1921-1923 vino seguida de un periodo de consolidación del capitalismo mundial, de recuperación de sus fuerzas políticas y económicas, de

estabilización temporal, lo cual se reflejó en la reconstrucción y el saneamiento de los sistemas monetarios nacionales. Pero en ninguna parte se restableció el patrón-oro como antiguamente, y como afirma un economista burgués: *"no se creyó oportuno, deseable, ni necesario que el oro volviera a la circulación dentro de cada país. Se estimó que para restablecer el régimen monetario sobre la base del oro bastaba con que una unidad monetaria nacional, representada por papel, fuera constantemente convertible en una cantidad determinada de oro, pero únicamente para las necesidades de los pagos en el extranjero"*.

Este nuevo estatuto monetario se incorporó orgánicamente al sistema capitalista y así se consagró la escisión ya esbozada antes de la guerra mundial entre la circulación interior y la exterior.

Esta dualidad adquirió una importancia fundamental cuando la crisis mundial abrió la tercera de las fases esenciales del periodo de posguerra, en el trascurso de la cual la sociedad capitalista tuvo que adaptarse al estadio decadente de su evolución.

***

Con el periodo de recuperación económica de la posguerra, que se extendió hasta 1928-1929, la burguesía pensó que la Historia le había concedido una nueva etapa de prosperidad.

La crisis mundial le mostró brutalmente que no se trataba de eso y que 1914 había abierto definitivamente el proceso de descomposición de su sistema de producción, mientras que el periodo 1921-1928 no reflejaba más que una fase "pacífica" de esta liquidación histórica del Capitalismo como factor progresista.

En el trascurso de la época de expansión imperialista, la dinámica capitalista podía oscilar entre un mercado mundial extensible y una producción que aumentaba sin cesar, mientras que las crisis cíclicas eran el periódico correctivo del desequilibrio rítmico entre la producción y el mercado, entre la oferta y la demanda de mercancías, entre el enorme desarrollo de la productividad del trabajo y la contracción de la base capitalista de consumo. Por otra parte, el oro, reflejo de esta productividad del trabajo, aún no aparecía como la expresión concreta del antagonismo fundamental de la economía capitalista: producción-consumo; regulador de los intercambios y símbolo de la riqueza "abstracta", al oro aún no se le "cuestionaba" su cualidad de medida de los valores.

Pero en el trascurso de la crisis mundial la burguesía descubrió con estupor que a pesar de que la amplitud de la caída de los precios no tenía precedentes (caída que la organización monopolista sólo pudo frenar), era imposible que semejante saneamiento de los valores trajera una reactivación económica, y si bien fingió anatemizar al oro, no fue más que para ocultarse a sí misma este monstruoso contraste que el hundimiento de los precios ponía al desnudo.

Al final del ciclo de expansión, la contradicción fundamental del Capitalismo apareció ante una burguesía consternada por unos problemas nuevos cuya solución no llegaría apelando al efecto "normalizador" de las leyes "naturales" que hasta entonces habían regido el mecanismo capitalista.

Cuando cedía bajo el peso de una masa aplastante de capitales improductivos, virtualmente muertos, ¿cómo lograría reanimarlos y restituir la ganancia indispensable? La solución no la traería una imposible expansión de la producción ni el perfeccionamiento técnico, que se revelaba como algo

negativo sin el correspondiente desarrollo productivo. Ya no se trataba, pues, de un problema de mercados (que sólo se solucionar con la guerra). La burguesía sólo podía resucitar su ganancia adaptando su aparato productivo y las condiciones de la producción a la escala que le imponía la evolución histórica.

Pero, en tal caso, el problema económico debía ceder el paso inevitablemente al problema político, pues adaptarse significaba reducir el valor del capital productivo y, en último término, una compresión masiva de los ingresos del proletariado y de las masas pequeño-burguesas así como de las categorías sociales "improductivas" que viven a costa de la plusvalía capitalista.

Y como hemos dicho, esta adaptación ya no podía subordinarse a la acción automática de las leyes capitalistas, tal y como éstas se habían desenvuelto en las anteriores crisis cíclicas en las que la destrucción de valores de cambio permitía que el capitalismo llegara a un nuevo equilibrio.

Hoy, la burguesía, ante la amplitud de los sacrificios que debe consentir, se niega a soportar esta carga. Pero sólo puede echarla sobre las espaldas de las clases explotadas deformando o eludiendo el juego de las leyes económicas que rigen su sistema productivo, recurriendo para ello a su aparato estatal, cuyos órganos de represión y coerción debe reforzar en mayor o menor medida, dependiendo de las condiciones de cada nación.

Según sea su armadura económica, dependiendo de si reposa en falso o sobre una base imperialista, estos problemas se pueden resolver: o bien mediante un Estado totalitario fascista que concentre en sus manos todos los métodos de la violencia capitalista; o bien mediante un Estado "demo-

crático" que mantenga la cohesión social gracias a toda una gama de fórmulas que van del Gobierno Nacional (Inglaterra) a la Dictadura "democrática" de Roosevelt, pasando por el régimen de "plenos poderes" (Bélgica y Francia).

En el primer caso, dominará la política de contracción directa, de "deflación a chorro continuo" del nivel de vida de las masas; mientras que en el segundo caso la insuficiencia de los medios políticos no permite obtener resultados positivos con este método, por lo que debe sustituirse por una política de hambruna menos brutal, más adecuada a las condiciones sociales existentes; pero, dada la amplitud que exige dicha política, la socialdemocracia y el movimiento sindical tendrán que colaborar directamente.

***

El último informe del Banco de Pagos Internacionales plantea claramente cuál es la cuestión crucial: *"El problema de la reactivación económica es sobre todo el problema del valor del volumen de las mercancías intercambiadas y consumidas, así como de un ajuste de los precios; se puede resolver o bien mediante un aumento de los precios, o bien mediante una reducción rigurosa de los precios de coste, de manera que deje un margen suficiente de beneficio"*.

Ya sabíamos que la producción por la producción jamás ha apasionado a la burguesía, pues su sistema productivo no suministra *productos*, sino *mercancías* cuyo valor contiene plusvalía. Lo que le interesa es la relación entre esta plusvalía y el valor del Capital total desembolsado en la producción, y no la *cantidad* de mercancías que produce.

Hoy, pues, la profundidad de la decadencia capitalista no se mide según el nivel cuantitativo de la producción y

los intercambios mundiales. En 1934, el *volumen* del comercio mundial aún equivale a 2/3 del de 1929 y la producción industrial se mantiene en 3/4 de la de 1929. El nivel relativamente elevado de los intercambios se debe a que es imposible que se reduzcan por debajo del límite mínimo compatible con la supervivencia de la "civilización" y la "paz" social. Por otra parte, el aumento constante de la producción en 1934 se explica por la preparación de la guerra.

La regresión capitalista se refleja económicamente en el hundimiento general de los precios, que arrastra el valor de la producción y del comercio mundial. En 1934, éste representaba, evaluado en oro, el equivalente a solamente un tercio del de 1929.

No sólo es que el bajo nivel de los precios y su producción, que se correspondía a un reducido grado de empleo de su capacidad productiva, colmaran prácticamente la diferencia entre el valor del capital invertido y el valor de la producción realizada, aniquilando todo beneficio, sino que en ciertas ramas industriales altamente concentradas el valor de la producción ni siquiera alcanzaba al del capital adelantado: el capitalismo vendía a pérdida porque la contracción de los elementos del precio de coste no era proporcional a la caída de los precios. Tan sólo se había adaptado a esta caída el valor del capital circulante (materias primas) y variable (salarios). En cambio, el capital fijo continuaba pesando tanto más sobre el coste de producción cuanto mayor era la composición orgánica.

Ciertamente, los precios de coste no se veían sensiblemente afectados por la fracción del capital fijo que representa el valor de las instalaciones inmobiliarias, cuya

amortización podía escalonarse en un largo periodo. Lo que les gravaba considerablemente era el valor irreductible del gigantesco utillaje, en gran medida renovado en el trascurso del periodo 1921-1928 gracias a capitales de préstamo.

En la esfera agrícola, los elementos fijos de los costes de producción (sobre todo en los Estados Unidos) eran la renta de la tierra y los préstamos hipotecarios. Su peso específico era tanto más gravoso cuanto mayor era la tasa de depreciación de los productos agrícolas comparada con la de los productos industriales, lo que explica por qué en los Estados Unidos, por ejemplo, este problema de las "tijeras" se añadía al de la rentabilidad industrial.

La cuestión central que se le planteaba al capitalismo puede resumirse así: dado que no estaba en sus manos aumentar el valor-oro de su producción, ¿cómo podría lograr que el valor-oro del capital invertido se situara *por debajo* del valor del producto realizado en el mercado para restablecer la ganancia sin la cual no puede vivir? O bien la compresión de los elementos reducibles (materias primas, salarios, gastos improductivos) permitía restablecer un equilibrio relativo entre costes y precios, o bien, si esta compresión se revelaba insuficiente, debería también ampliarse a los elementos rígidos del precio de coste.

***

La llamada política de "*deflación*" representó el primer intento capitalista de *adaptarse a la bajada de los precios-oro*. Se recurrió al primer método, tratando de restablecer el "equilibrio" mediante una regresión general de la vida

social, reduciendo las necesidades que en la época de esplendor permitieron una cierta expansión. Era evidente, ya lo hemos dicho, que en tal ambiente histórico la reducción de los precios de coste ya no dependía del perfeccionamiento técnico, de un desarrollo de la productividad del trabajo que redujera los precios por unidad, pues los límites en los que se movía la producción constituían un obstáculo insuperable, por no hablar de que el aumento de la composición orgánica del capital que resultaría de ello no habría hecho más que profundizar este desequilibrio; sólo las industrias bélicas ofrecían un mercado para el progreso técnico.

Esta condición negativa hacía imposible comprimir el capital variable reduciendo el *valor* de la Fuerza de Trabajo, es decir, del *tiempo de trabajo* necesario para su reproducción.

Por otra parte, tampoco era posible ampliar la jornada de trabajo social global (no así la *individual*).

Así que el coste de la mano de obra sólo podía reducirse mediante:

a) La intensificación del trabajo individual, que equivalía a un aumento de la jornada de trabajo y permitía reducir el número de obreros que trabajaban.

b) La bajada del *precio* de la fuerza de trabajo *por debajo* de su valor; el paro facilitaba esta rebaja, así como la descomposición del frente proletario por los agentes capitalistas (socialistas y centristas). Además, la falsificación de los índices de los precios al por menor, así como la presión que se ejercía sobre los precios de las mercancías que servían para la conservación de la fuerza de trabajo, sobre todo los productos agrícolas, contribuían a que el obrero creyera que su trabajo tenía un "precio justo".

La compresión de los precios de coste podía ejercerse, por otra parte, mediante una reducción de la fracción de la plusvalía absorbida por los gastos sociales o los gastos de circulación: gastos de trasporte, las cargas "improductivas" del paro, gastos "culturales", gastos administrativos (funcionarios), impuestos que "gravaban la producción", ingresos de los pequeños comerciantes, etc. Esta política de deflación sólo podría generar resultados positivos si adquiría la suficiente amplitud. Ahora bien, dependía de la incidencia que tuviera sobre los diferentes componentes de los costes de producción: capital fijo, capital circulante y capital variable. Por su parte, los resultados positivos eran neutralizados por las fuerzas que provocaban una contracción constante del mercado, algo que no sólo se debía a la continua reducción del poder adquisitivo de la clase obrera, de la pequeña-burguesía y del campesinado, sino también a la psicosis que creaba esa bajada, que lo único que hacía era alentar el atesoramiento.

Por otra parte, los precios de venta, lejos de estabilizarse, continuaban bajando, pues tendían a seguir de cerca los costes de reproducción, constantemente reducidos *por debajo* de los costes de producción del ciclo que finalizaba.

Los costes y los precios se influían recíprocamente, reduciéndose sin llegar nunca a alcanzar el equilibrio perseguido. Esta tendencia agravaba la pérdida de capital en lugar de atenuarla. En cada ciclo productivo, la operación "deflacionista" tenía que empezar de nuevo; de la misma forma, los ministros de Finanzas perseguían un quimérico equilibrio presupuestario que nunca llegaba.

Por tanto, no había ninguna duda de que en determinadas condiciones políticas los intentos de equilibrar la

economía mediante métodos directos no eran más que una ilusión. Como recientemente constataba un economista burgués inglés a propósito de la política "deflacionista": *"En nuestro mundo occidental hay un límite, que en los países del Bloque-Oro está cerca de alcanzarse, por debajo del cual los ingresos no pueden reducirse sin provocar peligrosas reacciones sociales"*.

Estas reacciones sociales fueron fácilmente sofocadas por las naciones fascistas porque antes ya habían logrado romper el espinazo al proletariado. En estos países los límites de la deflación pudieron llevarse más lejos gracias a un adecuado aparato estatal.

En Alemania, tras la gran expropiación inflacionista de 1923, que había aligerado la economía de las deudas privadas y públicas, la burguesía importó enormes cantidades de capital extranjero, que si bien le valieron para modernizar y racionalizar su industria, también gravaron el peso del capital fijo. Más tarde, no obstante, sus acreedores ingleses y norteamericanos, al proceder a la devaluación monetaria, se encargaron ellos mismos de reducir estas cargas rígidas, mientras el Estado alemán suspendía todas las transferencias.

Por otra parte, Alemania atravesó una coyuntura de *rearme* intensivo que mejoró la rentabilidad de las empresas y atenuó el paro. La instauración de un cuasi-monopolio en el comercio exterior, el estricto control del mercado de cambio y la moratoria de su deuda externa, le dieron además una relativa libertad de movimientos en sus relaciones con el exterior y le quitaron toda preocupación de carácter monetario. Sin reservas de oro y sin moneda convertible, tampoco tenía que preocuparse por "defenderla". Ahora bien, la situación en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos era completamente diferente.

***

La conformación estructural de estas economías, sobre las que continuaban pesando enormes capitales "muertos", las empujó necesariamente a abandonar unos métodos de adaptación al descenso de los precios que no hacían más que acelerar la descomposición económica. El aumento incesante del poder adquisitivo de la unidad monetaria exacerbaba el conflicto entre los propietarios de mercancías y los poseedores de signos monetarios representantes del oro.

El economista inglés Strakosch revelaba las preocupaciones capitalistas cuando decía que *"dada la bajada de precios, hay que suministrar más mercancías para respetar el 'contrato monetario'. Si un préstamo se ha contratado en un periodo de precios altos y si, al vencimiento, los precios han bajado, hay que suministrar más riqueza real para pagar la deuda que si los precios permanecen 'estables'."*

Pero estas hipócritas imprecaciones que se lanzaban sobre el oro no alteraban para nada el hecho de que el elevado valor del oro no hacía más que expresar una contradicción específica y fundamental del capitalismo, así como el antagonismo deudores-acreedores no era más que la trasposición al terreno de clases del conflicto que existe entre el oro como medida de los valores y el oro como medio de pago.

Analizando las consecuencias de las variaciones del valor del oro, Marx ya subrayaba que *"la moneda ejerce dos funciones diferentes en dos periodos distintos; primero sirve de medida de los valores, y luego como el medio de pago que responde a esta medida. Si en este intervalo varía el valor de los metales preciosos, la misma cantidad de oro que sirve de medio de pago valdrá más o menos que en la época en la que sirvió de medida de los valores, cuando se firmó el contrato. La función de esta mercancía especial, del oro como moneda o valor de cambio materializado,*

entra aquí en conflicto con su naturaleza como mercancía particular cuyo valor depende de la variación de sus costes de producción."

Pero en la crisis general del capitalismo esta relación se invertía. Ya no era el valor del oro el que cambiaba en relación a todas las otras mercancías, sino que eran éstas las que, en relación al oro, firmaban con sus precios la histórica condena a muerte del modo de producción capitalista, que habiendo desarrollado prodigiosamente la productividad de los hombres, ya no era capaz de asegurar su bienestar.

¿Quiénes eran los acreedores y quiénes los deudores bajo este reinado del capital financiero? Aparentemente éste, dispensador de crédito, era el acreedor. Pero en realidad era más bien el deudor de la inmensa y amorfa masa de los ahorradores, los auténticos acreedores, que sin embargo eran impotentes porque carecían del control sobre la producción. Y es que si bien el capital financiero era por una parte el deudor de ciertas sumas, nominalmente fijas, por la otra detentaba los valores reales representados por el aparato productivo.

Se enfrentaban entonces, por un lado, la gran masa de pequeños ahorradores y acreedores nominales, los pensionados y los propietarios de rentas del Estado, es decir, los que el señor Vandervelde[89] llamaba sin ironía "capitalistas pasivos" y que, según sus palabras, *"se hallaban, en medio de esta angustia generalizada, en mejor situación que antes de la crisis"* (para este "marxista" la bajada de precios es sinónimo de "angustia generalizada"). Y por otro lado, el puñado de "capitalistas activos", siguiendo esta etimología de vanderveldiana, que controlaban las palancas de la economía, las riquezas reales y el oro.

89. Émile Vandervelde (1866-1938), dirigente del partido socialdemócrata belga (P.O.B.) y de la II Internacional. A partir de 1914 ocupó varios sillones ministeriales en diversos gobiernos.

***

La idea de arrebatar a los "acreedores" y a los poseedores de moneda el "privilegio" que les confería la bajada de precios, se conjugaba así con la necesidad de aligerar la producción del peso aplastante de los capitales prestados, que esencialmente se dedicaron al perfeccionamiento técnico durante la fase de prosperidad ficticia.

La devaluación monetaria se presentaba como el "correctivo" capaz de restablecer el equilibrio entre el capital desembolsado en la producción y el valor realizado de dicha producción. El economista Strakosch, que ya hemos mencionado, aseguraba además que *"la devaluación se basa en la justicia social, pues la clase que soportará las cargas más pesadas es la que se verá privada del beneficio 'no contratado' (!) que le procura la bajada de precios."* ¡Qué humor inglés!

Está claro que la antinomia "deflación-devaluación" no existe más que en la imaginación de los demagogos socialistas; en realidad se trata de dos medidas que se complementan y que tratan de restablecer el equilibrio capitalista.

La afirmación de Blum de que *"junto a la antinomia orgánica, el problema monetario provoca una dislocación práctica del capitalismo; bajo su forma financiera y bancaria, el capitalismo trata obstinadamente de estabilizar la moneda; bajo su forma industrial y comercial, cada vez se ve más empujado hacia la devaluación"*[90], no resiste una confrontación seria con la realidad. ¿Dónde ve Blum esa dislocación práctica del capitalismo?

Del mismo modo, es pura fantasía afirmar, como hace el "profesor" De Man, que *"la inflación y la devaluación son dos cosas esencialmente diferentes"*, pues en el terreno del anta-

[90. *Le Populaire*, 28-9-1934.]

gonismo de clases, únicamente son dos métodos diferentes para operar una transferencia de riqueza en provecho del capital financiero: la burguesía sustituye la depreciación monetaria fruto de emisiones de papel no respaldado por otra depreciación que consiste en reducir el contenido de oro de la unidad monetaria, sin que esto venga acompañado de un aumento de la circulación monetaria.

Hemos señalado antes que la inflación permitió a la burguesía alemana sanear su economía. El objetivo de la devaluación era llegar a los mismos resultados, aunque en proporciones más restringidas.

El resultado de esta subida de los precios, unida a la depreciación del capital fijo y del capital variable, restableció el ansiado equilibrio entre los costes y los precios, al menos durante un periodo cuya duración dependería de las modificaciones en la correlación de fuerzas entre imperialismos rivales.

Los orígenes de la devaluación y el ambiente en el que germinó indican claramente que a decir verdad no se trataba de un problema monetario; y el ejemplo norteamericano mostró que el respeto al estatuto monetario no dependía de la existencia de enormes reservas de oro, sino del clima económico y social.

Así mismo, en Inglaterra, en 1931, el descuelgue de la libra respecto al oro se debió a esas causas profundas que hemos analizado; la retirada masiva de capitales cuya contrapartida eran los créditos a corto plazo bloqueados en Europa central (Alemania y Austria), no fue sino el gatillo que precipitó la ruptura.

En los Estados Unidos la caída de los precios al por mayor llegó a tal extremo que la diferencia entre el precio de

coste y el precio del mercado, entre las deudas de los granjeros y sus ingresos, se había vuelto intolerable y amenazaba con sacudir todo el edificio social.

No hace falta decir que del mismo modo que la devaluación no surgió de una crisis monetaria, tampoco fue el producto de maniobras especulativas, pues estas no reflejan sino las reacciones superficiales de la agitación del subsuelo económico.

***

¿Cómo se efectúa este equilibrio interno y relativo que busca la devaluación? Esto es lo que vamos a ver a continuación, analizando su mecanismo y descomponiéndolo en esquemas sucesivos.

Al comparar estos esquemas llegaremos a unos resultados que aunque no tengan un valor absoluto, sí que muestran al menos una tendencia, una orientación general del ciclo productivo.

Para simplificar y hacer más claros los cálculos, partiremos de las siguientes condiciones:

a) El volumen de la producción permanece constante.

b) Los precios que se consideran son los precios al por mayor que determinan la ganancia *industrial*.

c) Antes de la devaluación, la fuerza de trabajo se paga por su valor y la cuota de explotación del trabajo es del 100%.

d) Las proporciones correspondientes a la composición orgánica de un nivel técnico *medio* son obligatoriamente arbitrarias, pero no afectan a la tendencia resultante.

e) El Capital Fijo considerado no es más que la fracción de este capital que representa el valor del utillaje, que debe incorporarse rápidamente a la producción y constituye el elemento rígido de los precios de coste. Consideraremos que es capital prestado (créditos bancarios, obligaciones) y que por tanto puede verse afectado por la devaluación.

f) El Capital Circulante representa el valor de las materias primas o productos a trasformar.

I. CICLO PRODUCTIVO ANTES DE LA CAIDA DE LOS PRECIOS

Precios del valor comercial (en valores oro).

Capital Fijo	500
Capital Circulante	300
Capital Variable	200
Plusvalía	200
Valor del producto	1.200
Precio de mercado	1.200
Capital desembolsado	1.000
Masa de ganancia	200
Tasa de ganancia	20 %

Si suponemos un descenso de los precios del 50% (que prácticamente se corresponde a la bajada mundial en 1934) y que los salarios han sufrido un descenso proporcional, el esquema se convierte en este otro:

II. CICLO PRODUCTIVO TRAS LA CAIDA DE LOS PRECIOS

(En valores oro).

Capital Fijo	500
Capital Circulante	150
Capital Variable	100
Plusvalía	100
Valor del producto	850
Precio de mercado	600
Capital desembolsado	750
Masa de ganancia	-150
Tasa de ganancia	- 20 %

De este segundo esquema resulta que la plusvalía, a pesar de haberse producido realmente en el curso del ciclo y aunque efectivamente suponga una tasa de explotación del obrero del 100%, no sólo no ha podido *realizarse* en el mercado, sino que además al Capital desembolsado se le ha amputado un 20%.

En estas condiciones el proceso de trabajo no se puede renovar sino a un nivel inferior, incluso aunque la mano de obra fuera gratuita no se lograría amortizar todas las pérdidas. Podemos ver, también, que si el valor del Capital fijo siguiera el descenso de los precios la producción se podría realizar con la ganancia primitiva, ya que *todos* los elementos de la producción se habrían reducido un 50%.

Supongamos ahora que la unidad monetaria se devalúa un 33%, lo que se corresponde a una depreciación real de la *nueva* unidad del 50%[91]. Supongamos también que los

91. Una devaluación monetaria del 33% equivale a una subida de precios de

precios al por mayor se adaptan al alza[92] y que el volumen de la producción no varía. El capital circulante (materias de procedencia extranjera) se compra tras haber subido un 50%.

El capital variable de momento no sube, pero el *valor* total del trabajo (en papel) aumenta evidentemente un 50%, lo que eleva la tasa de explotación al 200%[93].

Llegamos a esto:

III. CICLO PRODUCTIVO TRAS LA DEVALUACIÓN

(En valores papel).

Capital Fijo	500
Capital Circulante	225
Capital Variable	100
Plusvalía	200
Valor del producto	1.025
Precio de mercado	900
Capital desembolsado	825
Masa de ganancia	75
Tasa de ganancia	9 %

un 50%. Si 100 unidades monetarias que representan un valor de 100 gramos de oro se devalúan un 33%, ahora se necesitarán 150 unidades monetarias para representar el mismo poder de compra de 100 gramos de oro.

92. Es decir, que el *precio de mercado* reflejado en la tabla sufre también el alza correspondiente.

93. Aunque la fuerza de trabajo se siga pagando a 100, para calcular el valor real que produce sí que hay que partir de la subida del 50% del precio (en papel). Por lo que a un capital constante de 150 con el 100% de plusvalía le correspondería una masa de plusvalía de 150. Como los salarios no suben, se quedan en 100 y los 50 restantes van a parar a la plusvalía, que de este modo pasa a ser del 200%, con una masa también de 200, en este ejemplo.

Subrayamos que se ha podido realizar el 37'5% de la masa de plusvalía[94].

Convirtiendo las cifras de arriba en oro, tendremos un nivel del 66'66%:

(En valores oro).

Capital Fijo	333
Capital Circulante	150
Capital Variable	66
Plusvalía	133
Valor del producto	682
Precio de mercado	600
Capital desembolsado	549
Masa de ganancia	51
Tasa de ganancia	9 %

Comparando esta tabla con el Esquema II, resulta que permaneciendo constantes los precios de coste en oro, la primitiva pérdida del 20% se trasforma en una ganancia del 9%.

Por otra parte, para un volumen equivalente de producción, el valor en oro del capital desembolsado ha podido reducirse de 750 a 549, es decir, un 26%. Esta diferencia proviene de:

a) La amortización de un tercio del capital fijo en gastos de acreedores.

b) Una depreciación de la fuerza de trabajo equivalente a un tercio de su valor[95].

94. Teniendo en cuenta que la masa de plusvalía es de 200 y la masa de ganancia 75.

[95. En realidad la "deflación" ha reducido el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor.]

Suponiendo que los salarios se adapten a una subida de los precios al por menor del 50%, tendremos:

IV. CICLO PRODUCTIVO CON UNA SUBIDA DE LOS SALARIOS DEL 50%

(En valores papel).

Capital Fijo	500
Capital Circulante	225
Capital Variable	150
Plusvalía	150
Valor del producto	1.025
Precio de mercado	900
Capital desembolsado	875
Masa de ganancia	25
Tasa de ganancia	3 %

Pero en realidad el alza de los precios al por menor siempre se retrasa con respecto a la de los precios al por mayor; además, la presión del capital monopolista sobre el campesinado y el pequeño comercio (gracias al comercio estandarizado) permite contener el alza de los precios al por menor por debajo de la tasa de depreciación monetaria; por no hablar de que puede llevarse a cabo fácilmente una falsificación de estos índices.

La compresión del valor-oro del capital variable se efectuará, pues, en parte en detrimento del obrero en la medida en que el poder adquisitivo de su salario disminuye, y en parte también en detrimento de la pequeña burguesía, en la medida en que la no adaptación de los precios al por menor a la depreciación monetaria reducirá sus ingresos.

La devaluación, pues, lejos de elevar los salarios reales, persigue su reducción, y la fuerza de trabajo, que ya se paga bajo la influencia de la "deflación" por debajo de su valor, es decir, por debajo del precios de su manutención "normal", se depreciará aún más bajo la influencia de esta política de "renovación económica" y de "ampliación del poder adquisitivo de las masas".

La devaluación no provoca una ampliación del poder adquisitivo de las masas, sino todo lo contrario, debe contraerlo, tal y como refleja la reducción de los ingresos del proletariado y la pequeña burguesía, así como la expropiación parcial de los acreedores del Estado, de los titulares de depósitos bancarios o de libretas de Cajas de Ahorro, ¡y también de la gran masa de poseedores de billetes de banco, cuyo expolio reflejará cínicamente el capital financiero en los balances de los bancos llamados "nacionales" bajo el título de : "revalorización de las reservas de oro"!

En estas condiciones, la reanimación económica temporal que puede producirse inmediatamente tras la devaluación se debe a que la tendencia al alza de los precios-papel moviliza el poder de compra potencial, atesorado, que no es más que el producto *no consumido* de las *pasadas* actividades productivas; se trata únicamente de aquella parte de los fondos de acumulación o de los fondos de consumo que la crisis había rechazado del proceso de renovación de la producción o de la esfera de la circulación y que el "choque" de la devaluación incita a transformarlos en objetos de consumo, pero no en capital, pues las condiciones estructurales del capitalismo se oponen a ello.

Una reactivación fundada en una extensión de la base económica sólo sería concebible si existieran posibilidades

reales de extender del mercado capitalista o si se modificara el reparto capitalista, aumentando el consumo de las masas mediante la reducción de los ingresos de la burguesía. Sabemos que lo que ocurre es todo lo contrario, y los autores de los Planes Cegetistas, los Planes de Trabajo y demás extravagancias contrarrevolucionarias, que proponen una extensión del mercado interno, no se preocupan de poner en evidencia lo absurdas que son sus hipótesis.

***

Ya hemos indicado que la devaluación no era sino el producto de un determinado clima económico y social y que sólo podía representar una solución temporal, una de las formas que tiene el capitalismo de adaptarse a su estadio decadente. El restablecimiento de la rentabilidad capitalista no tenía más que un valor precario y episódico; el capitalismo no había llegado a un equilibrio definitivo. Las economías que recurrieron a la devaluación pudieron medir sus resultados con la ampliación de su base imperialista y de su peso específico en la esfera de los intercambios internacionales.

Tal es así que el "secreto" de la guerra monetaria no puede comprenderse sin tener en cuenta que el problema de los mercados ha cambiado radicalmente de aspecto.

Bajo la influencia de una regresión continua del comercio internacional que acelera más "la autodefensa" de los nacionalismos exacerbados, para las economías imperialistas no se trata tanto de desarrollar sus mercados exteriores como de conservar y proteger los que ya tiene. El objetivo de la devaluación no es asegurarse una *prima a las exporta-*

ciones, pues éstas chocan con las barreras de los cupos, las tarifas, los clearings, etc.; la "libre" competencia internacional se ha quedado anticuada. "Vencer" al competidor antagonista que se esconde tras la muralla proteccionista ya no tiene ningún sentido, es decir, que el grupo capitalista que devalúa no trata de que los precios de coste se reduzcan al paso de los precios de venta; al contrario, se esforzará por mantener el nivel de los precios-oro, ya que no puede elevarlos, pues no puede permitir que la "victoria" económica sobre el grupo rival le lleve a la ruina. No es que la devaluación no implique una nueva bajada de los precios-oro, pues esto es precisamente lo que ocurre, sobre todo en la medida en que se extiende su radio de acción (y el ejemplo inglés es concluyente a este respecto). Pero este descenso de los precios-oro sólo aniquilará los resultados positivos de la devaluación si se contrae al mismo nivel que los elementos que determinan los precios de coste. Retomando el segundo aspecto del Esquema III, es evidente que si los precios caen de nuevo un 26% la primitiva pérdida del 20% reaparecerá.

No hay duda de que la acentuación de las contradicciones imperialistas no puede más que empujar sin cesar los precios a la baja. Pero, *entre tanto*, el grupo que opera la devaluación puede sanear su producción y consolidar sus posiciones en el mercado mundial.

En el terreno internacional, el problema se reduce esencialmente a esto: crear las condiciones que permiten, mediante una acción conjugada sobre los precios internos y la cotización de la moneda, mantener el poder adquisitivo *interior* de la moneda *por debajo* de su poder de compra *exterior*.

En otras palabras, hay que conseguir que la unidad monetaria permita comprar más mercancías extranjeras que nacionales. O dicho de otra forma, que el *valor* de un determinado volumen de mercancías exportadas permita comprar un *volumen* mayor de mercancías importadas; esto quiere decir que un grupo imperialista tratará de vender lo más caro posible el volumen de exportaciones que se le asigna en el contexto del nacionalismo económico; la masa de ganancia que antes era el resultado de un aumento de la producción y de las exportaciones debe restablecerse mediante un aumento del *valor* de una producción más restringida. No es que el capitalismo renuncie a desarrollar sus exportaciones, sino que renuncia en la medida en que esto puede trabar su ganancia.

Prefiere sustituir la *prima a la exportación* por una *prima a la importación* que le permite comprar a mejor precio los productos necesarios para su producción (materias primas y productos agrícolas), recurriendo a su mecanismo proteccionista para cortar el paso a los productos extranjeros capaces de competir con los productos nacionales.

La prima a la importación se convierte así en una "moneda de cambio" de cara al desarrollo de las exportaciones: se comprará más si se puede vender más; cuando los métodos "deflacionistas" ofrecen la posibilidad de reducir los precios de manera "rentable", la prima que refleja la diferencia entre los precios interiores y los precios mundiales permite reducir los precios de venta para conservar, si no para ampliar, los mercados exteriores.

***

En nuestro estudio sobre la evolución del imperialismo inglés[96] ya hemos subrayado la importancia de la capacidad de compra del mercado inglés y el carácter universal de la libra esterlina, dos elementos que han jugado un considerable papel en la política monetaria que ha seguido Inglaterra tras el abandono del patrón-oro.

El descuelgue de la libra respecto al oro no implicó la modificación del estatuto monetario inglés, y hoy la depreciación monetaria aún no se ha consagrado legalmente; sólo se ha suspendido la convertibilidad del billete.

Pero la depreciación de la libra aceleró la bajada de los precios mundiales, pues la mitad del comercio internacional se efectuaba con moneda inglesa. Si bien por una parte ello supuso una agudización de la crisis en los imperialismos rivales, particularmente en los Estados Unidos, por otra parte la ampliación del radio de atracción del Imperio Británico hizo que las economías vasallas se adhirieran a su política monetaria: los Estados escandinavos y los países de América del Sur, terminando por agrupar un bloque que hoy reúne a 50 naciones.

Mientras el poder de compra del oro proseguía su ascenso, el poder de compra de la libra-papel, en cambio, retrocedía: los precios mundiales continuaron bajando y entre 1931 y 1933 su caída llegó al 20% en los Estados Unidos y al 18% en Francia; en Inglaterra, en cambio, la bajada se contuvo.

Llegó entonces el giro de la política económica inglesa. Para darle la máxima eficacia posible, el imperialismo británico intervino con el enorme poder de atracción de su capacidad de compra e hizo valer su peso aplastante como principal comprador del mundo; una acción consciente sobre el mercado de cambio (Fondos de Control), junto al juego de las tarifas prefe-

[96. Véase *BILAN* nº 13 y 14.]

rentes establecidas en los acuerdos de Ottawa, le permitieron actuar eficazmente sobre el movimiento de los precios mundiales, sobre todo en lo que respecta a los precios norteamericanos.

El antagonismo anglo-americano se desarrolló bajo nuevas formas, que reflejaban la importancia que habían adquirido las variaciones monetarias y la influencia que ejercían sobre los precios.

Habiendo arrebatado los ingleses a los norteamericanos la prima a la importación de la que estos disfrutaban hasta septiembre de 1931, la emplearon para comprar a buen precio los productos necesarios, mientras levantaban una muralla imperial a los fabricantes competidores.

De esta forma Inglaterra empleó su prima para tratar de desarrollar sus exportaciones hacia países productores de materias primas y productos agrícolas (Estados Unidos, Argentina, países escandinavos, Francia).

Pero a comienzos de 1933 llegó la respuesta norteamericana. Bajo la presión del crack bancario que amenazaba con hundir toda la economía, Roosevelt, armado con plenos poderes y dando resueltamente la espalda a los métodos "deflacionistas" de Hoover, orientó el imperialismo norteamericano hacia una nueva política económica que buscaba aumentar los precios, operar una amputación del capital fijo industrial y reducir las deudas de los granjeros (cuya agitación se estaba convirtiendo en una amenaza social), mientras otorgaba al dólar libertad de movimientos en el mercado internacional de cotizaciones, descolgándolo del oro.

La áspera lucha entre la libra y el dólar se invirtió: los Estados Unidos recuperaron la prima a la importación que se habían visto obligados a ceder en 1931 y la consolidaron reforzando considerablemente su sistema aduanero.

La batalla económica anglo-americana minó las posiciones del Bloque del Oro que se formó tras el fracaso de la Conferencia Económica de 1933.

De este modo, a finales de 1934 las cargas fijas de Inglaterra y los Estados Unidos se habían reducido sensiblemente; el poder de compra de la libra y el dólar se acercó al nivel de 1929 y mejoró la rentabilidad capitalista. En cambio, en los países del Bloque del Oro, sobre todo en Francia, las cargas fijas del capital eran un 50% más altas, mientras seguía el descenso de los precios al por mayor. Francia, aunque teóricamente se "beneficiaba" de una prima a la *exportación* frente a Inglaterra y los Estados Unidos, pagaba con una moneda "apreciada" los productos ingleses y americanos, más caros que sus propios productos.

Para la burguesía francesa cada vez era más evidente que si no quería salir derrotada de esta gigantesca batalla monetaria tendría que recurrir a su vez a esa gran medida expropiadora capaz de aportar la reactivación indispensable, "alineando" su moneda y su economía con la moneda y la economía de los imperialismos rivales.

Pero esta "alineación" no implica en absoluto una estabilización monetaria internacional, algo que es imposible en el periodo de progresiva descomposición del capitalismo, que se dirige irresistiblemente hacia su única salida "natural": la Guerra. La resolución de la Conferencia de Londres de 1933, que señalaba que *"todos estamos interesados en lograr, en la medida en que lo permitan las circunstancias, una estabilidad en el terreno monetario internacional, siendo los países interesados quienes deben determinar en cada caso la fecha y la paridad"*, reunió en este cubo de basura todos los deseos ya expresados a favor del restablecimiento del comercio internacional, del desarme económico y militar, etc.

Si los distintos imperialismos buscan acuerdos es porque todos saben que no pueden consolidar sus posiciones respecto al resto. Si hoy los Estados Unidos proponen una estabilización monetaria, es porque ésta les permitiría conservar las ventajas ya adquiridas gracias a la política de Roosevelt. Si Inglaterra rechaza la oferta norteamericana, es porque no le conviene. En fin, si la Francia imperialista hasta ahora ha sido la "defensora" del oro, es porque teme el resultado del conflicto entre la libra y el dólar.

La búsqueda de un equilibrio transitorio entre fuerzas antagónicas, esto es a lo que debe limitarse el capitalismo mundial, y no a la búsqueda de un ilusorio equilibrio económico universal que supuestamente se regiría y se garantizaría mediante un mecanismo monetario cuyo funcionamiento excluyese toda fluctuación del poder de compra del oro.

Hace ya 75 años, en su *Crítica de la Economía Política*, Marx se burlaba de semejante utopía: *"podemos juzgar la profundidad de la crítica que pretende suprimir los 'inconvenientes' de la producción burguesa aboliendo los 'privilegios' de los metales preciosos e introduciendo un supuesto sistema monetario racional"*.

"La estabilidad monetaria está condicionada por la estabilidad de los precios, por la estabilidad del poder de compra del oro", repiten los agentes del capitalismo. *"Los intereses del obrero"*, dice Blum, *"exigen la estabilidad del valor de compra, y por tanto una relación constante entre el oro y las mercancías. No basta con que un salario determinado represente una cantidad fija de unidades monetarias, sino que estas unidades deben representar una cantidad fija de mercancías"*. Y añade: *"Si se devalúa, se altera la relación de la moneda con el oro; si se mantiene la paridad con el oro, se deja vía libre al fenómeno de la subida del oro, se altera*

la relación del oro con las mercancías. ¡Tanto en una como en otra hipótesis, los trabajadores se ven directamente o indirectamente afectados!". (*Le Populaire*, 28-9-1934).

El proletariado no tiene evidentemente nada que ver con semejantes concepciones, pues no reflejan más que los deseos capitalistas de escapar a la acción de sus propias leyes, persiguiendo el envilecimiento del valor de la fuerza de trabajo hasta que llegue el día que pueda aniquilarlo materialmente en la hoguera de la guerra. Blum nos dice que frente a las maniobras monetarias de la burguesía *"la clase obrera debería elegir la menos nociva, haciendo un balance de las ventajas y las desventajas"* (al igual que en la "democracia"). Ante esta argucia contrarrevolucionaria nosotros proponemos al proletariado la necesidad de luchar por la defensa de su salario *real*, lo que le llevará a constatar que es imposible que su suerte mejore en el contexto del sistema capitalista y terminará convenciéndole de que la lucha por el poder es inevitable.

MITCHELL.

PROSPERIDAD DE GUERRA Y ESTÁNDAR DE VIDA

Communisme nº 11 y nº 12, febrero y marzo de 1938.

Dada la fase que atraviesa actualmente la evolución del Capitalismo mundial, creemos que es perfectamente posible definir algunas de sus características más notables simplemente echando mano del elocuente lenguaje que ofrecen las estadísticas burguesas. Aunque los marxistas han de mirar con la mayor circunspección el "barómetro" económico que le ofrece el enemigo, cosa que evidentemente hay que tener en cuenta, llega un momento en que la propia brutalidad de los hechos registrados termina despedazando el conformismo de las cifras: el Capitalismo ya no puede disimular por más tiempo la verdad que encierra la "previsión" marxista. Por su parte, el Proletariado, viendo como los acontecimientos confirman esta previsión, puede estar seguro de que encontrará a quien le guie a través de este laberinto, por la segura vía de su emancipación.

La situación actual obliga a hacer una observación capital a la que los garantes de este régimen, sea cual sea su ralea, no prestan atención sino a disgusto: ¿Cómo es que la "prosperidad" económica se ve arrastrada por una corriente violenta que impulsa la exacerbación de los contrastes sociales y que

incluso alimenta los focos de la guerra imperialista en España y en Asia? Sin embargo no es conveniente apresurarse y concluir que se trata de una paradoja, pues en realidad existe un perfecto sincronismo entre estos dos fenómenos, lo cual se explica por la propia *naturaleza* de la reactivación económica.

No vamos a explicar de nuevo aquí lo que ya hemos dicho en otro lugar, a saber: que no nos encontramos ante un nuevo ciclo *extensivo* semejante a aquellos que conoció el Capitalismo en ascenso, sino ante un fenómeno que, en la decadencia capitalista, adquiere una importancia decisiva: la producción de guerra. Alimentando la economía, sus consecuencias desembocan en el agravamiento de los antagonismos de la Sociedad burguesa. Sin desarrollo armamentístico *no hay recuperación posible*. Pero es esta propia "recuperación" la que precipita los acontecimientos…

Por eso actualmente vivimos en lo que un burgués clarividente ha llamado "prosperidad corrosiva", es decir, una prosperidad que devora la riqueza social, un derroche colosal de trabajo humano y trabajo acumulado.

Recordemos lo que dijimos en su momento: no hay analogía posible entre la expansión económica actual y los antiguos periodos de desarrollo. Para convencerse de ello, basta con comparar en cada uno de estos periodos el movimiento de la producción mundial con la evolución del comercio internacional, y confrontar los resultados.

Así, constatamos que la expansión de 1901-1906, que abarca desde la crisis de 1900 hasta la víspera de otra nueva crisis en 1907, se tradujo en un aumento de la producción (en volumen) del 22%, mientras que los intercambios mundiales aumentaron (en volumen) un 29%. Lo mismo sucede en el periodo 1908-1913, prólogo de la guerra mundial: 21% de

alza de la producción y 30% del comercio. Y este mismo fenómeno se manifiesta incluso durante la fase de reconstrucción de 1921-1928, en la que se registró respectivamente un 50% y un 63%.

En los dos primeros periodos, el desarrollo desigual entre la producción y el comercio fue favorable para este último, lo que se explica por la apertura de nuevos mercados y la *predominancia* del mercado mundial sobre el mercado interior de cada Estado.

En la fase de expansión que sucedió a la crisis de readaptación de 1920, la velocidad del aumento de los intercambios, que en 1928 incluso superaban en 13 puntos a la producción, no se debió a una nueva extensión del mercado capitalista, sino que representó más bien una reacción normal ante la extrema contracción que la guerra imperialista había provocado en el comercio mundial, mientras la producción seguía funcionando intensivamente en beneficio de la masacre. Por tanto, hasta el umbral de la crisis de 1929, durante el ciclo de recuperación económica, la actividad industrial permaneció por debajo de la actividad comercial. Y entre paréntesis habría que añadir esta otra afirmación, que no contradice la anterior: en los dos o tres primeros años de cada ciclo, la producción es la que toma la delantera frente a los intercambios, pues el Capitalismo, "saneado" por la crisis precedente, no espera a que se abran nuevos mercados para demarrar. La producción "anticipa" en cierto sentido la ampliación de los mercados, bajo el impulso de la perspectiva alcista y la necesidad de reponer los stocks agotados.

Si examinamos ahora el movimiento que se ha desarrollado después de la última crisis, la de 1929, que en los países más grandes (Inglaterra, Estados Unidos, Alemania) ha alcanzado su punto crítico en 1932, descubriremos una

tendencia inversa a la que se producía antes. Para empezar, recordemos que cuando la crisis tocó fondo, la producción había retrocedido más que el comercio mundial: a finales de 1932 no llegaba a los 2/3 del de 1929, dejando al margen a la URSS; si la incluimos, llegaría al 70%. En cambio, el volumen del comercio mundial era un 75% respecto al de 1929.

Pero a partir de 1933 la tendencia se invierte. Mientras que en el 2º semestre de 1937 los intercambios aún no han llegado a alcanzar el nivel de 1929 (98.1%), la producción ha dado un salto impresionante. Sin incluir a la URSS, el índice supera en un 6% al de 1929, y con la URSS lo hace en un 15%. Comparada con la de 1932, el desarrollo de la actividad industrial es aún más destacado: 66%, mientras que el comercio no llega al 31%. Si nos fijamos sólo en Inglaterra, las cifras son aún más significativas: septiembre de 1937…

% de crecimiento	Respecto a 1932	Respecto a 1929
Comercio	126 %	89 %
Producción	151 %	126 %

Así pues, podemos sacar una primera conclusión. Al contrario de lo que ocurría anteriormente, hoy es el mercado interno de cada Estado el que gana por la mano al mercado externo. Por tanto, hay que plantearse inmediatamente la siguiente cuestión: ¿dónde halla salida esta producción, dado que la Burguesía –a pesar de agitación demagógica de aquellos que la ayudan a salvaguardar su régimen de explotación– no muestra la menor preocupación por las necesidades de las masas ni pretende ampliar su poder de compra, sino que más bien multiplica sus esfuerzos por comprimirlo aún más, tal y como veremos al final de este estudio?

En realidad, el reflujo de la actividad industrial hacia los estados nacionales no es más que la consecuencia de la detención del desarrollo *extensivo* de los mercados, que se corresponde con la decadencia capitalista[97]. De ahí es de donde surge esta corriente que empuja al Capitalismo mundial hacia una transformación estructural de su economía… De ahí esa orientación hacia el nacionalismo económico, la resuelta afirmación de la política autárquica (también en los Estados democráticos), la instauración del mecanismo de los cupos y de los monopolios estatales de todo tipo, todo un conjunto de fenómenos sobre los que también volveremos luego.

De momento nos limitaremos a afirmar que esta inevitable adaptación del Capitalismo a su fase de decadencia requiere que las fuerzas productivas, privadas ahora de sus mercados "naturales", se dirijan a la producción de guerra. Una vez más, las cifras disiparán cualquier duda al respecto.

El verdadero significado del aumento de la producción mundial, que en septiembre de 1937 es un 66% superior a la de 1932 y un 15% superior a la de 1929, no se puede entender como es debido sin tener en cuenta el movimiento general de la producción metalúrgica, particularmente el de la producción de acero. Entonces es cuando uno se da cuenta de que el impulso industrial proviene principalmente de este último sector. No obstante, desde el punto de vista mundial, el hecho de que, comparado con el de 1929, el aumento del porcentaje de la producción de acero no haya superado al de la producción total (+ 15%) a primera vista parece desmentir esta conclusión, pero lo que ocurre es que han surgido nuevos factores (entre los cuales la URSS es el más impor-

[97. Sobre este tema se puede consultar en el nº 3 de *Communisme* (15/6/1937) el artículo *Tendencias de la evolución capitalista*.]

tante), lo cual falsea algo los datos. Por el contrario, las cifras de los principales países productores confirman claramente lo que decimos. Júzguese la siguiente tabla:

INDICES DE PRODUCCIÓN (volumen)

SEPTIEMBRE 1937	1932=100		1929=100		1913=100
	TOTAL	ACERO	TOTAL	ACERO	ACERO
Mundial (URSS incluida)	175	271	115*	115	169*
Inglaterra	151	256	126	131	180
Alemania	225	350	120	124	115
Estados Unidos	173	390	93	95	170 (en mayo 200)
Francia	100	140	69	82	170
Bélgica	128	150	85	103	184
URSS	240	300	410	358	413

* Valor aproximado.

En Inglaterra, vemos que el índice respecto a 1932 ha progresado menos que el de la producción mundial, mientras que el de 1929 supera el índice mundial, así como los índices del resto de países (salvo la URSS). Para poder entender este aparente contraste, basta con recordar que la economía inglesa estaba ya en crisis desde 1926 y que en 1929 su nivel productivo ya estaba por debajo del nivel mundial.

Alemania y en los Estados Unidos llegaron en 1932 al fondo de la depresión, por lo que, partiendo de esta fecha, el

progreso relativo ha sido más acusado que en otros Estados. La producción metalúrgica de Alemania se ha multiplicado por 3'5 y la de Estados Unidos casi se ha cuadruplicado. Sin embargo el nivel norteamericano es un 7% inferior al de 1929, y la producción de acero es un 5% inferior, mientras que en este aspecto el progreso alemán es de un 24% (Inglaterra 31%). Y es que los Estados Unidos, con el frenesí del crédito, pudieron mantener su producción a un nivel más alto que Alemania hasta el umbral de la crisis.

Por último, Bélgica y sobre todo Francia están muy por debajo del nivel de 1929. Sin embargo, hay que señalar que ambas se han podido beneficiar del progreso de su industria metalúrgica desde 1932. Pero sólo Bélgica ha conseguido elevar su nivel de producción de acero por encima del índice de 1929, mientras la de Francia no ha alcanzado más que un 82%. Sus índices son los más bajos de los países que hemos escogido, y confirman las características que ya hemos analizado en el estudio dedicado específicamente al periodo del Frente Popular[98]. En cuanto a las particularidades de la economía belga, las analizaremos más adelante.

Si pasamos a la última columna de la tabla para comparar los dos periodos culminantes de la política armamentística (1913 y 1937), resulta que en 1937 se registra un aumento considerable de la producción total de acero, que supera en un 70% a la de 1913. Sólo Alemania, con un aumento del 15%, parece ser la oveja negra, pero se trata de una mera apariencia, pues sabemos que en 1913 se hallaba a la cabeza de esa carrera que condujo a la masacre de 1914. Hay que señalar, en cambio, que el resto de países tienen un índice superior al mundial. En cuanto a la URSS, aunque ya era el 5º productor mundial de

[98. Véase *Communisme* nº 7 y nº 8.]

acero, ha cuadruplicado su producción, dando un salto que hoy le sitúa en el tercer puesto, inmediatamente después de los Estados Unidos y Alemania. Este es el verdadero significado del "socialismo en un solo país", y la prueba es que los planes quinquenales han contribuido integrar la economía soviética en ese proceso capitalista que ha levantado las economías de guerra.

Ya hemos subrayado la desigualdad del ritmo entre el movimiento de los intercambios internacionales y el de la producción. El predominio del proceso autárquico tiene otras consecuencias: un cambio en la proporción de los productos intercambiados en el mercado mundial y una transformación de la esfera productiva. Así, de 1932 a 1936, el volumen del comercio de los productos alimenticios cayó un 4% bajo la presión de un proteccionismo agrícola agravado por el nacionalismo económico, y comparado con el de 1929, era un 15% inferior. En cambio, bajo la influencia de las necesidades de los programas armamentísticos, el intercambio de materias primas y productos industriales ha aumentado respectivamente un 17% y un 28% desde 1932. Sin embargo, es el comercio de materias primas el que más se acerca al de 1929 (95%), mientras que el de productos fabricados permanece un 25% por debajo.

En el terreno de la producción, entre 1932 y 1936 el volumen de la producción alimenticia se mantiene al nivel de 1929, a pesar del aumento de población del globo, mientras que el volumen de materias primas ha aumentado un 47% (superando en un 5% al de 1929) y la actividad industrial un 62% (es decir, un 11% por debajo de la de 1929).

Podemos afirmar, pues, que si bien el comercio mundial ha logrado alcanzar prácticamente su nivel de 1929, esto se debe principalmente a la actividad que implica el intercambio de los productos necesarios para llevar a cabo los programas armamentísticos, así como a las perturbaciones retrógradas que se manifiestan en el seno de la división mundial del trabajo, y no a los intercambios "complementarios" que dependen de esta división del trabajo, como ocurría en el periodo de ascenso del Capitalismo.

En un terreno puramente económico, esta constatación se traduce del siguiente modo: el mecanismo del comercio mundial ya no se rige hoy esencialmente por la "ley" de la concurrencia que llevaba a reducir constantemente los precios de producción y constituía el motor del progreso en el contexto del sistema capitalista. El Capitalismo, viéndose obligado a adaptarse a su crisis de decadencia, ha decidido dejar de "costear los gastos" de una ruinosa carrera que choca además con la infranqueable barrera del creciente intervencionismo del Estado burgués. Ha puesto fin deliberadamente a la desastrosa práctica del dumping, que en último término amputaba el capital nacional en beneficio del capital "extranjero". Y no nos referimos al ejemplo del dumping japonés, pues éste es fruto de una explotación inaudita de la fuerza de trabajo ("pagada" casi a 50 céntimos la hora en nuestro papel-moneda) y no de una "prima" sobre el intercambio.

Más que tratar de aumentar el volumen de las exportaciones, que es una empresa que cada vez más arriesgada, vana y costosa, el objetivo de todas las burguesías nacionales es conservar y realizar en el exterior una *masa* satisfactoria de ganancia.

Tal es así que hoy son las exigencias del "repliegue nacional" las que presiden el juego del comercio internacional: intercambiar la *menor* cantidad posible de mercancías "indígenas" por la *mayor* cantidad posible de mercancías "extranjeras", para así poder asegurar el "equilibrio" de las economías de guerra, empezando por lograr el equilibrio en la balanza comercial. Pero con esta política los "ganadores" no son precisamente –ni siempre– los países que normalmente se supone, a saber, los países más ricos, los Estados "democráticos". Sino que son más bien los países "pobres", o dicho de otra forma, concretamente aquellos en los que se ha instaurado la dictadura fascista (para lograr hacer frente a las necesidades más draconianas que exige la organización de la guerra), los cuales además, de cara a la realización de su programa totalitario, han disfrutado en cierta medida de la solidaridad económica de las "Democracias", pues éstas les suministraron su apoyo político y material cuando de lo que se trataba era de someter al Proletariado en los centros neurálgicos de los antagonismos sociales, es decir, principalmente en Italia y Alemania.

Comparando el comercio de los 8 países que son los principales acreedores con el de los países que podemos considerar como "deudores", se pueden sacar lecciones de provecho. La primera es que las importaciones de los Estados "ricos" (Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Países Bajos, Suiza, Bélgica, etc.) han aumentado de 1934 a 1936 un 13%; las de los países "pobres", sólo un 6%. En cambio, las exportaciones de los primeros han aumentado un 4%, mientras que las de los segundos lo han hecho un 14%. Por tanto, el déficit de la balanza comercial de los Estados acreedores aumenta, mientras que la balanza de

los países deudores se vuelve favorable, y el superávit que registra esta balanza ha aumentado un 150% en estos tres años. Evidentemente se podría alegar que en último término lo que cuenta no es la balanza comercial, sino la balanza de pagos, que es positiva en el bloque de los Estados ricos y es lo que determina su posición como acreedores. Sin embargo, el que una balanza de pagos sea deficitaria no significa que la situación de ese país sea crítica. No hay que perder de vista que, si bien, por ejemplo, en Alemania la balanza ha sido positiva en 1931, 1932 y 1933, la vuelta al déficit en 1934 no ha impedido que el Fascismo financie su gigantesco programa de rearme y el "Plan de los Cuatro Años"[99]. Esta capacidad se explica fácilmente gracias al régimen de control dictatorial y absoluto que se desarrolla en las economías fascistas y que hace posible la moratoria de las deudas, la prohibición de la salida de capitales, la repatriación de capitales "extranjeros que pertenecen a la nación", la inexistencia de capitales muertos (u oro inmovilizado en las arcas de los bancos de emisión), la movilización de todos los recursos económicos y el equilibrio relativo del comercio exterior y de los pagos gracias al empleo de los "clearings". Teniendo en cuenta la debilidad, por lo demás relativa, de los medios de producción en Italia, parece sorprendente su capacidad armamentística, pero es que ésta sólo se ha podido desarrollar con el apoyo efectivo de las Democracias. Comparado con 1935, Alemania se ha podido beneficiar de un aumento del 15% del valor de sus exportaciones en 1936; sus ventas de productos fabricados

99. El *Vierjahresplan* o Plan de los Cuatro Años fue un programa nazi iniciado en 1936 y que pretendía orientar la economía alemana hacia la autarquía y el rearme.

superan incluso a las de Inglaterra y los Estados Unidos. Francia, para lograr la liquidación de sus cuentas de clearing con Alemania, ha tenido que aceptar un aumento de sus importaciones de productos alemanes. Estos clearings (pago de la diferencia) juegan además un importante papel en la política económica de los Estados fascistas. Alemania, por ejemplo, los emplea con maestría en los Balcanes para aumentar su influencia económica en perjuicio de los Estados occidentales. El próspero juego de los clearings también ha permitido a Italia aumentar sus importaciones y aprovisionar de esta manera su economía de guerra.

En resumen, podemos afirmar sin vacilar que la política centrípeta de "seguridad" económica que preside la organización más o menos acelerada de las economías de guerra nacionales –y que ha ido adquiriendo predominancia dentro de cada Estado– no frena el ejercicio de la solidaridad de clase entre las estas distintas burguesías, pues ocurre todo lo contrario, esta solidaridad se impone como una necesidad para que la "nueva política económica" del Capitalismo mundial pueda expandirse plenamente.

***

Así se comprende más fácilmente que en Bélgica la "renovación" económica que se inició a partir de 1935 no ha sido otra cosa que una participación "oportunista" en la "reactivación" mundial orientada hacia la producción de guerra, producción que la devaluación no ha hecho más que impulsar al llevar a cabo un "saneamiento" previo del capital productivo y sobre todo de los salarios, que como sabemos constituyen en Bélgica una importante fracción de este

capital. Debido a su posición subordinada dentro del tablero internacional y a sus particularidades estructurales, el Capitalismo belga evidentemente no esperaba llevarse la mejor parte de este "festín" de armamentos, pero las alabanzas de todos los que arropaban la Unidad Nacional –hasta que aparecieron nuevos obstáculos– eran el índice que permitía medir los resultados sustancialmente obtenidos. El siguiente cuadro nos mostrará además que no todos los méritos son de Van Zeeland[100] y que los gobiernos de los "banqueros" Jaspar y Theunis[101] tienen derecho a reclamar una parte de los laureles, pues en cierta medida contribuyeron a que el movimiento de la economía belga se incorporara al ciclo mundial que se abrió a partir de 1933.

En el punto culminante de su progreso (junio de 1937) la producción belga aún está muy por debajo del nivel alcanzado por la producción mundial, y sólo supera a Francia.

Comparado con 1932, el aumento de la actividad industrial es sólo del 28% frente al 75% mundial, y para el acero un 48% frente a un 171%. Comparado con el de 1929, el índice general de Bélgica (8 meses de 1937) es un 12% inferior, mientras el índice mundial es un 15% superior. Para el acero, el progreso es más sensible, pues el índice de 1937 alcanza al de 1929, que era relativamente superior al índice mundial.

100. Paul Van Zeeland (1893-1973), político belga del Partido Católico, fue primer ministro entre 1935 y 1937 presidiendo un gobierno de unidad nacional junto a socialistas (Vandervelde, De Man, Spaak) y liberales.
101. Henri Jaspar (1870-1939), político del Partido Católico, primer ministro de Bélgica entre 1926 y 1931. Georges Theunis (1873-1966), también dirigente del Partido Católico y primer ministro entre 1921-25 y 1934-35.

INDICES DE PRODUCCIÓN (volumen)

Bélgica	1932=100		1929=100		1913=100
	Total	Acero	Total	Acero	Acero
1933	103	98	71.4	67	124
1934	104.8	106	72.3	72	132
1935	120	108.6	83	73.7	131
1936	126	114	87.1	77	140
1937 (8 meses)	128	148	88.5	100	185
1937 (septiembre)	128	148	89	100	-
Mundial* (URSS incluida)	175	271	115	115	169

* Índices en septiembre de 1937.

Es importante señalar que hasta casi el tercer trimestre de 1936 la producción total supera a la de acero[102]. La tendencia se invirtió tras el inicio de los programas de armamento alemanes e ingleses, a los que se ha venido a añadir el de la Burguesía belga; a partir de entonces podemos ver como el índice del acero supera al general, dando un salto del 77 al 100 y alcanzando el nivel de 1929, lo que supone un progreso del 30% en tan solo unos meses. Pero a pesar de la exportación masiva de acero, el hecho de que prácticamente las 2/3 partes de la producción de acero se vendan en el interior,

[102. El progreso inicial, efectivamente, se debe sobre todo a los fenómenos de reanimación económica que acompañaron a la devaluación, más que a la producción de guerra propiamente dicha.]

cuando en 1929 sólo se vendía 1/3, demuestra que en Bélgica el mercado nacional también tiende a convertirse en el predominante, bajo la propia presión de los nuevos factores que hemos puesto en evidencia y cuya particular influencia sobre la economía belga analizaremos más tarde.

Para convencernos aún más, bastaría con echar un vistazo a la columna de 1913 y ver que la producción de acero en Bélgica ha superado al índice mundial en 1937: 185 frente a 169, y esto, una vez más, a pesar de la contracción de las exportaciones. Esto significa que aunque la política de armamentos que lleva a cabo la burguesía belga es menos acentuada que en otros Estados más grandes debido a sus particularidades socio-políticas, no por ello deja de verse arrastrada por esa tendencia del Capitalismo mundial, logrando unos resultados materiales que ya son impresionantes.

Unos resultados que se reflejan sobre todo y con claridad en los balances. La industria siderúrgica es la que ha recuperado una mayor tasa de ganancia. En efecto, el rendimiento medio que reconoce la industria en 1936 se eleva globalmente al 4'91%, frente al 2'71% en 1935. El del sector metalúrgico logra una tasa del 6%, que con el salto de 1937 se verá ampliamente superada. Además, ciertamente la devaluación ha amputado considerablemente el Capital productivo de las empresas metalúrgicas, en perjuicio de los prestatarios, naturalmente; pues el capital prestado, que en 1928 representaba un 20% del total, ascendía en 1934 al 57%, en vísperas de la devaluación. Ésta significó que cada franco no devaluado que se había prestado podía pagarse con un franco devaluado, lo cual debía evidentemente repercutir favorablemente en los precios de coste, pues la devaluación redujo automáticamente el *valor* de los elementos *fijos* que entran dentro de

los precios de coste (precio de la maquinaria), y por tanto fortalecía el armazón financiero del aparato productivo.

Ahora tenemos que volver a la observación que hemos hecho al comienzo, que resulta de la comparación entre la evolución de la producción y el comercio. Lo que vale para la economía mundial también vale para la economía belga, tal y como se puede ver en esta tabla:

Índices Volumen, 1932=100	Producción		Comercio	
	Bélgica	Mundial	Bélgica*	Mundial
1933	103	113	99.2	100
1934	104.8	123	101.6	105
1935	120	138	100	109
1936	126	160	107.4	115
1937 (8 meses)	128	166	121.8	131

* Importaciones + Exportaciones.

Aquí también se observa que a partir de 1932 el ritmo de la producción supera al de los intercambios, y si bien el índice del comercio tiende a alcanzar al de la producción en 1937, esto se debe sobre todo al impulso de las masivas exportaciones de acero y no a una ampliación general de la corriente de los intercambios. Los movimientos comerciales de los 8 primeros meses de 1937, efectivamente, sufren la clara influencia de la carrera armamentística mundial y del desarrollo de los conflictos imperialistas en España y Asia: aumento del 20% respecto a 1936 de la cantidad de acero

exportada; aumento de las exportaciones a España un 79%; a Japón, un 147%; a Alemania, un 37%, unas tasas que superan a la tasa global del 29% (en valor).

Pero en 1937 el nivel del comercio belga (en volumen) es incluso un 14% inferior al de 1929 y, en valor, a pesar de la depreciación del franco, aún está un 25% por debajo del nivel de "prosperidad" de antes de la crisis, aunque comparado con el de 1932 haya aumentado un 65%.

Señalemos además que la economía belga no ha podido seguir el progreso de la economía mundial, ni en lo que respecta al terreno de la producción ni al de los intercambios.

El Sr. Van Zeeland, en su último informe, ha creído conveniente colocar entre los activos del balance de su gestión el equilibrio casi completo que han alcanzado las exportaciones y las importaciones. Pero esto no cambia para nada este hecho brutal: las bases del comercio exterior son y seguirán siendo más estrechas de lo que eran antes, y este fenómeno firma la condena irrevocable del Capitalismo.

Que no se molesten los demócratas-demagogos en relacionar el equilibrio de los intercambios con una "mejoría", pues este mérito también se lo podemos atribuir a la gestión fascista. Mejor que nos digan por qué, por ejemplo, en 1913, cuando las exportaciones sólo representaban 2/3 de las importaciones, nadie decía que la situación era catastrófica, ni tampoco cuando se llegó a cima de la prosperidad de posguerra, en 1929, cuando las ventas también eran inferiores a las compras en un 11%. Ciertamente ha habido un progreso, pero en el sentido de que se está desarrollando una etapa del programa imperialista que pretende consolidar el dominio burgués organizando la esclavitud política y la miseria económica de las masas.

Pero este aspecto del problema lo examinaremos en el próximo número.

***

Ni el más rezagado de los "libertarios" de la escuela clásica de economía puede negar el fenómeno quizá más característico de la decadencia capitalista: la desarticulación de la economía mundial, la profunda alteración de la división internacional del trabajo tal y como ésta había surgido espontánea y anárquicamente, a través de la supervivencia de los más "aptos" en un sistema de producción para el mercado. Resulta que el Estado capitalista, aunque conserve su antiguo caparazón democrático, se vuelve "totalitario" en todas partes. ¿Por qué? Porque los contrastes sociales han llegado al paroxismo y se ve obligado no sólo ya a proteger discretamente los intereses de ciertos individuos o grupos capitalistas, como ocurría durante la prospera fase expansionista, sino también a acometer el duro trabajo de salvar a la clase burguesa en su conjunto, frente a la permanente amenaza del que Marx llamaba *"el enterrador histórico del Capitalismo"*: el Proletariado.

Si hacemos caso a las palabras del "técnico" Van Zeeland, que acaba de divulgar su famoso informe, *"la autarquía"* es *"la fractura, la sarna, la procedencia de todo mal"*; "la autarquía" supuestamente es el origen de la parálisis del comercio mundial y de la crisis económica: el efecto se convierte en causa, y viceversa. ¿Pero es que acaso podemos esperar que el Capitalismo firme su propia e irrevocable condena? ¿Acaso va a renunciar a esa política del engaño que tan buenos resultados le ha dado hasta ahora gracias a la sacrificada ayuda, o

cuando menos desinteresada, de los líderes "obreros"?

Las directivas que ha propuesto Van Zeeland para equilibrar la máquina capitalista y regular su funcionamiento nos sacan de dudas. La cuestión de la búsqueda del "bienestar de las masas" sólo se saca a relucir para disimular que en realidad ese mismo bienestar está siendo pulverizado (dado por buena la absurda hipótesis de que haya existido alguna vez) bajo el peso de las necesidades implacables que plantea la decadencia de la sociedad capitalista.

Pero hay burgueses menos hipócritas y reticentes que enfocan resueltamente la perspectiva de lo que definen como un "empobrecimiento" de la vida social.

Como ya hemos dicho, la producción de guerra es ya predominante en la vida económica *mundial*, y esto sólo es posible en perjuicio de la producción destinada al consumo, es decir, de las necesidades sociales propiamente dichas. Los presupuestos militares *reconocidos oficialmente* son tres veces más altos que los de 1913 (si empleamos un patrón idéntico) y la masa de trabajo que se aniquila en la producción "autárquica" que alimenta la economía de guerra es incalculable. El "progreso" del Capitalismo en descomposición es innegable, pero en el sentido de que conduce a la instauración de un régimen de guerra… antes de la propia guerra. Cuatro años de masacre imperialista (1914-1918) no fueron suficientes para alumbrar esta especie de mecanismo de relojería que está en marcha actualmente en Alemania.

En aquella época bañada de optimismo en la que se originó la industria moderna, hace 75 años, Marx señalaba que el Estado capitalista a la sazón más evolucionado, el Estado inglés, mostraba al resto de países el futuro que les aguardaba. Hoy podemos ver claramente que esta afirmación tenía un carácter

relativo y no absoluto. Pues sabemos que si bien el Capitalismo ha conquistado el mundo entero, no por ello han dejado de existir múltiples formaciones precapitalistas más o menos evolucionadas. Pero lo que nos interesa actualmente es esto: dado que el propio capitalismo ha agotado sus posibilidades históricas y que por tanto se debate en las convulsiones de una crisis permanente, la evolución trazada por Marx hoy se desarrolla al revés. El proceso dialéctico, al invertirse, provoca el desarrollo de unos fenómenos retrógrados que han adquirido unas formas ya acabadas en los países más capitalistas, allí donde los contrastes sociales alcanzan tal intensidad que llegan al paroxismo. Por eso hoy podemos decir que Alemania muestra al resto de Estados, a todos, la suerte que les espera, aunque por supuesto el sistema burgués bien puede arrastrar a la sociedad a una nueva barbarie antes de que esto suceda. Pues, por paradójico que pueda parecer, no le queda otra alternativa más que "organizar" la destrucción de las riquezas acumuladas así como la destrucción del Proletariado. El Estado fascista alemán (también el italiano) ya ha mostrado y empleado las vías y los medios prácticos para realizar este "programa". Éste es el significado que tiene el llamado "Plan de los Cuatro Años" (que no quiere decir que se vaya a limitar en el tiempo) para el conjunto del mundo capitalista, y los sarcasmos de los rebaños antifascistas no tienen nada que hacer ante esta evolución, que aunque se desarrolla a un ritmo desigual introduce la gestión hegemónica del Estado tanto en los países democráticos como en aquellos en los que la bota fascista ha aniquilado toda organización proletaria. En realidad, este famoso plan no es otra cosa que una movilización total de la economía, que como hemos dicho debe desembocar en un verdadero estado de guerra sin guerra.

Actualmente, en Alemania, el Estado ejerce un control casi absoluto en la contratación y el despido de los asalariados, fija el nivel de los salarios y el de los precios, dirige el funcionamiento de los organismos de producción, de reparto y de consumo, el empleo de los capitales, el mecanismo de los empréstitos públicos, las tasas de interés y de descuento, controla la distribución de los dividendos y la forma de calcular las amortizaciones y los beneficios, el aprovisionamiento de materias primas y productos alimenticios y, en fin, el comercio exterior.

Y que nadie piense que estos son unos fenómenos *específicamente* fascistas. La instauración de un régimen político fascista ciertamente permite su plena expansión; pero la dictadura nazi, empujada por la necesidad, lo único que ha hecho ha sido desarrollar una tendencia ya iniciada en el régimen de Weimar. Lo importante es la naturaleza del proceso social y no las formas bajo las que se despliega. Si Hitler ha logrado de un hachazo lo que Van Zeeland ha obtenido (ciertamente de forma menos perfecta y a un paso más ralentizado) con la ayuda de los líderes "obreros", simplemente se debe a diferentes circunstancias históricas. Pero Van Zeeland, al igual que Hitler, ha franqueado ya la etapa más "progresiva" de la decadencia capitalista y ambos se han visto obligados a acentuar la política de drástica reducción del nivel de vida de las masas, ya inaugurada por sus predecesores tras el surgimiento de la crisis mundial.

De ahí la creciente contradicción entre la producción de guerra y la que responde a las necesidades esenciales de la población.

En nuestro estudio del mes pasado[103] hablamos de la contradicción entre los intercambios internacionales y la producción mundial.

Tal es así que pudimos constatar que en todos los países se ha producido una reducción de las importaciones de productos alimentarios en beneficio de las materias primas necesarias para fabricar armamento. Los dos bloques políticos que parece que se oponen más claramente, Francia y Alemania (Frente Popular y Dictadura Fascista) revelan en este sentido tendencias idénticas. Al comparar los años 1936 y 1937 en Francia, podemos ver que si bien el conjunto de las importaciones ha aumentado en volumen un 20%, las de productos alimentarios han descendido un 6% y no representan más que un 10% del total en 1937, frente al 13% en 1936. En cambio, la compra de materias primas ha aumentado cerca de un 24%, y suponen un 86% del total frente al 83% del año anterior. Esta relación no se modifica sensiblemente si tomamos las cifras correspondientes al valor y no al volumen. Y en Francia esta tendencia aún está en sus inicios. En Alemania, los alimentos importados, en valor, han pasado del 31% en 1928 al 24% en 1935, mientras que las materias primas han subido del 51% al 62%. Aunque no disponemos de cifras para los años 1936 y 1937, esta tendencia ciertamente se ha acentuado.

En el terreno de la producción se manifiesta el mismo desfase. En Alemania, en 1935, comparado con el bajo nivel de 1932, la fabricación de instrumentos de producción y de bienes "duraderos" (léase productos para la guerra) había aumentado respectivamente un 137% y un 232%, mientras que la de productos de consumo de primera necesidad sólo

103. Mélis se refiere a la primera parte del artículo (nº 10 de *Communisme*).

aumentaba un 24% y el índice general subía un 91%. En Francia, mientras que el índice general en septiembre de 1937 ha bajado un 10% respecto a 1933 y el de la industria textil ha caído un 40%, el de la metalúrgica ha aumentado un 21%.

Pero a la hora de determinar el nivel de consumo no sólo interviene este factor de la cantidad, pues el factor de la calidad cada vez va adquiriendo mayor importancia. Y de nuevo el ejemplo alemán es revelador a este respecto.

En primer lugar hay que decir que la estabilización (relativa) de los precios se debe a un empeoramiento de la calidad de los productos. A partir de ahora un obrero usará tres pares de zapatos de cuero comprimido en lugar de los dos pares de cuero ordinario que usaba antes; lo cual supone que sus gastos en calzado aumentan un 50%, o más bien que su vestimenta se deteriora un 33%, pues evidentemente el obrero no se comprará, en el mejor de los casos, más que dos pares de zapatos. Lo mismo ocurre con los tejidos compuestos de Zellwolle (fibra textil artificial que hoy sustituye a la lana). Así, podemos decir que la famosa e infructuosa ley del máximum general[104] promulgada durante el Terror Jacobino de 1793, se cumple de manera encubierta en el año V de "la era fascista". En segundo lugar, las restricciones de todo tipo que se ejercen sobre el poder adquisitivo de los obreros provocan un aumento de la demanda de productos de calidad inferior, lo que exime al Estado de introducir el sistema de la cartilla de racionamiento, tanto más en la medida en que no parece preocuparle que esto desemboque en una grave escasez de alimentos de primera necesidad, ya que Alemania supuestamente puede subsistir con patatas, centeno, azúcar y leche.

104. La ley del máximum general de 1793 establecía un nivel máximo para los precios y los salarios.

Mediante una especie de racionamiento indirecto, "invisible", de los productos deficitarios, mediante el encarecimiento de los productos de mejor calidad y su sustitución por sucedáneos, el fascismo puede perfectamente reducir el consumo al estrictamente compatible con la "paz" social. ¡Y a los antifascistas que apuestan por el hambre o la catástrofe económica les tocará pagar!

***

Bélgica, al igual que el resto de países "ricos" junto a los que vive (Francia, Inglaterra), no puede eludir la transformación estructural que le impone la evolución del Capitalismo mundial, un proceso que en Alemania, como acabamos de señalar sumariamente, se ha traducido en unas exacerbadas formas autoritarias, concentradas hasta el límite. Expliquémonos bien. No estamos diciendo que el esquema alemán se vaya a reproducir idénticamente y que vaya a dar lugar a tantos ejemplares como naciones existen. Una vez más debemos fijarnos, no ya en los aspectos exteriores de los fenómenos cuyo sentido tratamos de descifrar, sino en su significado histórico, así como en la universalidad de sus manifestaciones.

Antes hemos dicho que Bélgica también había seguido, aunque a un ritmo más lento, ese movimiento de reanudación económica basado esencialmente en la producción de guerra. Por su parte, los elementos más clarividentes de la burguesía belga ya no se molestaban en disimular que la adaptación de la economía a la creciente tendencia del repliegue nacional o "autárquico" era algo ineluctable, lo que no es más que el aspecto que adquiere *para el capitalismo* el problema de la revuelta de las fuerzas productivas contra el modo burgués de producción.

Hace poco, el economista Baudhuin, cuyo optimismo y liberalismo clásico ya conocemos, planteaba la siguiente cuestión: *"¿Seguimos siendo un país transformador y que exporta para vivir? No estoy seguro"* (!). Y el propio Baudhuin avanzaba una respuesta: *"el* mercado interior (subrayado por nosotros) *debe ser capaz de garantizar una salida a* la mayor parte (subrayado por nosotros) *de la producción nacional. La tendencia a exportar productos acabados no creo que sea compatible con la evolución que estamos atravesando en estos últimos años"*. Esto confirma lo que hemos señalado antes, a saber, que el mecanismo de los intercambios exteriores está subordinado a las necesidades internas. Y efectivamente, en Bélgica, como en otros sitios, asistimos a una gradual transformación de los intercambios, que está relacionada con la llamada política de "Renovación Nacional", que en realidad es una política impuesta por las circunstancias y muy parecida a la que ya existe, bajo formas más evolucionadas, en los países fascistas, en los que el comercio exterior está ya totalmente al servicio de la economía de guerra.

Tal es así que las importaciones de la Unión Belgo-Luxemburguesa[105] han seguido esta vía: mientras que en 1935 los productos alimenticios representaban un 11'4% del volumen total de las compras, han bajado hasta el 10% en los 10 primeros meses de 1937. En valor, la reducción es del 20% al 18'4%. En cambio, las importaciones de materias primas han pasado del 86'2% del total al 87'7%, en volumen, y del 51'2% al 57'4% en valor. En las exportaciones la proporción de materias primas (hierro y acero) también ha aumentado si la comparamos con la de productos fabricados.

105. La Unión Económica Belgo-Luxemburguesa se firmó en 1921.

Y en la esfera de la producción ocurre otro tanto, las empresas que trabajan para satisfacer las necesidades del consumo retroceden ante las que alimentan los armamentos y las necesidades que estos requieren.

Para coordinar las manifestaciones de esta tendencia incoercible, el gobierno de Van Zeeland creó, al mismo tiempo que una Comisión de Contingentes[106], una Comisión de Orientación Industrial (C.O.I.), que hace ya un año que emitió un informe enunciando unas significativas directrices para la reforma estructural de la economía belga, reforma que necesariamente debía ir acompañada de la refundación del aparato estatal, al que acaban de incorporarse las organizaciones obreras. Unas directrices que, en resumen y dadas las particularidades y las diferencias que existen entre ambos tipos de regímenes políticos, son sustancialmente idénticas a las que han puesto en vigor Mussolini y Hitler: desarrollo de las fuerzas de destrucción en detrimento de las necesidades de las masas, llevar el intervencionismo estatal hasta el límite, maniatar a las organizaciones obreras, si no destruirlas, movilizar todo lo posible el poder coercitivo y represivo del Estado, y todo para parar las posibles reacciones del Proletariado y, si es necesario, ahogarlas en sangre.

Una vez aclarados sus objetivos, se van revelando los contornos del Socialismo-nacional (o nacional-socialismo) de los Spaak[107], De Man y consortes[108]… y entonces el discurso

106. Los *contingentes cuantitativos* o cupos establecían límites a las importaciones.

107. Paul-Henri Spaak (1899-1972), dirigente socialista belga, ministro en el gobierno de Unidad Nacional de Van Zeeland. Posteriormente ocupará el cargo de primer ministro y tras la guerra será considerado uno de los "padres de Europa".

[108. Ni que decir tiene que la pseudo-oposición "anti-socialismo-nacional" de los Vandervelde, de otros izquierdistas y de los estalinistas, lo único que

de De Man en Anvers adquiere pleno significado: definir al partido socialista como *"un partido gubernamental al cien por cien"*, lo que quiere decir evidentemente acoplarlo como un engranaje necesario más al frente de las maniobras de la máquina capitalista, en un periodo en el que los acontecimientos tienden a precipitarse. Lo mismo ocurre con el Plan de Trabajo, *"que más que nada es el reflejo, en un programa, de la transformación de un partido de oposición en un partido de gobierno"*. A este socialismo "realista", pues, le corresponde la tarea de atar a los obreros al "interés general", es decir, al interés general de la clase capitalista, del que el Estado se ha convertido en el guardián absoluto ante y contra toda veleidad de resistencia de ciertas capas burguesas. Por eso De Man puede presumir de que los socialistas son *"los verdaderos garantes de la constitucionalidad y el orden frente a los peores enemigos de las instituciones nacionales, que hoy en día son los reaccionarios"* (es decir, los tercos que se obstinan en no comprender qué es lo que necesita hoy el capitalismo). Con toda razón el P.O.B. (flanqueado por los repugnantes demagogos estalinistas) habla de su Estado, de su ejército y de sus gendarmes, confesando cínicamente que no es un partido revolucionario ni un partido de clase, sino *"un partido de gobierno constitucional y nacional"*.

Por otra parte, ¿acaso el P.O.B., cuando constituía la oposición a los "gobiernos de los Banqueros" y cuando gobernaba junto a Van Zeeland, no contribuyó a desbrozar el terreno sobre el que se han levantado los cimientos de la economía de guerra, que ofrece una salida a las contradicciones capitalistas?

¿Y cuál es el balance desde una perspectiva obrera? Eso es lo que vamos a examinar a continuación.

---

hace es engañar aún más a los obreros.]

***

A decir verdad, la tarea es difícil, teniendo en cuenta los complejos factores que determinan el nivel de vida. Y la imprecisión de los instrumentos de medida que existen no hace esta tarea más fácil: las estadísticas o son defectuosas o están incompletas, o bien no existen para determinadas cuestiones y a menudo se falsifican. Sin embargo, disponemos de unos elementos bastante significativos que nos permiten sacar unas conclusiones generales. Y como podremos observar, éstas son claramente negativas.

En realidad el estándar de vida depende principalmente de cuatro factores, a los que vamos a limitar nuestro análisis: el salario nominal, el poder de compra del salario, el gasto de fuerza de trabajo y la incidencia de las "leyes sociales".

Medir exactamente las fluctuaciones del salario es algo imposible. La patronal no revela sino una parte de sus secretos y además hay que tener en cuenta el optimismo que muestran sus cifras. Sin embargo, la tabla que publica el Banco Nacional sobre los índices de los salarios *por hora* ya revela en parte cuál es la verdadera naturaleza de la política de "Renovación Nacional" inaugurada en abril de 1935 y que sucedió a la llamada política de "deflación".

En la primera tabla podemos ver que la subida de la *tasa por hora* alcanza una media de un 23% durante los dos años y medio de gobierno de Unidad Nacional. Pero mientras que en la industria metalúrgica el aumento supera ampliamente la tasa media (llega al 31%), en la industria alimentaria y la textil el avance es sólo de un 12'7% y un 21'8% respectivamente. Así pues, podemos ver que en la tabla se refleja una de las consecuencias de la producción de guerra que hemos mencionado.

ÍNDICES DE SALARIOS POR HORA POR INDUSTRIA Y CATEGORÍA

	Indice General de todas las industrias		
	Todos los obreros	Obreros Cualificados	Obreros No Cualificados
Abril 1935	100	100	100
Abril 1936	104.4	104.3	104.4
Diciembre 1936	113.2	114.1	117.5
Septiembre 1937	123	123.9	128.5

	Industria Metalurgica		
	Todos los obreros	Obreros Cualificados	Obreros No Cualificados
Abril 1935	100	100	100
Abril 1936	105.5	106.6	105.5
Diciembre 1936	116.6	117.5	122.0
Septiembre 1937	131.1	135.1	139.5

	Industria Alimentaria		
	Todos los obreros	Obreros Cualificados	Obreros No Cualificados
Abril 1935	100	100	100
Abril 1936	100	101	102.1
Diciembre 1936	107.4	107.4	113.0
Septiembre 1937	112.7	112.7	117.3

	Industria Textil		
	Todos los obreros	Obreros Cualificados	Obreros No Cualificados
Abril 1935	100	100	100
Abril 1936	105.7	106.8	104.5
Diciembre 1936	115.0	116.0	116.8
Septiembre 1937	121.8	120.4	121.3

Otra cosa importante que hay que destacar es que la subida de los salarios de los trabajadores no-cualificados ha superado en todos los casos a la de los trabajadores cualificados, lo que revela una tendencia a la degradación del salario medio global y por hora. En total, la subida de la tasa por hora de los no-cualificados (categoría 3) llega al 28'5%, en la metalúrgica al 39'5%, y en la alimentaria y la textil al 17'3% y 21'3%.

ÍNDICES DE SALARIOS POR HORA POR TIPO DE INDUSTRIA

	Industria de medios de producción	Industria de medios de comsumo	Industria de materias primas y productos semielaborados	Industria de productos acabados
Abril 1935	100	100	100	100
Abril 1936	104.3	103.3	104.4	103.3
Septiembre 1936	114.1	111.0	115.5	110.0
Diciembre 1937	123.8	118.8	126.6	117.5

Y hay que destacar también que hasta la víspera de las huelgas de junio de 1936 las subidas fueron mínimas. Es más, esta diferencia entre los salarios de los no-cualificados y los cualificados empieza a manifestarse tras las huelgas, bajo la influencia de los intentos por establecer el salario mínimo a 32 francos, un salario que sin embargo está lejos de generalizarse (en la industria textil sigue a 30 francos). En fin, existen otras diferencias en las subidas salariales dependiendo de los convenios firmados. Así, mientras la subida del índice de precios al consumo llega al 26% entre abril de 1935 y

septiembre de 1937, las subidas firmadas por las comisiones paritarias no superan el 20%; y hay que tener también en cuenta que las fluctuaciones que dependen de la oferta y la demanda o de los caprichos de la patronal son del orden del 11%.

En lo que respecta ahora al salario *global*, es cierto que las subidas que se han registrado están por debajo de las de los salarios por hora, pues la consecuencia de la reabsorción del paro ha sido sobre todo una reducción del nivel de los salarios medios, lo que justifica la diferencia subrayada antes entre los salarios por hora de los trabajadores cualificados y los no-cualificados. Además, el salario individual ha subido menos que el fondo salarial total; esta es otra consecuencia más del "reparto equitativo" del trabajo disponible, formulado en el Plan de Trabajo y que nos lleva a la siguiente conclusión: *la reducción del paro se efectúa mediante un empeoramiento del nivel de vida de los obreros en su conjunto*[109].

Comparemos el salario por hora y el salario global.

Desde junio de 1936, el primero ha aumentado una media del 24% en la industria metalúrgica y un 15% en la textil, en cambio, el segundo, según afirman los bonzos sindicales, como mucho ha aumentado respectivamente un 16% y un 8%. Si bien los mineros se han visto beneficiados por una subida de casi el 25%, esto se debe unas fluctuaciones poco comunes que son fruto de la iniciativa de la

[109. Los lacayos del capitalismo han presentado estos "éxitos" en la reabsorción del paro como el patrimonio de las Democracias: ahora bien, en este terreno el Fascismo se lleva la palma. Y esto no es ninguna ocurrencia paradójica, pues la edificación acelerada de las economías de guerra (Italia y Alemania) ofrece un terreno más vasto para la expansión de la producción. No olvidemos que en Inglaterra los parados siguen siendo alrededor de 2 millones; en los Estados Unidos superan ampliamente los 10 millones y allí el actual recrudecimiento del paro está siendo más acentuado que en Alemania.]

patronal, que quiere retener a los obreros en la mina para aprovechar la coyuntura favorable. Además, esta subida está lejos de compensar las bajadas masivas que se operaron en marzo de 1935, que llevaron el salario base de los 52 fr. a los 35. Y aún no hemos hablado de la depreciación monetaria y de la intensificación del trabajo que la acompaña, pues aún no hemos explicado que lo que importa no es la subida *nominal* de los salarios, sino su *poder adquisitivo*, es decir, el salario *real*. Y aquí nos topamos con el lioso problema de los precios, que no parece que el Capitalismo tenga precisamente intenciones de aclarar. Si bien se ha preocupado de "reformar" el índice de los precios, ha sido para perfeccionar el mecanismo de expolio a los obreros y disimular la agitación económica, y de ningún modo para restablecer el equilibrio entre los salarios y los precios. Suponiendo que los salarios se adaptaran perfectamente al coste de la vida, esto no eliminaría la rebaja creciente del precio real de la fuerza de trabajo (racionalización, menor calidad de los productos, racionamiento en beneficio de las necesidades del rearme, etc.).

Hay que entender a qué nos referimos cuando hablamos de "poder adquisitivo". Está el de la Burguesía y, por otra parte, el que ésta concede al Proletariado. Son dos poderes adquisitivos de naturaleza y composición inversa: una gran parte de la renta de la burguesía se reserva para gastos suntuarios; en cambio las rentas de los obreros se consumen en sus dos terceras o tres cuartas partes en productos de primera necesidad, sobre todo en víveres. Ahora bien, sabemos que la producción de guerra (y las actividades que implica) se desarrollan a expensas de la producción de los artículos de más amplio consumo.

Si nos atenemos a las cifras oficiales, podemos ver que la subida del índice de precios al consumo entre marzo de 1935 y noviembre de 1937 ha sido del 22% (?), pero la de los productos alimenticios ha sido del 40% y el precio del pan ha subido un 90%.

Además, como ya hemos señalado citando el ejemplo de Alemania (que se ha reproducido en Bélgica), la gama de las calidades se ha transformado completamente *a espaldas* de los propios consumidores, lo que significa que esta relativa estabilidad de los precios, si la calidad no hubiera empeorado, se transformaría en realidad en un alza notable. Así se explica por ejemplo que las prendas de vestir se hayan encarecido menos que los productos alimenticios, pues es más difícil sustituir la calidad de estos últimos. También es cierto que la demanda de alimentos de peor calidad va aumentando bajo la presión de la subida prohibitiva de los productos de mejor calidad: esta es la cruda realidad en la que viven hoy todas las familias obreras.

La "disputa" en torno a la mantequilla y la margarina no puede ser más significativa a este respecto, y es que hemos asistido al edificante espectáculo de ver como unos representantes "obreros" se hacían pasar por publicistas de los productores de margarina. Estos últimos años el consumo de la "mantequilla de los pobres" se ha disparado en tales proporciones que el gobierno se ha visto obligado a contingentar la producción para calmar las inquietudes del Boerenbond[110].

Mientras que el consumo de mantequilla por habitante ha pasado de 7'5 Kg. en 1913 a tan solo 8 Kg. en 1936, el

110. La Boerenbond (Liga Campesina, fundada en 1890) es una asociación campesina cristiana, activa aún hoy en Flandes y el este de Bélgica.

de margarina ha subido de 1'4 Kg. a 6'3 Kg., es decir, cuatro veces y media más que en 1913.

En 1913 la proporción era 5 a 1 para la mantequilla, y en 1936 es tan solo de 1'3 a 1. Y curiosamente durante los últimos años de crisis (1929-1934) el consumo de mantequilla recuperó algo de terreno, pero fue gracias al hundimiento de los precios agrícolas.

Volviendo al poder de compra de los obreros; en cierta medida, podemos ver cuál es la tendencia de su evolución, y no hay ninguna duda de que ha retrocedido claramente. Por una parte, es cierto que hay que tener en cuenta que el aumento de los salarios por hora (23% de abril de 1935 a septiembre de 1937) ha supuesto en realidad un aumento *nominal* del salario global individual de casi un 15%; pero si por otra parte evaluamos la subida del coste de la vida en un 50% (siendo generosos y sin tener en cuenta la cuestión de la calidad de los productos), podemos ver que el resultado está lejos del nivel de vida que existía cuando este gobierno de "renovadores" se hizo cargo del poder. Y sin embargo los sonoros golpes a los salarios que llevaron a cabo los Jaspar, Theunis y consortes[111] provocaron tal fermentación entre los obreros que en febrero de 1935 De Man dijo que ya eran *"menos cinco"*. Pero luego la ofensiva capitalista tomó otros derroteros, continuando su desarrollo. La gigantesca huelga obrera de junio de 1936 trató de hacerla frente, pero sólo consiguió un breve respiro. Y hoy,

111. Recordemos que entre 1930 y 1934 el salario base de los altos funcionarios se redujo un 33%; el salario semanal, un 40%; el salario medio anual, 7.000 francos. El de los metalúrgicos, un 32%; en la industria textil, un 25%; en los transportes, entre un 24 y un 31%. Entre 1929 y 1932 la proporción de las rentas obreras de menos de 5.000 francos aumentó al 55%, la comprendida entre 5.000 y 10.000 se redujo al 15%, y la comprendida entre 10.000 y 25.000 bajó a un 30%.

cuando la miseria proletaria es más profunda que nunca, no se atisban síntomas que nos permitan vislumbrar futuros movimientos amplios de masas. ¡Es el sello de esta época! Y la prueba de que la polarización alrededor del Estado y del espíritu nacional parece que ha causado enormes estragos entre los obreros.

Pero aún nos queda por decir algunas cosas sobre la productividad del trabajo y el significado de las "conquistas sociales" de junio de 1936. En efecto, en último término es el consumo del trabajo del obrero, que éste entrega a cambio de sus medios de subsistencia, lo que determina su nivel de vida y establece la proporción entre el capital variable y la plusvalía capitalista, es decir, la tasa de explotación del proletariado.

Para hacernos una idea del progreso de la racionalización capitalista o del modo de empleo de la fuerza de trabajo, basta con que nos fijemos en la industria extractiva y metalúrgica.

En las explotaciones hulleras, la producción de los obreros en las vetas ha aumentado un 10% entre 1934 y octubre de 1936, 29% desde 1929, 65% desde 1925 y 83% desde 1913, aunque ha sufrido una ligera contracción entre finales de 1936 y finales de 1937. En 1936, 120.000 mineros producían un 22% más que 170.000 de ellos en 1913. Además, la mecanización del arranque, que en 1913 era de un 10%, en 1932 llegaba al 95%.

Por otra parte, el coste de la mano de obra por tonelada de carbón, que en 1930 era de 90 fr., se había reducido en 1933 a 55 francos. A pesar de la pobreza y el agotamiento de las vetas, el precio de tonelada de carbón, en 1937, era más barato que el precio mundial.

En las acerías, el rendimiento por obrero es 11 veces más alto en 1932 (404 toneladas) que en 1921 (36 toneladas).

En el proceso de trabajo, esta intensificación acelerada se ha traducido naturalmente en una extensión considerable de los accidentes de trabajo: 25% más que en 1934, 30% más que en 1932 y un 72% más que en 1922.

En cuanto a la repercusión económica de las leyes sociales, podemos decir que son mínimas, si tenemos en cuenta, por una parte, la débil influencia de las vacaciones pagadas en los precios de coste y, por otra parte, el hecho de que la semana de 40 horas, allí donde se aplica, conlleva una reducción correspondiente del salario. Además, se ha demostrado que la mayoría de los trabajadores continúan trabajando 48 horas. En el sector siderúrgico, que trabaja sin descanso, el trabajo semanal se reducirá sólo de 56 a 48 horas a partir del 1º de mayo de 1938. En las minas sigue siendo de 45 horas.

No nos engañemos, la reivindicación de las 40 horas puede asumirla perfectamente el programa capitalista. La resistencia con la que se ha topado en algunos medios industriales se debe únicamente a motivos oportunistas y no supone una oposición de principio. ¿Acaso no decía *L'Indépendance* el 17 de diciembre del pasado año que *"en un futuro, en el propio interés del buen funcionamiento de la maquinaria económica, quizá se deba ir más allá de las 40 horas"*? No olvidemos que la reivindicación de las 40 horas, antes de que la plantearan las organizaciones obreras, se encargó de plantearla la propia realidad (el paro parcial).

***

Terminamos.

La propia naturaleza de una producción absorbida por los armamentos implica una enorme destrucción de trabajo y capitales, un decrecimiento continuo de las riquezas consumibles, una creciente miseria de las masas.

La crecida de la corriente autárquica barre cualquier perspectiva de mejoría *real* de las condiciones de existencia de los obreros.

Hoy, limitar la lucha del proletariado a las reivindicaciones parciales equivale a fusionarlo con el Estado capitalista, significa adherirse y colaborar tácita, si no conscientemente, con la guerra imperialista, equivale a negar los intereses históricos de su clase. De ahí la inanidad de los "éxitos" reivindicativos que logran estas luchas.

Hay que comprender esta idea: aunque el Estado capitalista, a partir de ahora el exclusivo garante de la "paz social", se arrogue la tarea –que sólo a él incumbe– de dirigir la Economía a través de la Política, en último término es el móvil económico el determinante. Al Estado le corresponde arbitrar los conflictos reivindicativos, y a menudo sucede que formula y aplica unos compromisos que no se corresponden propiamente con los intereses o incluso con las posibilidades inmediatas de la patronal (Acuerdos de Matignon[112]). Por ejemplo, desde el ángulo del interés fundamental de la Burguesía, el hecho de que en Francia Gignoux[113] se haya

112. Según los acuerdos firmados en junio de 1936 en el Hotel Matignon entre la patronal C.G.P.F., el sindicato C.G.T. y el gobierno francés del Frente Popular, a cambio del desalojo de las fábricas ocupadas por los trabajadores se concedía un aumento del sueldo, 15 días de vacaciones pagadas y las 40 horas semanales. El Estado reconoció a los delegados sindicales y los convenios colectivos.

113. Claude-Joseph Gignoux (1890-1966), político y economista francés. Fue secretario de Estado en el gobierno de coalición del socialista Pierre Laval,

opuesto al proyecto de Chautemps[114] que pretende instaurar el "moderno estatuto del trabajo" no significa que Chautemps se equivoque, sino *todo lo contrario*. Se trata simplemente de una de las múltiples incongruencias ligadas a las contradicciones de la sociedad capitalista.

En cualquier caso, hay que denunciar las maniobras de los antifascistas de todo pelaje, que consisten en contraponer la política obrera de los gobiernos democráticos al Fascismo, creando un falso contraste entre el estándar de vida de los obreros franceses, belgas, ingleses o norteamericanos y el de los obreros alemanes e italianos.

La fórmula de "cañones en lugar de mantequilla" no es algo específicamente alemán. Quizá las formas de explotación sean diferentes, pero todas convergen hacia el mismo objetivo de la Burguesía: yuxtaponer al aplastamiento político del Proletariado el aplastamiento económico que exigen las leyes de la evolución capitalista.

¿La conquista de las 40 horas? ¡Pero si ya se aplica en muchos sectores de la economía alemana! En la industria textil las horas semanales se han reducido a 30… gracias a la escasez de materias primas. En las fábricas se trabaja 4 o 5 horas a la semana. Los trabajos "públicos" se basan en las 40 horas. Así mismo, el fascismo ha puesto en marcha las vacaciones pagadas y ha "perfeccionado" el régimen de la seguridad social de Weimar.

¿Y el nivel de los salarios? Nuestros antifascistas clamarán que tras el ascenso de Hitler las condiciones de vida de los obreros han empeorado un 40%. Creemos haber demostra-

entre 1931 y 1932. En 1936 se convirtió en el presidente de la patronal C.G.P.F.

114. Camille Chautemps (1885-1963), dirigente del Partido Republicano Radical Socialista. Por aquel entonces era el presidente del gobierno francés.

do que en Bélgica la suerte que ha corrido el proletariado no ha sido mucho mejor. Afirman que en Alemania los salarios han bajado hasta igualar a los subsidios del paro… Pero Delattre ya dijo en febrero de 1936 que las indemnizaciones no deberían superar los 3/4 del salario. ¿No demuestra esto que ambos movimientos convergen?

La cuestión de los sucedáneos tampoco es algo particular de Alemania, ni tampoco la tendencia espontánea al racionamiento. Ya hemos señalado que el fenómeno del empeoramiento de las calidades es patente en Bélgica, y que el "racionamiento" de mantequilla, por ejemplo, lo imponen las propias circunstancias.

En realidad vivimos una dramática época en la que la lucha obrera, *más que nunca*, tanto en el terreno económico como en el político, puede encauzarse e injertarse en las desavenencias internas del capitalismo: divergencias entre industriales y agricultores, entre capital industrial, capital comercial y capital financiero, entre los Trust, entre Imperialismos, entre distintos regímenes de dictadura burguesa (Democracia-Fascismo). Todos estos son antagonismos secundarios que terminan siempre siendo reabsorbidos en provecho del objetivo central del Capitalismo mundial: sobrevivir pasando por encima de millones de cadáveres obreros.

La tarea fundamental del Proletariado es salvaguardar sus bases de clase y de lucha contra la patronal, sin entrar en hacer distinciones entre sus distintas posturas económicas y políticas.

De esta forma, se podrá romper el círculo infernal de la economía de guerra y sustituir la catastrófica salida que ofrece la guerra imperialista por una salida libertadora, la Revolución proletaria.

LA ECONOMÍA DE GUERRA

Communisme nº 25, abril de 1939.

Hoy la Burguesía sufre la ansiedad del aprendiz de brujo: horrorizada ante los estragos que produce el armamento sobre un sistema de producción anacrónico y senil, quisiera alterar la evolución económica, que se dirige a su salida catastrófica, para encauzarla en el lecho de no se sabe qué producción "pacífica".

Sin embargo, sus repetidas exhortaciones al desarme lo único que hacen es revelar su preocupación por levantar un grueso dique frente al inevitable ciclón social que tanto teme. La fórmula del desarme bebe de la misma fuente que aquella otra que pregona "el desarrollo del poder de compra de las masas"; es decir, que realmente ninguna de las dos pretende realmente lo que dice, pues sólo tratan de apuntalar un régimen condenado a pasar por colosales mistificaciones y sangrientos expedientes.

Al Capitalismo le fue tan imposible evitar la eclosión de las economías de guerra como imposible le es hoy suprimirlas: la producción de guerra es un fenómeno que se deriva de la propia naturaleza violenta del sistema capitalista y que surge *"por efecto de una fuerza motriz propia, interna, mecánica"*,

retomando la explicación de Rosa Luxemburg; una fuerza, pues, que nadie sino la revolución proletaria puede quebrar, y cuya acción no se limita a los Estados fascistas, sino que se extiende a toda la sociedad capitalista, tal y como demuestra con elocuencia la propia realidad.

Por su parte, falsean y atenúan el significado histórico de la economía de guerra aquellos que lo reducen a la fabricación armas o quienes lo conciben como un mero apoyo para el expansionismo imperialista.

Se trata más bien de una *forma de vida* del Capitalismo decadente, así como de un nuevo instrumento de opresión del Proletariado, dos aspectos que se corresponden con las necesidades de la propia evolución del Capitalismo, al igual que las etapas precedentes vinieron acompañadas de sus correspondientes formas, de anteriores modos de adaptación del mecanismo económico a la revuelta histórica de las fuerzas productivas. Primero hubo que adecuar el aparato económico a la capacidad de absorción del mercado; y esto se logró mediante una política generalizada de "malthusianismo" económico, que implicaba recurrir a la destrucción de los productos y de los medios de producción excedentes, a la limitación de productos industriales y agrícolas o a la eliminación de los ahorros "congelados" mediante la devaluación monetaria.

Sin embargo, bajo la influencia de las tensiones sociales que suscitaban semejantes políticas (paro, quiebras, etc.…), "se dio marcha atrás" y a la fase de contracción sucedió otra de "eufórico" aumento del poder de compra de los mercados nacionales, que *se elevaba* esta vez sí al nivel de las capacidades productivas; una fase que se abrió bajo el signo de las "grandes obras" y del "planismo" y que adquirió una apariencia de

"prosperidad" con el surgimiento de la economía de guerra, que se nutría de la sangre y las vísceras del proletariado y también de la sustancia fundamental del Capitalismo[115].

Se puede decir que esa tendencia al "repliegue nacional" –que los espíritus más perezosos llamaban "autarquía"– no era sino el lógico resultado de una incesante reducción de los intercambios internacionales, es decir, ante todo aquellos que anteriormente cubrían las necesidades de los *nuevos* compradores no-capitalistas y de la "capitalización" de los países "nuevos". Hablando con propiedad, podía hablarse de tendencia "autárquica" en la medida en que los impulsos hacia el exterior de cada capitalismo nacional se veían contrarrestados cada vez más por la saturación y la contracción del mercado mundial. Pero no se trataba de autarquía propiamente dicha, es decir, de un fenómeno que permitiera una absoluta independencia económica de la nación capitalista respecto al mercado mundial, algo inconcebible no sólo desde el punto de vista de la división internacional del trabajo y el reparto de las riquezas, sino también desde la perspectiva de la mínima cohesión de clase que necesita la sociedad capitalista para afrontar los antagonismos sociales.

Así se comprende perfectamente que este impulso centrípeto en cuestión se haya manifestado en primer lugar, conduciendo a los métodos más radicales del Capitalismo de Estado, en el seno de aquellas economías que ofrecían menos resistencia que otras frente a los violentos contrastes de la crisis de decadencia, ya se tratara de economías altamente desarrolladas pero sin colonias (Alemania), bien fueran atra-

[115. No hace falta decir que esa fase "expansionista" no supuso una ruptura total con los periodos anteriores, sino que se trataba de un encadenamiento, una interpenetración y una combinación de varios métodos, de los que, no obstante, surgía una tendencia predominante.]

sadas y deficitarias, o incluso de carácter agrario más que industrial (Italia, España, los Balcanes, China).

Pero lo que nos interesa es conocer a fondo este fenómeno de "ampliación del mercado nacional" que en Alemania, en Italia y en Rusia ha contribuido a eliminar el peso muerto del "ejército industrial de reserva", esos millones de parados que pesaban peligrosamente sobre el armazón que sostiene el edificio social, insuflando así a una producción moribunda el oxígeno que necesitaba.

No hay duda de que realmente hubo una extensión del poder adquisitivo, pues el aumento de la producción *industrial* fue más o menos considerable (según las particularidades de cada economía), y además, cosa curiosa, esta producción era fácilmente asimilada por el mercado. Parecía pues que estábamos en presencia de un fenómeno que eliminaba los contrastes entre la producción y la venta, que la Burguesía por fin había hallado solución a la crisis endémica de su economía.

Pero desgraciadamente su política económica no hacía sino llevarla de Caribdis a Escila; de una contradicción que desarticulaba su sistema a otra que minaba sus fundamentos.

En efecto, cosa "extraña", dicha expansión se realizaba en el *interior* de la esfera capitalista, es decir, en la esfera en la que las actividades de producción y distribución se rigen directamente por las leyes de producción burguesas (capitalistas-asalariados[116]); no se trataba por tanto de un aporte *exterior* de nuevos compradores, aún no integrados en la esfera capitalista.

116. Para facilitar el examen, podemos perfectamente incluir en esta esfera a los productores que, aunque *no dependen directamente del proceso de trabajo capitalista* (campesinos independientes, artesanos), no escapan de las repercusiones del reparto capitalista.

Esto significaba, además, que la plusvalía suplementaria procedente del excedente de la producción también se realizaba dentro del mercado capitalista. De ahí a suponer que el aumento del consumo de la clase capitalista y de los obreros podía colmar fácilmente la carencia de compradores no capitalistas, no había más que un paso, que los profesores "marxistas" franquearon por otra parte fácilmente: ¡necesitan hallar una salida "teórica" a los antagonismos sociales para poder asegurarse el "pan nuestro de cada día"!

***

Pero examinemos más de cerca este "milagro" que parece hacer añicos la explicación marxista de la producción burguesa.

La génesis del movimiento que ha reanimado toda la máquina económica se ha desarrollado en la práctica como sigue: bajo el impulso de la fuerza irresistible que hemos mencionado antes, la Burguesía se ve obligada a formular y realizar un programa que, a la vez que le da esperanzas de que su sistema pueda funcionar con normalidad, le procura sobre todo los medios para crear un mecanismo capaz de ensamblar y triturar al Proletariado: la economía de guerra.

Una vez más se podría objetar que la producción de armamento, ante todo, sirve a la política imperialista de "ataque" o de "defensa", y que por tanto depende de los antagonismos entre los distintos Estados. Pero así lo único que se hace es confundir el *aspecto* de los acontecimientos con su significado histórico, y entonces es imposible entender que la guerra no es más que una solución *capitalista* extrema a los contrastes sociales, un conflicto que en ciertas condiciones históricas,

al generalizarse, adquiere la *apariencia* de un conflicto entre naciones capitalistas, cuando se trata *fundamentalmente* de una expresión más –la última– de la dictadura del Capitalismo, al mismo nivel que otras manifestaciones de su dominio. Además, la actitud de la Burguesía internacional ante la perspectiva de un conflicto mundial demuestra que el entramado imperialista no es más que un elemento accesorio.

Ciertamente, lo repetimos, más que una supuesta "consciencia" burguesa, que fundamentalmente sigue siendo de carácter empírico, los móviles que presiden el desarrollo de las economías de guerra nos revelan cuáles son las necesidades de la evolución capitalista. Es en la realidad económica y política donde se elaboran progresivamente los "planes" que pretenden refundar el aparato estatal, reorganizar la industria, la gestión hegemónica del Estado y establecer los fundamentos de la economía de guerra.

Fue en el propio curso de este vasto proceso de adaptación cuando el Estado –expresión suprema del interés de clase de la Burguesía, que somete a los intereses particulares de los capitalistas privados– apareció como el comprador de una importante fracción de la producción. Es el Estado el que, aplicando unos programas previamente elaborados, "crea" el *mercado de guerra* (ya se produzca finalmente la guerra o no), equivalente a ese "consumo" capitalista suplementario del que hablábamos; un mercado y un consumo que, por su propia naturaleza, se salen en realidad de las normas económicas, al igual que la producción de guerra a la cual se vincula.

El "milagro" consiste únicamente, pues, en garantizar la "venta" de los productos excedentes procedentes de la reintegración en el ciclo productivo de las máquinas, la mano de

obra y los capitales que estaban inmovilizados por la crisis. Y el "secreto" para financiar la economía de guerra consiste en recurrir a todos los expedientes monetarios y presupuestarios de los que dispone el Capitalismo, primero echando mano del excedente realmente disponible, que extrae de los ahorros, de la fiscalidad, de los préstamos, las confiscaciones de capital, y luego empleando los recursos ficticios que saca de la nada: "letras" al futuro y deducciones anticipadas de todo tipo, entre las cuales los "bonos contributivos" que el Reich acaba de crear revelan toda la habilidad de un régimen acorralado.

Hay un hecho que merece la pena destacar de nuevo: el armazón financiero de los Estados fascistas ha desmentido todas las predicciones catastrofistas que la chusma social-comunista se da el gusto de eructar periódicamente desde hace años. La experiencia alemana demuestra, en efecto, que los límites financieros dependen del valor intrínseco y de la capacidad material de la economía y no de las reservas de oro o del valor de los signos monetarios.

Volviendo a la extensión del poder de compra en la esfera capitalista: esta extensión sólo es concebible, evidentemente, porque la *venta* del producto suplementario (armamento) es puramente ficticia. Efectivamente, no se puede comparar este pseudo-consumo capitalista con el que implicaba la aparición de nuevos compradores no capitalistas, que en el pasado contribuyeron de manera tan importante al desarrollo prodigioso de la acumulación capitalista. Decimos bien: venta ficticia, porque en ningún momento se traduce concretamente en una realización económica que asegure al productor-vendedor la reconstitución de los elementos que componen el producto.

Aquí entramos en el mecanismo de la producción de guerra. Y la naturaleza y el alcance social de esta última exigen que comparemos este mecanismo con el de la producción ordinaria.

Sabemos que un ciclo productivo *termina* con la venta del producto en el mercado. Sólo entonces se *realiza* la plusvalía incorporada en el producto, es decir, se intercambia por el oro o por lo que sea, y así se consuma verdaderamente la explotación del proletariado. Este es también el momento en el que se dan las condiciones para empezar un nuevo ciclo productivo. Incluso es posible llevar a cabo una reproducción *ampliada*, pues el Capitalismo no sólo encuentra en el mercado todos los elementos del proceso anterior, sino también los que le permiten desarrollar la producción tras convertir en capital una fracción de la plusvalía[117].

Quien dice reproducción ampliada dice acumulación capitalista, y esto es así porque la producción, *en su conjunto*, responde indirectamente (a través del mercado) a las *necesidades sociales*, y se solventa con unos resultados *positivos* superiores a los del ciclo anterior. Para que exista ampliación (o incluso mera reproducción simple), basta con que el producto responda a una función económica real, que aparezca bajo unas formas que se puedan emplear de nuevo en la producción (máquinas, materias primas, productos de consumo), unas formas que no hacen más que materializar las inversiones de capital constante y capital variable.

En cambio, si hay plétora de tambores y trompetas a expensas de los objetos indispensables o simplemente útiles,

[117. Para simplificar el análisis, suponemos que *toda* la producción se vende a un precio que se corresponde con su valor y que existe un equilibrio entre la esfera productiva de medios de producción y la de medios de consumo.]

entonces es que existen toda una serie de mórbidos fenómenos que están descomponiendo el organismo social.

Con la economía de guerra nos encontramos precisamente ante una de esas manifestaciones orgánicas y fisiológicas que engendran la descomposición y la consunción. Estamos ante un proceso que se encamina hacia el hundimiento bajo el impulso de la velocidad adquirida, y que por tanto no se puede detener o hacer retroceder. El Capitalismo está atrapado por un engranaje del que no puede escapar.

Desde luego que si la economía de guerra puede escapar a los azares del mercado es porque se vende por anticipado al Estado, por lo que podemos considerar que se "consume" incluso antes de existir. La organización que la condiciona, además, coordina en una medida enorme los factores inestables del funcionamiento capitalista: precios, salarios, beneficios, inversiones; resumiendo, engloba una producción "socialista" cuya plena expansión ya hemos constatado en Alemania y en la URSS.

Por eso la contradicción específica y mortal de la economía de guerra no se encuentra en el terreno de su financiación u organización, sino en el propio centro del mecanismo productivo y en el desarrollo de las sucesivas fases de su reproducción.

Al principio, parecía que eran los nuevos mercados los que llamaban a desarrollar la producción. Todo el aparato se puso en movimiento, las fuerzas paradas se reintegraron en la esfera productiva y, durante un tiempo, en cifras absolutas, hubo un aumento de rentas (fondos salariales y ganancia), pues se habían movilizado más capitales, había más mano de obra trabajando, una mayor masa de plusvalía y, por tanto, más productos.

La vida económica no empieza a sufrir graves modificaciones hasta que se opera la sacudida en cada renovación del ciclo, por la propia *naturaleza* de la producción; y este progreso también depende de la capacidad de resistencia del organismo capitalista que se ve obligado a alimentarse de las reservas acumuladas por un siglo de prosperidad; y es que si estas reservas no existiesen, el ritmo de degradación sería verdaderamente vertiginoso. En efecto, considerando solamente la producción de guerra, hay que admitir que, aunque no se "venda" íntegramente, desaparece virtual y definitivamente de la esfera económica propiamente dicha, dado que no contiene ningún elemento llamado a reaparecer en el siguiente ciclo: cañones, tanques, aviones, refugios fortificados, rutas estratégicas o máscaras de gas, no pueden evidentemente mutarse en capital constante ni capital variable.

Cada ciclo de producción de guerra equivale, por tanto, a una destrucción pura y simple del trabajo pasado y del trabajo vivo que requiere. Y no se puede abrir un nuevo ciclo sin extraer sus elementos necesarios bien de la esfera de la producción *positiva*, bien de los stocks disponibles, que se pueden movilizar mediante cualquier expediente financiero.

En el encadenamiento de los ciclos es donde se producen los fenómenos propios de la decadencia capitalista: la "des-acumulación" o la reproducción *reducida* adquiere entonces tal envergadura que las últimas briznas de optimismo de la Burguesía vuelan como paja y los más clarividentes de sus representantes se ven obligados a constatar, como Flandin, que *"desde hace algunos años, Europa ha creado menos riqueza de la que ha consumido. Y eso es tan cierto como que el crédito internacional prácticamente ha dejado de existir… Las riquezas acumuladas por Europa en el trascurso de los siglos son inmensas, pero*

están en su fase de consumo". El Capitalismo se arranca su propia carne, pero no para alimentar a sus "crías", como el pelícano, sino para destruirlas.

Por tanto la producción de guerra no se desarrolla bajo el impulso de la acumulación (pues se traga incluso la plusvalía), sino a través de las sangrías que se efectúan en la riqueza material y en el trabajo, mediante la constricción constante de los fondos de consumo, la no-renovación del aparato productivo y la intensificación del rendimiento de la fuerza de trabajo, empujada hasta sus límites fisiológicos y sociales.

Por eso el centro de gravedad de la economía de guerra gira en torno a un régimen de trabajo que al mismo tiempo que "esteriliza" el salario dentro de los límites que imponen las exigencias económicas (racionamiento), permite aumentar la tasa y la masa de plusvalía, pues, en último término, es al proletariado al que le corresponde "pagar", con una explotación refinada y colosal, el trabajo y el plustrabajo destruido por el armamento.

Lógicamente, se puede constatar que el intervencionismo estatal y el "planismo", basados en una disciplina nacional "obligatoria para todos", están directamente ligados a esta explotación. Esto explica por qué actualmente se manifiesta una tendencia fuertísima a la nivelación relativa de las condiciones de trabajo, una tendencia que se desarrolla tanto en los países "ricos" como en los países "pobres": duración de la jornada, precio, incorporación obligada a la fábrica, prohibición de huelga o de cualquier gesto mínimamente reivindicativo; unas condiciones que reúnen, por tanto, todas las características propias de un verdadero clima de guerra, semejante al que ahogó toda vida proletaria durante el conflicto de 1914-1918. Y al igual que éste cesó por

agotamiento material, así como por el empuje irresistible de los antagonismos sociales, la economía de guerra que predomina actualmente en el mundo capitalista, en un momento dado –haya "paz" o haya guerra–, entrará en crisis, aunque hoy por hoy es imposible fechar este suceso, que depende de un complejo conjunto de factores.

No conviene, basándonos en la ralentización económica que se ha producido a finales de 1937 y que ha durado hasta mediados de 1938, deducir que ya se ha abierto dicha crisis. La conclusión que se debe sacar, más bien, es que aún existe una considerable actividad potencial, pues países como Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Bélgica, a falta de un mecanismo adecuado, aún no han logrado poner en funcionamiento la totalidad de sus fuerzas productivas.

Desde luego no sucede lo mismo en los Estados llamados "totalitarios", en los que todos los recursos están movilizados –o poco les queda–, pero tampoco aquí podemos decir que la economía de guerra esté en crisis, a menos que supongamos que las "Democracias", que son las que pueden suministrarle la ayuda indispensable, han abandonado al Fascismo a su suerte. Ahora bien, hasta el momento los hechos desmienten claramente semejante suposición.

Por otra parte, todo indica que la crisis de la economía de guerra será profundamente diferente a las antiguas crisis de "crecimiento". Éstas eran el resultado de una sobreacumulación y de un excedente de producción no realizable. Aquella surge de una des-acumulación y de una sub-producción de bienes productivos y de bienes de consumo, que están en retroceso ante un mercado de productos estériles que lejos de atestar el mercado capitalista, digamos que se producen y se realizan fuera de la esfera mercantil y de la circulación.

Los límites de la producción de guerra, más allá de los cuales estalla la crisis, dependen evidentemente de las facultades físicas de cada economía, es decir, del consumo de fuerzas productivas y del margen de explotación del Proletariado, del empeoramiento último de nivel de vida de la sociedad.

La contradicción entre la producción *positiva* y la producción *negativa* hallará entonces su salida, bien en el estallido del antagonismo de clases –abriendo una situación revolucionaria–, o bien en una guerra localizada o generalizada.

Como decía Blum al presentar su plan, en abril de 1938, *"el carácter artificial de la economía de guerra terminará saliendo a la luz… pero esta fatal eventualidad quizá aún esté lejos: la experiencia nos demuestra más bien que una economía cuya actividad está esencialmente orientada al rearme es viable durante un periodo de tiempo bastante largo. La liquidación a la que está finalmente destinada ciertamente plantea algunos problemas terribles… pero la lucha por la vida prevalece frente a la lucha contra el tiempo."*

Esta *"lucha contra el tiempo"* a la que se enfrenta la Burguesía internacional se traduce en una lucha feroz contra los trabajadores. Sólo el proletariado puede quebrar esta espirar infernal de armamento. A la violencia capitalista debe suceder, sin más tardanza, la violencia proletaria, una *guerra de clases* que rompa definitivamente el curso de la guerra imperialista. Sólo después podremos hablar de desarme.

LA BARRE.

APÉNDICE

LOS SINDICATOS OBREROS Y EL ESTADO CAPITALISTA[118]

Communisme nº 5, agosto de 1937.

"En la época en la que el Capitalismo se derrumba, la lucha económica del proletariado se transforma en lucha política mucho más rápidamente que en la época de desarrollo pacífico del régimen capitalista. Todo conflicto económico importante puede hacer que los obreros se planteen la cuestión de la revolución."

Resolución del II Congreso de la I.C., 1920.

1. SINDICALISMO Y CONCIENCIA PROLETARIA

El movimiento sindical que el proletariado ha desarrollado a lo largo de múltiples décadas de lucha y sacrificios ha llegado a una encrucijada que es crucial de cara a toda su posterior evolución.

Nos hallamos en presencia de las últimas manifestaciones del fenómeno de la desnaturalización progresiva de los sindicatos, que no es algo particular de Bélgica, sino que se

118. Este artículo se publicó bajo el encabezado *"Contribución sometida a la discusión en la Fracción"*.

extiende al conjunto de la sociedad burguesa y cuyo origen se sitúa en el periodo de ascenso de ésta, en el siglo pasado. Durante el periodo de profunda descomposición del movimiento político obrero y mientras aumentan las sacudidas que soporta y seguirá teniendo que soportar la estructura de la economía capitalista, que se encamina hacia su declive, el fenómeno del que hablamos no ha hecho sino agudizar sus estragos.

En este documento no nos extenderemos mucho sobre los factores que han influido en la degeneración del sindicalismo obrero. Pero independientemente de las condiciones objetivas que han presidido su evolución, sí que hay que subrayar la importancia, para nosotros decisiva, que han tenido los elementos "subjetivos", es decir, los que contribuyen en un sentido positivo o negativo al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado.

Inspirándose en la simple realidad social y en las lecciones que se desprenden de ella, los comunistas han afirmado muchas veces, sobre todo a través de los trabajos de Lenin, que para el partido, y por tanto para la clase que representa, es importantísimo definir correctamente las relaciones con los sindicatos, de tal manera que el partido quede íntimamente ligado a las masas, al menos a las que ya conciben que esta organización primaria es necesaria; y esto no con el fin de compartir sus ideas rezagadas, o simplemente para facilitar su propio crecimiento numérico, sino al contrario, para hacerles comprender que es necesario superar el marco capitalista al que se ven limitadas sus luchas económicas, sin lograr avanzar. Y sin embargo no es exagerado afirmar que si los partidos de la III Internacional han terminando traicionando, esto se

debe en gran parte a lo incapaces que se han mostrado a la hora de resolver el problema sindical mediante criterios marxistas, criterios que se han sustituido por el desprecio a toda actividad sindical, la renuncia al trabajo de las fracciones comunistas en beneficio de las maniobras ambiguas de las oposiciones "izquierdistas", del método "ultimatista" que escinde el movimiento sindical, y por último, de la práctica de la unidad a "cualquier precio". Sea como fuere, así lo único que se consigue es desnaturalizar la función fundamental de las fracciones sindicales comunistas, instrumentos del partido, así como el papel de éste último.

Y de esta forma, en la medida en que los partidos comunistas no han sido capaces de integrarse adecuadamente en el mecanismo de la lucha de clases, han dejado vía libre para que en los sindicatos se desarrollaran las maniobras capitalistas, viéndose arrastrados así también por la vía de la degeneración y la quiebra política.

Todo este desastroso proceso hace necesario poner hoy sobre el tapete una vez más este principio esencial, aprobado en las Tesis del II Congreso de la I.C., a saber: que el sindicato y el partido son dos organismos proletarios que, aunque se completan, tienen una naturaleza y unas funciones diferentes y que es importante saber distinguir, como se distinguen la clase y el partido.

Por una parte, el sindicato es un organismo *unitario* del proletariado y *debe seguir siéndolo*, pues el hecho de que se conserve como lugar de reunión de todos los trabajadores es lo que verdaderamente le permite ser un instrumento de defensa de sus intereses, a través de la lucha directa contra la patronal y el Estado capitalista.

Pero a esto hay que añadir que el sindicato, con sus propias fuerzas, no puede hacer otra cosa que tratar de atenuar la explotación capitalista, sin llegar a pretender nunca suprimirla, ni siquiera por etapas, siguiendo la querida tesis de los "bernsteinianos" de ayer y de hoy. Engels tenía razón cuando dijo hace más de cincuenta años que *"la ley del salario no es abolida por la lucha sindical; todo lo contrario, ésta lo único que hace es aplicarla"*. Y basándonos en las experiencias históricas, sobre todo en la reciente evolución, podemos añadir que los sindicatos, abandonados a sí mismos, es decir, a la política tradeunionista, están condenados a transformarse inevitablemente en un engranaje del sistema capitalista. Es por eso que al órgano económico de las masas proletarias debe necesariamente yuxtaponerse un órgano mucho más restringido, que surge a través de la selección severa de los más clarividentes y sacrificados elementos del proletariado, un órgano que debe ayudar a la clase obrera a adquirir conciencia política de la finalidad de sus luchas, sin la cual permanecerá prisionera de las fuerzas materiales y morales de la Burguesía. El proletariado, pues, se convierte en la fuerza motriz de la revolución solamente a través de su partido, y no de los sindicatos, que no ofrecen un terreno social adecuado para ese desarrollo político. Y aquí es importante subrayar una vez más que la verdadera diferencia entre el auténtico partido de clase del proletariado y los pseudo-partidos obreros es que estos últimos se valen de la confusión que se ha creado adrede entre los conceptos de clase, sindicato y partido, para ejercer su misión contrarrevolucionaria, mientras que el primero, para permanecer ligado al programa histórico de la revolución proletaria, debe al contrario salir enérgicamente al paso de esta confusión. Por su naturaleza, para poder

cumplir el papel que le corresponde en el conjunto del movimiento obrero, el sindicato tampoco puede constituirse en una especie de organismo político (aunque sea para defender una pseudo-política sindicalista), pues el partido no puede pretender englobar a todos los obreros, independientemente de sus opiniones. Una vez más, el partido del proletariado debe aceptar esta discriminación capital, no su letra (como hacen otros partidos) sino su espíritu; es decir, que a través de toda su actividad teórica y práctica debe saber expresar la idea de que la lucha de clases y el desarrollo de la conciencia proletaria comunista son *dos procesos diferentes, aunque paralelos*: el primero surge directamente del mecanismo de la producción, el segundo parte de la conciencia de este mecanismo, del socialismo científico, y lo enriquece con las nuevas nociones teóricas que van surgiendo a través de la evolución de los fenómenos sociales.

Esto significa, concretamente, que si bien el sindicato es el agente específico que relaciona a las masas con el partido, sin el cual éste último se vería reducido al estado se secta (incluso detentando el programa revolucionario), no es en su seno donde se elaboran los elementos de la conciencia proletaria, pues su composición ideológica es, por su propia naturaleza, heterogénea. Ocurre justo lo contrario, esta conciencia se aporta *desde fuera*, mediante la libre confrontación de las tendencias políticas que han madurado junto a los contrastes sociales y que pueden llegar a adquirir una influencia predominante sobre la mayoría de los proletarios, una influencia que, en las fases decisivas, permitirá al partido transformarse en el órgano dirigente de las luchas obreras.

Al margen de esos periodos de aflujo revolucionario, el sindicato, por la propia base de masas en la que se apoya,

ofrece el mejor terreno posible para la propaganda del pensamiento comunista. Esto, por otra parte, lo ha comprendido perfectamente el Capitalismo, y no es sorprendente ver como sus agentes, los dueños de los puestos de mando del movimiento sindical, consagran encarnizadamente todos sus esfuerzos a impedir que las organizaciones sindicales conserven su naturaleza y sus funciones de clase. Y estos esfuerzos han ido logrando sus objetivos precisamente a medida que los comunistas, a través de su política sindical, iban mostrando su incomprensión del papel y las posibilidades del sindicalismo. Dicho de otra forma, a medida que el partido renunciaba a su intransigencia en los principios y aflojaba los lazos *directos* que unían a las fracciones comunistas con los sindicatos (lazos que por supuesto no son *orgánicos*), estos se iban incorporando progresivamente al Estado capitalista. A este respecto, la reforma promulgada por éste para la llamada organización de las profesiones no supondrá más que la consagración formal de lo que ya es un hecho. Nos parece indispensable analizar este proceso para poder comprender lo que está pasado actualmente y poder esbozar un bosquejo de la política que el proletariado debe oponer al programa capitalista que pretende estrangular sus luchas.

2. EL ESTADO CAPITALISTA Y LOS SINDICATOS

Bastará con recordar que ya en la etapa de crecimiento del sindicalismo –que en el continente coincidió con la fase imperialista inicial del Capitalismo, aun progresiva (último cuarto del siglo XIX)– los sindicatos contribuyeron a "equilibrar" las relaciones sociales, bajo la influencia de la teoría y la práctica "bersteiniana", la cual, bajo la bandera de

la "conquista gradual del socialismo" no pretendía más que conservar el Capitalismo "reformándolo". El tradeunionismo inglés, con su gran "sentido práctico", ya había abierto las puertas de la colaboración de clases en el régimen capitalista.

Adaptándose al triunfante tradeunionismo, la burguesía inglesa no hizo sino mostrar al joven Capitalismo europeo cuál era el medio de parar la amenaza que se dirigía contra las bases de la explotación burguesa, representada por la fundación de organizaciones de clase del proletariado. Éstas, en efecto, en su fase embrionaria, sin preocuparse ni de la "preparación" ni de los "problemas de las cajas", sostenían numerosas huelgas "salvajes" que ejercitaban la combatividad de las masas y agudizaban su espíritu de clase, y todo esto a pesar de los numerosos fracasos y de la implacable represión, que más bien contribuía a mantener la efervescencia social: en Bélgica, podemos recordar las sangrientas huelgas de 1886 y la huelga de mineros de 1890.

Fue entonces cuando la Burguesía, apoyándose materialmente en la expansión económica y colonial, e ideológicamente en el oportunismo que empezaba a gangrenar el cuerpo del proletariado, logró encauzar las revueltas esporádicas de los obreros. Y así se asistió a este fenómeno aparentemente paradójico: el desarrollo paralelo del movimiento sindical, que respondía a una necesidad acuciante de la organización del proletariado, abría al mismo tiempo la puerta a la conquista de los sindicatos por la burocracia oportunista. El sindicato, que era un órgano fundamentalmente opuesto al sistema capitalista, se convirtió progresivamente en un engranaje de dicho sistema, se modificó el *contenido* de su actividad, y también su forma: los conflictos eran cada

vez menos frecuentes si se los compara con el aumento de los afiliados, ¡una tendencia que se acentuó con esa idea de "ahorrarse" las huelgas, que eran "inútiles y dañinas" dado que los poderosos sindicatos podían tratar de "igual a igual" con la patronal! ¡Y con la cada vez más frecuente práctica de ligar la acción sindical a la suerte de las empresas capitalistas y subordinarla al "interés general"!

Por otra parte, el Capitalismo llegaba al final de su periodo "liberal", el del "libre" desarrollo del individuo en el contexto de la sociedad burguesa, el que había desarrollado las instituciones democráticas, el que había tolerado el juego de las libertades sindicales mientras éstas se ejercieran no ya contra el Estado, sino bajo su control y con la ayuda de los dirigentes del Sindicalismo.

Con el comienzo de la fase decadente de la producción capitalista (nos referimos a los años anteriores a 1914), no sólo el movimiento sindical entra en un impasse desde el punto de vista de sus objetivos específicos –que se reducían a la simple defensa de las condiciones de vida conquistadas por los obreros– sino que se convierte en el objeto de los ataques del oportunismo, que cada vez estaba más comprometido con su política de garante de la explotación burguesa. Y así, al estallar el conflicto imperialista de 1914, no es sorprendente que el sindicalismo se pasara abiertamente con armas y equipo al otro lado de la barricada y que hayamos asistido a la primera experiencia de incorporación integral de las organizaciones sindicales a la economía de guerra del Capitalismo desatado.

Tras la guerra, bajo el empuje de la tensión clasista impulsada por Octubre de 1917, se planteó la alternativa: o bien los sindicatos, dirigidos por la vanguardia comunista,

lograban *superar* sus objetivos específicos y se convertían en "órganos de la destrucción del Capitalismo" (II Congreso de la I.C.), o bien caerían bajo el dominio de las fuerzas burguesas y entonces estarían condenados a perecer o su existencia quedaría ligada al proceso de decadencia de la sociedad capitalista, transformándose en uno más de sus engranajes.

Sabemos que la quiebra del movimiento de la III Internacional nos ha llevado a la segunda alternativa. La suerte de los sindicatos, en cada país, se corresponde con las particularidades estructurales y las exigencias políticas de cada Estado capitalista.

Pero bien fuera la violencia fascista la que destruyó los sindicatos o bien fuera el dominio democrático el que vació su contenido de clase, el objetivo central del Capitalismo era aniquilar las organizaciones proletarias, que suponían una amenaza directa para el régimen en un momento en que las condiciones históricas las empujaban a romper el círculo de la acción puramente reivindicativa.

En Italia y en Alemania, la agudeza de los contrastes sociales ponía particularmente en evidencia esta característica de la época de decadencia capitalista, por eso los sindicatos tuvieron que pasar bajo el rodillo de la reacción fascista.

Es cierto que en Italia, tras el ascenso del fascismo, las organizaciones obreras no desaparecieron total e inmediatamente, como sucedió en Alemania en 1933. Al principio su base estructural subsistió, mientras sus aspectos sociales se iban modificando a través de la fundación de la Confederación Sindical Fascista en 1922, la eliminación de los viejos dirigentes y su sustitución por los protegidos del Estado fascista. No fue hasta octubre de 1925, con los acuerdos de Vidoni entre la patronal y los "delegados sindicales", cuando

se ofreció a los sindicatos "legales" un estatuto (reconocimiento exclusivo de la "Confederación fascista", supresión de los consejos de fábrica y del derecho de huelga) que se vio luego confirmado por la ley "Rocco" de abril de 1926 sobre la "reglamentación jurídica de la relaciones colectivas de trabajo": el sindicato legal adquiría así el "*monopolio*" de la representación obrera y la capacidad de firmar convenios colectivos obligatorios para toda la corporación (lo que nos recuerda a la política sindical que despliega Roosevelt actualmente). En cambio, el sindicato "libre" (ilegal) caía inmediatamente bajo la amenaza de un Tribunal especial y el imperio de las leyes de excepción; en la práctica el trabajo se le daba a quien tuviera una cartilla sindical fascista.

Así fue como se levantó toda una pirámide de organismos jerarquizados aptos para lograr que se aceptara la "disciplina" de las reducciones salariales, que llegaron al 30-40%, las contribuciones "discrecionales" (sobre todo para la guerra de Etiopía), la intensificación del trabajo y el sometimiento de los "conflictos" al arbitraje supremo del Estado. Al mismo tiempo, las asociaciones patronales y obreras (que orgánicamente estaban separadas) quedaron ligadas por organismos llamados "corporativos"(?), en realidad instrumentos llamados a fusionar en un todo homogéneo los factores sociales de producción, tratando de que ésta sea un proceso "armónico"(!) adaptado a las exigencias del "interés general".

La Carta del Trabajo de abril de 1927; la ley de diciembre de 1928 que suprimía la Confederación General Fascista y transformaba sus 12 federaciones en confederaciones *autónomas*; la ley de marzo de 1930 que organizó el Consejo Nacional de las Corporaciones; y, en fin, la ley de febrero de 1934 que creó 22 Corporaciones nacionales, han sido los eslabo-

nes de esta cadena que, a través de estos órganos corporativos "sintéticos" (en realidad un aparato policial superpuesto a los sindicatos), ha logrado someter más estrechamente a los sindicatos a la voluntad del Estado y ahogar cualquier posibilidad de que se desencadenen huelgas.

Efectivamente el número de huelgas ha ido decreciendo hasta casi su completa desaparición hoy en día, lo que se explica no por la ausencia de reivindicaciones obreras, sino porque éstas no pueden romper las mallas de la red institucional que aprisiona al proletariado.

En Alemania, la transformación orgánica fue más brutal. Ni se crearon sindicatos fascistas ni órganos "corporativos" intermedios, como en Italia. La síntesis entre el sindicato y la "corporación", es decir, la "fusión" de las clases, se consiguió directamente con una sola organización: el Frente de Trabajo, que englobaba a patrones y a obreros sobre una base territorial y profesional que estaba bajo el control *directo* del Estado fascista, que dirige la economía hacía la única salida que aún tiene abierta: el equipamiento totalitario para la guerra.

En la URSS, los sindicatos sufrieron igualmente una depuración para finalmente desaparecer prácticamente en el proceso de degeneración del aparato de la dictadura proletaria.

Ya conocemos la amplitud de las discusiones que se desarrollaron entre 1920 y 1921 en el seno del partido ruso sobre el papel de los sindicatos y su relación con el Estado proletario. Frente a la tesis de Trotsky, que decía que los sindicatos debían ser organismos estatales que aseguraran la disciplina del trabajo y la organización de la producción y que llegaba incluso a plantear su supresión, venció la otra tesis, la de

Lenin, que partía de la constatación de que el antagonismo entre el Estado y el proletariado seguía existiendo incluso después de la Revolución y de la colectivización de los medios de producción; por tanto, los obreros tenían perfecto derecho a defenderse contra su Estado y a apoyarse para esa tarea en los sindicatos. Esto incluso ofrecía ciertas garantías contra las "deformaciones burocráticas" de ese Estado.

Sabemos que la función de los sindicatos rusos siguió un camino inverso, y que bajo el signo del socialismo-nacional fueron despojados del control de la dirección de las empresas; así, lejos de convertirse en órganos para la defensa de los obreros, les llevaron a "sacrificarse" por el cumplimiento de los planes quinquenales: en realidad para la edificación de una gigantesca maquinaria de guerra puesta al servicio del Capitalismo mundial.

Antes de pasar a abordar otro aspecto del dominio burgués, hay que señalar que las naciones democráticas: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., aunque disponen de infinitamente más recursos de todo tipo que las naciones "pobres", no pueden escapar a los síntomas de degeneración de la decadencia capitalista. También su superestructura política y social sufre inevitablemente la presión incoercible del trasfondo económico que surge de la revuelta de las fuerzas productivas contra el modo capitalista de producción. También estos Estados burgueses tuvieron que doblegar la fuerza política del proletariado e impedir luego que se reconstituyera, partiendo el espinazo de clase a las organizaciones sindicales. Éstas podrían subsistir si se dejaban castrar todo su contenido proletario y si participaban en la reforma estructural del Capitalismo, que era una condición para la supervivencia anacrónica de éste último.

La tarea de los Estados democráticos se vio evidentemente facilitada por el hecho de que no se enfrentaban, como en Italia o Alemania, a un proletariado revolucionario que se planteaba abiertamente el problema del poder; podían por tanto sacar provecho de unas correlaciones de clase favorables, fruto de las particularidades de sus ambientes sociales y políticos. Esto explica por qué en Inglaterra, Francia, Bélgica o Estados Unidos las relaciones entre el sindicalismo obrero y el Estado se han ido construyendo mediante soluciones fragmentarias escalonadas en el tiempo, soluciones que la Burguesía trata hoy de coordinar y rematar. En todas partes estas soluciones han adquirido la forma de una progresiva y más o menos amplia incorporación, legal o semi-legal, de los sindicatos al mecanismo estatal, y esto no es algo precisamente reciente, como algunos podrían pensar. En Inglaterra, la ley de 1871 concedía a los sindicatos que se registraran ciertas ventajas jurídicas, que cuadraban muy bien con la política tradeunionista. Y recordemos la famosa ley promulgada tras la huelga general de 1926, que revisó el estatuto financiero de los sindicatos (prohibición de imponer cotizaciones políticas) y tendía a prohibir las huelgas políticas y de solidaridad.

En Francia, la ley de 1884 (que se completó con la de 1927) obligaba a los sindicatos a presentar sus estatutos y los nombres de sus dirigentes y establecía su disolución en caso de infracción. Es cierto que estas medidas legales de "defensa social" dictadas por el Capitalismo adquirían importancia práctica únicamente en la medida en que las condiciones políticas permitían aplicarlas. Así pues, aunque la C.G.T se prohibió en 1921, no por ello dejó de existir. Sin embargo en 1936, tras el triunfo del Frente Popular, fue la propia

C.G.T., sin ningún tipo de coerción jurídica, la que se incorporó democráticamente al Estado a través del mecanismo de las leyes sociales que instauraron las 40 horas, las vacaciones pagadas, el sistema de arbitraje jerárquico, así como su participación en el Consejo Nacional Económico[119].

3. LA DISOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DEL MOVIMIENTO SIDICAL EN BÉLGICA

Al igual que en el resto de Estados democráticos, en Bélgica hemos asistido al fenómeno de la lenta descomposición del contenido de las organizaciones sindicales, proceso que entre 1928 y 1937 se ha desarrollado con una rigurosa continuidad.

Desde el armisticio, que engendró el pacto de Loppem[120], la evolución de la lucha de clases se caracterizó por la hegemonía del P.O.B., al que el comunismo no logró desalojar de sus posiciones fundamentales: los sindicatos. Esto explica por qué el proletariado belga, a pesar de su densidad y concentración, así como la amplitud de sus luchas en 1932 y en 1936, no ha logrado imponer una modificación profunda en la correlación de clases que le permita abrirse camino hacia la revolución.

El P.O.B. ha logrado cumplir su tarea de adaptar el Capitalismo a las nuevas exigencias que se le imponen. No sólo se vio beneficiado por la fase de reconstrucción económica, que engendró una ficticia prosperidad, sino sobre todo por la errónea política sindical del partido comunista. Éste

119. Mélis se refiere a los Acuerdos de Matignon, firmados en junio de 1936.
120. Pacto nacional firmado tras el armisticio que supuso la entrada de ministros socialistas en el gobierno y la aceptación del sufragio universal.

renunció demasiado pronto al paciente y lento trabajo que se requiere para establecer vínculos con los sindicatos, tal y como fue formulada esta tarea en el II Congreso de la I.C., y empezó a inspirarse en directivas nefastas que debían arrastrarle hacia una actividad escisionista, camuflada por su respeto verbal a la unidad sindical, una actividad que además le aislaba de las masas.

La corriente oportunista del partido vio el movimiento unitario de 1925-1926 menos como una ocasión para cohesionar la lucha de los obreros que como un buen terreno en el que desplegar unas maniobras que le permitiesen desarrollar *extensivamente* el partido, en detrimento de la socialdemocracia. De este modo, el confusionismo del "socialismo de izquierda" enturbió la clarificación que empezaba a esbozarse en las cabezas de los obreros, mientras que por su parte el partido sustituía su desarrollo en profundidad –mediante las fracciones sindicales– por la multiplicación de las "oposiciones sindicales revolucionarias", amorfas y sin consistencia política.

La escisión política del partido en 1928 permitió también llevar a cabo una escisión en el seno de la Federación de los Caballeros del Trabajo, y crear en torno a una Central revolucionaria de Mineros toda una ristra de sindicatos disidentes no viables.

En realidad el movimiento sindical se abandonó a las maniobras de los agentes del Capitalismo, lo que se reflejó en el fracaso de las huelgas de julio de 1932, que revelaron la amplitud del desconcierto que había creado el partido en las filas proletarias. Es cierto que este potente movimiento de clase, que llegaba a una encrucijada en plena crisis económica y en un clima de elevada temperatura social, podría haber

sido orientado favorablemente si la Oposición comunista que existía desde 1928 hubiese enfocado su actividad hacia la solución capital del problema sindical. Pero no hizo nada de eso, y en lugar del ver como progresaba el comunismo hemos visto como aparecía la "Acción Socialista" de Spaak, que retoma la función que antes ejercían los Liebaers, Everling, Vercruyce y consortes.

Por su parte, el P.O.B. extrajo algunas lecciones de los acontecimientos de julio de 1932, y tras el intermedio que supuso el plebiscito contra el "gobierno de los banqueros" fue el primero en plantear, con el Plan de Trabajo, un esbozo de la Reforma del Estado que iba a permitir a la burguesía encaminarse resueltamente por la vía de la incorporación de los sindicatos al Estado.

Mientras se desarrollaba la campaña a favor de dicho Plan, estalló la huelga textil de Verviers[121]. Y no fue casualidad que al mismo tiempo el Congreso de la Comisión Sindical (julio de 1934) se planteara el problema de la revisión de la estructura del movimiento sindical y lo zanjara pronunciándose a favor del fortalecimiento de los poderes burocráticos, para poner freno a las huelgas "salvajes" e "indisciplinadas".

A comienzos de 1935, el Capitalismo comprendió que había llegado el momento de plantearse la cuestión de la reorganización estatal, después de que De Man constatara *"una situación psicológica semejante a la que precedió al movimiento de julio de 1932, por lo que es hora de hablar del Plan antes de que llegue la huelga general."*

Efectivamente, la fórmula democrática de la "Unidad Nacional" surgió en marzo, y fue Van Zeeland quien aupó al poder al "Plan de Trabajo", en realidad un plan de liquidación

121. Sobre la lucha de los obreros de Verviers, ver *BILAN* nº 7, La huelga de Verviers.

del movimiento obrero. Ya conocemos las etapas técnicas de su progresiva realización política: compresión masiva de salarios mediante la devaluación, reacción obrera ante la ofensiva de la "Unidad Nacional" en junio de 1936, canalización de las efervescencias de clase en el marasmo del antifascismo, y en fin, delimitación de los contornos de la reforma del Estado a través de la formulación del socialismo-nacional de Spaak y De Man, réplica del nacional-socialismo de Hitler.

Pero antes de analizar la propia reforma, hay que examinar algunos de los factores que han transformado las situaciones y creado un clima sin el cual la burguesía no podría ni pensar en elaborar su proyecto llamado de "organización profesional". No se podía crear de golpe un orden jurídico y político que aún no estuviera consagrado por los hechos. Como decía con toda razón Van Zeeland en vísperas de las elecciones de 1936, *"únicamente se trataba de utilizar lo que ya existía, mejorarlo, valerse de ello, hacerlo entrar en un nuevo escenario, armonizar sus diferentes partes y lograr así, en una nueva síntesis, la máxima eficacia."*

Cuando el Sr. Rens[122] declaraba que quizá fuera lamentable que se planteara la cuestión del estatuto legal de los sindicatos, que quizá haya quien se oponga, pero que la realidad era la que era, olvidó añadir que el edificio "corporativo" fue edificado piedra a piedra por aquellos que hoy presumen de luchar contra su instauración. En resumen, la legalización de los sindicatos lo único que trataba era crear un mecanismo que coordinara la colaboración entre clases, y uno de sus principales promotores fue el ministro socialista Joseph Wauters, el diseñador de las comisiones paritarias y de los convenios colectivos.

[122. Ver su folleto *¡Corporativismo no!, ¡Organización de las profesiones, quizá!.*] Jef Rens (1905-1985) fue un dirigente sindical de la C.G.T.B. Ocupó importantes cargos en los gobiernos del liberal Janson y del socialista Spaak, entre 1937 y 1939.

Al principio, podían establecerse distinciones de principio entre estas dos formas de reglamentar los conflictos. La comisión paritaria era claramente un órgano *permanente* de colaboración entre clases, creado con el principal objetivo de desnaturalizar los convenios colectivos, cuyos contratos *dependían* de la acción del proletariado. En realidad los convenios colectivos, *en sí mismos*, no son un acto de colaboración, sino que lo que hacen es registrar temporalmente una correlación de fuerzas determinada entre patrones y obreros y, de este modo, no registran más que una fase de la lucha de clases, una tregua que el proletariado debería romper en cuanto le sea posible, al igual que hace el Capitalismo cuando se le plantea la oportunidad. Pero en el momento en que esto recibía una consagración más o menos jurídica, a través de la comisión paritaria, los obreros debían mostrar su enérgico rechazo, pues la ley burguesa termina siempre volviéndose contra ellos, aunque al principio parezca que les favorece. Por otra parte, el respeto a un convenio solo puede garantizarse mediante la amenaza *directa* de la fuerza sindical y la huelga, y no con la ayuda de unos organismos que no funcionan sino en interés del sindicalismo.

Entre los agentes que favorecieron la unión entre el Estado y los sindicatos, el paro se mostró como uno de los más efectivos.

En el trascurso de la fase de expansión del Capitalismo, con la rotación de los ciclos económicos, el "ejército industrial de reserva" era periódicamente absorbido durante la nueva fase de prosperidad, a la vez que se reconstituía a una escala más amplia cuando surgía una nueva crisis, más aguda aún que la anterior. En cambio, en la crisis de decadencia, el

paro se convierte en un fenómeno endémico, orgánico, de este sistema capitalista y se adhiere a él como una lapa. Su reglamentación se impone como una medida de seguridad social. En Bélgica la implantación del sistema mixto[123] facilitó la penetración del control del Capitalismo sobre el centro del aparato sindical, al mismo tiempo que trababa su actividad específica reforzando su dirección socialdemócrata.

El proyecto de seguro obligatorio contra el paro se explica porque a la Burguesía se le iba imponiendo la necesidad de asegurar un control más estricto sobre el mercado de trabajo, ligando este problema al más complejo de las reformas estructurales en su conjunto. Además, se le ofreció la oportunidad de aumentar –ampliando la base de cotización– la carga de los impuestos indirectos que ya recaían sobre las espaldas del proletariado, pues incluso la porción que le correspondía a la patronal se descontaba proporcionalmente de los salarios.

123. Se refiere al sistema de cotización en las cajas de seguros, a las que aportaban fondos tanto los trabajadores como las empresas. A este respecto, Marx y Engels ya señalaban en el *Informe del Congreso General de la A.I.T. sobre las asociaciones de seguros mutuos de los mineros de las minas de carbón de Sajonia* (1869): *"En efecto, es bastante ingenuo suponer que los capitalistas, hasta ahora amos absolutos de las mutuas de los mineros, van a ceder sus poderes a una asamblea democrática de obreros sin dejar de pagar una cotización. La raíz de todo mal está precisamente en el hecho de que los capitalistas coticen, sea de una forma o de otra. Mientras esto dure, no se les podrá sustraer la dirección de la sociedad y de la clase mutualista. Para ser verdaderas sociedades obreras, las mutuas deben basarse exclusivamente en las cotizaciones obreras. Sólo así podrán transformarse en sindicatos que protejan a los obreros individuales de la arbitrariedad de los patronos individuales. Las ventajas insignificantes y ambiguas que brindan las cotizaciones capitalistas, ¿pueden compensar jamás la condición de servidumbre a la que arrojan a los trabajadores? Que los mineros no pierdan nunca de vista que, cualquiera que sea el total de las sumas entregadas por el capitalista a la caja de la mutua, lo entregado corresponde a un ahorro efectuado sobre su salario."*

4. LA REFORMA DEL ESTADO, LA VARIANTE DEMOCRÁTICA DE LA SOLUCIÓN FASCISTA

Podríamos resumir el significado central de la reforma del Estado, que está ligada a la legalización de los sindicatos y las organizaciones profesionales –los métodos belgas para aniquilar las organizaciones proletarias–, diciendo que proviene de la necesidad que se le plantea al Capitalismo democrático de yuxtaponer al mecanismo político de la unión sagrada de partidos una red de instituciones que esté más estrechamente ligada a la producción y la circulación. Su función consiste, por una parte, en subordinar los intereses capitalistas particulares y contingentes a su interés histórico, el de la Burguesía en su conjunto, y por otra, en encuadrar más sólidamente las efervescencias de clase y los conflictos económicos para poder absorberlos más eficazmente.

El fascismo ha aniquilado completamente las organizaciones obreras y su aparato estatal está armado y dispuesto para cortar de raíz toda reacción de clase.

El sistema democrático no puede impedir las huelgas, pero puede reformarse para contenerlas y ahogarlas mejor. Las huelgas de junio de 1936 demostraron que la estructura social no permitía, ni al P.O.B. ni a la Democracia Cristiana, mantenerlas localizadas, por lo que era necesario un mecanismo más eficaz de colaboración: de ahí esa destacada tendencia a la generalización de los convenios colectivos y las comisiones paritarias, así como la práctica de la conciliación "piramidal", mientras que por su parte el segundo gobierno Van Zeeland ha aprobado insidiosamente un decreto que instaura, en caso de huelgas, el derecho de requisición en nombre del "interés general".

Hemos señalado que el Plan De Man ya había delimitado las reformas estructurales y esbozado la organización profesional, que su autor definía como la instauración de *"un régimen de economía mixta dirigida que no se podría llevar a cabo más que con la ayuda de una organización mixta del régimen de trabajo, que debería ir del reconocimiento sindical y la generalización de los convenios colectivos, pasando por las comisiones paritarias, hasta llegar al establecimiento de un Consejo Económico."*

Por otra parte, si se comparan estas formulaciones con los proyectos de los partidos burgueses sobre la legalización de los sindicatos, o con el programa de los Rexistas[124] o de los Verdinasos[125], se podrían establecer unas extrañas y sintomáticas analogías. Recordemos que el Sr. Devèze ya propuso un proyecto en 1923, luego retomado en 1926. También el demócrata-cristiano Heyman[126] propuso el suyo por primera vez en 1934, y su cínica redacción provocó en aquel momento unas reacciones que lo dejaron apartado, hasta su posterior reaparición tras las huelgas de 1936, ya sin su fraseología "corporativista"(!). Y por último también vimos el proyecto del Sr. Velge, miembro de la comisión de expertos y encargado de elaborar sus directivas. Este era el proyecto en el que parecía que se iba a inspirar el gobierno.

124. Los Rexistas belgas, nombre derivado de "Cristus Rex", era un movimiento de carácter nacionalista con ciertas semejanzas con el fascismo italiano o el falangismo español. De carácter más católico que socialista, como era el caso de éstos últimos, sus militantes eran valones y belgas francófonos. Tras la invasión alemana se mostraron abiertamente colaboracionistas.
125. El Verdinaso (*Verbond van Dietsche Nationaal-Solidaristen*), era un partido belga nacionalista flamenco de marcado carácter antisemita y fascista.
126. Albert Devèze (1881-1959), dirigente del partido liberal. Hendrik Heyman (1879-1958), político del partido católico belga. Ambos ocuparon varios ministerios durante la época de entreguerras.

Más sintomáticos aún eran los deseos expresados en el Plan De Man de llevar a cabo un Frente del Trabajo *"sin destrucción de clases, de partidos, ni de creencias"*. Las declaraciones que pronunciaban alternativamente Spaak y De Man sobre el socialismo-nacional, no hacían más que precisar la evolución "planista" bajo el signo de la "solidaridad" social y la fusión de las clases. Y así, mediante esta colaboración para "salvar la democracia", Van Zeeland lograba lo que Hitler, Mussolini y Stalin habían logrado empleando el terror.

Van Zeeland, hablando de la solución belga para la aniquilación del proletariado, señaló que se correspondía con el favorable clima social en el que se había desarrollado y que *"excluía la dictadura de la derecha así como la de la izquierda"*. Se trataba de un régimen *"basado en un acuerdo libremente otorgado por la población y que solamente excluye* (!) *a aquellos que con sus exageraciones, su violencia o su deficiencia, se colocan ellos solos al margen de la gran comunidad nacional."*

La víspera del 11 de abril de 1937, *Le Soir*, órgano oficioso del gobierno, calmaba a los electores "antifascistas" diciendo que de lo que se trataba no era de instaurar el corporativismo autoritario, sino de *"una reforma absolutamente sin precedentes en Europa, que convertirá a Bélgica en la primera nación que logra conciliar la necesidad de orden, el aprecio por la libertad individual y los derechos del Estado"*.

El programa del gobierno de Van Zeeland, 2ª edición (junio de 1936), señaló el sentido fundamental de la reforma con una frase lapidaria: *"unión entre los órganos políticos y las fuerzas económicas"*. Efectivamente, ese era el núcleo del problema. Unas escasas líneas, aunque sustanciales, que trazaban el contorno de lo que serían los lazos orgánicos: una organización profesional (poco importa la etiqueta) que *agrupara*

a las asociaciones y los órganos ya existentes: Cámaras de comercio, Comisiones paritarias, Sindicatos obreros, agrupaciones patronales, etc., y a la que simplemente habría que dotar de un estatuto legal que reglamentara el entramado de sus relaciones jerárquicas y garantizara la conservación del orden capitalista con la "sanción legal" de los obreros.

En resumen, la *profesión* (?), entidad económica y social, se convertía en la categoría social unitaria llamada a efectuar la fusión de las clases (!), que ya no eran dos fuerzas antagónicas, sino dos factores que colaboran en un trabajo *común* (!): canalizar y controlar los fenómenos propios de la decadencia capitalista para poder organizar la economía de guerra en una atmósfera de "pacificación social". Recordemos que Bondas[127], secretario de la Comisión Sindical, ha sido nombrado Comisario de Armamento. Estos hechos hablan con fría elocuencia.

Esta síntesis social, pues, implica ante todo la ruptura de la unidad de clase de los obreros, tal y como ésta se venía constituyendo hasta ahora en su forma primaria, dentro del movimiento sindical.

De Man comprendía muy bien este aspecto capital del problema cuando, comentando el Plan de Trabajo, defendía la autonomía de las profesiones, considerando que el "movimiento sindical", para lograr la máxima cohesión (!), *"debe basar sus métodos de reclutamiento y de organización en la máxima diferenciación"*.

Transformar al *proletario* en un productor *profesional* ligado a la suerte de "su" profesión y de "su" industria, he aquí lo que permite aniquilar su postura de clase y extirpar de su

127. Joseph Bondas (1881-1957), político y sindicalista belga, uno de los dirigentes del P.O.B.

cabeza la idea central de que él nunca podrá ser un simple *engranaje* de la sociedad capitalista, pues es su viva antítesis histórica, que ningún poder puede destruir y que surgirá de nuevo, siempre más amenazante, bajo el empuje de los antagonismos sociales.

Este es todo el significado social y el contenido político del "corporativismo"; aunque esta etiqueta únicamente sirve a los lacayos del Capitalismo, que intentan establecer ciertas comparaciones con el primitivo corporativismo, también permite una hipócrita y demagógica oposición a los objetivos burgueses.

Por eso De Man se desgañita tratando de demostrar con sus galimatías histórico-sociales que realmente existen afinidades entre el "corporativismo antifeudal" y el corporativismo "anticapitalista" del sindicalismo moderno, que supuestamente no es más que "corporativismo socialista"(!).

En realidad, si quisiéramos comparar estas dos épocas históricas, que siguen dos tendencias opuestas, una que contiene las premisas del moderno Capitalismo y otra que registra su descomposición, podríamos decir que lo único que tienen en común el corporativismo medieval y el "corporativismo" fascista o democrático es que ambos son instrumentos de *solidaridad social*. Y habría que añadir que el corporativismo de los oficios se rompió por la escisión entre maestros y cofrades, al igual que la organización profesional sólo podrá aniquilarla un Proletariado que haya adquirido consciencia de que sólo logrará emanciparse, y con él la humanidad entera, cuando destruya de cabo a rabo el Estado capitalista, y eso no lo logrará con una reforma de este Estado que lo único que pretende es "sistematizar" su esclavitud.

Ante esta realidad histórica, ¿a qué vienen todas esas elucubraciones que eructan los pseudo-defensores del "sindicalismo libre"? Las "conclusiones" a las que se ha llegado tras las jornadas de estudio organizadas por la Comisión Sindical, en diciembre de 1935 en Ostende y en mayo de 1937 en Blankenberghe, sólo engañan a quien se deja. Las discusiones y los enfrentamientos académicos se los lleva el viento, incluso cuando presumen de "marxismo". En estas conferencias, se ha jugado sobre todo con el equívoco de que el corporativismo y la organización de las profesiones son dos cosas distintas, los sindicalistas deben rechazar la primera, mientras que la segunda quizá pueda aceptarse, sobre todo teniendo en cuenta lo que ha dicho Rens en términos sapientísimos, a saber, que *"excluía la intangibilidad privada de los grandes medios de producción"* (!).

Todo el curso de la lucha de clases, desde hace décadas, constituye un desmentido mordaz a las actuales protestas libertarias de los dirigentes sindicales. Y la mejor prueba de ello es que estos están dispuestos a ofrecer al movimiento sindical en holocausto al Capitalismo. En este sentido, pueden decir que han aprendido las lecciones de los acontecimientos de Alemania, que concluyeron con el ascenso del fascismo.

5. LA POSTURA DE LOS COMUNISTAS

El Proletariado se debate hoy en una terrible contradicción. Por una parte, el dilema al que se enfrenta le dicta que hoy es más necesario que nunca luchar con métodos directos y autónomos contra el Estado capitalista que trata de paralizarlo entre las mallas de su aparato de dominio. Por otra,

en cuanto trata de entablar luchas reivindicativas y recurre a su arma específica, la huelga, se ve inmediatamente apuñalado por la coalición de fuerzas políticas que actúan en su nombre, sin que logre abrirse camino, pues ha perdido, junto a su partido de clase, su conciencia de clase y la visión de sus objetivos históricos.

La alternativa que le se plantea al sindicalismo no es más que un aspecto de la que planea sobre el conjunto del movimiento obrero belga y sobre el Proletariado internacional, debido al recrudecimiento de los contrastes de la sociedad capitalista tras el conflicto ítalo-etíope, la ruptura de Versalles, la guerra de España y los vastos conflictos de clase en Francia, Bélgica y Norteamérica, que actualmente se han agravado con la masacre de proletarios chinos.

Por eso el problema sindical que se presenta ante la Fracción plantea la necesidad de conservar una relación lo más íntima posible con las reacciones proletarias, de cara a la transformación de la Fracción en partido cuando los antagonismos de clase exploten y el proletariado busque su guía para las luchas decisivas.

Ante una situación en la que el movimiento sindical parece no tener salida, los comunistas evidentemente no pueden ni pensar en dar la espalda a las colosales dificultades que se yerguen ante ellos, pensando que como los sindicatos carecen ya de contenido de clase lo que hay que hacer es abandonarlos y construir nuevas organizaciones. Esta es evidentemente la solución más cómoda, pero no es la que mejor se adapta a los intereses del Proletariado.

Desde luego, los comunistas no sufren ese fetichismo de la unidad. No son partidarios de la unidad, lo hemos dicho ya, sino en la medida en que están convencidos de que una

efectiva lucha de clases requiere la participación de unas masas tan amplias y homogéneas como sea posible, sobre la base de unas organizaciones únicas y de unos objetivos exclusivamente de clase.

Aún hay que seguir denunciando vigorosamente toda escisión sindical por cuestiones políticas, un método que pretende sustituir el mecanismo de las clases por una correlación de fuerzas tan utópica como arbitraria.

Es evidente que los comunistas subordinan su presencia en los sindicatos a que existan unas mínimas posibilidades de llevar a cabo su propaganda en ellos y, por tanto, de conservar su relación con los obreros.

La escisión se vuelve inevitable y conlleva la creación de nuevos sindicatos cuando el fascismo aniquila las organizaciones existentes o las transforma en engranajes del Estado totalitario.

Por otra parte, en una fase insurreccional, la necesidad y el carácter de la lucha pueden llevar al proletariado a barrer los sindicatos que estén en manos de la contrarrevolución, sustituyéndolos por sindicatos que estén bajo su control, mientras va surgiendo un nuevo tipo de organización, semejante al Soviet, como expresión de un poder proletario embrionario.

La cuestión de saber si la actitud de los comunistas respecto a los sindicatos que se han incorporado al Estado capitalista mediante la legislación y la organización profesional debe ser idéntica a la actitud que hay que adoptar respecto a los sindicatos fascistas no la pueden zanjar sino los propios hechos, que determinarán en qué medida el poder del aparato represivo del Capitalismo sobre los sindicatos logra paralizar el trabajo revolucionario.

Mientras el sindicato sea un terreno en el que se pueden enfrentar, aunque sea débilmente, los dos programas de clase, el del Capitalismo y el del Proletariado, el deber de las fracciones comunistas es permanecer en ellos y trabajar allí.

Para nosotros, lo dicho por Lenin sigue en vigor hasta nueva orden: *"hay que saber soportar todos los sacrificios, emplear todas las estratagemas, usar la astucia, adoptar procedimientos ilegales, callarse a veces, velar la verdad otras veces, todo con el único objeto de entrar en los sindicatos, permanecer en ellos y cumplir a pesar de todo las tareas comunistas."*

Hoy los comunistas tampoco tienen elección. No existen otros centros donde se reúnan las masas al margen de los sindicatos. La voluntad de orientarse hacia otro trabajo dentro de las masas no puede sustituir a la obligación que tienen los comunistas de subordinarse a las necesidades concretas en la medida en que éstas *ofrecen la menor posibilidad de que progrese la conciencia proletaria.*

Las fracciones comunistas deben rechazar cualquier agitación que tienda a ligarlas a los grupos de oposición sobre la base de la defensa de unos objetivos *políticos* que lo único que hacen es desnaturalizar su función, que debe limitarse exclusivamente a defender el programa comunista.

El centro de las preocupaciones de las fracciones comunistas deben ser evidentemente las luchas reivindicativas. Pero su deber siempre será subrayar ante las masas que cuando llegue el momento de plantear objetivamente la Revolución habrá que superar estas luchas, y que por tanto habrá que invadir el terreno político de la lucha decisiva por el poder. La huelga general es la forma que habrá que plantear en último extremo en estas batallas reivindicativas, para situarlas en un contexto que permita desbordar el

marco profesional, dentro del cual permanecen inevitablemente prisioneras del Capitalismo.

En una situación en la que el Capitalismo puede reanimar su economía moribunda a través de la expansión del mercado de armamentos, la lucha *limitada* a las reivindicaciones parciales puede perfectamente integrarse en el programa capitalista de edificación de las economías de guerra, y la burguesía puede permitirse contener la agitación clasista otorgando ciertas concesiones, como ha ocurrido en Francia, Bélgica o Estados Unidos cuando los obreros se han puesto en movimiento.

Pero el proletariado no debe equivocarse, hoy menos que nunca, acerca del significado de estas leyes sociales: 40 horas, vacaciones pagadas, salarios mínimos, seguros sociales, etc., leyes todas cuya *naturaleza* es completamente capitalista porque son perfectamente compatibles con el funcionamiento de la producción burguesa e incluso constituyen una condición para su supervivencia.

Pero en cualquier caso la acción reivindicativa sigue siendo el único terreno de clase en el que los comunistas pueden desplegar sus consignas y entorpecer la realización del programa capitalista, confiriendo de nuevo a los sindicatos un carácter de clase.

La actitud de los comunistas respecto al seguro de desempleo debe basarse en el siguiente criterio: rechazo del actual sistema híbrido que coloca la administración sindical bajo el control del Estado.

La responsabilidad de la organización del paro y su mantenimiento financiero incumbe exclusivamente al Estado. Los obreros deberán mostrar su rechazo a toda forma de participación directa o indirecta, discrecional u obligatoria,

en la financiación del seguro de desempleo, y su actividad en este terreno debe ligarse estrechamente a la que se despliegue contra la incorporación de los sindicatos, partiendo de la base de las reivindicaciones generales.

El argumento de que si los sindicatos abandonan las cajas de desempleo disminuirá su número de afiliados, no puede prevalecer frente a este otro: sólo un contenido de clase confiere al sindicato un valor de clase.

LA BARRE.

OTRA VICTORIA DEL CAPITALISMO: EL SEGURO OBLIGATORIO DE DESEMPLEO

Communisme nº 15, junio de 1938.

Marx, en alguna parte de *El Capital*, ya emitió la hipótesis de que si el desarrollo capitalista excluyera definitivamente de la producción a una gran masa de proletarios, esto traería la revolución. Hoy nosotros vivimos la decadencia irrevocable del sistema capitalista, y sin embargo no ha estallado la revolución. O mejor dicho, la Burguesía mundial ha logrado doblar con éxito el cabo de las tempestades revolucionarias que se desencadenaron tras la guerra imperialista de 1914-1918. Pero para Marx semejante hipótesis no era una profecía, sino más bien una *tendencia histórica*. Por otra parte, ésta se ha verificado, puesto que las condiciones *objetivas* para el advenimiento del socialismo hoy por hoy ya existen. Pero nosotros sabemos que la Revolución exige algo más que una maduración económica. También es necesario que el proletariado surja como *factor político*, como nueva fuerza revolucionaria capaz de fecundar esta objetividad histórica. Ahora bien, Marx, en su época, no podía imaginarse la amplitud y el

poder de los medios de los que dispondría un día la Burguesía, no ya para remontar el curso de su evolución (algo que es totalmente imposible), sino para aplastar a la clase que aparece como su heredera histórica y que es la única capaz de abolir todos los privilegios, precisamente porque no reivindica ninguno.

Por tanto, si hoy el Capitalismo puede disfrutar de un triunfo político sin precedentes, aunque sea efímero, no por ello deja de estar sometido cada vez con más fuerza a los fenómenos sociales que firman su sentencia de muerte. Entre estos fenómenos, el paro es quizá la forma más horrible de este pauperismo que genera el Capitalismo. Y también es importante poner en evidencia que su significado se ha modificado profundamente, debido a las conmociones que ha sufrido la producción burguesa.

En la base del desarrollo capitalista yace su contradicción decisiva: el Proletariado, mientras trabaja para la acumulación de capital, forja los instrumentos que continuamente le expulsan de la producción. La plusvalía que se arrebata sin cesar a los obreros, transformándose en capital, produce un nuevo valor y de este modo eleva prodigiosamente la productividad del trabajo, aumentando las capacidades *técnicas* de la producción (Capital *constante*) en detrimento de los Fondos Salariales (Capital *variable*), provocando una superpoblación obrera relativa (en lo que respecta a las necesidades del Capital). Los obreros *excedentes* constituyen el "ejército industrial de reserva", que es una condición de existencia de la producción capitalista, al igual que la "libertad" del proletario para vender su fuerza de trabajo. Según Marx, este ejército pertenece al Capital *"de una manera tan absoluta que parece que lo ha criado y disciplinado a sus expensas"*. En esta cantera que la agita-

ción del mercado aumenta constantemente, el Capitalismo, dependiendo de sus cambiantes necesidades de trabajo vivo, tiene una mano de obra siempre disponible y explotable a voluntad. Con este margen de maniobra, la ley de la oferta y demanda del trabajo puede desarrollarse en unas condiciones que, lejos de entorpecer la explotación del proletariado, favorecen su extensión y la armonizan con los objetivos capitalistas. Estos, en efecto, se reducen a extraer una cantidad *máxima* de trabajo a partir de la *mínima* cantidad posible de obreros, a producir la mayor masa de plusvalía posible con el menor fondo salarial, en otras palabras, a elevar constantemente el grado de explotación de los obreros al nivel que permiten las posibilidades económicas y políticas. En suma, ese exceso de trabajo (intensificación y prolongación) que impone a los proletarios que aún tienen la "oportunidad" de trabajar influye en el volumen de trabajo disponible (parados) y, recíprocamente, el volumen de parados influye en los pequeños movimientos salariales y en el nivel de vida de los que no están en paro, lo que permite a la Burguesía matar dos pájaros de un tiro.

Dicho esto, hay quien podría alegar que, después de todo, la evolución del capitalismo no ha modificado el papel y las consecuencias del paro, pues su carácter permanente, que generalmente se considera como un fenómeno específico de la decadencia capitalista, también podía presentarse en la fase de expansión y prosperidad de la sociedad burguesa; y por tanto, para la clase dominante, el paro tiene el mismo significado económico hoy que, por ejemplo, hace 50 años, y lo que le ha llevado a preocuparse más por este problema crucial sería entonces un sentimiento de solidaridad social, sin olvidar la fuerza y la influencia del movimiento obrero.

Pero en realidad nos encontramos de nuevo ante un sofisma de inspiración burguesa que pretende falsificar la realidad histórica y los objetivos capitalistas que se corresponden con ella.

Es cierto que el paro no ha dejado de adherirse a la sociedad burguesa como la túnica de Neso, pero la diferencia es que antes, en la fase de progreso capitalista, el dinamismo productivo y la ampliación de los posibles mercados impedían que este absceso causara estragos en el organismo social: la masa de obreros excedentes seguía siendo más o menos solicitada por las necesidades del Capital; la rotación de los ciclos económicos regulaba en cierta medida el movimiento de esta masa, y además los parados que no podían reintegrarse en la esfera de la producción capitalista aún podían hallar una ocupación en las actividades extra-capitalistas (artesanado, agricultura).

El agotamiento de los mercados y el decaimiento de las fuerzas productivas que ha resultado de todo esto han sacudido profundamente la mecánica interna del Capitalismo. El paro, que era una condición de la producción burguesa, se ha convertido en un factor de perturbación y un peligro social. De un "estimulante", ha pasado a ser un peso muerto que, cada vez más, no sólo grava el nivel de los salarios, sino también y sobre todo el aparato productivo. Es un cáncer que corroe sin remisión la sustancia del capitalismo agonizante y cuya presencia, terriblemente activa, ayuda a comprender mejor el significado histórico de la guerra imperialista y el objetivo central que asigna a ésta el persistente dominio capitalista: "sanear" la economía de esa masa excedentaria de capitales, de productos y de mano de obra, una necesidad que, lo afirmamos de nuevo, es totalmente independiente de la *voluntad* de la Burguesía, que no puede sino adecuar a ella su programa de clase.

Durante la inmediata posguerra se revelaron ya los nuevos aspectos del paro: amplitud, persistencia e influencia disolutiva. Mientras la coyuntura se lo permitió, el Capitalismo eludió dar soluciones definitivas a este problema, aunque las preparaba. De esta forma, la crisis económica generalizada de 1920-1921, que elevó el paro a un nivel hasta entonces desconocido y que la crisis de 1929 no superó sensiblemente, vino seguida de un periodo de "reconstrucción" que finalizó precisamente en 1928-1929. Y esta nueva crisis, de una amplitud sin precedentes, necesitaba una salida de naturaleza muy distinta, pues ya no había nuevos compradores extra-capitalistas. Y dicha salida no fue otra que el armamento y las guerras localizadas. Las masacres de Etiopía, España y China, así como el crecimiento de la economía de guerra, constituyeron los jalones de esa reacción del Capitalismo mundial ante la opresión que le ahogaba. Lo que se denominó la política de "reabsorción del paro" se concretó en el plan "autárquico" alemán, en los planes quinquenales de la URSS, en el "New Deal" norteamericano, en el "expansionismo" italiano en África, en la "renovación" nacional en Bélgica, en el "rearme" de Inglaterra y Francia, en las enormes necesidades del mercado de guerra en España y Asia. Una masa de jóvenes parados para los que el trabajo era algo desconocido aumentó los efectivos de los ejércitos y las legiones de "voluntarios" que fueron a África y España. Sin embargo, todo llega a su fin. El arsenal de expedientes a los que se puede recurrir no es un pozo sin fondo.

La Burguesía no dejaba de percibir y de temer las gigantescas e inevitables conmociones sociales futuras, la crisis, la guerra y las tempestades revolucionarias. Las cuestiones antes eludidas debían ponerse sobre el tapete. Había que perfeccionar la máquina de

explotación, hacerla aún más resistente a las agitaciones sociales, aumentar el poder opresivo del Estado capitalista al nivel que exigen las imperiosas necesidades históricas. Había, pues, que instaurar una especie de Unión Sagrada *orgánica*, absorber al proletariado en una red de instituciones estatales destinadas a captar las menores efervescencias de clase, resumiendo, crear un ambiente pestilente que ahogara hasta el menor reflejo de conciencia proletaria. En fin, había que crear una economía de guerra en una atmósfera de "paz social" para así soldar al proletariado en cuerpo y alma al destino del Capitalismo.

De este modo, puede verse inmediatamente que el problema del seguro de desempleo no es más que un aspecto de esta vasta "reforma estructural" (que tanto le gusta a la chusma social-comunista) que hoy se incorpora al programa del Capitalismo. El seguro de desempleo, sea discrecional u obligatorio, lejos de representar una conquista de los obreros, lo que hace es consagrar su derrota. Por otra parte, su carácter universal no sólo es un atributo de las "democracias", sino también un puntal de los Estados fascistas. Hitler, en lugar de destruir el mecanismo de la seguridad social edificado por la República de Weimar, lo ha "perfeccionado". Mussolini tampoco ha dejado de colmar esta laguna de la economía italiana. Stalin puede valerse de la ficción del "salario social" para alimentar el engaño de los obreros rusos. Y, en fin, Roosevelt ha hecho del seguro de desempleo uno de los pilares de su "nueva política económica".

El seguro obligatorio de desempleo es evidentemente el fruto y el resultado de toda una evolución que ha llevado a las organizaciones fundadas por los obreros, al precio de enormes sacrificios, a convertirse de hecho en engranajes del Estado burgués, y la consecuencia de todo esto es el absoluto abandono de toda actividad clasista.

Sabemos que la idea y la práctica de que el Estado mantenga a los parados no son nuevas. Están ligadas a un conjunto de condiciones históricas que han invertido los factores del problema del seguro de desempleo en tal medida, que han trasformado el gesto inicial de solidaridad proletaria en otra forma de explotación capitalista, lo cual ha modificado sustancialmente el problema. Por otra parte, este fenómeno no se limita al paro, sino que se extiende también a otros servicios de solidaridad creados originalmente por los obreros (accidentes, enfermedad, pensiones), gracias a la ampliación del mecanismo de la seguridad social.

Originalmente, en el seno del movimiento sindical, la lucha contra el paro estaba ligada a la lucha general por el aumento de los salarios. Esta ligazón se correspondía con el significado que tenía el paro en la fase de progreso del Capitalismo. Ya hemos señalado que éste se aprovechaba de la formación y el crecimiento del ejército de parados. No necesitaba ocuparse *directamente* del control del mercado de trabajo por la sencilla razón de que las leyes económicas ya se encargaban de regular las necesidades de la producción.

En cambio, los obreros se esforzaban por influir en el juego de la oferta y la demanda de mano de obra coaligándose en los sindicatos. Estos, por su parte, trataban de poner freno a la desastrosa influencia que ejercía la masa de parados sobre las condiciones de vida de los obreros que trabajaban, organizando las ayudas a sus afiliados desocupados. Ahora bien, no era difícil prever que con el continuo aumento del número de parados tenía que plantearse inevitablemente ante el proletariado la alternativa de renunciar, por falta de medios, a ampliar los servicios que ofrecía el sindicato (paro, mutualidades), limitándose únicamente a

las batallas reivindicativas, o bien convertirse en agentes del capitalismo. Y en efecto, sucedió que por la propia fuerza de los acontecimientos, la amplitud que adquirió el seguro de desempleo con la crisis permanente del capitalismo desbordó las capacidades financieras de los sindicatos. Teóricamente una organización *autónoma* y de clase que organizara el seguro de desempleo para todo el conjunto del movimiento sindical era algo concebible. Pero en la práctica se demostró que estas formas iniciales de ayuda mutua se veían *superadas* por esta evolución. Esto hizo inoperante la válida tesis que defendía el movimiento socialista de preguerra, según la cual había que unificar y reforzar la lucha contra la patronal mediante la fusión, sin discriminación alguna, de todas las cajas sindicales (de resistencia, solidaridad, paro, etc.).

Como no se supo reaccionar ante esta nueva orientación y se permitió que la solución al problema de la lucha de clases basada en el aumento de la conciencia de los sindicados fuera sustituida por una cuestión de mera aritmética que implicaba aumentar los efectivos aprovechando el atractivo de los seguros de desempleo, el proletariado abandonó sus organizaciones de clase al enemigo. Así fue como pudo desarrollarse el proceso lógico e implacable cuyo epílogo se nos muestra hoy. La manutención de los parados, que era y tendría que haber seguido siendo una forma de la lucha de clases, se convirtió efectivamente en una actividad *extra-sindical* sometida al desarrollo del programa capitalista y que paralizaba toda actividad sindical propiamente dicha. Un fenómeno completamente natural, pues en todas partes el control estatal sobre el aparato sindical se planteó como una condición previa para que el Estado interviniera en su financiación.

***

Que no piense el lector que todo lo que hemos dicho basta para explicar el problema del seguro de desempleo belga, pues en realidad sólo hemos facilitado su examen racional situándolo en el contexto de la coyuntura internacional. Estos factores tienen un carácter internacional y no son particulares de Bélgica. Sólo ligando las manifestaciones belgas con las características mundiales de la evolución del paro y los fenómenos que se derivan de ello podremos limpiar el análisis crítico de toda la escoria contingente y extraer las directivas y los principios para la acción proletaria.

En Bélgica, las bases para el intervencionismo capitalista en el seguro de desempleo ya se habían planteado en 1900, con la creación de los fondos para los parados subsidiados sobre todo por los municipios y, en menor medida, por las provincias. Lo mismo ocurrió en otros viejos países fuertemente industrializados, como Inglaterra y Alemania. Pero fue el ministro "socialista" del Rey, Wauters, quien en diciembre de 1920 tomó a su cargo la iniciativa de instaurar el Fondo Nacional de Crisis. La nueva situación revelaba la cruda realidad de la cuestión del paro. No hay que olvidar que cuando se firmó el armisticio había en Bélgica 700.000 parados, es decir, el 50% de los asalariados. Se trataba evidentemente de un fenómeno particular debido a la ocupación alemana, pero no por ello dejó de hacer reflexionar a la Burguesía, tanto más en la medida en que tras una primera reabsorción parcial de esta enorme masa de sin-trabajo, la crisis de 1920-1921 la aumentó de nuevo.

La vasta organización de la "beneficencia" de los tiempos de guerra fue sustituida por el Fondo de Crisis, un sistema de

"previsión" contra el paro que patrocinaba cajas de desempleo "libres" ligadas a los sindicatos y a los Fondos de desempleo oficiales. De manera que se asistió a los inicios de una influencia decisiva del Estado sobre los sindicatos mediante un sistema que subordinaba la concesión de subsidios a la cesión de las cajas y a que éstas aceptaran los estatutos y el control oficial. Es más, se formó una caja estatal, aunque a decir verdad el proyecto se quedó estancado, sin llegar a desarrollarse y a convertirse en un elemento importante. Tampoco fue casualidad que en la industria textil vervitense, en la que el paro hacía estragos, la federación patronal esbozara un gesto de apoyo financiero a las cajas e incluso llegara a formular el sistema de deducciones.

El nuevo estatuto que regulaba el paro recibió evidentemente el caluroso apoyo de la burocracia sindical, cuya principal preocupación era cimentar su influencia sobre los enormes efectivos y las solidas reservas sindicales, mientras éstas se hundían de manera inquietante bajo las crecientes cargas de los seguros a los parados. Algunas centrales llegaron incluso a endeudarse considerablemente con el desarrollo de la crisis, que incitaba a los bonzos a exigir más subsidios y a que el Estado se hiciera cargo de las cajas que ya se habían gastado el 50% de sus reservas.

Wauters naturalmente aprovechó esto para estipular que la financiación se suspendería en caso de huelga o si los obreros se negaban a recurrir a los "buenos oficios" de las comisiones paritarias y a conformarse con su tan razonable opinión. Poco después, Wauters también admitió el principio de la participación patronal siguiendo el sistema ya pregonado por los patrones de Verviers. En fin, la extensión de la crisis económica de 1921 fue la oportunidad de

poner a punto el nuevo mecanismo de seguros, permitiendo un control más estrecho sobre los parados con la ayuda del aparato sindical, y persiguiendo los "abusos" gracias a la ayuda que supuso a la ofensiva capitalista sobre los salarios. Por su parte, el Comité sindical aprovechó estas circunstancias favorables para plantear el principio de obligatoriedad del seguro en su restringido Congreso de mayo de 1921, aunque no llegó a adoptar claramente una postura concreta.

Esto nos permite percibir claramente que la "gestión obrera" del paro, unida al sindicalismo legal que se ejercía a través de las comisiones paritarias y la generalización de los convenios colectivos, debía desembocar en la situación que hoy se plantea abiertamente: por una parte, con el seguro obligatorio de desempleo, el Estado capitalista controla totalmente el mercado de trabajo, y por otra, con la organización profesional, los sindicatos quedan incorporados casi íntegramente en el mecanismo estatal. Lo que se pretendía con todo esto no era sino hallar la mejor forma de llevar a cabo el sometimiento "democrático" del proletariado en un régimen de pluralidad de partidos, instaurando la Unión Sagrada para la guerra tanto en el terreno económico como en el político.

Hoy, la política "expansionista" de Van Zeeland ha agotado todas sus posibilidades. El entusiasmo por la "absorción del paro" se ha disipado. El rápido aumento del número de parados (casi ha alcanzado el nivel de 1935) está tan cargado de amenazas que el peso específico de la producción bélica es insuficiente en Bélgica, por las razones que ya hemos señalado. Las perspectivas de la crisis se extienden. El seguro obligatorio de desempleo viene como anillo al dedo y responde a múltiples necesidades, entre las cuales el ahorro

presupuestario que se ha logrado gracias a que se ha doblado el número de obreros que cotizan, aunque sea la menor, no es desdeñable. Recientemente De Brouckère[128] afirmaba que *"Bélgica no puede soportar, ni económica ni políticamente, que exista en el país una clase numerosa de parados sin subsidio"*. Fuss[129], en su informe, señalaba que la colocación de los parados dependía estrechamente del control racional del mercado de trabajo y de la *organización profesional*. Hace ya dos años, Bondas subordinaba el seguro obligatorio de desempleo a la legislación sindical, argumentando que para los obreros ¡*"no podía haber derechos sin deberes"*!

Por tanto, la instauración del seguro obligatorio de desempleo constituye incontestablemente una nueva victoria del capitalismo, que ha logrado esta proeza que consiste en centrar las controversias en torno al problema *formal*, extendiendo la confusión y, por tanto, relegando a un segundo plano el único criterio clasista que podía guiar a la clase obrera.

Pensamos que esto nos exime de entrar a examinar detalladamente las diversas formulaciones anunciadas por las corrientes "obreras".

Sabemos que los socialistas están "divididos" acerca de la fórmula de las deducciones (recaudación de la cotización obrera por el patrón), así como en la cuestión de saber si la caja debe ser única (lo que no está previsto en el conoci-

128. Louis De Brouckère (1870-1951), dirigente del P.O.B.

129. Henri Fuss (1882-1964), destacado militante libertario belga antes de la Primera Guerra Mundial (se alistó en el ejército como voluntario), ideólogo del sindicalismo-revolucionario, hizo carrera en el ministerio de trabajo durante la posguerra. Durante la Segunda Guerra Mundial y la ocupación alemana forma parte de la resistencia clandestina como dirigente del P.O.B. Tras la guerra logra el cargo de director general del Ministerio de Trabajo, desde donde dirige la fundación del sistema de seguridad social.

do proyecto del gobierno) o si deben mantenerse las cajas actuales, ya sigan encargándose completamente del servicio (recaudación de las cotizaciones y pago de los subsidios) o se limiten sólo a garantizar el pago de las indemnizaciones. También conocemos las contradictorias decisiones de los congresos de la C.G.T.B. En noviembre de 1936 se rechazó la tesis del ponente De Vlamynck, que apostaba por la caja única y las deducciones (tesis del Comité Central Industrial) y, a *grosso modo*, se pronunció a favor del *status quo*. En el Congreso de agosto de 1937, en el que De Vlamynck reeditó su informe de 1936, se manifestó esta vez una mayoría virtual a favor de las deducciones, que no obstante fue finalmente rechazada por el voto negativo de la Central de los Mineros. Ésta, en efecto, subordinaba su aprobación a las deducciones a que se aprobara también la caja única, que había sido rechazada de nuevo. Por último, en el Congreso del pasado mayo, se aceptaron las deducciones y la conservación de las cajas de desempleo en manos de los sindicatos.

Los centristas, naturalmente, no se oponen a la reforma propuesta, pero fieles a sus costumbres discuten demagógicamente sobre el modo de aplicarla. Partidarios del seguro obligatorio, rechazan los medios técnicos: las deducciones. Es decir, hacen lo mismo que los demócrata-cristianos y la fuerte minoría del C.G.T.B. Este es uno de los aspectos más curiosos de esta cuestión tan "agitada". ¡Quieren los fines pero no los medios!

A pesar de todas estas divergencias, que lo único que hacen es embrollar las ideas de los obreros sobre un problema que en el fondo es muy simple; a pesar del escándalo con el tratan de alimentar la campaña de elecciones sindicales, la batalla por los cargos; a pesar de los disparos con balas de

fogueo que efectúa la demagogia de los agentes capitalistas; a pesar del abyecto sentimentalismo que anima a todos estos traidores, aún les queda manifestarse unánimemente para así salvaguardar el dominio capitalista y, con él, sus prebendas. De momento el acuerdo es total sobre el principio de *obligatoriedad* del seguro de desempleo.

Escuchando a los corifeos de la derecha y la izquierda del movimiento sindical, se trataría de una reivindicación socialista impuesta por los obreros a la patronal por la fuerza, un esfuerzo de solidaridad nacional "integral" en el que a partir de ahora debe participar la patronal. El seguro de desempleo obligatorio quitaría al Capitalismo ese margen de maniobra que supone la existencia de parados sin indemnización, un margen que el sistema de seguros "libres" supuestamente le permite conservar. También hemos oído los deseos que refleja la tesis radical de la extrema derecha de Bondas, tesis que comparten también algunos "izquierdistas" como Zoete y que consiste en afirmar que la generalización del seguro "liberaría" a los sindicatos del peso muerto del servicio de desempleo y les devolvería una actividad real (sic), lo que teóricamente es absolutamente correcto, naturalmente. Lo único es que hay que recordar que Bondas, que se muestra tan "radical" en este tema, es el "Comisario de Armamento" del gobierno. Y así podemos ver que la relación entre la tesis y su inspirador es completamente elocuente. ¿Y qué hay de los "izquierdistas"? En realidad el principio de obligatoriedad traiciona la verdadera naturaleza de la reforma. El que *obligará* será el Estado capitalista. Si ese es un principio, no puede ser más que un "principio" capitalista, pues evidentemente el proletariado no va a *obligar* al Estado enemigo a hacer algo que no se corresponde con los intereses de la

clase que supuestamente expresa dicho principio. Lo que debe hacer el proletariado es *destruir* ese Estado capitalista, pero este gesto es una *cuestión de fuerza*. Esta, y sólo esta, es la solución proletaria, tanto en lo que respecta al seguro de desempleo como a cualquier otra reforma social *en el marco del capitalismo*.

Para el proletariado, aceptar el "principio" de obligatoriedad equivale a admitir que puede dejar sus intereses en las manos de la Burguesía, que ésta *puede* mejorar la suerte de los obreros; es admitir, por tanto, que la lucha de clases es inútil. El Estado supuestamente ya no sería un instrumento de opresión de la clase dominante, sino un órgano social situado *por encima* de las clases que velaría por "el interés de todos".

Pero nosotros sabemos que todo esto pertenece al mundo de la mitología. Sabemos que la legalización de una "reforma" o de una "conquista" obrera no es más que el registro jurídico de una victoria capitalista. Las reformas sociales nunca han tenido valor alguno si no se apoyan en la fuerza activa y vigilante de los obreros, y no son más valiosas por haber adquirido fuerza de ley. Ahora bien, la era de las reformas se acabó hace mucho tiempo. Ahora, siguiendo la definición de Rosa Luxemburg, *"la reforma social del régimen capitalista no es y no puede ser más que un cascarón vacío"*.

Podríamos concluir sucintamente de esta forma: el seguro obligatorio de desempleo, por más complejo que lo muestren, plantea al proletariado un sencillo problema de clase cuya solución se basa en su irreductible oposición a cualquier tipo de influencia capitalista en su cerebro y en sus órganos de clase. El proletariado deberá luchar para que los sindicatos se liberen de cualquier tutela estatal, recha-

zando la servidumbre que les impone el servicio del paro, repudiando la práctica de los compromisos en las comisiones paritarias y el respeto a la "legalidad" de los convenios colectivos; rompiendo la unión sagrada que les incorpora al sistema capitalista. El proletariado deberá luchar para que las cargas del paro recaigan completamente sobre la clase capitalista. Deberá organizar el boicot contra cualquier intento de que las cuotas se deduzcan de su salario, ya las recaude la patronal, el sindicato, o cualquier caja destinada a tal efecto. Deberá rechazar su participación en la organización y el funcionamiento del seguro de desempleo junto a la patronal, cualquiera que sea la forma que adopte. En cambio, deberá intensificar la propaganda sindical entre los parados para que su lucha por el aumento de los subsidios se unifique con la lucha por el aumento de los salarios, de tal manera que estas luchas se conviertan en una batalla unitaria y generalizada contra la patronal y el Estado, encaminada a la disolución y la destrucción del sistema capitalista.

Este conjunto de textos hasta ahora inéditos en castellano ofrecen al lector una buena muestra de las posturas y los análisis en los que se basó la lucha de la Fracción de Izquierda del P.C.I. en la época de entreguerras, unas posturas que la distinguieron del resto de corrientes del movimiento comunista y la situaron, prácticamente sola, en el terreno revolucionario. Pero esta recopilación también es en sí un valioso estudio desde una perspectiva marxista sobre la crisis del capitalismo en época imperialista y sobre todos los expedientes y mecanismos a los que la burguesía se ve obligada a recurrir para mejorar su situación en el contexto de la concurrencia internacional y tratar de sobrevivir: la inflación crediticia, la impresión de billetes, la emisión masiva de deuda soberana, la devaluación monetaria, el saqueo a los ahorradores, la reducción de los salarios, la guerra de divisas, el papel del Estado y del capital financiero, todas estas cuestiones que hoy están a la orden del día son tratadas a lo largo del libro, cuyas conclusiones están plenamente vigentes y pueden aún ser de provecho para la lucha revolucionaria de las futuras generaciones de proletarios.

Jean Baptiste Mélis (1892-1945), apoderado de la sucursal del Westminster Bank of London en Bruselas, fue uno de los fundadores de la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica (1932) y de la Fracción belga de la Izquierda Comunista Internacional (1937). También colaboró activamente con la Fracción de Izquierda del P.C.I. antes de ser detenido por la Gestapo en 1942 y morir enfermo tras la liberación del campo de concentración en el que estaba preso. En esta recopilación de artículos de carácter económico publicados en BILAN y Communisme Mélis retoma las teorías de Rosa Luxemburgo para analizar el desarrollo de la crisis capitalista de los años 30, la economía de entreguerras (en realidad economía de guerra) y sus repercusiones sobre un proletariado al que la burguesía internacional conducía de nuevo a la masacre.